ALEXANDRA RISLEY

CON LOS OJOS CERRADOS

CON LOS OJOS CERRADOS

©Alexandra Risley

1° Edición, junio 2018

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo.

Diseño de interior: Alexandra Risley
Diseño de cubierta: H. Kramer
Fotografía: SergZastavkin/Shutterstock.com

Twitter: @AlexRisley
Instagram: @AlexandraRisley
Facebook: http://www.facebook.com/alexandrarisley
Goodreads: http://www.goodreads/alexrisley

CON LOS OJOS CERRADOS

ALEXANDRA RISLEY

Desde el principio, casi desde el primer instante en que le conocí, sus modales me convencieron de su arrogancia, de su vanidad y de su egoísta desdén hacia los sentimientos ajenos; me disgustaron de tal modo que hicieron nacer en mí la desaprobación que los sucesos posteriores convirtieron en firme desagrado; y no hacía un mes aún que le conocía cuando supe que usted sería el último hombre en la tierra con el que podría casarme.

Elizabeth Bennet
Orgullo y prejuicio

Capítulo 1

Londres, otoño de 1884

—Lord Westbrooke está aquí, milady…

Bridget levantó la vista del libro contable y se irguió en la silla que ocupaba en aquella monstruosa biblioteca mientras su hermano menor aparecía bajo el dintel de la puerta.

Aunque jamás habría de admitirlo en voz alta, se sintió complacida de volver a ver aquel rostro con el que compartía tantos rasgos. Pero, así como ella y Brighton eran similares en su fisonomía, cuando se trataba de temperamentos, la acepción más apropiada para describirles era agua y aceite.

—Impuntual, como siempre —le reprochó cuando el mayordomo abandonó la estancia, dejándoles a solas.

El flamante conde de Westbrooke nunca se tomaba sus pullas en serio, así que avanzó hasta el gran escritorio de nogal, que ella presidía con encomiable dignidad, y le puso un asomo de beso en cada mejilla.

—Debiste ser más generosa en tus explicaciones —dijo burlón—, así me habría sentido realmente tentado a venir.

Oscuro y mordaz, le sonrió antes de tomar asiento frente a ella. Haciendo un derroche de elegancia que habría resultado ridícula en cualquier otro hombre, cruzó una de sus largas piernas.

Brighton Sheffield era la viva imagen de su padre; alto, rubio, atractivo y disipado. Bridget suponía que aquellas vanas cualidades habían hecho que su madre cayera rendida a los sus pies, y que ahora la mayoría de las mujeres de Londres lo hiciera por su hermano, quien, para colmo, tenía la fama de ser el juguete favorito de las mujeres más acaudaladas y amorales de la ciudad. Ella estaba convencida, sin embargo, de que Brighton era más que un inútil vividor de rostro bonito.

—¿No vas a invitarme a conocer tu nuevo hogar? —inquirió él, zalamero, mientras paseaba una mirada insolente por la extravagante biblioteca, los prolijos frescos del techo y el insólito par de esculturas de guerreros zulúes de bronce que lord Walton había mandado a instalar a sus espaldas, a cada lado del escritorio, con el único propósito, naturalmente, de intimidar a sus visitantes—. Este lugar hace parecer a nuestro hogar de la infancia un albergue para vagos.

—¿Dónde demonios has estado?

Él le dirigió una mirada airada, cargada de advertencias.

—Brid… tienes tres hijos a los que cuidar, no pierdas tu tiempo haciendo de madre conmigo… —ella apretó los labios. Solía actuar así precisamente, aunque sin pretenderlo, desde la muerte de sus padres, hacía ya muchos años—. Me he visto en la obligación de abandonar a mis amistades para venir a verte. Si no te importa, me gustaría saber el porqué de tanto afán…

Bridget le sonrió sin humor.

—No creo que las mujerzuelas que frecuentas califiquen como visitas y, para serte sincera, me siento ofendida de tener que competir con ellas por la atención de mi descarriado hermano.

Brighton estaba enfadado, pero más que eso, intrigado. Bridget solía reprenderlo por su estilo de vida, pero no sin una provocación a conciencia. Entonces recordó el tono áspero de su última carta y de inmediato supo que algo iba muy mal.

—Querida, pero qué genio… —espetó sarcástico mientras tomaba una pelotita de juguete del escritorio, seguramente propiedad de alguno de sus sobrinos, y comenzaba a manipularla con despreocupación—. Había dado por hecho que tu humor se elevaría ahora que Aaron es el nuevo lord Walton.

Un par de meses atrás, el marqués de Walton, un pariente del difunto marido de Bridget, había sufrido un ataque al corazón y dejado súbitamente el mundo de los vivos. El título había recaído entonces en Aaron, su hijo de catorce años. Para Bridget, que siempre había concedido una importancia ridícula al dinero, aquello había sido un afortunado acontecimiento, o así lo había expresado en sus efusivas cartas, amén del beneficio social que traería a la familia un marquesado de semejante prestigio. Aquel impresionante palacete en Hanover Square, junto a una docena de suntuosas propiedades desperdigadas por ultramar y una serie de lucrativos negocios en la industria metalúrgica formaban parte del cuantioso patrimonio que acompañaba al título de Walton.

Bridget, la viuda de un vizconde arruinado y con poca visión, se había mudado al palacete citadino junto con sus tres hijos. Aquella era la primera vez que Brighton los visitaba en su nuevo hogar pues, las últimas semanas había estado enfocándose en asuntos personales, más específicamente, consolando a la solitaria esposa de un diplomático que parecía más interesado en la guerra *madhista* que en satisfacer a su mujer. Las depravadas ensoñaciones de lord Westbrooke en los brazos de aquella insaciable condesa eslava se desvanecieron al notar el semblante desvaído de su hermana, nada atribuible al de una mujer que acaba de recibir un título para su hijo y las riquezas que su

marido jamás fue capaz de proporcionarle en vida.

—¿Sucede algo malo, Brid?

En lugar de contestarle, la vizcondesa suspiró, se levantó pesadamente de la silla y se detuvo junto a la ventana, que ofrecía una visión lánguida y plomiza de Londres. Una réplica exacta del humor de su hermana.

—Aaron, un marqués —musitó tristemente al cabo de un momento —. ¿Te habrías imaginado algo así?

—No es del todo descabellado. Podría pasarle a cualquier caballero de noble cuna… con los decesos adecuados de por medio, naturalmente.

—No me refiero a eso.

—¿A qué, entonces?

Bridget hizo una pausa que a él se le antojó demasiado larga, demasiado dramática. Lord Westbrooke no contaba con la paciencia entre sus virtudes, así que se limitó a contener un suspiro de hastío, hasta que ella se dignó a confesar la razón de sus desvelos.

—Mi hijo es un niño apenas. Lo mimé sin comedimiento, me dediqué a complacer cada capricho, a librarlo de toda responsabilidad y a criarlo sin la más mínima noción de disciplina. Jamás lo preparé para algo como esto, y su padre… —su rostro se oscureció—. Su padre ni siquiera vivió lo suficiente para dejarle su ejemplo. Y aunque lo hubiera hecho, su ejemplo no le había servido de nada en este momento. Aaron no está listo para ser un marqués, y no sé si lo esté algún día. Esto es demasiado para él… no sé qué voy a hacer…

Su voz se apagó.

—Lady Balfour… ¡Ni que tu hijo fuera a reinar Inglaterra! — Brighton se puso de pie y la siguió hasta la ventana con pasos perezosos—. Ensalzas demasiado a los de nuestra posición. Aaron aprenderá en el camino, como la mayoría, y si no… pues, bien podría unirse a un club de caballeros donde uno puede actuar como un imbécil sin que dejen de llamarle «su gracia».

La vizcondesa le atravesó con una mirada hostil.

—¿Existe algo en esta vida que te tomes en serio?

—Trato de no hacerlo, por mi propio bien, pero no termino de entender por qué tanto drama. ¿Acaso yo estaba preparado cuando murió nuestro padre?

Bridget chasqueó la lengua.

—Este no es el miserable pedazo de papel que te dejó nuestro

padre, ni la granja de animales apestosos que Paul recibió del suyo —se refería a su difunto marido, que continuaba irritándola, aun después de muerto—. ¡Esto es otro asunto, Brighton! Walton es otro asunto, uno que requiere de un manejo experto, sagaz, de un ojo celoso que vele por él. Hay demasiado de qué ocuparse. Propiedades, negocios fuera de Inglaterra, colocaciones en la bolsa, sociedades con compañías que ni siquiera sé qué demonios hacen…

—Ya lo veo —masculló pensativo—. Pero aun estás a tiempo de casarte de nuevo. ¿Por qué no pruebas esta vez con un duque que pueda enseñarle a tu hijo a ser un virtuoso?

—¡No seas tonto! La virtud no tiene nada que ver en esto. Hace tiempo que la nobleza está arruinada, o ¿es que no te has dado cuenta? El futuro de Inglaterra está en manos de los *gentrys*, de la gente que ha levantado las fábricas, las navieras, los negocios con el ferrocarril. Al parecer lo único de valor que nos queda es nuestro linaje, y eso no es más que un accesorio sobrevalorado.

—Un perfume caro para tapar el hedor del dinero, ¿verdad? —rio con sorna—. Vaya que estás hecha una *snob*.

—Búrlate todo lo que te apetezca, pero sabes que tengo razón. En estos tiempos la riqueza no se hereda, hay que crearla.

—Pero eso no será un problema para ti de ahora en adelante, y tampoco el hecho de que Aaron carezca de preparación. Si un fiestero empedernido como Walton pudo manejar su imperio, tu hijo podrá en unos años. Deja todo en manos de los abogados si tanto te espanta el poder. Contrata a un administrador o a dos y asunto arreglado. Y no olvides encontrar a un tutor cualificado para educar a un marqués.

Abatida, Bridget sacudió la cabeza.

—No tenemos dinero.

Brighton estaba dispuesto a reír ante lo que parecía una inusual broma de su hermana, pero de pronto lo entendió todo. No era la complejidad del imperio de lord Walton lo que la inquietaba. Soltó la pelotita de juguete que había estado manipulado y ésta rebotó y rodó por el suelo, como un personaje impresionable que se hubiera desvanecido nada más enterarse de las malas noticias.

—Maldita sea, no me digas que Walton estaba arruinado —soltó el conde con amargura y pasmo mientras se mesaba el cabello con demasiada fuerza.

—Lo estaba, Brighton —sollozó con rabia—. Ese viejo asqueroso… es como si todo este tiempo hubiera presentido su muerte y se hubiera determinado a gastar cada penique…

—Como si no hubiera un mañana.

—¿Lo comprendes ahora?

Brighton sacudió la cabeza.

—Bridget, hace falta más que todos los harenes de oriente juntos y todo el whisky de Escocia para dilapidar una fortuna como la de lord Walton.

—Llevo días revisando esos libros contables —señaló los gruesos tomos posados sobre el escritorio— y no hago más que horrorizarme con todos los gastos; las deudas, banquetes por todo lo alto, inversiones absurdas y fallidas hechas en los últimos años. Los socios de las compañías están pidiendo de vuelta todo su capital, no pasa un día en que no reciba una carta de algún acreedor amenazando a Aaron —la voz se le rompió, y Bridget hizo un intento desesperado por recobrar su usual frialdad. Brighton jamás la había visto tan descompuesta, ni siquiera cuando sus padres fallecieron—. El marqués estaba en la ruina, maldito fuera. No queda nada más que para pagar sus entuertos y excesos. No ha sido un regalo del cielo lo que nos ha caído, hermano, ¡es una maldición!

El conde se dejó caer sobre la butaca más cercana.

—¿Qué te han dicho los abogados?

—Que tengo suerte de que todas las propiedades, menos esta maldita casa y la de la finca de Kent no estén enteramente vinculadas, así podrán venderlas para pagar la mayoría de las deudas —susurraba amargamente—. Pero dime, Brighton. ¿Cómo voy a asumir el mantenimiento de dos mansiones? ¿Cómo voy a pagar el salario de ochenta y tres sirvientes?

—Tiene que quedar algo, maldita sea. Algún negocio que se pueda retomar y llevar por buen carril, lo que no hizo ese bastardo, al parecer… —Una idea obvia cruzó su mente—. ¡Los arrendatarios! Walton debe de tener miles de ellos trabajando la tierra en Kent.

Ella chasqueó la lengua.

—Hace décadas que dejaron el campo para irse a la ciudad o a trabajar a las fábricas. Walton jamás prestó atención a la tierra, y esa gente siempre ha vivido en la miseria. No se ha plantado un solo nabo en Cypress Path desde que vivía el abuelo de Frederic. ¿Ahora entiendes a lo que me refiero?

—Sí. Es una pena que tu hijo sea muy joven para casarse con una rica heredera.

—Aaron no puede hacerse cargo de este desastre, ni siquiera yo.

—Entonces… ¿qué piensas hacer?

—¡Tío Brighton!

Un grito eufórico y el eco de unas pisadas poderosas sobre el mármol rompieron la solemnidad de aquella estancia. El conde se tambaleó ante la embestida de un abrazo torpe y estrangulador, cuyo artífice parecía no ser consciente de su propia fuerza. Como Brighton no era precisamente expresivo de sus sentimientos, se limitó a rodear con sus brazos a Aaron Perry, el nuevo marqués de Walton, por lo que le pareció demasiado tiempo.

—Lord Walton, ¿qué es lo que te he dicho de esos modales?

—Madre, he visto a Jeb montando el caballo del tío Brighton, y me preguntaba si había venido a vernos —A continuación, se volvió para mirar al visitante con aquel brillo de ingenuidad que estaba a punto de caer de bruces en el mundo real—. ¡Qué bueno que viniste! Esta casa es horrible, ¿no lo crees?

—Milord, ¡vaya que estás hecho un hombre! —le saludó el conde, no bien pudo zafarse y tomar un poco de aire. Con su cabello color miel desordenado y sus ropas descuidadas, Aaron se comportaba más como un crío irreverente que como el heredero de un imperio, aunque el imperio en cuestión no fuera más que una triste ilusión. Brighton no consiguió reprimir una punzada de pesimismo pues, el título se comería vivo a aquel chiquillo alegre y regordete—. No te preocupes por la casa, ¿de acuerdo? Quizá no tengas que vivir mucho tiempo aquí.

Al cabo de un instante, un anciano calvo y de cejas algodonadas, vestido con un traje de tweed que había visto mejores tiempos, apareció junto a la puerta.

—Lady Balfour, le ruego me disculpe —soltó sin aliento—. He corrido lo más que he podido detrás de lord Walton para evitar esta interrupción.

—Descuide, señor Wallace. Mi hijo lo acompañará de vuelta a su clase en este instante —miró al muchacho con severidad—. Vamos, Aaron.

—Pero, madre…

—No quiero escuchar nada más, lord Walton.

En medio de su patente desconsuelo, Aaron miró a su madre con rebeldía, y aquel simple gesto hizo que Brighton no perdiera del todo la fe en él.

—Ese no es mi nombre.

—Lo es, hijo —intervino el conde, dándole una apática palmada en el hombro—. Te acostumbrarás; todos lo hacemos, después de todo. Ve con tu tutor. Iré a verte al terminar tu clase. ¿De acuerdo?

—Sí, tío Brighton.

Aaron se marchó con los hombros caídos y lo que parecía un grillete invisible que le obligaba a arrastrar los pies. Su anciano tutor se marchó a la zaga.

Brighton volteó a ver a su hermana con una expresión ininteligible.

—Si esto no le ayuda a madurar, no sé qué lo hará.

—Ese es otro de mis dolores de cabeza —masculló ella con desesperación, un sentimiento que se reprodujo en su mirada y en las palabras que pronunció a continuación—. Brighton, mis hijos y yo estamos en tus manos. No vas a marcharte otra vez, ¿verdad? No vas a dejarnos solos con este embrollo…

—Estás alucinando si piensas que mi mísero fideicomiso dará para mantener los despojos de Frederic Walton.

—No te estoy pidiendo eso. Necesitamos mucho dinero.

—Eso es obvio… pero ¿qué harás para obtenerlo?

Bridget se dirigió al mueble bar situado junto al sofá Chesterfield. Su hermano le vio extraer un par de vasos de cristal y una botella, y de inmediato pensó en lo bien que le vendría un buen trago en aquel momento. Su buen talante se había visto bruscamente sacudido por la repentina pobreza de su única familia, tanto como la perturbadora declaración de que tenía todo el asunto en sus manos.

Recibió el vaso que le tendió, pero se abstuvo de probarlo hasta saber qué tramaba su hermana. Hasta donde sabía, ella no era asidua bebedora, y aunque no le faltaban motivos, que le aspasen si comenzaba a hacerlo ahora mismo.

—Vamos, prueba un poco —el conde alzó una ceja inquisidora y se encontró con una mirada autoritaria—. Pruébalo, con un demonio, Brighton.

Él obedeció.

Se llevó el filo del vaso a los labios y sorbió un líquido suave, con sutiles pinceladas de miel y especias, en donde el alcohol se percibía en su justa medida. Brighton pensó en la corpulencia de la madera, en la flexibilidad del cuero, y coligó aquellas bondades con el colorido licor que bajaba por su garganta, dejando una agradable y ardorosa estela en su lengua.

Curioso, examinó el contenido de su vaso, de un dorado ligero que brillaba al calor de las bombillas eléctricas. El aroma era todo lo que un caballero espera de un escocés, sutil y discreto, pero evocador.

—Te ha gustado, ¿no es así? —sonrió satisfecha.

—Es un escocés excepcional.

—El asunto es que no es un escocés. Se produce aquí mismo, en Inglaterra.

—No me lo creo.

—Es el producto de una compañía incipiente de Kent. La fundó un tal John Dowyer junto con lord Sebastian Allington hace tres años. Esta botella pertenece a la primera cosecha. Desde su salida a la venta se ha vuelto muy popular.

Brighton se hizo con la botella, de cuerpo fino y alargado, y la examinó con atención. Tenía una catadura de buen gusto y en la etiqueta se leía *John Dowyer Co*. El logotipo era la silueta de un molino de color negro con un fondo beis claro y filigranas doradas.

—Sabe como si tuviese mucho más de tres años de maduración —murmuró más para sí mismo y luego dio otro sorbo profundo a la bebida.

—Parece que está teniendo un éxito muy notable. Estas cosas están llegando a las bodegas de los lores y *gentrys* de todo el país como un obsequio, y quienes la reciben prácticamente se hacen con pedidos muy gruesos, no bien dan el primer sorbo.

—No los culpo. Esta cosa sabe realmente increíble.

—Incluso a las damas nos encanta.

—No estarás hablando en serio —rio con sorna, porque hasta donde sabía solo las fulanas se dejaban ver empinando el codo con un vaso de whisky.

—Sabe muy bien —Bridget se encogió de hombros, desprovista de culpa—. He escuchado que la mujer de Alejandro III de Rusia quedó fascinada con el John Dowyer y que encargó veinte cajas para su consumo personal en palacio.

—¿Y dices que se destila en Kent?

—Cerca de la finca de Walton. En vida, el viejo les cedió a lord Sebastian Allington y a su socio un terreno para plantar cebada. Aparentemente Allington solo contaba con las instalaciones de la destilería y una vivienda heredada de su familia.

—Y Walton le cedió una parte de sus tierras. ¿Así nada más?

—Allington era su sobrino.

Brighton frunció el ceño.

—¿Era?

—Falleció hace algunos meses. Era el próximo en la línea de sucesión de Walton. Parece que Frederic le tenía mucha fe a la

destilería e hizo todo para ayudarlo a impulsarla.

—Es decir que, si hubiera vivido, estaría ahorma mismo ostentando el título de lord Walton en lugar de Aaron…

Bridget asintió con la cabeza.

—¡Ah, sí! —se dio un golpecito en la sien, como si de pronto hubiera recordado un hecho sustancial que debía compartir con él—. Y Dowyer, el socio de Allington, murió unos meses antes que él.

—¿Qué le sucedió?

—Lo asesinaron para robarlo, o eso dijo la policía.

—Entonces, los artífices de este extraordinario negocio se fueron de este mundo sin dar cuenta de su propio éxito —la vizcondesa asintió con un brillo en los ojos que distaba mucho de la compasión—. Qué mundo de mierda, este.

Se sirvió otro vaso de John Dowyer y brindó a la salud de aquel par de pobres diablos, que se habían partido el lomo para que otros —quizá sus esposas, sus hijos y sus nuevos cónyuges— terminasen disfrutando del producto de su trabajo.

—*C'est la vie* —resopló Bridget antes de beber de su vaso, que había estado intacto hasta entonces.

—Dowyer, Allington y después Walton. Tres muertes tan seguidas… Si fuese yo un supersticioso diría que esa destilería está maldita.

—Es una suerte que no lo seas.

—¿Qué le pasó al sobrino de Walton?

—Se cayó de la parte más alta de su molino y se rompió el cuello —Brighton sacudió la cabeza, presa de un escalofrío—. Fui al funeral porque coincidió con una invitación a Kent que me hizo mi amiga, lady Maddox, unos días antes.

—¿Y quién está al mando de la John Dowyer?

—Dios lo sabrá. Pero quizá lo estés tú muy pronto.

Brighton se volvió hacia ella con una rapidez que le produjo vértigo.

—¿Yo? ¿Estás loca?

—Hermano, tengo la solución perfecta a nuestros problemas.

—Querrás decir *tus* problemas. Hasta donde sé mi único problema es que tengo una hermana quejica empeñada en arrastrarme con ella a la pobreza.

—Sé que tu situación económica no es precisamente envidiable, lo cual es una vergüenza dado que estudiaste Finanzas en St. Andrew.

Brighton se removió incómodo en el asiento.

—¿Ahora vas a criticarme? ¿Crees que así lograrás mi ayuda?

—Admítelo, ¡estás tan arruinado como yo! Sé que debes un montón de dinero a ese club de caballeros y al sastre —le echó una mirada consternada—. Por el amor de Dios, ¿alguna vez has usado una pieza de ropa más de una vez?

Estaba en lo cierto, aquella arpía. El estilo de vida glamoroso del que presumía estaba comenzando a convertirse en un dolor en el cuello. Además de su asignación como conde de Westbrooke y el piso de lujo en Mayfair, que apenas podía mantener, Brighton no contaba con ningún patrimonio. Aunque no le habían faltado generosas ofertas de damas que prácticamente le suplicaban que se dejara mantener por ellas, Brighton se consideraba demasiado orgulloso para permitir que una mujer pagase por sus gastos pues, ello significaba dejar que tuviesen poder sobre él.

A sus treinta y dos años, apenas comenzaba a caer en la cuenta de que un hombre como él era peligrosamente propenso a terminar en la ruina.

—Esto te conviene a ti también —continuó lady Balfour, consciente de que había puesto el dedo en la llaga—. Las tierras de la destilería siguen estando vinculadas al marquesado de Walton, por lo tanto, son propiedad de Aaron. Mi hijo te nombrará su apoderado, con lo que podrás negociar con la John Dowyer para que destine una razonable parte de sus ganancias… a nosotros. Es lo justo. Esa gente se está beneficiando enormemente con tierras por las que no pagaron un solo penique. Ahora que comienzan a recibir ganancias es hora de que presenten cuentas. Es una idea perfecta, ¿no te parece?

—¿Cómo sabes que la compañía no se aseguró de poder explotar esas tierras sin rendir tributo al marqués?

—Todo esto no se me ha ocurrido ayer, querido. Tengo semanas dándole vueltas al asunto y analizando cada documento en los archivos del viejo. No hay nada que evidencie un arreglo. Aaron tiene derechos sobre esas tierras y puede exigir una compensación por su explotación, incluso un jugoso porcentaje de las ganancias.

Brighton, que había estado observando su vaso de whiskey, miró a su hermana con frialdad. Si las cosas eran como Bridget las pintaba, entonces aquel sí parecía ser un plan perfecto.

—Supongo que lo tienes todo controlado.

—¿Vas a ayudarnos entonces? —le miró ella expectante—. Esto es por el bien de todos, Brighton. Por Aaron, Lizzie, Kenneth, por ti y por mí. Somos una familia, la única familia que te queda, por si no te has

enterado.

Él emitió un largo suspiro.

—¿Con quién tengo que lidiar?

—Dicen que Dowyer no tenía familia. Ahora, lord Sebastian dejó una viuda.

—¿Una viuda?

—Sí. Ella es… —hizo un gesto vago e ininteligible, lo que llamó la atención de Brighton pues, su hermana no solía quedarse corta de palabras.

—¿Ella es qué?

—Todavía no la interpreto bien —sacudió la cabeza, intentando quizá deshacerse de algún pensamiento inútil—, pero no creo que vaya a ser un problema. Parece frágil y algo desvalida.

—Es una viuda después de todo.

—Y un negocio como el que regentaba su marido debe de suponer un asunto demasiado engorroso para ella. No tendrá más alternativa que cooperar. Supongo que habrá dejado a cargo al administrador ante la ausencia del marido. Confío en que puedas hacerte cargo de esto esta misma semana, así podríamos tener un arreglo firmado para finales de mes.

—Tienes mucha prisa.

—Tengo que ir más rápido que la pobreza, querido hermano —masculló—, o terminará devorándome a mí y a mis hijos, al igual que a ti.

Odiaba que tuviera tanta razón.

—¿Esperas que viaje a Kent esta semana?

La vizcondesa sonrió, a sabiendas de que había conseguido persuadir a su hermano pequeño.

—Apenas tengas el poder de Aaron, debes hacerlo y reunirte con quienquiera que sea el administrador —comenzó a registrar unos cuantos papeles que habían permanecido en el escritorio—. Debemos decidir qué porcentaje exigiremos y presionar para que el acuerdo entre en vigencia lo antes posible.

—Brid, ¿estás segura de que no estamos asaltando un vulgar tarantín pueblerino? Normalmente no tengo escrúpulos, pero odiaría que estuvieras equivocada y terminemos tal como empezamos.

—¿Acaso este te parece el producto de un tarantín pueblerino? —agarró la botella y le rellenó el vaso con impaciencia—. Brighton, no quiero ni imaginarme lo que esta compañía se meterá en los bolsillos

al cabo de cinco años. Dowyer y Allington eran de esa clase de gente de la que te he estado hablando, de la que se hace a sí misma, la que produce el dinero en vez de heredarlo como parásitos, la nueva clase que dominará Inglaterra tarde o temprano, te guste o no, y no quiero tener que arrepentirme de no haber actuado a tiempo para asegurar el futuro de mis hijos.

El otro puso los ojos en blanco.

—Está claro que alabarías cualquier clase que pueda librarte de tus problemas de dinero, ¿cierto, lady Balfour?

—Búrlate cuanto quieras, pero estos hombres tuvieron la visión de progreso que a unos cuantos lores les falta.

—Sí —bufó—, ya he entendido cuando nos llamaste parásitos.

Brighton ignoró la perorata esnobista de su hermana. Dio un sorbo a su vaso de John Dowyer y volvió a mirar a través del cristal; el líquido dorado y transparente que relumbraba al calor de las bombillas no ofreció respuestas a las preguntas que comenzaban a tejerse en su cabeza.

—¿Cómo se llama la viuda de Allington?

—Lady Esther.

—¿Y qué es lo que tanto te desagrada de ella?

Bridget parpadeó, pero su semblante apenas se alteró.

—¿Por qué supones que me desagrada?

—Te conozco. Hay algo en esa mujer que te perturba —la otra rio con sorna, pero era evidente que Brighton había dado en el clavo—. Solo quiero saber a qué atenerme. Ya que me has arrastrado a este proyecto macabro sin darme más opciones, al menos ponme en contexto… ¿Es hermosa, acaso?

—Puede que lo sea, pero…

—¿Lo es o no?

Bridget se cruzó de brazos, pero al final confesó.

—Está bien… es hermosa.

—Entonces es eso —sonrió maliciosamente—. Los años han sido más generosos con ella que contigo…

—Vete al diablo.

El aludido se burló de su hermana, y como escarmiento recibió el azote de un cojín en la cara, como cuando eran niños.

—Muy bien, quizá sea más joven y rica que tú, lady Balfour, pero dudo que sea más lista. Tienes razón, esta podría ser la jugada que nos

salve de la miseria. Haré una visita a lady Esther y a la destilería de su marido para tantear el terreno —alzó el vaso y, mirándola con determinación le dijo—: La John Dowyer ha caído en las manos de los hermanos más diabólicos de la historia.

Capítulo 2

No bien comprendió las implicaciones de su posición como apoderado del jovencísimo nuevo marqués de Walton, Brighton Sheffield casi lamentó haberse dejado persuadir por la arpía de su hermana.

Para un hombre que repelía el conflicto y rehuía al trabajo duro como a la peste misma, la tonelada de responsabilidades que se le vino encima fue como un golpe certero en la entrepierna. De la noche a la mañana, se había convertido en el depositario de la ira de los perjudicados por los pésimos manejos financieros de Frederic Walton. Los acreedores y socios de las empresas de Walton le visitaban con frecuencia para exigir sus compensaciones, haciendo vergonzosas filas fuera del despacho de la legendaria finca de Cypress Path, en Kent, donde Bridget lo había instalado. El conde intentaba hacerle entender a aquella riada de mal encarados pedigüeños la difícil situación que atravesaba la familia tras la muerte del marqués, no obstante, no había discurso que apaciguara la urgencia de aquellos hombres, y mucho menos su furia.

El conde había conseguido esquivar puñetazos un par de veces, pero no había salido tan bien librado en otras ocasiones. En su segundo día al frente del menguado imperio Walton, recibió la visita de un hombre vestido de negro, alto y aparentemente inofensivo. El individuo le sacó una pistola nada más se negó a pagar la abultada cuenta del sepelio, que ascendía a una cifra ridícula, a su parecer. El rostro del conde perdió todo color, y fue entonces cuando más odió haberse dejado arrastrar por Bridget hasta aquella trampa. Lo que hizo a continuación, sin embargo, jamás lo hubiera creído posible: se lanzó sobre el funesto grandulón hasta que logró hacerse con el arma, no sin que un balazo estallara a centímetros de su cara y atravesara un cristal de la ventana, alertando al personal de toda la casa.

¡Fue una jodida pesadilla! Especialmente porque aquel lunático con fachas de enterrador le prometió, con los ojos fuera de sus orbitas, que volvería con la intención de recuperar su dinero, mientras un par de criados lo arrastraba hasta la salida.

Era absurdo, se había quejado Brighton todavía con el corazón galopando en el pecho, pero el viejo ni siquiera había dejado para cubrir los gastos de su entierro.

Ahora que tenía completo acceso a toda la información referente al marquesado, incluyendo los asuntos financieros, podía constatar la debacle en la que Walton había sumido su otrora gigantesco imperio.

Una fortuna, que hacía pocos años había sido la envidia de la mayoría de los aristócratas del país, ahora se hallaba desastrosamente mermada, y las deudas contraídas a lo largo de los últimos años amenazaban con tragarse de un bocado el exiguo capital restante.

Después de despedir al administrador, Brighton había revisado a fondo cada uno de los documentos contables, y después de hacer concienzudas cuentas, cotejar información y devanarse los sesos en busca de una explicación para tan repentino descenso, había llegado a una conclusión perturbadora: la hecatombe financiera de Walton era el resultado de al menos tres vidas de excesos: la de Walton, su padre y su abuelo.

No estaba demasiado sorprendido. Se decía que los tres hombres habían sido dandis juerguistas y ególatras y que habían vivido únicamente para el placer. De hecho, Frederic había rehusado casarse y sentar cabeza. Bridget le había contado que, a falta de hijos, el marqués había volcado todo su afecto y protección a su sobrino huérfano y futuro sucesor, lord Sebastian Allington.

Brighton no conseguía entender por qué diantre el último de los Walton había sido tan irresponsable y pasivo, siendo consciente, como estaba seguro, lo era, de que muy pronto aquel castillo de arena de deudas ataviado de oropel se desmoronaría. Entonces pensó que quizá él también tuviera las esperanzas puestas en la destilería John Dowyer. Quizá había llegado a un acuerdo verbal con su industrioso sobrino para inyectar capital a los negocios que un día le heredaría con las ganancias de la destilería.

Tanta maquinación comenzaba a agotar a Brighton, que para su desdicha tenía una mente curiosa y una veta detectivesca que más de una vez le habían metido en problemas. Se recordó que había una única razón para haber aceptado comprometerse con aquel desastre, la de salvar a su hermana y a sus sobrinos de la ruina total. No tenía tiempo para meter las narices donde no debía.

Se recostó en su asiento mientras volvía a mirar en las profundidades de su trago, un whiskey John Dowyer. Si aquel incipiente negocio era tan prometedor como lo creían Bridget y el mismo Frederic, continuaría con su rol de apoderado de Aaron; de lo contrario, terminaría por aconsejar a su hermana que olvidara el asunto y se buscara un marido industrial. Entonces él volvería a su despreocupada vida en la que, si bien no había dinero a manos llenas, a menos nunca le faltaban la aventura, el placer y una relativa seguridad.

Miró a Valentine, el viejo y misterioso sirviente de Cypress Path, que recogía en silencio los platos de la cena.

Haciendo un despliegue de servil lealtad, Valentine había sido el único criado que se había negado en redondo a responder las preguntas de Brighton sobre los asuntos privados del difunto marqués. Brighton había optado por dejar de presionarlo pues, algo le decía que aquel sirviente extremadamente discreto y observador, que había servido a Walton por más de tres décadas, podía serle de utilidad más adelante, pero solo si conseguía ganarse su confianza, lo cual había resultado una tarea árdua.

Podía adivinar que Valentine tenía alrededor de setenta años. Su rostro marchito mostraba pronunciadas arrugas y sendas bolsas azuladas bajo los ojos. Lucía un cabello plateado y abundante, que recogía en una pequeña coleta tras la nuca, y una barba y bigote de náufrago que a primera vista resultaban repelentes. Vestía ropas gastadas, poco adecuadas para el sirviente de confianza de un gran señor, como camisas de batista amarillentas y pantalones de granjero, sujetos con tirantes. Brighton jamás le había visto sonreír, ni le había escuchado decir más de tres frases seguidas, frases que iban acompañadas de una mirada que, si bien no era amenazadora, dejaba patente su descontento hacia la persona del nuevo apoderado.

—Valentine, ¿está muy lejos de aquí la destilería John Dowyer?

—No, lord Westbrooke —contestó el anciano en tono cansino—. De hecho, está bastante cerca. El terreno comienza detrás del granero y se extiende hasta varias hectáreas hasta el río. Se puede llegar a caballo en unos diez minutos.

—He oído que le va bien al negocio. ¿Es cierto que ese whiskey se vende como pan caliente?

—Pues, eso dicen, milord.

—Es jodidamente triste que lord Sebastian y su socio hayan fallecido sin evidenciar el éxito de su destilería, ¿no lo crees?

—Seguro que sí, milord.

Valentine lo exasperaba con sus lacónicas respuestas. Al parecer, trabar una conversación con él era más difícil que apaciguar a los cobradores. En respuesta, el conde se desquitaba azuzándolo con sus comentarios puntiagudos.

—Al final nunca se sabe para quién uno trabaja. Con toda seguridad, la viuda será quien goce de los intereses del negocio… y por supuesto, quienquiera que se convierta en su nuevo marido —Valentine guardó silencio, confirmando una pequeña sospecha que había estado ocupando la mente de Brighton los últimos minutos—. ¿Sabes quién maneja la destilería en ausencia de sus fundadores?

—No estoy seguro, milord. Supongo que el señor Edmund Tate

continúa como administrador.

—Les haré una visita mañana temprano —anunció mientras se ponía de pie, dando su jornada por terminada—. Me gustaría tener el caballo listo después del desayuno.

—Me encargaré de que lo esté, milord.

La propiedad de lord Walton, afincada en las afueras de Rochester, en el condado de Kent, se extendía hacia un terreno fértil pero tristemente ocioso.

Brighton observó que aquellas tierras, que habrían sido las delicias de los campesinos por vocación, parecían el escenario de una batalla. Suelos destruidos por animales salvajes —pero tan nobles que las plantas fructificaban aun sin la intervención del hombre— y otros trozos vírgenes y cubiertos de escabrosidades, conformaban el panorama de Cypress Path. La primera vez que visitó aquellos predios abandonados con la guía de Valentine, había descubierto que la actividad agrícola había decaído hacía muchísimos años, a la sombra de inversiones más prometedoras como la explotación y transporte de minerales en el continente.

Alrededor de la propiedad, las viviendas de los arrendatarios, construidas con piedras y techos de paja, lucían descuidadas; otras, ruinosas y rodeadas de maleza, habían sido abandonadas ante la urgencia de sus ocupantes de hallar nuevas formas de ganarse la vida lejos de aquel escenario de desidia. Nadie podía culparlos.

Más allá de aquel rico y pésimamente aprovechado lote de tierra, Brighton avistó a lo lejos las siluetas de pujantes aldeas, molinos, iglesias, cementerios y pequeñas fábricas que parecían convivir en armonía con la espléndida naturaleza. Kent era conocido como el jardín de Inglaterra, y fuera de la desastrosa obra de Walton, en aquella región parecía hacerle honor a su mote. El otoño había repartido una sucesión de dorados, cobres y rojos a lo largo de los tupidos bosques, que se mecían crepitando con el paso del arrebatado viento.

Brighton se abstuvo de hacer un recorrido por los alrededores de la finca pues, su objetivo de aquella mañana era otro. Su misión más importante recién comenzaba. Tomó con resolución las riendas del fino caballo castrado y se internó en el camino que iniciaba tras el granero, como se lo había indicado Valentine.

Poco a poco, el escenario fue cambiando de forma drástica. Dejado atrás el entorno de desolación de la finca, ahora se divisaba una inmensidad de cultivos de cereal cuya visión se perdía hasta donde la

vista se lo permitía. Una perfecta disposición de rectángulos dorados cubría el terreno en todas direcciones, donde la cebada crecía robusta y libre de plagas bajo un cielo azul brillante. Sin ser un experto, el conde presumía que se avecinaba una espléndida cosecha.

Allington y su socio habían hecho un encomiable trabajo, reconoció mirando entre las altas plantas y atisbando lo que parecía la estructura de un moderno sistema de riego mecánico, de esos que solo abundan en las fincas más prósperas de Inglaterra.

Decidió entonces recorrer el camino entero y espoleó al caballo, ansioso por ver qué otras sorpresas le aguardaban más allá de aquel prometedor cultivo.

Al final del largo sendero, el sol lo encegueció, y se protegió los ojos con la palma de la mano para observar más adelante. Las aguas de un río se desplazaban con fuerza, resonando sobre su lecho de guijarros. Sobre éste se alzaba un puente de piedra de apariencia centenaria que marcaba los lindes entre dos terrenos, uno a cada lado del caudal. En la orilla opuesta, un conjunto de edificios, con techos oblicuos de pizarra, se erigían imponentes. Brighton escudriñó aquellas cuidadas estructuras y contó al menos cuatro grandes bloques, en cuyos techos las chimeneas escupían colosales columnas de hollín que se mezclaban con el característico aroma de la cebada procesada. Había llegado al lugar correcto, se dijo satisfecho.

Ordenó a su caballo a avanzar para echar un vistazo más de cerca. El castrado castaño cruzó el puente con paso ligero, permitiéndole admirar con precisión los alrededores de la destilería.

No bien se internó en los dominios de la John Dowyer, divisó un gigantesco molino hidráulico que brotaba de uno de los costados de una torre tubular, cuya altura equivalía a un edificio de cuatro plantas. Era el mismo molino de la etiqueta de la botella de whiskey, reconoció. La estructura, si bien resultaba un poco arcaica en aquellos tiempos en los que prácticamente toda la maquinaria industrial funcionaba a fuerza de vapor —y donde incluso la electricidad ganaba terreno cada día—, parecía bastante funcional. Podría jurar incluso que el armatoste de estampa añeja no había sido restaurado sino construido recientemente.

Y, de pronto, la visión de aquella estructura recordó a Brighton la manera espantosa en que había muerto lord Sebastian Allington. No había lugar a dudas; era la misma torre desde donde el cuerpo del fabricante de whiskey se había precipitado hasta aterrizar sobre el suelo de piedra.

Decidió desechar la espeluznante imagen que su mente había construido mientras continuaba aproximándose a la fábrica.

Junto a las edificaciones, de dos niveles cada una, estaba posada una hilera de barriles con el blasón de John Dowyer Company. Más allá atisbó lo que parecían las vías de una locomotora de uso doméstico. Desde el interior de los edificios brotaban los sonidos metálicos de las máquinas combinados con las charlas altisonantes de los trabajadores. Brighton se preguntó adónde debía dirigirse para buscar al tal Edmund Tate.

—Baje del caballo ahora mismo.

El conde se volvió ligeramente a su izquierda al percibir el rugido de una voz grave y pendenciera. Ésta pertenecía a un desarrapado obrero que le apuntaba con un rifle. Contuvo una pequeña carcajada pues, era la segunda vez en menos de una semana que alguien le amenazaba con un arma, pero en lugar de reaccionar o acobardarse, se esforzó en actuar como lo haría un caballero de su posición.

—¿Cómo se atreve? ¿Acaso no sabe quién...?

—¡Obedezca, *señorito*! —berreó el obrero al tiempo que otros sucios desastrados comenzaban a salir, no sabía de donde, para rodear al castrado con el ánimo de una manada de lobos—, para que lo sepa este fusil no lanza bendiciones. Y la ley estará de mi lado cuando se sepa que le he disparado por entrar sin permiso a la propiedad de la John Dowyer.

Lejos de amilanarse, el conde se irguió sobre su montura.

—Le exijo que deje de apuntarme.

—¿O qué? ¿Llamará a sus compinches de la Yorker para que le rescaten? —rio con escaso humor, mostrando una hilera de dientes de hiena—. Creo que lo han dejado. Quizá fueron más sensatos que usted y se han tomado en serio las advertencias de mi jefe.

—Me está confundiendo con alguien que no soy —repuso calmadamente.

—¿En serio? ¿Y por qué se escabulló por los sembradíos en lugar de tocar buscar la entrada principal como la gente decente? —el hombre sostuvo el rifle con mayor resolución, y Brighton hizo acopio de toda su frialdad para no mover un solo músculo—. Eso es lo que hacen los ladrones.

Maldito fuera aquel proletario infeliz. Él era un jodido conde y no un ratero de mercado al que cualquier empleado de fábrica pudiera mangonear. Brighton olvidó que estaba siendo apuntando con un arma y se apeó del caballo de un salto. Los otros obreros que lo asediaban, igualmente vestidos con harapos manchados de hollín, dieron un paso atrás, pero no le quitaron las hoscas miradas de encima.

—Cuide sus palabras —gruñó—, porque podrían costarle su trabajo…

Brighton frenó su regañina cuando atisbó a un caballero vestido con un traje color café que brotaba de uno de los edificios. El hombre se acercaba a ellos con paso resoluto y autoritario, así que supuso que se trataba del tal Edmund Tate.

—¿Qué sucede, Ben? —quiso saber.

—Encontré a este hombre merodeando por la fábrica, jefe —escupió el aludido sin desviar la mirada y tampoco el cañón del rifle —. Lo vi desde que cruzó el puente. Apuesto a que viene desde la Yorker.

El hombre, que parecía joven y en cierto modo más refinado que aquella bandada de rapaces, le hizo un gesto al sujeto del rifle para que dejara de apuntar. Éste obedeció a regañadientes y lanzó un escupitajo que estuvo a punto de salpicar las relucientes botas de montar de Brighton. A continuación, el hombre del traje observó al intruso con desconfianza, y entonces el conde comprendió que aquella destilería tenía demasiados enemigos de los que cuidarse.

—Me temo que ha habido una confusión —repuso, rebosante de indulgencia, aun cuando en su interior habría querido soltar una retahíla de improperios—. No sé por qué sus hombres dan por hecho que vengo de… «la Yorker», sea lo que sea eso.

—Desde hace tiempo la gente viene de otros condados a echarle una ojeada a la John Dowyer —decía el hombre mientras lo estudiaba con deliberado rigor—; algunos porque desean comprarla, otros porque quieren saber qué sustancia mágica le ponemos a nuestros caldos. Hay algunos que vienen a ver qué secretos nos roban. No nos culpe si no le damos la mejor bienvenida, caballero, y menos si decide entrar sin antes tocar la puerta.

Brighton echó una mirada arrogante y murmuró burlón:

—Le aseguro que vengo en son de paz.

—Es bueno saberlo. Dígame, ¿a qué debemos el honor?

—Vengo a ver al señor Edmund Tate… por negocios.

—¿Quién le busca?

—Haga el favor de decirle que represento al marquesado de Walton.

Brighton había esperado una reacción distinta por parte de aquel hombre aparentemente más civilizado que el resto, pero lo cierto fue que su expresión se ensombreció más, si cabía. La mirada que le lanzó fue de naturaleza más letal que el propio rifle. Con un gesto despachó

a todos los obreros, excepto al hosco Ben.

—¿Es usted el nuevo marqués?

El aludido soltó una risita burlona.

—El marqués tiene catorce años, así que… no.

El hombre caviló un instante, como si se preguntara qué hacer a continuación.

—No es conmigo con quien debe hablar, señor…

—Brighton Sheffield, conde de Westbrooke —contestó irguiéndose con jactancia—, tío materno de su señoría, y su apoderado en todos los asuntos financieros.

—Mi nombre es Edmund Tate, y administro la John Dowyer. Le preguntaré a…

Tate dejó de hablar cuando algo más adelante consumió su atención. Brighton se volvió para seguir su mirada, topándose con el amplio ventanal de uno de los edificios de piedra, el mismo que había identificado como la administración. Una figura esbelta y oscura —que le aterrorizó a simple vista— se apreciaba tras el cristal. La viuda, reconoció él mientras contemplaba la columna cubierta por un velo negro. La mujer hizo un gesto con su mano enguantada, lo que Tate asumió como una invitación. A Brighton le pareció oír que el administrador rechinaba los dientes.

Tras entregar el caballo a uno de los trabajadores, Brighton fue conducido al interior del edificio, que resultó ser toda una joya. Las oficinas estaban decoradas con buen gusto, predominando un estilo que acoplaba lo industrial y lo clásico con un resultado notable. Las estancias que pudo apreciar tenían aspecto de haber sido remodeladas recientemente, y estaban equipada con mobiliario exquisito de mármol, madera sólida y cuero reluciente.

Ascendieron por una escalera de hierro forjado hasta alcanzar el segundo piso. Brighton esperó a que Tate llamara a la puerta situada al final del corredor, cuyos muros panelados en palo de rosa exhibían fotografías de la instalación de la fábrica. El conde se detuvo a mirar aquellas escenas inmortalizadas con las que se había revestido el muro casi por completo. En una se apreciaba a un joven alto y desgarbado, de mirada tímida y pose retraída, posando junto a los primeros ladrillos de la construcción y una placa. Supuso que se trataba de lord Sebastian Allington. En otra, aparecía el mismo Allington acompañado de su tío Frederic, quien daba parcialmente la espalda a otro muchacho, rubio y despeinado. Presumía que aquel era John Dowyer, quien a todas luces era tan joven como el mismo Sebastian. Al fondo de la fotografía se apreciaba una hilera de gigantescos alambiques de

cobre, los recipientes donde tenía lugar el proceso de destilación del whiskey.

—Lady Esther —sacado bruscamente de su ensimismamiento, Brighton se volvió hacia la viuda, que se hallaba de pie bajo el dintel de la puerta—, este hombre dice llamarse lord Westbrooke y venir en nombre del marqués de Walton… como su apoderado.

El conde se giró para atravesar a Tate con los ojos, pero enseguida regresó a la mujer, menuda y sepulta bajo un tupido velo negro. Se le antojó una escalofriante aparición y por un momento fugaz sintió pena por aquellas mujeres que se veían obligadas a someterse a la tradición de enterrarse en vida solo porque sus maridos se habían ido a la tumba.

—Mis más sinceras condolencias por su pérdida, milady —la saludó con una reverencia correcta.

La mujer, que era toda lobreguez y solemnidad, asintió con la cabeza.

—Milady, ¿desea que me quede a su lado mientras le atiende? —inquirió el administrador. Esta vez, la viuda de lord Sebastian Allington sacudió la cabeza, haciendo que Tate frunciera el ceño. El conde habría querido sonreír por aquel pequeño triunfo, pero era consciente de que no habría sido apropiado, así que se abstuvo—. Muy bien. Estaré cerca, por si me necesita.

Por último, Tate echó una mirada de advertencia a Brighton mientras éste le devolvía una desafiante. De antemano, el conde supo que se llevaría muy mal con aquel subordinado y que, si pretendía ganar la confianza de la viuda, debía tener en cuenta a aquel tipejo que actuaba como su muro de contención.

Por invitación de la dama de negro, se internó en un despacho de muros de palo de rosa, infinitamente más suntuoso que la antesala. Había varias estanterías de libros repletas de volúmenes, sillones modernos, fabricados suntuosos materiales en colores tierra y alfombras de cachemira de enmarañados diseños. Si con aquel derroche de opulencia Allington y compañía buscaban impresionar a sus visitantes, sin duda que lo habían conseguido.

—Así que, lord Westbrooke… —musitó lady Esther, sorprendiéndolo con un tono de voz relajado y amigable—. ¿Qué podemos hacer por usted?

Le señaló un sofá mientras ella misma tomaba asiento con discreta elegancia. Brighton se le unió entre complacido y despistado pues, había esperado un recibimiento mucho más frío, más distante; más aun tratándose de una mujer que hacía unos meses lloraba por el

fallecimiento de su marido.

—Lady Esther —resopló antes de soltar el sensiblero discurso que había improvisado de camino al despacho—, he venido en nombre de mi hermana, lady Balfour y mi sobrino Aaron, el nuevo lord Walton, para cumplir la tarea más extraña, pero quizá la más importante de toda mi vida.

—¿Y cuál es esa? —ronroneó ella.

—La de encargarme del patrimonio de mi sobrino. No es un rol que me hubiera planteado. En realidad, no soy más que el heredero de un condado modesto y poco rentable, pero le seré franco al extremo: ellos son la única familia que me queda y, verá… por ellos haría lo que fuera, sobre todo por Aaron, quien es un niño todavía, un pequeño verdaderamente excepcional, con un enorme potencial para convertirse en un gran marqués algún día. Mi intención es llevar los asuntos financieros de la familia con la mayor diligencia, aun con mis limitaciones.

—Oh, milord —dijo ella con manifiesta dulzura—, estoy segura de que usted es mejor de como se ve a sí mismo. No sea tan modesto. Su hermana es afortunada de tenerlo, igual que su sobrino, claro está. Usted con toda certeza estará a la altura del desafío. No tengo la menor duda.

Brighton sonrió, pero de inmediato reculó, consciente de que se encontraba frente a una viuda reciente y que su gesto podría tomarse como un insulto.

Estaba muy orgulloso de sí mismo pues, milagrosamente, había logrado empatía con la dama de negro. Aquello solo significaba una cosa; que concretar sus planes iba a resultar más sencillo de lo que había anticipado.

—Se lo agradezco mucho. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo.

—Desde ahora sepa que cuenta con mi apoyo y el de la destilería John Dowyer.

Le dio unas palmaditas sobre la mano, sorprendiéndolo.

—Vaya, milady… es usted muy generosa.

—Dígame, lord Westbrooke, ¿su esposa vino con usted a Kent? —quiso saber con un matiz sensual en la voz.

—No tengo conyugue —se hizo una pausa cargada de significado, y Brighton, muy pagado de sí mismo, tuvo ganas de sonreír, y esta vez no se contuvo. Después de todo, la suerte parecía estar sonriéndole—. Lo último que deseo es perturbarla en un momento tan difícil, lady Esther. Siento en verdad la muerte de su marido y permítame

mostrarle mis respetos…

Fue entonces cuando la puerta del despacho se abrió y cerró con un estruendo. Una muchacha ceñuda, ataviada con un vestido de tafetán negro hasta el cuello, entró en el estudio con paso iracundo, provocando que la viuda se levantara como impulsada por un resorte. El mismo Brighton se puso de pie por acto reflejo.

—¿Pero qué demonios te pasa? —rugió la recién llegada taladrando con los ojos a la viuda—. ¿Cómo te atreves?

—¡Oh… querida! ¡Creí que estabas en casa! —lady Esther comenzó a temblar como una hoja bajo la columna de telas oscuras—. Te presento a…

—¡Devuélvemelo! —exigió la otra extendiendo la mano; sus ojos verdes lucían desorbitados y la voz cargada de furia—. ¡No tienes derecho, Mabel! ¿Crees que esto es juego? Ni se te ocurra volver a hacer una tontería como esta o te enviaré directo a Londres en el primer tren.

Brighton tuvo la sensación de que todo comenzaba a suceder demasiado rápido. Miró a las dos damas discutir, desprovisto de reacción.

La mujer con la que había estado charlando amenamente dio un respingo de hastío y se retiró el velo con un movimiento raudo. Entonces su rostro quedó al descubierto, para horror del conde. Era más joven de lo que había anticipado, por lo que siseó una maldición. La muchacha, rubia y bonita, le tendió el lúgubre trozo de tela a la recién llegada, que se lo arrancó, hecha una furia.

—No te pongas así, Esther —bufó con descaro, para irritación de la otra—, o te estallará la cabeza.

¿Esther?, pensó Brighton mientras, incrédulo, paseaba la vista entre ambas mujeres.

—¡Largo de aquí! ¡Hablaremos más tarde con tu madre!

La joven, que no había de tener más de dieciocho años, puso los ojos en blanco y enseguida echó una mirada cómplice a Brighton.

—Perdónela, milord. Ni siquiera estas bienintencionadas bromitas consiguen animarla. Espero que tenga un buen día.

Le dedicó una coqueta reverencia y, resueltamente, dejó la habitación ante la mirada airada de quien, ahora sabía, era la mujer que había venido a ver; la viuda del fundador de la destilería, a quien debía presentar sus respetos.

Brighton pensó que el hombre más estúpido de la tierra se habría desternillado de la risa a costa suya en aquel momento. Lejos de

actuar como un caballero y replantear su discurso, se quedó observando a la muchacha con aciago asombro. Sin ser mucho mayor que la que había intentado suplantarla, poseía un semblante forzadamente firme, como el que asumen aquellos que se ven obligados por el destino a asumir roles transcendentales.

Y aquello, pensó, no hacía más que ensalzar su fina belleza.

Tenía el rostro pequeño y ovalado, y una nariz respingona que denotaba un carácter indomable. Brighton deliraba en demasía por las mujeres temerarias y repelía a las sumisas, por ello prefería como compañeras de cama a las que ya estuvieran casadas pues, aportaban un dulce factor peligro a cada encuentro sexual. Su alma de conquistador vibró en la presencia de aquella joven que, lejos de parecer del tipo que sostenía encuentros furtivos con caballeros de dudosa reputación, tenía algo que le atraía irreparablemente.

Sus ojos eran verde esmeralda, ribeteados con abundantes y bonitas pestañas oscuras. El cabello color caoba, apenas recogido en lo alto de la cabeza por un rodete orgulloso, le hacía pensar en un cálido atardecer. La piel cremosa y perfecta creaba un contraste seductor con el oscuro atuendo de viuda. Pero la boca… santo Dios… la boca era una invitación a pecar. Sus labios tenían la forma y el volumen ideal para descarriar a un hombre. Una tentadora frutilla que le llamaba silenciosamente, tentándolo con la promesa de un sabor sublime.

Pese a ser menuda, sus formas estaban maravillosamente bien proporcionadas, según dejaba ver su entallado traje negro, que terminaba en unas faldas amplias que le hubiera gustado explorar… en circunstancias más felices.

Mientras Brighton la inspeccionaba deliberadamente, lady Esther estaba absorta mirando el velo negro que debería estar usando en presencia de un desconocido, como lo dictaba el decoro. Dados los recientes acontecimientos, aferrarse a él era una estupidez, algo tan inútil como recoger el agua derramada. Él podía sentir su vacilación, aunque todavía ella no le había mirado por primera vez. Después de cavilar lo que le pareció un momento eterno, la viuda puso a un lado el trozo de tela.

—Lord Westbrooke, ¿a qué debemos su visita?

Su tono era firme y su mirada, retadora. La ilusión de conseguir el beneplácito de la mujer de Allington se desvaneció no bien percibió la inquina de aquella mujer.

Bien, pesó él con una rebeldía detonada por la lujuria. Entonces hallaría otro modo de conseguir lo que se proponía.

—Vengo en representación…

—Sí, de lord Walton y lady Balfour. Me lo ha dicho el administrador apenas se dio cuenta de que mi prima estaba jugándonos a todos una broma de pésimo gusto.

—Lamento todo esto. Me siento responsable, lady Esther. Me gustaría que nos sentásemos a conversar, si se siente en condiciones de hacerlo.

Ella accedió. Tomaron asiento lejos de aquella salita, en la formalidad del despacho que se encontraba más allá, donde lady Esther tomó posesión tras un gran escritorio de roble. Curiosamente le recordó a su hermana Bridget, porque le pareció que se esforzaba en llenar el lugar a fuerza de dignidad.

—Lo escucho.

—Como ya sabrá, lord Walton es muy joven, y su madre, quien es mi hermana, es viuda. Me han puesto a cargo del condado hasta que el marqués se haga mayor y tenga la preparación adecuada para hacerse cargo de todos los asuntos relacionados con su título.

—Sí, por supuesto —suavizó su tono—. ¿Cómo están ellos?

—La salud de ambos es estupenda; agradezco su interés. Aunque, naturalmente se encuentran abrumados por el tamaño de la responsabilidad que supone el marquesado. Más aun cuando nos hemos enterado de que están en la ruina —Brighton estudió la expresión de la viuda, pero esta era una máscara de impavidez que lo frustraba mucho más que los largos silencios de Valentine—. Llegué a Kent hace unos pocos días. Estoy poniéndome al corriente del estado de Cypress Path y es mi intención visitar a todos los arrendatarios, conocer sus condiciones, sus necesidades y ver cómo podemos echar adelante esa finca empobrecida por culpa de malos manejos.

—Comprendo. Pero como ya habrá notado, los únicos arrendatarios somos nosotros. El resto ha migrado por necesidad.

—Una decisión sensata. El lugar está hecho un desastre, y ni hablar de las cuentas. Parece que el antiguo marqués no valoraba la tierra y los últimos se dedicó a saquear su propio patrimonio como si se aproximase el fin de los tiempos.

—Ciertamente Frederic Walton no era un administrador ejemplar. Quizá cayó en ciertos excesos…

Brighton sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—¿Ciertos excesos? Pero, lady Esther, hay que ser muy infame para dilapidar una fortuna semejante. Incluso las empresas metalúrgicas están comprometidas, me veré obligado a vender acciones para salir de deudas. Y no solo acciones, las propiedades no vinculadas son los paños tibios de mi familia. Estoy recibiendo tan solo los despojos de

un imperio.

—Pues le deseo suerte, lord Westbrooke —repuso con cierta rudeza —. Ahora, supongo que viene a exigir los tributos de la John Dowyer como alternativa para salir del foso económico.

Su estilo tajante le sorprendió, pero él estaba preparado.

—Esperaba el momento adecuado para hablar de ello, pero ya que usted se me ha adelantado…

—Me gustaría escuchar su propuesta, entonces.

Brighton titubeó. Estaba negado a abordar aquel tema en ese preciso momento, después de un comienzo tan accidentado, así que decidió irse por las ramas.

—Primeramente, quisiera decirle que lamento la muerte de su marido. Creo habérselo dicho al principio de nuestra conversación; al menos, se lo he dicho a su prima mientras intentaba suplantarla — lady Esther permaneció inconmovible—. Aunque no tuve la fortuna de conocerlo, admiro lo que él y su socio hicieron con este lugar. Se dice que el whiskey John Dowyer es todo un éxito en ventas, y no me sorprende, yo mismo he evidenciado su buena calidad y sabor. Sospecho que esta compañía tendrá un crecimiento desproporcionado en los próximos meses y años.

La mirada de la viuda continuaba sin traslucir una sola emoción, un solo pensamiento, así que Brighton se preguntó si lo estaría maldiciendo mentalmente por venir a exigir una tajada de su lucrativo negocio. Era casi seguro que lo estaba haciendo.

—Gracias por sus buenos augurios, milord. Hacemos lo que podemos pese a la mala saña de algunos —le pareció que su tono adquiría un matiz todavía más arisco, si eso era posible— y claro está, los altos impuestos, la dificultad para acceder a los permisos y el asedio de la competencia. El éxito de la John Dowyer ha despertado demasiada envidia y apetitos alrededor. No es algo con lo que nos guste lidiar.

—Ya veo. ¿Está el señor Tate a cargo?

—No, milord. Lo estoy yo. El señor Tate continúa a mis órdenes.

El otro frunció el ceño con rudeza y patente desaprobación.

—¿Cómo? ¿Regenta usted una destilería de whiskey?

—Por más insólito que pueda parecerle, sí —soltó ella, apretando los dientes—. Ante la ausencia de mi marido he decidido asumir yo misma las riendas de la compañía.

—No pretendo ofenderla, milady —Brighton intentó suavizar su tono, pero no había modo de negar lo poco acertado de aquella

posición autoimpuesta; una mujer al frente de una destilería de whiskey, por el amor de Dios—. Pero ¿qué podría saber usted, una viuda joven, sobre llevar un negocio tan… rústico?

Ella compuso una expresión enfurruñada.

—No subestime la competitividad de una mujer para los negocios, milord, podría llevarse una gran sorpresa.

—Pues parece que está usted en lo cierto. Estoy muy sorprendido hasta ahora —concedió misteriosamente, con un tono insolente que le hizo a ella arrugar el ceño. Brighton rio para sus adentros. ¿Acaso era su culpa que la mujercita cayera en provocaciones con semejante facilidad?—. Espero de todo corazón que las cosas sigan yendo bien para la John Dowyer, lady Esther, a pesar de la perspectiva nada esperanzadora de una mujer al frente de una destilería de whiskey.

—Es comprensible su preocupación —concedió ella, que había achicado los ojos hasta convertirlas en dos rendijas verdes de exasperación—, después de todo su único interés es gozar de los beneficios que le corresponden a su familia, ¿no es verdad? Le aseguro que en los meses en que he tenido la empresa a mi cargo no hemos sufrido ningún percance, ni siquiera una caída en nuestra producción. Usted mismo podrá evidenciarlo cuando hojee los balances que de seguro me solicitará.

El tono de la viuda lo irritó, pero Brighton sabía que tenía una ventaja sobre ella, y estaba dispuesto a utilizarla para lograr un buen porcentaje de la John Dowyer. Ninguna viuda altanera y deslenguada lo detendría en su objetivo.

—Oh, tenga por seguro que los solicitaré —siseó él. Se hizo un silencio mientras ambas miradas se medían—. Me he instalado en Cypress Path, así que quizás nos veamos muy seguido. Espero que no sea un abuso solicitar una visita guiada por las instalaciones de la destilería.

—Por supuesto que no. Yo misma le acompañaré afuera.

Se pusieron de pie y, en medio de aquel clima de animosidad, se dirigieron afuera. Brighton casi podía escuchar los dientes de lady Esther rechinar de disgusto. No había sido un primer encuentro amigable, pero él no había esperado otra cosa, para ser franco. Después de todo, había asumido un odioso rol, el de un recaudador de impuestos, y aunque lo había detestado al principio, debía admitir que disfrutaba haciendo enojar a aquella belleza pretenciosa.

¿Realmente se había dado la tarea de dirigir la destilería? ¡Ella, una viuda menuda, casi una mocosa, por todos los santos! Aunque lo había intentado, no podía imaginársela lidiando con los inspectores

gubernamentales, con un ejército de obreros sucios y malhablados o discutiendo con los tracaleros despachadores de mercancías. En mala hora había caído aquella tosca industria en manos de una joven damisela.

Por lo pronto, Brighton estaba impaciente por echar un ojo en sus dominios, valorar la fábrica y dar cuenta del potencial de aquella compañía que podría ser la salvación de Bridget, de Aaron y de él mismo, si jugaba sus piezas con la suficiente inteligencia.

Fuera del edificio se toparon con el administrador, cuyo semblante mostraba agitación y vergüenza a partes iguales.

—Lady Esther, lamento muchísimo…

—No diga nada, señor Tate —lo frenó—. La culpa es enteramente de mi prima, a quien voy a castigar sin compasión apenas regrese a la casa.

Tate asintió con la cabeza.

—¿Está todo bien?

—Lord Westbrooke desea ver la destilería y las bodegas. Le ruego que le acompañe y le muestre todo el lugar. Ayúdele a estar al tanto de la existencia de cada botella y barril en nuestro poder —A continuación, miró a Brighton con saña sin dejar de dirigirse a Tate—, que no se marche de aquí sin estar enterado de todo lo que la John Dowyer posee, así podrá calcular mejor el valor de su botín.

Entonces se dio la vuelta y regresó al edificio administrativo con paso iracundo.

Capítulo 3

Esther no recordaba la última vez que se había enojado tanto. Las manos le temblaban, igual que la mandíbula endurecida, los ojos le escocían, y por primera vez en su vida deseó poder lanzar un golpe contra alguien, de ser posible, contra aquel petulante conde. Lord Westbrooke.

Había venido para intimidarla, y no conforme con ello había cuestionado su capacidad para manejar el negocio, un negocio que había tildado de rústico.

—No me diga, milord —soltó para sí misma mientras iba de un lado a otro por la habitación—. ¡Será rústico, pero usted espera hincarle el diente y sacar cuanto sea posible para llenarse los bolsillos!

Se acercó al ventanal del despacho, desde donde gozaba de una panorámica de toda la fábrica, y le vio avanzar con aquel talante auoritario —como si fuese el mismísimo dueño del lugar— y esa mirada vidriosa que patentaba su avaricia. Si bien había anticipado que la familia del nuevo lord Walton no tardaría en aparecer para exigir sus derechos, creyó más probable que el abogado de la familia, o la propia lady Balfour lo hiciera. Nunca imaginó que el enviado pudiera ser un sujeto tan insolente y fuera de lugar.

El sonido de unos nudillos afanosos golpeando contra la puerta la sacó de sus cavilaciones. Invitó a entrar al visitante, que por la particular cacofonía de su toque podía identificar como la tía Fern.

—Querida Esther, me acabo de enterar… —la hermana menor de su padre se deslizó por el despacho con un ansioso frufrú de faldas—. ¡Qué vergüenza el modo en que ha actuado Mabel, por el amor de Dios! No tengo cara para mirarte.

Mabel, otro dolor de cabeza con el que Esther debía lidiar. De solo pensar en lo estúpida e infantil que había sido, su enfado recrudecía. Era culpa de su prima que no hubiera conseguido adoptar una postura glacial frente aquel extraño pues, la había sacado de sus casillas al intentar suplantarla. La había obligado a mostrarse sin el velo frente al conde ¡por todos los cielos!, cuando ella, como la viuda que era, debía mostrar recato y distancia ante los desconocidos.

—Ya me estoy cansando de las niñerías de Mabel, tía Fern. Entiendo que es joven, que ha de estar aburrida de vivir en una destilería y de guardar luto por quien no era pariente directo suyo, pero no puedo permitir que cometa semejantes abusos en mi propiedad, que irrespete mi luto, que irrespete mi negocio y que se

ponga en ridículo a sí misma delante de un completo extraño.

—Si, sí. Tienes toda la razón, cariño, pero te aseguro que mi hija lo siente mucho. Te aseguro que está muy avergonzada. Es que… todavía es una chiquilla y hace travesuras sin medir las consecuencias.

—No es una chiquilla, tía Fern —sacudió la cabeza con afán pues, a sus diecisiete años Mabel Jennings ya debería haber aprendido cómo funciona el mundo, igual que lo había aprendido Esther—. Debes convencerla de que corrija su comportamiento o tendré que enviarla de vuelta a Londres.

—¡A Londres! —Exclamó la otra con ojos brotados—. Eso no será necesario. Yo me encargaré de reprender a Mabel… pero no nos envíes a Londres. ¿Dónde viviremos, hija? Ya he abusado suficiente de la caridad de tu padre y su esposa después de… Oh. No tengo a nadie a quien recurrir. Tú has sido tan generosa, no quisiera tener que molestarte tanto, pero…

Esther cerró los ojos y suspiró.

Mabel y la tía Fern habían vivido una penosa situación hacía tiempo ya, cuando el segundo esposo de esta última urdió una estafa para despojarlas de todo su dinero. El hombre se había quedado con todo lo que Fern había heredado de su primer marido, y como si fuera poco, con la dote de Mabel. Desde entonces, las dos mujeres habían sobrevivido a punta de la generosidad del padre de Esther, hasta que Myra, su esposa, pareció cansarse de ellas. Myra creyó que Fern y Mabel podían ser buena compañía para Esther y Sebastian, y que Fern podría ayudarla con un eventual embarazo, por ello sugirió que las mujeres fueran a vivir de inmediato con la pareja recién casada.

Esther estaba perfectamente consciente de que Myra solo estaba deshaciéndose del par de mujeres. Así que, sin más alternativa, había accedido a recibirlas en Allington Manor.

A final de cuentas, y pese a su completa desaprobación al carácter de Mabel, Esther agradecía que ella y su madre hubieran venido Kent, de otra manera no habría sido capaz de enfrentar sola la muerte de Sebastian. Fern había sido su sostén, la había consolado y se había hecho responsable de que su periodo de luto fuera cumplido a cabalidad… hasta que la joven decidió abandonar su habitación y asumir el mando de la destilería.

—Está bien, tía. Olvida que he dicho eso.

—Te lo agradezco mucho, tesoro —jadeó la otra mientras se secaba la comisura de un ojo—. Sabes que espero encontrar un buen partido para Mabel, pero has de entender que no es una tarea sencilla. La temporada demanda de una gran inversión con la que no contamos.

Me refiero al vestuario, naturalmente.

—Mientras no madure no lo será lo único de lo que carezca, tía Fern.

La mujer hizo una ligera mueca de disgusto, lo que le permitió a Esther comprender que la había ofendido.

—Oh, tía Fern. No soy yo misma ahora, mucho menos con esa desagradable visita.

—Descuida, tesoro. Me aseguraré de que mi hija aprenda la lección y que te pida perdón a ti y a ese caballero, quienquiera que sea.

—No será necesario, pero confío en que la harás recapacitar.

—Esther… sé que lo de Sebastian —le rodeó los hombros con uno de sus delgados brazos—, que Dios lo tenga en su gloria, aun es muy reciente y que no has dejado de extrañarlo. Yo también sentí el mundo caer sobre mí cuando mi pobre de Ernie nos dejó. Es completamente lógico que te sientas así, pero ¿para qué potenciar tu desazón con los asuntos de la destilería? El señor Tate haría un trabajo excelente por sí mismo, si lo dejaras encargarse de todo.

—Ya te lo he dicho, tía, y no tengo ganas de repetirlo.

—Entiendo que quieras honrar la memoria de tu marido, pero no hace falta discutir con despachadores groseros y empleados haraganes para eso. Eres una dama. Esta compañía te hará envejecer antes de tiempo con tantos problemas. Mira cómo te has puesto con la visita de ese hombre. Apuesto a que es uno de esos ejecutivos de la Yorker que vino para intimidarte.

—Es el apoderado del nuevo lord Walton —tomó asiento, y su tía, perpleja, la imitó—. Vino para reclamar los tributos de la destilería.

—Dios bendito.

—Está inspeccionando la fábrica ahora mismo y supongo que sacando cuentas de cuánto debe pedirnos por funcionar en tierras de su sobrino.

—Es su derecho, ¿no? —dijo Fern prudentemente.

—Sí, lo es —frunció el ceño, pensativa—. Pero presiento que debo estar muy atenta. Ese hombre querrá conocer nuestras debilidades y aprovecharse de ellas para sacar más de lo que le corresponde a lady Balfour y a su hijo. No quiero que me vea como una viuda frágil y desvalida, eso solo lo alentará más.

—Ah, todo sería tan distinto si Sebastian viviera. Tú serías ahora lady Walton y él estaría dedicado a la finca y a la destilería. Aunque estaría tan ocupado tratando de arreglar esa jaula de locos que seguramente tampoco tendría tiempo.

—No me preocupa no ser lady Walton —confesó—. Pero estoy segura de que Sebastian habría hecho bien las cosas en Cypress Path, al menos mejor que el anterior marqués.

—De eso no cabe duda… —la tía Fern se frenó pues, quizá había pillado que no estaba bien hablar de los defectos de los difuntos—. Bueno, hija, pero estarás de acuerdo conmigo en que llegará el momento oportuno en que cedas la dirección de la John Dowyer a alguien que entienda mejor el negocio, que pueda estar permanentemente al timón mientras tú te dedicas a recomponer tu vida.

—¿Qué quieres decir con «recomponer mi vida», tía Fern?

—Vamos, Esther, no me hagas sentir mal por sugerir que tienes el derecho de casarte de nuevo.

—Pero si llevo unos meses como viuda.

—Las viudas también se casan eventualmente. Que la reina Victoria no lo haya hecho no significa que alguien más no pueda…

—Tía Fern, no todos los problemas se resuelven con el matrimonio.

—Los más importantes sí —asintió afanosamente, como si hablara por experiencia propia—. Y nadie te juzgará, hija. Cuando una viuda no puede valerse por sí misma es razonable que recurra al matrimonio. Es cuestión de sobrevivencia.

Esther hubiera querido decirle que ella podía valerse por sí misma, aun más que cuando Sebastian vivía, pero aquello no habría sido apropiado. Tampoco habría servido de mucho pues, la tía Fern tenía muy arraigada la creencia de que una mujer sin marido carecía de valor, de posibilidades… y de esperanzas. Al parecer, y aun después de todas sus malas experiencias, no había aprendido ninguna lección.

—En poco tiempo quizás, cuando aparezca el caballero adecuado, podrías volver a contraer nupcias —continuó la mujer, como si le hubieran dado cuerda—. Sebastian habría querido que te unieras a un hombre que te diera hijos, ¿no es así? Querida, eres muy joven, y que Sebastian y tú no hayan concebido no significa que no estés en capacidad de hacerlo.

Una expresión de desconsuelo se dibujó en el rostro de Esther, y Fern la captó a la perfección. La imprudencia y falta de tacto de su tía para decir ciertas cosas no era algo a lo que se terminara de acostumbrar.

—Bien, voy a ver si la señora Tucker puso a macerar el ciervo —balbució la dama antes de salir disparada por la puerta.

Tras recorrer la destilería y echar un vistazo a las bodegas, los alambiques de cobre, los hornos de carbón, la locomotora y el granero, Brighton tenía más claridad de lo que aquel negocio implicaba. Conoció al maestro destilador, un escocés experimentado, al resto del personal de la planta y recorrió las oficinas sonriendo a cada secretaria que le miraba embelesada.

Embebido como estaba por el magnífico legado de la sociedad Dowyer Allington, apenas fue consciente de la hostilidad del administrador, que respondía sus preguntas a regañadientes y le miraba con hosquedad. El desarrapado que le había apuntado con el rifle lo seguía con ojos que bien podrían competir contra el cañón, pero él se hallaba tan complacido por aquella visita guiada, y con las maravillas que había contemplado, que decidió dejar pasar ese hecho. Los dos químicos, Dowyer y Allington, no solo habían acertado a crear un producto de excelente calidad, sino un sistema de producción fluido, ingenioso y altamente eficiente. Todo era de excelente calidad, por lo que estaba a la vista que la inversión inicial había sido cuantiosa y los empleados parecían altamente calificados.

Al igual que aquel mecanismo impulsado por vapor, su mente trabajaba a toda velocidad, evaluando las posibilidades del negocio.

—¿De dónde ha salido toda esta maquinaria? ¿De Alemania? ¿De América? —quiso saber cuando se halló recorriendo con los ojos las intrincadas tuberías de cobre.

—Todo lo que ve lo ha diseñado el mismísimo señor Dowyer —Brighton emitió un silbido de admiración—; ninguna otra destilería en el país cuenta con un sistema como este, es bastante particular. La fabricación de cada pieza ha estado a cargo de un taller en Liverpool, por supuesto, bajo la supervisión de su creador.

—Entonces era un genio, el viejo.

Tate le miró con reparo.

—No era viejo —masculló—. Dowyer no había cumplido los veintiséis años cuando dejó este mundo —Brighton elevó las cejas con admiración y un leve rastro de lástima—. Pero era un genio, sí, un experto conocedor de las máquinas a vapor. Su abuelo materno era ingeniero y le enseñó su oficio, pero éste eventualmente se dedicó a la química.

—Supongo que la familia Dowyer tiene un porcentaje de las ganancias de la destilería. ¿Tenía padres… esposa… hijos, tal vez?

Tate torció el gesto.

—No tenía familia.

—¿Cómo? —Frunció el ceño—. ¿No tenía a nadie?

—A nadie —dijo Tate con aire misterioso.

Brighton jadeó de asombro, no exento de satisfacción. Ya les echaría un vistazo a los estatutos de la empresa y revisaría la distribución accionaria. Mientras menos involucrados hubiera en aquel negocio, mejor, pensó su lado codicioso, que ahora mismo estaba a flor de piel.

En aquel momento, no consideró por qué un hombre tan joven y talentoso no tenía a nadie con quien compartir la fortuna que había amasado, ni siquiera familiares codiciosos y pedigüeños.

—¿Y qué hay de los enemigos de los que usted hablaba, señor Tate?

—Los últimos meses hemos tenido que lidiar con espías enviados por la competencia, falsos traidores que han querido copiar la fórmula, pero hasta ahora nadie ha acertado en crear algo similar, que yo sepa. Supongo que nadie ha tenido la sapiencia ni el tiempo suficiente para desentrañar el regusto tan particular del John Dowyer. La destilería Mills Yorker está interesada en meter sus tentáculos entre nosotros, su único objetivo es desentrañar los secretos de la John Dowyer. Han ofrecido fortunas por los barriles en maduración, por la fórmula del whiskey, pero ni lord Allington en vida ni lady Esther han aceptado.

Sería una tonta si lo hiciera, dijo Brighton para sí.

—¿Algún otro hostil que deba mencionar, Tate?

Brighton estaba convencido de que Tate estaba conteniéndose. En lugar de una respuesta concreta recibió una mirada afilada, cargada de significado.

—Dígamelo usted, Westbrooke —masculló con frialdad.

El conde le sonrió, negado a montar cólera en aquel momento. Su mente estaba demasiado embotada con ideas que no podía esperar a poner a madurar, como el delicioso whiskey que reposaba dentro de los barriles de madera.

—Le agradezco su gentileza al acompañarme en esta visita —dijo, sarcástico—. Ha sido muy instructivo.

—Lo he hecho porque lady Esther me lo ha pedido.

—Aun así. Más que recabar información sobre la actividad de uno de los arrendatarios de lord Walton, he querido echar un vistazo a este lugar del que me han hablado maravillas, pero ahora veo que cualquier discurso se queda corto. Este lugar es una maravilla —concedió mientras se enfundaba el sombrero de montar antes de marcharse—. Buenas tardes.

—Ella no está sola —la declaración del administrador le hizo

detener sus pasos en seco. Brighton se volvió para mirarlo con una mezcla de asombro y diversión—. No se equivoque, Westbrooke. Lady Esther podrá haber perdido a su esposo, pero en esta fábrica sobra quien esté dispuesto a defenderla a ella y a su negocio.

El conde le lanzó una sonrisa taimada antes de abandonar el lugar.

—Fue un error desde el principio —se lamentaba Edmund Tate más tarde ese día mientras Esther le servía una taza de té—. Sebastian debió comprar tierras o considerar otro condado para plantar su cebada.

—¿Cómo iba a saber lo que sucedería? ¿Cómo iba a anticipar su muerte? —dijo ella con tristeza mientras tomaba asiento.

El administrador suspiró pesadamente. Se hizo un largo silencio en el despacho donde, hasta hacía unos meses, lord Sebastian Allington, desprovisto de avaricia y pretensiones, pero colmado de una obsesiva determinación, había dirigido un negocio de incipiente éxito.

—¿Te das cuenta de lo que implica tener a ese conde posado sobre la destilería como un ave de rapiña?

—Sí, pero no nos queda más alternativa que negociar con él. Las tierras son de su sobrino y nosotros no somos más que sus arrendatarios.

—Deberías dejar que me ocupe de esto, Esther. Westbrooke podría resultar más peligroso que la Yorker, que cualquiera de los enemigos de la John Dowyer. A diferencia de ellos, él tiene derechos y un título que lo respalda. Si quisiera podría echarnos a patadas de Cypress Path y quedarse con todo.

—Eso no pasará.

Edmund lo meditó un momento.

—Quizá tengas razón. Ese señorito de ciudad no sabría qué hacer con una destilería, además de vaciar todas las botellas, pero no parece ser un tonto. Necesita de esta gente, de esta dirección para que el negocio funcione, de lo contrario no será más que una bodega repleta de barriles y un armatoste con tubos. Déjame negociar en tu nombre, Esther.

—Quiero hacerme cargo —la joven le miró con arrojo. Estaba segura de que, si dejaba el asunto en manos de Edmund, que había desarrollado una veta recelosa y territorial que tendía a salirse de control, podría crear una fricción bastante peligrosa con el conde—, pero te prometo que si necesito ayuda recurriré a ti.

—Esther…

—No voy a arruinarlo —le dedicó una mirada que pretendía que fuera tranquilizadora—. Lograré un acuerdo favorable con Westbrooke. Necesito hacerlo.

Edmund asintió, incómodo, pero ella sabía que su administrador y amigo jamás se atrevería a cuestionar sus decisiones.

La amistad que Edmund y Sebastian habían mantenido por años se había extendido a Esther con facilidad. Él era un hombre íntegro, trabajador y conocedor del negocio que había demostrado su lealtad con creces. Aunque muchas destilerías habían osado hacerse con sus servicios y sonsacarle información sobre la John Dowyer, Edmund Tate se había mantenido incólume, del lado de Sebastian. Ella lo estimaba en gran medida; él la persona en quien más confiaba en toda la fábrica.

Esther estaba segura de que, sin Edmund, la destilería ya se habría ido a pique.

—Será como tú digas.

—Gracias —suspiró.

—Por cierto —dijo con una sonrisa cómplice—, ya terminamos de embotellar «la gran carga». Esta misma semana podría estar zarpando a Calais.

—¿Tan pronto?

—Tenemos prisa —alzó las cejas—. Si las cosas con Walton se ponen feas esto podría salvarnos.

Esther asintió, y después se perdió en sus reflexiones.

—A veces me siento culpable, ¿sabes? Creo que no soy merecedora…

—¿De qué hablas?

—John, a quien nunca conocí, diseñó todo el sistema y junto con Sebastian creó el John Dowyer, tuvo la visión y tú moviste cielo y tierra para vender ridículas cantidades de whiskey a la gente más rica del país —se encogió de hombros—. Yo no he hecho más que servirles el té mientras ustedes hacen magia.

Edmund rio.

—Esther, tú eres el alma de este lugar —dijo con ojos que brillaban traspasando su veta profesional, sin que Esther lograra reparar en ello.

Aunque sus palabras eran amables, la joven no las creía. Ella no era tan tonta como para no darse cuenta de que los obreros no estaban contentos con su presencia en la destilería. Podía sentir en sus miradas su escasa fe en ella, su recelo.

—No me asustan las responsabilidades, ni el trabajo duro. Quiero aprender a llevar la destilería, como lo hacía Sebastian. Se lo debo, después de todo.

—Es una carga muy pesada para alguien quien hace unos meses perdió a su marido.

La joven rehuyó a la mirada de Edmund, como si éste pudiese, de algún modo, adivinar la verdad; como si pudiese dar cuenta de los sentimientos tan confusos que llevaban mucho tiempo atormentándola. Siendo tan amigo de su marido, ¿conocería él intimidades de su vida?

—Pues no tengo otra alternativa que reponerme —se limitó a contestar, y después de ello sacudió la cabeza—. Te prometo que llegaremos a un buen arreglo con Westbrooke, ese hombre no será un problema.

Edmund asintió, al tiempo que Esther trataba de convencerse de sus propias palabras.

Mientras meditaba su próximo paso, Brighton se descubrió a sí mismo pensando en la viuda de lord Sebastian Allington.

Sentado frente a una botella de whiskey John Dowyer —de la que apenas había bebido para salvaguardar su lucidez—, le había sorprendido la madrugada. Su plan era perfecto, se decía a medida que lo repasaba mentalmente, una y otra vez, en su afán de atar todos los cabos, de reducir todos los riesgos. Tan solo debía considerar un par de elementos que, si bien eran antagónicos a sus propósitos, se creía capaz de manejar a la perfección.

Y ella era la clave de todo.

Lady Esther.

Honestamente —y a pese a lo vulgar que aquello pudiera sonar—, Brighton jamás habría considerado seducir a una viuda por dinero, pero la oportunidad se le había presentado tan evidente, tan al alcance de su mano que sería un tonto si no la tomase.

Necesitaba dinero, aquello era imposible de negar, pero, aunque no fuera así, ya había sido picado por el bicho de la avaricia nada más poner un pie en la John Dowyer, aquella ridícula mina de oro que funcionaba en las tierras que ahora pertenecían a su sobrino Aaron. De solo calcular el alcance de semejante negocio, las enormes posibilidades de un producto tan exquisito, su mente explotaba de pura lujuria mercantilista. El dueño de la John Dowyer sería inmensamente rico un día… y ese día no estaba muy lejano. Pero si un negocio como aquel caía en manos de una lastimera y blandengue

viuda, corría el riesgo de volverse presa fácil para los estafadores, para los timadores y para la sedienta competencia o, peor aún, de desmoronarse por completo. Y por Dios, que aquello sería una catástrofe.

La mesa estaba servida entonces para él.

Esther era una mujer hermosa, más de lo que Bridget le había asomado, y debía admitir que en aquella primera conversación había quedado prendado de ella. Si Frederic Walton la había escogido para su amado sobrino, debía de estar cuajada de virtudes por descubrir. Una digna marquesa, pensó con ironía, pues la joven no había llegado a ostentar un título que le hiciera justicia. De seguro había sido criada para ser una esposa adorable y obediente, una madre devota.

Se permitió un último trago antes de irse a la cama, que pudo saborear con la satisfacción de quien se sabe en poder de las piezas ganadoras antes de iniciar una partida de cartas.

—Milord, no sabía que seguía aquí.

Valentine, que acababa de entrar en el estudio, interrumpió sus pensamientos.

—Está bien —sonrió—. El sueño aun no me visita.

—Espero que haya llegado sin inconvenientes a la destilería esta mañana.

—Sí. Allington y su socio han creado una verdadera joya —Valentine no dijo nada, solo se limitó a asentir con la cabeza—. También conocí a lady Esther. Me he enterado de que ha asumido el rol de su marido al frente de la destilería. ¿Te imaginas, Valentine? Una viuda regentando una fábrica de whiskey.

—Es un indicio de su carácter.

Brighton alzó las cejas con admiración. Era el discurso tenaz que le había escuchado pronunciar al viejo, usualmente parco y silencioso.

—¿Qué hay en ella, Valentine? ¿Qué es lo que la hace tan especial?

El sirviente alzó los ojos, lanzándole una mirada tozuda.

—Es la nobleza personificada, milord.

—Me gustaría que fueras un poco más extenso en tus respuestas —dijo con más dureza de la que había empleado con él desde su llegada. No podía lidiar ahora mismo con su circunspección—. Dime, ¿qué hace tan especial a lady Esther?

El viejo suspiró, pero Brighton sabía que no había conseguido intimidarlo.

—Ayuda a los arrendatarios que Walton dejó en el limbo, milord.

Les lleva alimentos, medicinas, les provee de sencillos empleos en Allington Manor o en la destilería. Ha tomado bajo su ala a los pobres habitantes de las aldeas.

—Así que es una santa —soltó, rebosando cinismo.

Valentine meditó su próximo comentario.

—Milord, si me permite señalarlo, lady Esther ha sufrido bastante —comenzó a decir, desprovisto de toda emoción visible—. No merece una razón por la cual seguir padeciendo; estoy seguro de que ella no pondrá objeción ante usted en lo que respecta a los tributos a la hacienda.

Y tras lanzar aquella cordial advertencia, se despidió con un lacónico «buenas noches».

Capítulo 4

Esther se apeó de su montura, una hermosa yegua bereber a la que había llamado *Misty,* y desenlazó de la silla la cesta con enseres. La entrada a aquella centenaria vivienda de piedra y techos de paja le causó un acceso de tristeza pues, era poco más que los despojos de un *cottage* que alguna vez había sido muy bonito.

La pobreza y decadencia campeaban en los predios Cypress Path. Sus escasos habitantes se las arreglaban como podían para sobrevivir. Algunos fabricaban y vendían conservas de dudosa calidad en el pueblo; otros, menos afortunados, pedían dinero en las carreteras. Esther sabía de mujeres que se prostituían en los pueblos cercanos y llegó a escuchar la historia de una mujer que había vendido a su hijo más pequeño para alimentar a sus los otros cuatro. De solo recordar aquel relato, contado por la cocinera, una sensación de escozor la recorría.

No podía decir que Frederic Walton había fracasado en su intento de ser un digno señor de aquellas tierras; ello implicaba que lo hubiera intentado siquiera. Su gestión había sido quizá la más negligente de una larga cadena. En ausencia del marqués, la situación de la finca parecía haber empeorado, y Esther, con profunda tristeza, sospechaba que aquellas tierras conocerían días peores.

Tras asegurar el caballo en el sitio de posta de la casa, se acercó a la puerta maniobrando con su pesada ofrenda. No tuvo que tocar pues, Netty que la había visto llegar desde la ventana, corrió a su encuentro.

Netty era una de las madres solteras que habitaban las aldeas de Cypress Path. Se ganaba la vida haciendo la colada para las familias más acomodadas de la zona y ayudando al párroco de la iglesia de Cypress Path durante los servicios; Esther la había conocido en el funeral de Sebastian.

—Lady Esther, por el amor de Dios… qué honor —le saludó con una genuflexión de lo más innecesaria y una expresión de completo asombro.—. ¿Qué es lo que hace aquí?

—Buenos días, Netty —le saludó con una sonrisa—. Me han dicho que su hija acaba de dar a luz. ¡Que bendición más grande! Imagino que necesitará unas cosas…

Netty abrió los ojos desmesuradamente y echó un vistazo a la cesta que la muchacha traía colgada del brazo. Tras ayudarla con la carga y hacerla pasar, le miró al borde del llanto, una emoción que Esther

confundió con gratitud.

—Oh, milady… No me diga que ha traído todo esto para la tonta de Eveline, después de lo que ha hecho. Mire que traer una criatura al mundo con quince años, y sabrá Dios de quien, cuando apenas tenemos para llevarnos a la boca.

—Netty, es un bebé, nada más —repuso, mirándola con incredulidad—. En todo caso, las cosas son para el niño, que no ha pedido nacer.

—Es… una niña.

—¿¡Una niña!? —repitió la viuda, pletórica—. ¡Oh, Dios la bendiga!

La otra mujer se encogió de hombros, ajena a semejante entusiasmo.

—Sí… aunque ya sabe lo que dicen —se encogió de hombros—. De tal palo, tal astilla. Esa será otra tonta, igual que nosotras… y apenas pueda también se abrirá de piernas para traernos otra carga.

La mujer la condujo hasta una minúscula y oscura pieza, a unos pasos de la entrada. Esther se preocupó por la salubridad de aquel sitio donde los malos olores convergían y flotaban ante la imposibilidad de hallar un escape eficiente. Se preguntó si la comadrona había conseguido hacer un buen trabajo al deshacerse de los desechos del parto, y si Netty y su hija tenían una idea de lo que los gérmenes eran.

Al fondo de la pequeña habitación, Eveline, rubia y diminuta, descansaba sobre una cama estrecha, pegada al fondo de una habitación de aspecto infantil. En sus brazos, un bultito se movía incesantemente al tiempo que unos tiernos gemidos brotaban de él. Esther sonrió a la madre, que parecía tener menos de quince años, y ésta le devolvió una sonrisa apagada.

—¿Cómo te sientes? —susurró, adentrándose en la habitación.

—Bien, milady.

—La partera llegó tarde —dijo Netty mientras le acercaba una silla a Esther y la limpiaba compulsivamente, aunque ésta no hubiera conseguido tener un aspecto más limpio—. La niña ya tenía la cabeza afuera, pero no terminaba de salir. Un vistazo a esta miseria y ya parecía querer darse la vuelta y regresar de dondequiera que nos la hubieran enviado. Evie sangraba y gritaba como si estuvieran abriéndola con un machete. Todo el suelo estaba inundado de sangre, y yo sin saber qué hacer…

La viuda se estremeció.

—Oh, Dios mío. Lo bueno es que todo salió bien. ¿Verdad, querida?

La respuesta de Eveline fue una mirada aprensiva.

—¿Ya ves, muchacha tonta? —le reprochó su madre—. Ese es el castigo por abrir las piernas alegremente. Y esto nada más comienza. Ahora tendrás que conseguir un trabajo para alimentar a esta niña, uno donde te dejen tenerla, porque no creas que yo voy a quedarme en casa para cuidártela.

—Todo va a estar bien, Evie —Esther le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Has sido muy valiente. El parto suele ser una experiencia angustiante; no sabes qué esperar y aunque uno tiene las mejores esperanzas, al final no sabes si las cosas saldrán bien…

—Usted qué sabe, si no tiene hijos… —soltó la muchacha.

—¡Eveline! —reprendió Netty a su hija.

—¡Es verdad madre! —replicó la chica inocentemente.

—No, está bien… Yo… —Esther intentó reír, pero el único sonido que logró emitir fue un suspiro tembloroso— no lo digo por experiencia propia. Lo decía por lo que me han contado mis amigas. Lo cierto es que… tú lo has hecho bien. Gracias a Dios.

Evie negó con la cabeza.

—Creí que iba a morirme en el parto, lady Esther —remató lastimera, con la mirada gacha—. Ojalá hubiera sido así.

Esther guardó silencio un momento, aterrada por la sombría declaración de la joven.

—No digas esas cosas, Evie. Tu hija te necesita.

Después de eso, la recién nacida se removió en brazos de su madre, como si secundara la opinión de la visitante. Cuando el extremo de la manta que la cubría se movió ligeramente, una cabecita calva y blanca asomó robando toda la atención de Esther. Evie la descubrió por completo, por petición de Netty.

Era una niña preciosa, regordeta, con las mejillas todavía hinchadas y rosadas. Los ojos cerrados, bordeados por pestañas finísimas y transparentes, eran dos ranuritas imposiblemente hermosas que se curvaban hacia arriba. La nariz, una minúscula bolita, parecía ser herencia de su madre; la boca, con la forma de un pequeño corazón, le arrancó a Esther un suspiro, porque justo en aquel momento emitió un silencioso bostezo, mostrando la lengua y las encías.

Era la bebita más hermosa que había visto nunca. Toda ternura, toda inocencia. Parecía imposible que un ser humano pudiera ser tan pequeño, tan increíblemente dependiente; su vida entera estaba en manos de dos mujeres que no estaban nada contentas con su venida al mundo, como si no fuera ella un milagro maravilloso, un regalo que

parecía vedado para algunas familias.

—¿Le gustaría cargarla? —quiso saber Evie.

La viuda le miró asombrada.

—Yo… Está bien.

Eveline le entregó a la niña, que era tan delicada y ligera que Esther temió hacerle daño con su torpeza. La aceptó con extremo cuidado, acomodándola junto a su pecho, sobre la sencilla manta… y fue como si su corazón también abrazara aquel cuerpecito. El calor que aquella cosita maravillosa emanaba era indescriptible, mágico, pensó mientras le miraba removerse hasta hallar una posición cómoda.

—Parece que le agrada —reconoció Evie, y Esther sonrió por toda respuesta. Estaba demasiado conmovida para hablar, o para despegar la vista de la pequeña.

—Gracias a Dios no llora mucho —dijo Netty con tristeza—. Ha de saber que aquí no hay mucho qué pedir… terminará acostumbrándose, supongo.

—Lady Esther, ¿por qué no está usando su velo?

—¡Evie! —la riño de nuevo su madre.

—¡Pero solo sentía curiosidad, madre!

—Ahora mismo no lo necesito —respondió Esther, que no se había sentido ofendida en lo absoluto; simplemente se hallaba en un estado que le impedía sentir algo que no fuera ternura—. Por favor, mira dentro de la cesta. Le he traído algunas cosas a… ¿qué nombre le has puesto?

—Ninguno todavía —la madre se encogió de hombros con desinterés.

Netty y Eveline abrieron la cesta, que estaba repleta de ropa de una talla minúscula, mantas, guantes y gorritos que la misma Esther había tejido.

—Dios santo. ¿Le ha dado tiempo de tejer todo esto?

—No —rio con nostalgia mientras acunaba a la bebé en sus brazos —. Son unas cosas que tejí con mis amigas hace algún tiempo. Las tenía por ahí, en el fondo de un cajón, olvidadas. Las he mandado a preparar para tu hija.

—No debió molestarse, lady Esther —musitó Evie—. ¡Vaya! Dos regalos en un mismo día. No tenía idea que fueran tan generosos ustedes, los aristócratas.

La viuda levantó la vista de la pequeña y le observó con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—A ese caballero que vino a hacerse cargo de Cypress Path en nombre del marquesito… ¿cómo se llama?

No podía ser cierto. Esther miró a una y otra mujer, presa del asombro.

—¿Lord… Westbrooke?

—El mismo, milady. Esta mañana ha traído algunos víveres en persona —dijo Netty, soñadora, y Esther frunció el ceño pues no asociaba al conde con esa persona a la que las dos mujeres describían.

La conversación tomó otros derroteros.

—Eres bendecida, Evie —le dijo mirándole con repentina seriedad y extrema dulzura—. Tal vez no lo entiendas ahora, pero… algún día lo harás. Con la ayuda de Dios lo harás…

—Gracias, milady.

No sabía si la gratitud de Evie se debía a sus palabras o al regalo que había traído. Esther esperaba que fuera a lo primero. Rogaba a Dios que lo fuera, por el bien de aquella niña.

Al cabo de un momento, la pequeña estaba tan a gusto en brazos de Esther que comenzó a olerla en busca de su pecho, pero al no percibir la cercanía del alimento, rompió en llanto, así que le fue entregada a su madre, quien se encargó de proveerla diligentemente.

Esther se quedó un rato más observando el modo en que la joven e inexperta Eveline alimentaba a su hija. Reconoció en ella un patente instinto protector, —irrevocable añadidura de la naturaleza— y cierta destreza irreflexiva, que le hizo sonreír. Aquel desdén se disiparía pronto, le decía su corazón.

El otoño en Kent, con sus gélidos vientos y asomos de niebla que por instantes sumían el panorama en un manto blancuzco, era algo a lo que Esther no terminaba de acostumbrase. No lo había hecho con Londres, cuyas calles poseían también aquel terrorífico rasgo, y estaba segura de que no lo haría con Kent, el condado que había sido su hogar durante el último tiempo.

Misty la llevó a través de un sendero que se había vuelto impreciso con asombrosa facilidad. La silueta de unos árboles desnudos y brotes de enebro a pocos metros de distancia le permitieron guiarse penosamente por un claro.

No sabía si era el hecho de encontrarse aun tan sentimental lo que le impedía conducirse con fluidez, pero así era, pensó mientras se frotaba los brazos, presa del crudo frío. A decir verdad, se sentía

tocada, convulsionada tras haber cargado a ese pequeño bebé. Echando un vistazo inútil al camino desandado, se preguntó si Netty, Eveline y la niña se hallaban abastecidas de leña y una estufa en buen estado para paliar la llegada del invierno. De inmediato se respondió que sí, pues había visto los troncos apilados fuera de la casa. No tenía de qué preocuparse.

De hecho, no debía hacerlo.

Pero el recuerdo de aquella criaturita aferrada a su pecho vibraba fresco en su mente, en su piel, en su alma, como una huella indisoluble. Había sido el mejor momento que podía recordar en muchos meses, como una gota de lluvia caída sobre un suelo yermo… y su alma la había absorbido hambrienta.

Ahora que había dejado atrás aquella vivienda precaria e insalubre, que atesoraba una bendición con visos de penuria, empezaba a sentir cómo un cúmulo de sentimientos encontrados comenzaba a luchar en su interior. Su propia historia. Una sola mirada al pasado le recordó la pena que, estaba convencida, la acompañaría hasta el final de sus días. El fracaso de su matrimonio, aquel sempiterno silencio, la visita del doctor… la muerte de Sebastian.

Los días más sombríos de toda su existencia.

Su mano trepó por acto reflejo al vientre plano, y un dolor que hubiera deseado que fuera físico —porque quizá así habría sido más tolerable— la poseyó por completo. Cerró los ojos cuando su pecho se contrajo y la tristeza más infinita regresó para atormentarla, para fustigarla como un látigo invisible.

Esther sollozaba, descompuesta, al tiempo que una sola pregunta rondaba su mente. *¿Por qué?* Habría dado lo que fuera por cambiar las cosas, pero ni siquiera estaba segura de qué era lo que debía cambiar.

Se sentía tan sola, tan desesperada.

—¿Le sucede algo?

Su corazón dio un vuelco cuando comprendió que tenía compañía en aquel claro neblinoso. Con las mangas de su chaquetilla de montar, se secó a toda prisa las lágrimas derramadas, temiendo por su aspecto manifiestamente vulnerable. Odiaba pensar que su miseria personal fuera del conocimiento de alguien más.

Su preocupación se transformó en indignación cuando descubrió quién había sido testigo de su desahogo. Tragó saliva con fuerza. Aquel hombre engreído y oportunista se había acercado a caballo sin que ella lo notara, como un monstruo mitológico brotado de la niebla.

—¡No! —se apresuró en contestar—. No, por supuesto que no.

Westbrooke ladeó la cabeza con un leve aire condescendiente y una sonrisa muy mal contenida.

—Oh. Me pareció que estaba llorando.

Esther le dirigió una mirada gélida pues, era evidente que estaba burlándose de ella. Claro que la había visto llorar, sabía Dios desde hacía cuánto, y debía de estar feliz de saber que su contraparte en la negociación era una mujer tan endeble.

—No debería estar sorprendido —fue lo que acertó a decir en medio de su enfado, derrochando sarcasmo—. ¿No es eso lo que las viudas hacemos con más frecuencia?

Westbrooke sacó un prístino pañuelo blanco del bolsillo de su chaqueta de montar y se lo tendió sin decir una palabra. Esther se lo quedó viendo un momento. Sin pretenderlo, recordó aquellos lejanos días de la temporada social en Londres, cuando era una inocente debutante. En ese entonces, había conocido a un sinfín de caballeros como ese que tenía delante; bien parecidos, dotados de un patente aire de suficiencia y la mirada depredadora. Había aprendido a cuidarse de ellos, porque eran del tipo que podía hacer que una mujer perdiese el buen juicio. Al menos eso solían advertir las institutrices.

Aunque el apoderado de lord Walton había venido a ella con otro tipo de intenciones, que distaban mucho de las de aquellos petimetres, la joven reconocía en él ese mismo talante codicioso, cargado de oscuros propósitos. Se recordó que debía tener cuidado y volver a subir la guardia.

Pero no tuvo más remedio que tomar el maldito pañuelo.

—De haberla conocido en otro lugar, en otras circunstancias, jamás hubiera creído que es usted una viuda, lady Esther.

—No suelo llevar mis prendas de luto riguroso cuando visito las aldeas —respondió ella a la defensiva mientras usaba el pañuelo para secarse el rostro, intentando desesperadamente recuperar un ápice de dignidad—. Los niños se asustan… hay gente que piensa que las viudas son de mal augurio; no quiero ahuyentarlos… y mis trabajadores… no se comportan igual delante de una mujer que oculta su rostro detrás de un velo oscuro… y no sé qué hago contándole todo esto que no es de su incumbencia —El conde rio. Una risa ronca y sonora que acentuó su enfado todavía más—. ¿Le parece gracioso?

—Totalmente. De niños, mi hermana y yo también huíamos despavoridos de las viudas… y si me permite el atrevimiento de decirlo, hace bien en no llevar el velo. Sus trabajadores querrán a alguien que los mire a los ojos —luego añadió con solemnidad—: Estoy seguro de que amaba mucho a su marido. Era por él que lloraba,

¿no es así?

Esther destilaba desaprobación y fiera desconfianza.

—¿Qué es lo que hace aquí, Westbrooke?

Hizo avanzar a *Misty* por el sendero, y él la siguió.

—Le recuerdo que estas son las tierras de lord Walton y que es mi deber administrar lo que queda de ellas. Eso implica visitar a sus habitantes, conocer sus necesidades y poner la mente a funcionar para ver cómo arreglamos este desastre que la providencia ha querido legarnos.

—¿A qué se refiere con arreglarlo? ¿Piensa poner las tierras a trabajar de nuevo?

El conde asintió con la cabeza; una cabeza coronada por un flequillo color cobre que brillaba aún en aquel apagado panorama.

—Cypress Path es la única esperanza del marquesado de Walton, y si quiero evitar el hundimiento de la finca y la pobreza de mi familia debo subirme las mangas y ponerme a plantar lo que sea que crezca en estas condenadas tierras.

—¿Usted? —le miró incrédula.

Torció el gesto, arrogante.

—Es un decir.

—Pero… los campesinos se han ido a la ciudad. Todos han dado este lugar por perdido. Necesitará un ejército para cultivar… y luego para mantener los sembradíos. Y no me quiero imaginar cuánta gente se necesitará para cosechar…

—¿Normalmente es usted tan negativa?

—Soy sensata, lord Westbrooke —le miró alzando una ceja—. Este lugar ha estado abandonado por demasiados años… Es difícil pensar que alguien pueda devolverle la vida que una vez tuvo…

—Eso es porque los hombres que han estado a cargo han sido unos mediocres cuya visión ha estado enfocada en las jugosas utilidades de los minerales. Imagino que estará de acuerdo conmigo en que Frederic Walton era lo peor que le sucedió al título.

Esther detestaba el tono petulante de aquel caballero, pero no podía estar más de acuerdo con él. Incluso Sebastian solía quejarse abiertamente de las excentricidades de su tío, de la forma enfermiza en que derrochaba el dinero haciéndose con los objetos más bellos e inútiles que alguna vez habían adornado los corredores de las galerías parisinas. Alguna vez también había criticado el estilo de vida disipado del marqués, a quien podía vérsele públicamente exhibiendo

bellezas prendidas de ambos brazos; bellezas que cambiaban de rostro y voz con escandalosa frecuencia.

—No voy a quitarle la razón —suspiró—. Pero dígame, lord Westbrooke, ¿cómo conseguirá trasformar el legado de miseria de Frederic Walton? ¿Cuál es su plan?

—En los días pasados he hablado con la gente de Cypress Path y de las aldeas vecinas, los he escuchado, he visto el potencial de estas tierras, el cual se pierde de vista, por cierto. Esa gente cree en este lugar, es su hogar después de todo. Lo que más desean es ver la finca productiva, y están dispuestos a empezar de la nada para recuperarlas, a trabajar duro y a levantarlas, si solo alguien les apoyara. Sin ser conocedor, estoy consciente de que recuperar unas tierras de semejante extensión será extremadamente costoso, pero no dudaré en contratar a un equipo de expertos para que hagan una evaluación profunda y empiece a trabajar cuanto antes. Invertiré en la maquinaria más moderna, compraré materiales, capacitaré a la gente… Cuando termine con este lugar apenas podrá reconocerlo —dijo con una sonrisa que develó unos dientes perfectamente blancos; una mirada convincente del color del cielo más claro y despejado.

Esther le miró con asombro.

—Justo lo que Cypress Path necesita.

Habría esperado cualquier cosa de aquel hombre de aire narcisista. Todo, menos que realmente quisiera recuperar Cypress Path a base de trabajo y con una buena estrategia. Había descartado cabalmente que lady Balfour y su familia pudiesen estar interesados en redimir unas tierras por las que nadie apostaba un chelín, que realmente quisieran ayudar a las familias y ganarse el derecho de ostentar uno de los títulos más importantes de la aristocracia británica, así que la intención de lord Westbrooke por recuperar la finca la había dejado perpleja.

—Ofreceré trabajo a la gente del condado —continuó él como un monarca en éxtasis de poder, por lo que Esther se preguntó si realmente habría entendido la dificultad de su empresa— y a todo el que quiera hacer algo útil, incluso contrataré a las mujeres.

La joven abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es una idea estupenda! Las mujeres de Cypress Path son muy capaces —asintió vehemente—; muchas de ellas han tenido que levantar sus familias con poco. Seguro usted mismo lo comprobó al visitar a Netty, una de las ayudantes del pastor Covey. Me dijo que fue esta mañana a su casa a llevarle enseres a su hija recién dada a luz.

Westbrooke volvió a sonreírle, inclinándose hacia adelante.

—¿Pero qué clase de regente sería si no me preocupase por quienes moran en la tierra que administro?

—Parece que tiene grandes planes para Cypress Path.

—Soy un hombre obsesivo con sus propósitos, milady. Cuando me propongo algo suelo ser muy determinado y nada como la idea de la pobreza para motivar a un hombre a superarse a sí mismo.

Esther sonrió sin darse cuenta y él hizo lo mismo.

De repente, la atmosfera de hostilidad cedió, como lo hizo la niebla matutina, despejando la silueta de los campos desnudos, la visión de las sencillas casas en las aldeas cercanas y los árboles cargados de hojas doradas y cobrizas. El viento gélido meció las ramas y desató una llovizna de hojarasca.

—Debo confesarle que me alegra haberla encontrado esta mañana —dijo él mientras continuaban avanzando en dirección a la John Dowyer—. Tenemos una conversación pendiente usted y yo.

—Desde luego —asintió ella, que estaba ansiosa por conocer el monto del arancel que la John Dowyer debía pagar a lord Walton—. Lo mejor es que definamos ese asunto lo antes posible.

—Iba a darme una vuelta por la destilería esta tarde —una sonrisa ladina bailaba en sus labios—. Tenía intenciones de invitarla a cenar a la mansión mañana en la noche, así podríamos discutir el tema de los tributos más cómodamente.

Esther le miró con manifiesto horror.

—Milord, ¡soy una viuda! No es correcto que acuda a la residencia de un caballero que vive sin más compañía que sus sirvientes.

—Y tampoco es correcto pasearse a solas con uno, ¿cuál es la diferencia?

Estaba en lo cierto, ese canalla. En su mundo, las viudas eran mujeres solitarias y estoicas cuya moral debía ser estrictamente protegida. De allí que cubrieran sus rostros con velos negros y que solo se les permitiera salir de casa en casos de fuerza mayor. El único rol que se esperaba que cumplieran era el de llorar por sus maridos muertos hasta que se les fuera la vida. Esther había renunciado a algunos de esos convencionalismos por pura practicidad. Si no fuera por la John Dowyer, ella seguro habría tenido que cumplir un luto riguroso de dos años.

—Es diferente… yo no he podido evitar este encuentro. Y si usted hubiera tenido un poco de tacto se habría limitado a saludarme y seguir de largo.

—No está en mi naturaleza ignorar a una dama en apuros.

La joven le observó, enfurruñada.

—¿Por qué razón, en nombre de Dios, supone que estaba en apuros?

—Estaba llorando —argumentó, y Esther sintió ganas de cerrar los ojos y borrar aquel instante, pero se contuvo. ¡Que espantoso momento para toparse con aquel hombre! —. Pocas cosas me conmueven tanto como ver a una dama hecha un mar de lágrimas. A no ser, claro, que sospeche que me está manipulando.

Ahora su expresión se había teñido de cinismo.

—Y debo suponer que le sucede muy a menudo.

Naturalmente. Un hombre con aquel porte había de tener todo un ejército de mujeres revoloteando a su alrededor, rogando por un poco de atención. Quizás tratando de retenerlo, de lograr su afecto a cualquier coste.

—Más de lo que consideraría sano, pero eso no importa ahora —sacudió la cabeza—. Usted y yo tenemos negocios que deben ser discutidos por el bien de nuestras empresas. Olvide la cena. Si tanto le preocupa, le propongo un desayuno a media mañana en Walton Manor. ¿Qué me dice?

—Lo siento mucho —sacudió la cabeza—, pero no le acompañaré a la mansión. Es un asunto de decencia, milord. Nos reuniremos en mi despacho, cuando usted lo disponga… y en horas diurnas.

Westbrooke se la quedó viendo en silencio; sus ojos azules la valoraban con lo que le pareció una excesiva dureza. Decepción era, quizá, la palabra que mejor describía esa forma de mirarle. La pregunta era, ¿por qué aquello le molestaba tanto?

Maldito fuera.

¿No se suponía que debían mostrarle consideración?

—Lady Esther, usted es la jefa de una destilería de éxito, y esa posición no concuerda con la de una viuda moralista. Sé que está consciente de ello, por eso no lleva velo delante de sus trabajadores, por eso decidió dejarlo a un lado en lugar de ponérselo a toda prisa el día que nos conocimos. No se puede hacer negocios con el rostro cubierto, ni la mente aferrada a un montón de tradiciones caducas inventadas por viejas mojigatas. Tampoco va a conseguir nada atrincherándose en su fábrica; apuesto a que su marido esperaba que fuera usted un poco más diligente para dirigir su negocio.

La mención de Sebastian la irritó sobremanera.

—¿Se atreve a juzgarme?

—Desde luego que no. Estoy recordándole lo que usted ya ha descubierto por su propia cuenta, pero parece que ha olvidado.

Esther se lo pensó fríamente. Era consciente de que su trabajo era procurar lo mejor para la destilería, pero, por otro lado, era reacia a violar tan destempladamente el protocolo de su viudedad. Aquello sería escandaloso y, a decir verdad, desconfiaba de Westbrooke. Era consciente de que él tan solo buscaba llevarla hasta su terreno para intimidarla, para acorralarla; así sería mucho más fácil imponerle condiciones.

—No conseguirá persuadirme de ir a la mansión —sentenció arqueando la espalda—. Lo que tenga que discutir conmigo lo hará en mi despacho.

Él suspiró, irritado.

—De acuerdo, de acuerdo. Es una pena, porque estaba ansioso por mostrarle unos bocetos con ideas para la finca y quería su opinión, pero imagino que no tendría caso —sus ojos brillaron, arrogantes—. Quizá su administrador, el señor Tate esté más versado en interpretarlos. Me pondré en contacto con él para que venga y me dé su impresión, si usted está de acuerdo, por supuesto.

Le había picoteado el orgullo, ese canalla, pero era lo mejor, se dijo Esther apretando las manos alrededor de los estribos.

—Como guste —Westbrooke sonrió, como quien se trae algo entre manos, justo cuando se aproximaban a la residencia que Esther y Sebastian habían compartido durante su permanencia en Kent—. Espero sinceramente que su propuesta sea justa. No somos infinitamente ricos, se lo aseguro.

—Le doy mi palabra de que será un acuerdo en el que ambos nos beneficiaremos.

Allington Manor era una bucólica mansión campestre de piedra y ladrillo, afincada junto al río que la separaba de Cypress Path. Sendos brazos de hiedra trepaban estratégicamente por sus muros y cedían en las ventanas acristaladas, formando un adorable efecto verde sobre la fachada. Aunque parecía ser un tercio del tamaño de Walton Manor, lucía bien cuidada y tenía un aire de elegancia burguesa muy particular. Era digna residencia de un próspero comerciante.

—Es la casa de la etiqueta del John Dowyer, ¿no es verdad?

—Sí. Mi esposo creció en Allington Manor. Amaba esta casa, y ese fue su mejor homenaje.

—¿Y también el viejo molino? —con el dedo señaló la estructura situada junto al río—. No es funcional. Ya lo he averiguado en mi recorrido por la fábrica. Esa cosa es una reliquia, pero la han

mantenido en tan perfecto estado que casi parece que lo sea.

Esther apartó la vista para evitar el edificio en cuestión. Aún no se sentía capaz de mirarlo sin imaginar la tenebrosa caída de Sebastian, el impacto de su cuerpo contra el suelo de piedra. Aquella noche había sido intensa y demasiado dolorosa. Y ella sabía que habría de recordarla siempre.

—Lord Sebastian sentía una afición muy especial por la edad media —dijo sucintamente al tiempo que espoleaba a *Misty*—. No tenía por qué acompañarme a casa.

—Está de camino a Cypress Path; no habría podido evitarlo, aunque lo hubiera intentado.

Estaba a punto de soltarle un comentario malicioso cuando notó que la tía Fern brotaba de la mansión; junto a ella se hallaba su inseparable Mabel. Esther apretó los párpados, consciente de que había sido un error dejar que aquel caballero la acompañara. Como mínimo, la hermana de su padre le soltaría un sermón acerca de la estricta moral de una viuda. Pero en vez de eso, la tía Fern le dirigió una mirada insondable, que después dirigió a la persona de lord Westbrooke, y para su sorpresa, sonrió de oreja a oreja.

Ambas mujeres se pararon firmes, una al lado de la otra, esbozando empalagosas sonrisas de debutantes; entonces Esther cayó en la cuenta de que ninguna de ellas conocía formalmente a lord Westbrooke. Después de descender del caballo con la ayuda del joven mozo, Esther se aclaró la garganta con dificultad.

—Lord Westbrooke, le presento a mi tía, la señora Jennings —la mujer le hizo una perfecta reverencia—, y supongo que ya conoce a la señorita Jennings.

—Señora… señorita, encantado de conocerlas —dijo Westbrooke con una sonrisa deslumbrante que había dejado a ambas mujeres sin palabras, y aquello era mucho qué decir para aquel par de incontinentes verbales—. Le decía a lady Esther, con quien me he topado de pura casualidad de camino a Cypress Path, que encuentro este condado absolutamente fascinante.

—Estoy enteramente de acuerdo con usted, milord —soltó la tía Fern con un alborozo muy poco habitual en ella—. Ejem… salvo por las tierras ociosas, claro está.

—Y la ausencia de entretenimientos decentes —añadió Mabel con un dejo cándido.

—Creo que este lugar tiene un increíble potencial que seguramente usted sabrá aprovechar.

—Cuente con ello, señora Jennings. Ya no veo la hora de

transformar Cypress Path en el lugar productivo que merece ser. Y, señorita Jennings, le aseguro que pronto abundarán las recreaciones.

—Entonces ¿se quedará en Kent? —quiso saber la muchacha, batiendo las pestañas con coquetería.

—Así me lo dictan mis obligaciones como apoderado de lord Walton.

—¡Que maravillosa noticia! —canturreó la chica—. Esther, ¿por qué no invitas a lord Westbrooke a comer como gesto de bienvenida?

—No es apropiado, prima —murmuró la aludida entre dientes. Atravesó a Mabel con una mirada de advertencia—. Recuerdas que estamos de duelo, ¿verdad?

—Pero una inocente comida de bienvenida con este amable caballero no te afectará —terció su tía entre risas, con lo que la viuda quedó anonadada—. La señora Tucker prepara pastel de carne con patatas los jueves. Milord, le aseguro que no he probado otro mejor en ninguna parte, y le he de decir que he viajado bastante. El señor Jennings, que en paz descanse, y yo fuimos…

—Estoy segura de que lord Westbrooke tiene múltiples obligaciones que le impiden acompañarnos a la mesa —interrumpió Esther, temiendo que aquel asunto se le saliera de las manos—. ¿No es cierto, milord?

Le echó al conde una mirada gélida. Si Westbrooke era un auténtico caballero se negaría en redondo, porque era notorio que Esther no lo quería allí.

—Así es, lady Esther… —sonrió—. Aunque no tanto como para despreciar un pastel de carne con patatas.

Capítulo 5

Brighton estaba consciente de que no había tomado el camino más corto hacia el corazón de lady Esther Allington, pero… ¿acaso el camino más corto era el único que podía garantizarle el éxito? Él estaba dispuesto a probar que no era así.

Se sentó a la cabecera de una larga mesa mientras sorteaba la mirada huraña de la viuda e intentaba concentrarse en la perorata de la señora Jennings.

Debía admitir que Esther le había resultado mucho más rígida de lo que había anticipado, y por desgracia, también más fascinante. Por alguna razón, verla llorar en aquel claro, entre cortinas de niebla, le había estremecido; había despertado en él un instinto de protección que hasta aquel instante había permanecido dormido. ¿O había sido su instinto de la oportunidad?

De cualquier manera, sabía que aquellas lágrimas, derramadas cuando creía hallarse sola en el claro, no podían ser fingidas; no buscaban conmover, incomodar o manipular. Eran muestras genuinas de un dolor que no conseguía imaginar. Ahora estaba seguro de que Esther había amado a su marido, que aun lo lloraba a solas y que, si aspiraba a que le olvidase, debía de trabajar duro… y pronto.

—Lord Westbrooke, por favor deme noticias de su adorable hermana… lady Balfour —musitó la señora Jennings mientras servían el vino.

Esther le dedicó a su tía una mirada glacial. A Brighton no le costaba imaginar el motivo: que la hostilidad de Bridget hacia la viuda era recíproca.

—Mi hermana se encuentra bien de salud, igual que lord Walton y sus dos hermanos pequeños, señora. Le agradezco mucho su interés.

—Es admirable cómo usted se ha hecho cargo de los asuntos de su sobrino y hermana, milord. Es decir, como lady Balfour también es viuda —echó una mirada lapidaria a su sobrina—. Apuesto a que todo ese mar de trabajo, más propio de un hombre, la aterrorizó por completo y por eso recurrió a usted.

—La familia es el bien más preciado en la vida de un caballero, más allá de los títulos o la riqueza. Estoy dispuesto a las cosas más inimaginables por mi hermana y mis sobrinos. Así que, aquí me tiene, intentando administrar el legado que Walton les ha dejado… o lo que queda de él.

—Lady Balfour es muy afortunada de tenerle. Y supongo que

Cypress Path ha de ser un reto tremendo, ¿no es así?

Brighton le dio un sorbo a su copa de oporto mientras meditaba la respuesta.

—Para serle franco, lo es, pero me gusta pensar que al fin tendré ocasión de poner en práctica mis aprendizajes en St. Andrew sobre Finanzas —Jennings y su hija adolescente abrieron los ojos, impresionadas.

—Oh, pero si también está muy calificado —concedió la más joven —. Es una auténtica bendición, milord.

—Heredé de mi padre un título sin tierras, así que mi única posibilidad de progresar siempre fue ejercer el oficio para el que me formé u ocupar un curul de bajo perfil en el parlamento. El repentino título de mi sobrino me ha llevado a elegir lo primero —observó a la viuda—. Lady Esther ha sido muy receptiva con mis ideas para la finca y me ha prometido su apoyo, por lo que le estoy muy agradecido.

Esther levantó la mirada de su copa, intacta hasta aquel momento. Su semblante se debatía entre la ansiedad y la más profunda inquina en su contra.

—Todo sea por el bien de la gente de las aldeas —musitó.

La señora Jennings sonrió con ternura.

—Sí, como ya sabrá, nuestra Esther es muy compasiva.

Por supuesto que Brighton lo sabía. Había averiguado muchas cosas sobre ella en sus recorridos por las aldeas de Cypress Path, donde los lugareños la veneraban, las mujeres alababan su belleza y bondad y los niños sonreían cuando se la mencionaba.

Había descubierto que Esther era la persona más bondadosa y admirada de todo el lugar, lo más cercano a la perfección que aquella gente conocía.

—Lleva víveres y ropa a los desposeídos —continuó Jennings con orgullo maternal—, les encuentra trabajos. Recientemente envió una donación de lo más generosa para reparar las casas para el invierno.

—…como una verdadera santa —completó la señorita Jennings con una sonrisa irónica.

—Mabel, compórtate… —la madre la reprendió con un rudo susurro mientras un par de sirvientes comenzaba a servir el primer plato, una sopa de calabaza y jengibre—. Esta familia se toma la caridad muy en serio, milord. Sobre todo, ahora que la compañía está bendecida con tan espectaculares rentas.

—Mi esposo ayudaba a la gente de las aldeas hasta antes de morir… —dijo, como si necesitara recordárselo al resto de los

presentes—. Era lo que hacía mientras lord Walton les daba la espalda.

—Parece que era un hombre ejemplar —murmuró Brighton, imaginando la dificultad que suponía llenar los zapatos de aquel hombre ausente que empezaba a fastidiarlo, Sebastian Allington. Un fantasma.

—Lo era —subrayó ella mirándole con repentina rudeza.

Desde luego que lo había amado, concluyó Brighton, y le molestó saberlo.

De pronto, su mente conjuró una imagen de lo más indeseable, e igual de inevitable. El hombre de la foto, tendido sobre el cuerpo esbelto y delicado de Esther. Ella yacía sobre una cama, con los cabellos desparramados sobre una almohada

¿Qué clase de marido había sido Allington? ¿Había correspondido a su afecto? ¿Había sabido complacerla? ¿Era de los que susurraban sensiblerías en la cama?

Seguro así había sido… ¿Por qué otra razón estaría tan apegada aun?

¿Y qué había visto ella en él? ¿Su talento? ¿Su ingenio? ¿O quizá la promesa de grandes riquezas y un título?

Se sorprendió un segundo más tarde, cuando en su imaginación tomaba el lugar de Allington sobre ella, equilibrando su peso sobre los brazos, y cubriéndola por completo.

—Cuando lleguemos a un acuerdo, lady Esther, la gente de Cypress Path se verá muy beneficiada, igual que la destilería. Como sabrá, una compañía que opera bajo el manto de un título prestigioso tendrá muchas más puertas abiertas que una que solo depende de sí misma.

—Lo mismo que un título empobrecido bajo el paraguas de una fructífera burguesía.

La señora Jennings abrió los ojos con desmesura.

—Es así, milady —asintió Brighton con una sonrisa obsequiosa—. Me alegra que lo comprenda tan bien. Nos necesitamos mutuamente.

—Lo que dice milord tiene mucho sentido, querida Esther —continuó la mujer mayor—. La cobertura de Walton hace más falta que nunca en estas circunstancias. Sebastian, que en paz descanse, dirigió la compañía con mucha pericia. El señor, Dowyer… bueno, no lo conocimos porque cuando Esther contrajo matrimonio con Sebastian, él acababa de fallecer… —precisó—. Bien, nuestro Sebastian consiguió buenas alianzas, supo lidiar con la competencia — se volvió hacia el invitado para hablarle directamente a él—, pero

ahora que nos ha dejado, mi sobrina necesita que alguien vele por la compañía.

—Tía Fern, ya lo hemos discutido hasta la saciedad y te he dicho que soy perfectamente capaz de tomar el mando de la John Dowyer… con la ayuda del señor Tate.

—Sí, querida, ya lo has dicho —murmuró Jennings con escasa convicción—, pero el señor Tate es solo un empleado. Hace falta alguien con más liderazgo.

La muchacha enrojeció de irritación.

Así que su propia familia dudaba que estuviera facultada para dirigir la destilería… Interesante.

Pasado un momento, la comida transcurrió al calor de una charla más trivial, animada por la hija de la señora Jennings, aquella joven que había suplantado a la viuda el día en que Brighton visitó la destilería por primera vez. Mabel era la antítesis de Esther; risueña, jovial y ocurrente, pero tan superficial como podía esperarse de una muchacha de su edad. Aunque era hermosa y tentadora, a Brighton le resultaba predecible y hambrienta de afirmación, como la mayoría de las jóvenes de su edad.

Mabel no perdía ocasión en lanzarle miraditas de soslayo, batirle las pestañas y emplear con él todo un abanico de artimañas femeninas para llamar su atención. Como Brighton era un entendido en el ineludible arte de sortear jovencitas casaderas, no le costó trabajo permanecer impávido.

Esther, por su parte, no había vuelto a pronunciar palabra. Ni siquiera le había vuelto a mirar. Cuando llegó la hora de la despedida, se comportó con frialdad tras pronunciar un forzando «buenas noches». Entonces Brighton supo cuánto en realidad la había ofendido aceptando aquella invitación.

La señora Jennings, por su parte, se encargó de colmarlo de buenos deseos para Cypress Path y su familia, y su hija le regaló una sonrisa cargada de intenciones.

—¡Lord Westbrooke!

Brighton se volvió al escuchar un llamado ferviente a sus espaldas, un momento antes de cruzar la puerta principal. Su esperanza de que fuera Esther se desvaneció en cuanto divisó la figura de Mabel Jennings corriendo a lo largo del hall de entrada.

—Señorita Jennings.

—No le pedí disculpas formalmente por mi inocente travesura del otro día. Verá… estoy muy avergonzada y lo siento muchísimo —se

entretuvo jugando con la punta del tirabuzón que brotaba de su peinado—. Espero no haberle causado muchas molestias con mi prima.

—Ninguna que tenga que lamentar aún… Acepto sus disculpas.

—¿Seguro que no tuvo problemas con ella? —Echó una mirada furtiva a sus espaldas, como si temiera ser escuchada, y bajó su vocecilla de hada retozona al decibel de un susurro—. Esther ha estado muy irritable, y no es que su carácter sea precisamente dulce. En realidad, ella es… bastante explosiva, pero últimamente se está comportando peor que nunca. Hiere a la gente sin necesidad, parece que todos le estorbamos y nos culpa de todas sus desgracias. Y lo peor de todo es que mi madre y yo tenemos que vivir con ella porque no tenemos a nadie más.

—Lady Esther está atravesando un momento muy difícil. La pérdida de un ser amado y la responsabilidad de un incipiente imperio licorero no es poca cosa para una mujer.

—No, no, milord. Créame, incluso antes de la muerte de Sebastian ya se había vuelto arisca, insufrible —suspiró con fuerza, pero sin lograr transmitir sufrimiento, como seguramente había sido su intención—. No sé cómo él la soportó tanto tiempo.

Brighton frunció el ceño y escrutó el rostro de la joven.

—¿Se… refiere a su marido?

—El pobre Sebastian. Todavía pienso en él, apoyado sobre el balaústre de su molino, borracho y triste. No es que lo hubiera visto saltar. Se me eriza la piel de solo pensar lo que pudo sentir… Sabrá Dios cuánto habrá sufrido el pobre.

«¿Saltar?».

Brighton sintió la necesidad de hacer más preguntas, pero incluso un canalla como él era consciente de cuan inapropiado sería, así que se abstuvo.

—Creí que admiraba la bondad de su prima…

Mabel le miró por debajo de las pestañas.

—Lo hago, milord… pero ¿sería posible que Esther estuviese en busca de redención… por algún pequeño pecado?

—¡Mabel! —el llamado de su madre le hizo poner los ojos en blanco—. Deja de distraer a lord Westbrooke, por el amor de Dios… Es hora de tus lecciones.

—Ya voy, madre. Estaba despidiéndome adecuadamente —Y dedicándole una miradita socarrona le susurró—: Espero que consiga lo que busca, milord.

Brighton hizo un movimiento de cabeza para despedirse de la señorita Jennings y, tras tomar su sombrero de la percha, se marchó de la casa Allington. Mientras caminaba hacia las cuadras, donde un mozo le esperaba con su caballo, comenzó a lidiar con un extraño pensamiento, sembrado por aquella muchacha, pero se esforzó en combatirlo.

¿Por qué debería hacer caso a las conjeturas de una chiquilla deslenguada?

—Lord Westbrooke… —Brighton se giró, exhausto, imaginando que Mabel Jennings tenía algo más que añadir a su charla intrigante, pero se detuvo en seco cuando comprendió que era lady Esther quien le llamaba mientras caminaba hacia él a paso decidido—. ¡No creo poder tolerar esto por mucho tiempo! Debe decirme ahora mismo qué es lo que quiere de la John Dowyer.

Se plantó frente a él con los puños apretados a cada lado de la falda de crespón. Su postura era desafiante, igual que la mirada que le dirigía. Pese a que su estatura rozaba apenas los hombros de Brighton, pensó él divertido, la viuda Allington sabía cómo encarar. Y era más hermosa cuando lo hacía.

—Ya se lo dije —soltó él con suavidad—. Cenemos mañana en la mansión…

—Esto no es un juego, Westbrooke. La gente de esta casa, los empleados, los trabajadores… todos dependen de mí y de la destilería. ¿Alguna vez ha sido responsable de alguien aparte de sí mismo?

—Lo estoy siendo en este momento… ¿o es que olvida que estoy a cargo de una hacienda de la que dependen cientos, quizá miles de personas, incluyendo a mi propia familia?

—Entonces está de acuerdo conmigo en que el tributo de la John Dowyer debe definirse cuanto antes. Cuando más pronto fijemos un monto, más pronto podrá poner a trabajar la hacienda, si eso es lo que realmente quiere hacer.

—Es muy dura conmigo, y ni siquiera me conoce —dijo Brighton, que se enorgullecía de su estoicismo—. Estoy convencido de que si nos acercamos un poco las cosas podrán ir bien. ¿Acaso las viudas no pueden tener amigos del género masculino?

—Un verdadero caballero sabría la respuesta a esa pregunta.

Él resopló.

—¿Por qué es tan impaciente?

—Y usted, ¿por qué no me dice de una vez lo que espera sacar de mi fábrica? ¿Qué es lo que pretende? ¿Intimidarme? ¿Ganar tiempo?

Brighton le sostuvo la mirada un instante. Los dos rostros separados por escasos centímetros; los de ella, verdes, ardiendo de furia y los de él, azules, ferozmente concentrados en leer lo que había más allá de aquella inquina cegadora. La cercanía le permitió divisar un racimo de pecas minúsculas en el puente de su pequeña nariz e inhalar su perfume dulzón de rosas almizcleñas de su cuello.

¿Había sido ella igual de tenaz con su difunto marido? ¿Había conseguido él mirar ese rostro y negarle lo que fuera que ella hubiera pedido?

—Diantres, lady Esther —susurró acercándose hasta que sus ojos bizquearon—. Creí que sería más fácil para todos si trabajábamos unidos, como una gran familia.

—No somos familia.

Él reprimió una sonrisa. Aquello último era cierto, gracias al cielo.

—Seré justo —dijo serenamente—. Confíe en mí. Le espero mañana a las ocho en la mansión. Buenas tardes.

Se giró para ir en busca de su caballo, pero Esther continuó hablándole.

—¡No, no me espere! ¡No me espere porque no estaré ahí, Westbrooke!

Ella resopló, frustrada.

—Oh, sí. Sí estarás, preciosa —murmuró para sí mismo cuando el mozo le entregaba el caballo—. Sí estarás —repitió cuando ya no le oía.

Esther no consiguió concentrarse en el trabajo la mañana siguiente. Debía escribir a los proveedores de Londres, atender una cantidad ridícula de pedidos y responder a las cartas de una media docena de grandes compañías que mostraban interés en aliarse con la John Dowyer. Los representantes de algunas de aquellas empresas se deshacían en elogios hacia su ahora muy popular whiskey y se mostraban ansiosos de reunirse con lord Sebastian o su socio para presentar sus propuestas.

Naturalmente, ninguno de ellos estaba al corriente de que los fundadores de la destilería habían fallecido y que ahora los asuntos estaban siendo llevados por una viuda de veintitrés años. La sola idea de explicarle la situación a un montón de desconocidos le fatigaba, le generaba una sensación de desventaja difícil de manejar.

Esther era consciente de que muchos de aquellos empresarios no aceptarían lidiar con una mujer por negocios, como había sucedido

con dos de las principales distribuidoras del país. Todavía recordaba las crueles protestas de aquellos hoscos empresarios cuando Edmund les dejó saber que Esther tenía intenciones de tomar las riendas del negocio de su marido; uno de ellos le preguntó si había perdido la razón, y el otro soltó una risotada —pese a que se hallaban en el funeral de Sebastian—, convencido de que se trataba de una broma del buen Ed.

Aunque Esther se hallaba en la habitación contigua, escuchó toda la conversación. Jamás se había sentido tan menospreciada.

Por suerte, Edmund había conseguido calmar las aguas asumiendo el rol de intermediario ante los distribuidores, y aunque Esther entendía que era lo mejor para la John Dowyer, no pudo evitar sentirse humillada. No era el hecho de que ella fuera una viuda o su falta de experiencia lo que la indisponía ante los ojos de esos hombres; todo se reducía, estaba segura, a que era una mujer.

Su peor debilidad, dirían algunos.

Y como si no tuviera ya demasiado de qué ocuparse, también estaba lord Westbrooke, que insistía en presionarla apareciéndose como un lobo hambriento fuera del gallinero.

Ese día, para su exasperación, había logrado internarse en su territorio haciendo un despliegue de impecables maneras que habían terminado conquistando el favor de la tía Fern, por no mencionar a Mabel, que parecía estar sufriendo de una afección en los ojos debido a aquel pestañeo tan compulsivo.

No tenía dudas de que su tía había cometido la tontería de invitar a Westbrooke a comer con el propósito de vincularlo con Mabel pues, recientemente le había comentado su intención de casarla. Solo por esa razón, Esther no le había reclamado nada.

Tras terminar con dificultad sus responsabilidades en el despacho, dio un par de instrucciones al secretario de Sebastian, y luego decidió marcharse a casa. Descendió por las escaleras del elegante edificio y al salir se despidió de los trabajadores administrativos, que tenían sus oficinas en la planta principal.

De camino a Allington Manor, Esther se vio invadida por los recuerdos de la última conversación con lord Westbrooke, ese sátiro embaucador que pretendía convocarla a una cena a solas, irrespetando su condición de viuda.

Por un momento se preguntó si debería simplemente acudir al encuentro y acabar con aquella inquietud que le producía saber que el negocio se hallaba casi hipotecado al marquesado de Walton. Si aquella misma noche llegaba a un acuerdo con Westbrooke, pensó

mientras recorría la caminería de grava que bordeaba el río, podría tomar decisiones con mayor prontitud y saber a qué atenerse.

Y lo más importante de todo, si las cosas quedaban claras de una vez por todas, la John Dowyer comenzaría a cumplir con sus compromisos, la hacienda comenzaría a producir, y la gente de Cypress Path se vería beneficiada con trabajos, como el mismo Westbrooke lo había mencionado.

Suspiró fuertemente al tiempo que se arrebujaba en su chal negro. Una ráfaga de viento había soplado, barriendo la hojarasca del camino, provocándole un escalofrío. Todo indicaba que tendría que dejar a un lado el recato por un bien mayor, una vez más, y darle el gusto a ese hombre.

Entonces, la figura de Edmund Tate apareció en el panorama. Esther le saludó con una sonrisa que se fue desvaneciendo a medida que tomaba consciencia de su semblante, una mezcla de nerviosismo y preocupación. Rara vez había visto una expresión similar en el rostro del administrador, así que se contagió de su humor cuando éste llegó hasta ella con paso extenuado.

—Has vuelto muy pronto de Dover —observó con seriedad.

—Sí —se aclaró la garganta—. Ven, por favor. Sentémonos.

Edmund la condujo hasta una banqueta cercana, concebida para que quien la ocupara pudiera contemplar el río y el molino.

—¿Qué pasa, Edmund?

—Ha sucedido algo en el viaje —Esther se tensó y esperó en silencio a que continuara; el rostro contrito de Edmund, normalmente muy templado, le decía que se trataba de algo muy serio—. El buque que transportaba las mercancías hacia Calais… Hubo un problema en la travesía… un incendio.

—Oh, Dios mío… —la piel se le erizó y el corazón le dio un vuelco de espanto—. ¿Y la tripulación? ¿Se encuentran bien todos?

—Sí, sí —hizo un gesto tranquilizador con las manos—. Todos fueron rescatados y están con vida. No te preocupes.

—¿Cómo ocurrió esto?

—El capitán ha dicho que estalló una bombona de ácido sulfúrico en la cubierta; que esas cosas suelen pasar, solo que no con frecuencia. Las llamas siguieron hasta la bodega y se propagaron muy rápido por la presencia de alcohol, pero los tripulantes tuvieron tiempo de saltar a agua y salvarse. Gracias a Dios, el barco estaba lo bastante cerca del puerto para que los guardacostas franceses lo avistaran y salieran a rescatarlos… —tragó saliva con dificultad—. La embarcación no tuvo

tanta suerte. Se fue a pique, Esther. Toda la mercancía quedó en el fondo del mar. Treinta mil botellas…

No podía creerlo. El producto de tres años. Aquello era demasiado dinero. La mejor cosecha de la John Dowyer… El esfuerzo de su gente ahora estaba mezclado con el agua salada del mar.

—Edmund, esto es una tragedia… —se puso de pie, desconsolada, y él la imitó con rapidez—. ¿Te das cuenta de que el dinero de esa venta era el que necesitábamos para comprar las tierras del sur y plantar la cebada? ¿Qué haremos ahora? ¡Lo hemos perdido todo!

—¡No digas tal cosa! Recuerda que tenemos un seguro contra accidentes de este tipo. Sebastian lo contrató apenas abrimos.

—Tienes razón, pero… ¿cuánto tardará en reponer todo? ¿Lo repondrá todo, en primer lugar?

—No tienes por qué preocuparte. Yo estaré al frente, como corresponde. Me encargaré de que nos paguen hasta el último penique en el menor tiempo posible, y de que adquiramos ese lote de tierras para plantar —suspiró y después le miró con convicción—. Muy pronto dejaremos este lugar, Esther. ¡Que Westbrooke y su familia consigan a otros imbéciles que trabajen para ellos!

—Gracias, Edmund —susurró ella, todavía abrumada.

Él asintió con la cabeza. Se le veía extenuado y algo aturdido aun, pero seguía firme en sus deberes, como un auténtico líder. Esther fue consciente entonces de cuánto le admiraba, y comprendió el afecto de su esposo hacia aquel amigo fiel y dedicado. Sin duda que, sin él, la empresa y todos sus trabajadores estarían perdidos, así que Esther dio gracias a Dios por su presencia, por su entrega.

—Tienes que firmar un par de papeles. Te los llevaré mañana a primera hora. Yo debo salir hacia Londres en la tarde para presionar a la aseguradora.

—De acuerdo.

—¿Alguna novedad? —preguntó él mientras ponían rumbo a Allington Manor.

—De la destilería ninguna. Westbrooke vino ayer por la tarde.

—¿Ya sabe cuánto quiere quitarnos? —su tono de voz se endureció.

—No ha querido decirme nada aún.

—Pero… ¿qué es lo que pretende?

—Desesperarme, intimidarme…

—Es eso o está cocinando una estrategia para desplumar la compañía —sacudió la cabeza—. No me gusta ese individuo, Esther.

Algo me dice que no va a quedar conforme con nada de lo que podamos ofrecerle. Por eso es que debemos dejar estas tierras, empezar de nuevo en el sur y quitarnos el yugo de Walton.

—Pero eso no va a suceder hasta que recuperemos el dinero que perdimos. La mercancía está en el fondo del mar y estamos a merced de la aseguradora.

Su administrador y amigo suspiró.

—Saldremos de esta, Esther —dijo con una centella de certeza que quizá buscaba solo tranquilizarla—. Qué mal momento para tener que dejar el condado de nuevo. Cómo me gustaría quedarme y ayudarte a lidiar con ese lordcillo ocioso y avaro.

—Cada uno tiene una misión. Yo cumpliré la mía aquí —le miró con afecto—. Te agradezco mucho todo lo que haces, Edmund. Sebastian estaría muy orgulloso de ti.

En la mansión Walton todo estaba dispuesto para la llegada de Esther.

Brighton había puesto en manos de Valentine la selección del menú, de la cubertería fina y de la decoración de la larga mesa de cedro, que por primera vez desde su llegada lucía sendos arreglos florales de invernadero. Con plumeros en mano, las criadas corrían de aquí para allá, cuidando que cada repisa, mesa y candelabro estuvieran relucientes y que los cristales, antes tristes y opacos, ofrecieran una vista nítida y encantadora de los exteriores de la mansión.

¿Y todo para qué? Para que la viuda Allington le dejase plantado.

Cuando Brighton comprendió que Esther ya no vendría a la cita, destapó una botella de John Dowyer, se desanudó la corbata y se retiró a su despacho para beber hasta bien entrada la madrugada. Dejó claro a la servidumbre que no deseaba ser molestado pues, sospechaba que todos ellos se burlaban a sus espaldas y se alegraban de que la joven, que a diferencia de él gozaba de la simpatía de todos los habitantes de la hacienda, lo hubiera despreciado.

Sin embargo, era una extraña sensación la que lo aguijoneaba. Brighton Sheffield no había sabido hasta ahora lo que significaba ser rechazado por una mujer… y ¡maldita sea! Era una patada en el culo, pensaba mientras sorbía el primer trago del líquido amargo y cálido. Más importante aún: el rechazo de Esther le dolía. Le obligaba a ser consciente de cuánto deseaba ver a la mujer, más que a la oportunidad de llenarse los bolsillos con las utilidades de una compañía próspera, cuyo futuro se perdía de vista.

Sí. La deseaba, admitió mientras empinaba la botella y hacía estallar su garganta con el sabor de la bebida.

No sabía ciertamente si su interés se reducía al placer primitivo de borrar todo vestigio de un marido extinto y dejar su marca en ella, o si de verdad lady Esther Allington le importaba en alguna medida… pero le gustaba. Con frecuencia pensaba en aquel encuentro en el claro, entre la espesa niebla. Disfrutaba fantaseando con que la tomaba en sus brazos y la tumbaba sobre la hierba húmeda, donde podía besarla y hurgar bajo sus embrolladas vestimentas de crespón. De solo imaginarlo se ponía duro como el acero.

Quizá fueran el deseo por saborear lo prohibido y de desafiar la ridícula moral femenina los culpables de aquella recién descubierta obstinación. No en vano muchos de su género perdían la cabeza por las viudas, por excelencia, las amantes más fogosas y desinhibidas.

Lo cierto era que no pensaba darse por vencido con lady Esther. Sus planes debían continuar andando, fuera ella Helena de Troya o una vieja flácida y curtida de arrugas. Pero ella continuaba desafiándole, lo que le hacía las cosas mucho más difíciles, por ello estaba obligado a cambiar su estrategia.

Soltó una risotada sarcástica. Sus amistades de Londres se reirían a costa suya por meses si tan solo averiguasen que una viuda enojona le había plantado, aun cuanto él se había esmerado para ofrecerle una velada encantadora y una propuesta de lo más conveniente.

Aquella propuesta debía llegar de otro modo, entonces…

Capítulo 6

Esther no había conseguido dormir la noche anterior. La pérdida de tan formidable cantidad de mercancía en el fondo del mar había desencadenado un sentimiento de desolación que había ahuyentado su paz.

Aquella había sido una carga extremadamente valiosa, que representaba la posibilidad de crear fondos para adquirir nuevas tierras para cultivar, como era el sueño de Edmund, pero la mala fortuna había desecho sus planes con un golpe certero. Así las cosas, la tan anhelada independencia de Cypress Path se percibía lejos en el horizonte.

Lo correcto entonces era explicar a los proveedores por qué no recibirían sus pedidos a tiempo, prepararse para lidiar con las quejas y comenzar a reembolsar dinero a quien lo solicitara. Adicionalmente, la producción debía aumentar para compensar lo perdido y, por si fuera poco, en la mitad del tiempo. Con Edmund fuera del condado por otra semana, las responsabilidades se multiplicaban, el trabajo crecía, y la viuda se exigía al máximo para estar a la altura de las desoladoras circunstancias.

Esa mañana reunió a los trabajadores en el patio a fin de explicarles la situación. Desde luego, todos lamentaron el suceso, pero nadie estuvo de acuerdo en trabajar más del número de horas que Sebastian había establecido como límite en su contratación. Como todos pertenecían a sindicatos y se veían amparados por ellos, se negaron en redondo a aceptar la propuesta de Esther de recuperar la mercancía trabajando horas extras. Ella los comprendía y respetaba su derecho, pero era su deber llegar a un acuerdo que condujera a la recuperación de la destilería.

No fue sencillo para ella tolerar aquellas miradas duras, que delataban opiniones críticas hacia su liderazgo. Estaba segura de que esos hombres rudos, con el rostro tiznado por el trabajo exigente, pensaban que ella era una chiquilla débil, sin la más mínima idea de cómo regentar una destilería, y pese al esfuerzo que ponía todos los días para demostrar lo contrario, estaba convencida de que tenían razón. Algunos se cruzaron de brazos al escuchar su discurso y, cuando Esther acabó, pidieron hablar con Edmund a su regreso de la ciudad.

Al final del día regresó a casa extenuada y con la sensación de cargar sobre su espalda un peso inmenso, para el que no estaba preparada.

—Por todos los santos, Esther —musitó la tía Fern cuando entraba al dormitorio detrás de ella y cerraba la puerta—. Me dijo la señora Tucker que no has probado bocado en todo el día. ¿Acaso quieres enfermar, hija?

—¿Cómo puedo pensar en comida con todo lo que está ocurriendo, tía? —graznó mientras se dejaba desvestir por su doncella personal.

—Amy, ve a traer una bandeja con caldo de pollo para tu señora. Y también algo de pan… y una taza de té —la aludida miró a la viuda y tras recibir el permiso, abandonó la habitación. Fern observó a su sobrina con afectuosa reprobación—. Si empiezas a ponerte mal ya no habrá nadie que vele por la John Dowyer.

La otra rechistó, al tiempo que dejaba que su tía tomara el lugar de la doncella y le ayudara con las ropas.

—Debiste ver cómo me miraban los trabajadores. Estoy segura de que nadie me toma en serio.

—Es natural, cariño. Ninguno de ellos está esperando a que una muchacha les dé órdenes —suspiró mientras le ayudaba a deshacer la columna de botoncitos negros adheridos a una blusa del mismo color —. Este mundo es cruel con nosotras, Esther. Cuando, por cosas del destino, recibimos una cuota de poder, nos convertimos en una amenaza para *ellos*… Me temo que jamás van a perdonarte que seas mujer.

Esther habría respondido afablemente al primer comentario feminista de la tía Fern, pero estaba demasiado agotada para ello, ni siquiera encontraba el ánimo necesario para echar un vistazo la correspondencia, que había depositado sobre el secreter. Temía que aquellas cartas pertenecieran a clientes iracundos.

—Ningún trabajador está dispuesto a trabajar horas extras, aunque les pague más dinero —dijo con tristeza.

—¡Holgazanes! Con todo lo que Sebastian y tú les han dado, esa partida de andrajosos es incapaz de ceder un poco en beneficio de quien les da de comer.

—Tienen derechos —se encogió de hombros—. El caso es que no conseguiré recuperar esa mercancía, tía Fern. Contábamos con el dinero de esa venta, era…

—Lo sé, lo sé, pero angustiarte solo te provocará malestar, querida. Deja que el señor Tate se encargue del asunto.

—Edmund no volverá hasta dentro de una semana… y este es mi trabajo. Si no consigo resolverlo yo nadie más podrá.

—Tal vez pudiéramos llamar a tu padre…

—¡No! —chilló Esther, estremeciendo a su tía con aquella desproporcionada respuesta. Había rechazado la idea nada más cruzó por su cabeza pues, el señor Collins, estaba segura, habría cuestionado cualquier decisión suya, la habría mirado con incluso más censura que los trabajadores de la destilería, y no conforme con ello, habría terminado aconsejándole que se deshiciera de una industria tan vulgar —. De verdad que no hace falta, tía.

La mujer le miró con pesar pues conocía mejor que ella lo intransigente y rígido que podía ser su hermano.

—Esto que ha ocurrido es totalmente nuevo e inesperado. Ni siquiera Sebastian se enfrentó a algo así. No te sientas culpable si la situación te supera, Esther.

La joven dejó pasar el comentario condescendiente. Se había quedado en ropa interior, y se hallaba tan exhausta que no sabía si podría esperar despierta por la comida, pero recogió las cartas del secreter y se dijo que al menos vería los nombres de los remitentes de las cartas. Mañana a primera hora se ocuparía de contestar y volvería a intentar hacer entrar en razón a sus decenas de trabajadores.

Se dejó caer sobre la cama mientras Fern despotricaba contra los empleados de la destilería por su «falta de solidaridad» y contra la clase obrera en general, conformada por una riada de individuos «resentidos y apáticos».

Con gran júbilo, Esther leyó el nombre de Sally, su mejor amiga, en el espacio para remitentes del primer sobre. A continuación, desgarró el papel y devoró las líneas esbozadas con una caligrafía resuelta y elegante. La vivacidad de su amiga era patente, aun en la impersonalidad de la correspondencia.

—Buenas noticias… ¡al fin!

—¿Qué sucede, querida?

—¡Sally viene a visitarnos!

—¡Ay, esa pequeña pícara! ¡Nos caerá de maravilla la compañía de un espíritu alegre como el de la señorita Withfield! ¿Cuándo tendremos el honor?

—En dos semanas.

—Espero que la visita de tu amiga consiga animarte, cielo. Lo necesitas.

—Ya lo creo, tía —musitó mientras rasgaba el segundo sobre, anhelando que llegase el día de volver a ver a Sally y que su optimismo imperecedero la contagiase—. La extraño tanto… igual que a Harmony y a Fanny, pero ya sabes, Sally es mi amiga desde que

éramos unas crías…

Pero entonces, el contenido de la segunda carta le borró la sonrisa por completo. Esther la leyó con un pronunciado ceño fruncido, debatiéndose entre la confusión y una odiosa certeza; y después entre la ira y la indignación.

No, aquello no podía estar sucediendo, se decía mientras negaba con la cabeza presa del temor, de la ira. No podía él ser tan…

Entonces recordó que había estado dispuesta a aceptar sus condiciones y reunirse con él antes de que Edmund le comunicara la noticia del naufragio, pero la conmoción y la preocupación habían borrado de su mente aquella cita. Allí estaba su desagravio. Podía jurar que lo que acababa de leer había sido la determinación detonada por el orgullo aporreado de un conde arrogante… un cretino sin moral.

Dejó la carta, desoyendo las preguntas ansiosas de la tía Fern, y le pidió que la ayudara a vestirse a toda prisa. Por suerte, Amy apareció entonces cargando una bandeja de comida que se quedaría fría sobre la mesilla, así que le ordenó que avisara al mozo de cuadras para que preparara a Misty.

Unos minutos después cabalgaba veloz en dirección a Walton Manor. La noche había absorbido todo el tinte dorado y bronce de los caminos, pero una luna gigantesca proyectaba su reflejo sobre el sendero, guiándola por la extensa hilera de plantas de cebada hacia el contorno de la mansión. Apenas podía pensar durante aquel atolondrado trayecto; sus manos anhelaban cerrarse alrededor de la garganta de aquel miserable que había resultado tan peligroso como Edmund lo había anticipado.

Cuando arribó a la colosal estructura que había sido el orgullo de Frederic Walton y sus ancestros, Esther se apeó de la yegua —con un movimiento brusco y poco usual en ella— y se lanzó a aporrear la puerta de hoja doble con la aldaba dorada que pendía de la boca de un león.

Al cabo de un momento, una de las puertas se abrió.

Un anciano asomó su rostro de entre la negrura del interior.

—Lady Esther… —le saludó Valentine, el viejo mayordomo, con asombro.

—¿Dónde está él, Valentine? —gruñó—. ¿Dónde está ese redomado avaricioso?

La miró de hito en hito, pero en lugar de dejarla esperando hasta poder anunciarla con su señor, como ella creyó que sucedería, le hizo pasar de inmediato, llevándola diligentemente a través de los frugales

espacios de la mansión.

A Esther le costó trabajo creer que la imponente morada de Frederic Walton, decorada con el exquisito gusto de un hombre mundano, hubiera sido reducida a aquella oscura inmensidad. Le sorprendió ver tantos vacíos en donde antes había habido pinturas de afamados artistas y un lujoso mobiliario. Ahora tan solo permanecían los muebles más básicos y aquellos sencillos objetos en los que antes no había reparado. Las esculturas de bronce que habían posado a cada lado de la impresionante escalinata de caracol, y que eran las delicias de los visitantes, habían desaparecido, igual que el formidable reloj de oro sobre la repisa de la chimenea.

Habían ascendido hasta el tercer piso, donde estaban ubicadas las alcobas principales de la familia. Los corredores, antes rebosantes de exquisitos retratos familiares y bustos de mármol procedentes de excavaciones del periodo helenístico, ahora lucían más grandes debido al vacío que habían dejado todos aquellos objetos. El eco de las pisadas de Esther y de Valentine resonaban a través de los pisos desprovistos de alfombras.

El mayordomo llamó a una de las puertas con un tímido *toc toc*.

Tras carraspear educadamente, entró.

—Milord, ha venido…

—¿Cómo te atreves, miserable? —presa de un nuevo estallido de furia, Esther desbarató cualquier formalidad y se adentró al dormitorio de lord Westbrooke sacando el condenado papel del bolsillo de su abrigo—. ¿Cómo te atreves a hacernos esto? ¡En mala hora estas tierras cayeron en tus manos, porque no harás sino arruinarlas!

Westbrooke se puso de pie y se ajustó la cinta que le ataba el batín de seda color azul mediterráneo a la altura de la cintura, dejando sobre un escritorio su copa de brandy.

El brillo de satisfacción en su mirada azul no le pasó por alto, como tampoco lo hicieron sus descaradas fachas. Esther solo había visto a su marido vistiendo una de aquellas prendas tan masculinas y vaporosas, que marcaban el contorno de los hombros y los brazos de un hombre con cada movimiento. Pero Sebastian jamás había sido un apasionado deportista, así que la primera vez que le vio vestido de esa manera no la había impresionado particularmente. El hombre que tenía delante, por el contrario, era la antítesis de aquel marido taciturno e intelectual.

Westbrooke parecía ser un aficionado de la actividad física al aire libre; su bien formada musculatura era palpable bajo aquella tela, y su

piel había adquirido una tonalidad broncínea los últimos días, que se extendía por su rostro hasta la abertura de la bata a la altura del pecho, donde una ligera columna de vello asomaba.

Por Dios, que parecía una auténtica escultura de bronce protegida por una tela antes de su exhibición.

La joven se avergonzó de sí misma por habérsele quedado mirando un instante, casi sin respirar, cuando debería estar golpeándolo.

—Esther, querida… pero si ya han arruinado estas tierras antes que yo llegase —dijo con aire inocente mientras señalaba el espacio alrededor con una palma abierta; la habitación contaba solo con algunos muebles básicos, pero ella estaba segura de que antes de la debacle de Walton, los lujos más inconcebibles habían abundado allí —. Te he esperado por muchas horas y casi perdía la fe en que aparecieras.

—¿Y esta es tu forma de desquitarte conmigo por no presentarme?

Entonces él caminó hasta la puerta y echó el pestillo con un chasquido que caló con fuerza en su cabeza. Esther fue consciente de que Valentine había desaparecido sin hacer el mínimo ruido; quizá Westbrooke sabía que ella vendría echa una furia y el mayordomo había recibido órdenes de llevarla hasta allí cuando sucediera.

De pronto se sintió como una tonta impulsiva; una polilla atrapada en una red.

Tragó saliva y todo su envalentonamiento se vio amenazado por un brote de timidez. Así había querido tenerla, y así la tenía ahora.

—Ya veo que recibiste mi comunicado —dijo con una voz gutural mientras volvía a girarse hacia ella.

—¡Estás demente! —gruñó ella entre dientes—. Tú y tu hermana son unos avariciosos desalmados…

—No, querida. Creí que yo lo era, pero solo soy un hombre práctico que ha sido elegido para una tarea complicada… y que está ansioso por completarla.

—¿Y cuál es esa tarea, Westbrooke? ¿Arruinar el esfuerzo de dos hombres decentes que han ofrecido cientos de empleos a un condado miserable? ¿Conseguir un sustento permanente e inmerecido a punta de atropellos y usura? Apuesto a que nunca has trabajado ni un día en toda tu vida…

Westbrooke se acercó a ella con paso reservado, sin dejar de mirarla con esa mezcla de malicia e inteligencia que la desquiciaba, sin dejar de contener una eterna sonrisa que no estaba segura si era de burla o espontanea diversión. Esther hubiera querido borrársela de

una bofetada, pero ella era una dama, no una moza cualquiera… y, aun así, sabía que no podría contenerse por mucho más tiempo.

—Admito que ha sido una estrategia desesperada para llamar tu atención la que me ha llevado a escribirte esta carta. Por fortuna, he conseguido traerte aquí finalmente, como era mi deseo.

—¡Perfecto! ¡Aquí me tienes! —gruñó ella, que tenía las palmas de las manos adoloridas tanto por el frío que había soportado de camino a la mansión, como por el esfuerzo de apretar los puños fuertemente ante tal despliegue de cinismo—. Ahora dime en mi cara que tú y tu familia merecen el cincuenta por ciento de los ingresos de la John Dowyer. Dímelo para poder abofetearte como tanto deseo.

—Vaya —suspiró mientras se alejaba en dirección a la licorera y servía una copa de brandy—. No era así como imaginaba nuestra noche. Tenía pensado traerte y mostrarte yo mismo la ruina en la que Walton ha caído. Habrás visto seguramente que la mayoría del mobiliario se ha ido. Todo está en manos de nuestros acreedores; la otra parte he tenido que venderla para honrar compromisos —sacudió la cabeza y soltó una risa irónica—. Frederic le debía dinero a tanta gente que asombra que hubiera muerto de un ataque al corazón y no atravesado por la bala de una Land Pattern.

Sacudió la cabeza y caminó hasta Esther con dos copas servidas con el líquido dorado; le ofreció una, pero ella ni siquiera se molestó en rechazarlo. Se quedó de piedra delante de él, odiando que la hubiera envuelto con tanta vileza para traerla hasta sus dominios. Westbrooke se quedó con la copa extendida, y cuando comprendió que ella no le seguiría aquel estúpido juego, la dejó sobre una mesilla.

—Después de mostrarte el cementerio que ahora capitaneo, pensaba servirte una espléndida cena —continuó después de tomar un sorbo—. Porque, a Dios gracias, al menos los alimentos no escasean por aquí. Te habría encantado lo que elegí… o lo que Valentine eligió… lo que sea. Te habría hablado de mi vida, me habría interesado por ti y por tu difunto esposo… y desde luego, me habría interesado por los asuntos de la destilería.

—Y yo no te habría creído una palabra.

—Quizás, pero habría sido sincero de todos modos.

—¿Qué diablos quieres?

El conde se acercó a ella hasta que sus rostros casi se tocaron, pero Esther se mantuvo incólume pues, estaba decidida a no acobardarse. Quería mirar esos ojos viles y codiciosos y demostrarle que no le temía, que estaba dispuesta a defender lo que era justo, el legado de John Dowyer, de Sebastian y el futuro de sus trabajadores.

—No quiero lo que tú crees que quiero —le susurró, con lo que ella percibió en su aliento el aroma del brandy.

—¿Cincuenta por ciento? Jamás permitiría que…

—No, mi querida lady Esther —le interrumpió—. No te he propuesto que nos sufragues el cincuenta por ciento de los ingresos de la John Dowyer. Jamás cometería un atropello semejante, por difícil que te sea creerlo, aunque es lo que he puesto en esa estúpida carta. Solo quería traerte aquí y demostrarte que todo el legado Walton está en la quiebra y que por lo tanto nos necesitamos.

Esther chasqueó la lengua.

—Deberías saber que la John Dowyer está en una situación muy complicada ahora mismo.

—¿Qué sucede?

—El buque que transportaba una carga muy cuantiosa a Europa se fue a pique —el rostro del conde se ensombreció y su frente se partió con una pronunciada y atractiva zanja—. Perdimos mucha mercancía y quizá también la confianza de nuestros mejores clientes. Lamento que la destilería no sea una mina de oro para ti y tu hermana después de todo.

—¿Tienen un seguro?

—¡Por supuesto que lo tenemos! Pero has de saber que eso no es garantía de nada. —apretó los puños nuevamente, esta vez presa de la impaciencia y de los jueguecitos de aquel hombre. Detestó tener que contarle sobre el naufragio del carguero—. ¡Dime lo que quieres! ¿Por qué rayos no me lo dices de una vez?

—Muy bien —asintió fuertemente tras humedecerse los labios con la bebida—. También pensaba hablar de ello en nuestra cena que no tuvo lugar gracias a tu maldita desconfianza. Pero te lo diré aquí, lady Esther.

Se la quedó mirando un instante que le pareció eterno mientras ella esperaba con el corazón en vilo. Sus pupilas destellaban con el fulgor de las lámparas de noche, que dibujaban formas, a veces diabólicas y a veces angelicales, en su bello rostro.

—Mi propuesta es esta: cásate conmigo.

Al principio, ella creyó que se trataba de una broma, pero la firmeza de su mirada le confirmó el horror de lo que pretendía. Esther se quedó sin palabras, por lo que él decidió continuar.

—Escúchame —tomó una generosa bocanada de aire antes de iniciar su discurso—. No soy un ladrón. No pretendo despojarte de lo que tu esposo te ha dejado, aunque también es cierto que, si me lo

propusiera, lo conseguiría. Pero en lugar de eso deseo que establezcamos una alianza que nos haga a ambos más fuertes de cara a las circunstancias que nos ha correspondido vivir. Solo entonces podremos salir adelante. Yo no he pedido convertirme en el perro guardián de un marqués de catorce años y sé que tú jamás imaginaste manejar una destilería y soportar los desplantes de una manada de obreros que deben de considerarte incompetente para el rol. Estamos en igualdad de condiciones. Pero ambos tenemos algo que el otro necesita. Sin importar lo vulgar que suene esto; necesito del dinero de la John Dowyer para levantar la hacienda. Tú necesitas a tu lado una ruda figura masculina que pueda lidiar con todo lo que implica tu negocio, incluyendo esta reciente contingencia de la que me has hablado. El paraguas de mi título, aunque no sea el más prestigioso, puede cubrirte, y el de Walton abrirá puertas y creará una coraza que ni la competencia, ni todo el que busque hacerle daño a la John Dowyer podrá socavar. Como marido y mujer levantaríamos un imperio. ¿No crees que sería una alianza perfecta?

Tras terminar, el conde dio un sorbo largo a su bebida y depositó la copa vacía sobre la mesilla. Ella lo había escuchado en silencio, con la cabeza revuelta.

—¿Planeaste esto con tu hermana antes de venir a Kent o solo se te ocurrió en el camino? —dijo al cabo de un minuto.

—Bridget no tiene idea de esto —suspiró—. Y no estoy tratando de defenderla, pero estoy convencido de que, conociéndome, ni siquiera se le pasó por la mente que el matrimonio fuera una opción para mí. ¡Esther, por el amor de Dios, tiene sentido lo que estoy presentándote!

—¡Por supuesto que no lo tiene! —soltó una risa sin aire, porque lo consideró por un segundo, y le pareció la insensatez más gigantesca que podría cometer—. Eso dejaría a la John Dowyer en tus manos. ¡*Yo* estaría en tus manos! ¡Jamás nos encontraríamos en igualdad de condiciones de acuerdo con las leyes! ¿Qué te hace pensar que puedo otorgarte semejante voto de confianza? ¡Es como… es como poner a un buitre a cuidar una mesa de alimentos!

Westbrooke rio con sorna.

—Vaya, me has comparado con un buitre.

—¡Eso es lo que he hecho!

—Comprendo tus reservas —dijo él comedidamente—. No hemos tenido un buen comienzo. Sin embargo, te aseguro que no me conoces, Esther. Me siento comprometido a hacer esto por mi familia… y también lo haré por ti si así lo deseas —Ella le lanzó una mirada ponzoñosa, cargada de incredulidad, de rabia—. El imperio incipiente que creó tu marido, lord Sebastian Allington, crecerá en mis

manos. Será de los dos. Cuento con el conocimiento y la voluntad para conseguirlo, me haré de las alianzas necesarias, contrataré a los asesores más capacitados, manejaré las finanzas del negocio, lo cual es mi especialidad. Haremos algo bueno… tú y yo.

La viuda negó con la cabeza, incapaz de hallarle sentido a la charla del conde.

—No.

—Mucha gente depende de nosotros; la gente de las aldeas necesita empleos permanentes. Para poder proporcionárselos hace falta inyectar capital a Cypress Path. Esa gente te adora, te admira; pude corroborarlo en mis visitas. Acostumbras a ayudarlos, pero no haces sino paliar sus necesidades con enseres, porque ellos no son tu responsabilidad. Lo serían si te conviertes en lady Westbrooke, entonces podrás construirles casas, sacarlos de la miseria, darles la tierra para que la trabajen, como los arrendatarios que deberían haber sido siempre…

—¡Quieres usarme! —gritó, presa del desespero, porque sabía que estaba aprovechándose de su preocupación por la gente de las aldeas; quería apelar a su buen corazón para conseguir su objetivo, ese miserable.

—Nos usaríamos mutuamente para nuestros propósitos. ¿No es ese el espíritu de un auténtico matrimonio inglés? —expresó alzando una ceja castaña mientras volvía a servirse una copa.

—Esto es… es la estupidez más grande que pudo ocurrírsele —furiosa comenzó a caminar de un lado a otro por el dormitorio—. ¿Yo… casada con usted para dejar la John Dowyer en sus manos? ¿Cómo pretende que acepte eso? ¿Por quién me toma, Westbrooke? Si quiere el cincuenta por ciento de la destilería, se lo daré; es ciertamente preferible que acceder a esa locura. Se equivoca si piensa que yo soy una moneda de cambio para conseguir una fuente de financiamiento…

Westbrooke dejó la copa y avanzó hacia ella con astucia y resolución felina. Inconscientemente, Esther retrocedió un par de pasos hasta que su espalda colisionó con un muro y su cuerpo se encontró peligrosamente próximo al de aquel conde embaucador.

Con todos los músculos en tensión, se preguntó a dónde había ido a parar todo su arrojo. Brighton Sheffield la había acorralado sin que apenas pudiera hacer nada; sus manos en puños sujetando los antebrazos sin hacerle daño, pero con la firmeza que bastaba para mantenerla bajo control.

—Claro que no eres una moneda de cambio —siseó al tiempo que

devoraba la visión de lo que tenía delante; su boca un poco temblorosa, su mentón y después bajaba por el cuello con algo que podía identificar como anhelo—. Ni una carga, ni un sacrificio. Eres una mujer hermosa, Esther…

El pulso de Esther reaccionó a la escandalosa cercanía, y también lo hizo su piel, para desgracia. El contacto de Westbrooke era cálido y sedoso, y su olor, una mezcla extraña de madera, pasto recién cortado y sol. No recordaba el aroma de Sebastian; ni siquiera estaba segura de que él hubiera tenido un olor característico.

—A decir verdad, creo que disfrutaría terriblemente que fueras mía… —Ella abrió los ojos desmesuradamente; la sorpresa de aquella escandalosa declaración la había atontado—. Vamos, Esther. No seas testaruda. ¿Tan repugnante encuentras la idea de ser mi esposa y compartir mi cama?

—¿Pretendes que yo comparta tu cama? —la voz le temblaba.

—¡Desde luego! Seríamos un matrimonio… con todo lo que ello implica —susurró—. Es un punto innegociable.

Esther no conseguía creerse aquello. Se hallaba en el escasamente iluminado dormitorio del diablo en persona, atrapada entre un muro y su cuerpo poderoso, hablando de matrimonio. Era la noche más surrealista de su vida.

—Así que quieres mi empresa, mi cuerpo… ¿qué más? —gruñó.

Westbrooke dejó correr por sus labios una sonrisa ladina, esos labios que cuando hablaban le enviaban el cálido aroma del brandy.

—Ya que te has tomado la molestia de considerarlo, no estaría mal dejar sentado que tengo intenciones de algún día concebir un heredero.

El corazón le dio un vuelco, al punto que podía jurar que se produjo un crujido en su interior. Aquello le permitió reunir la fuerza que precisaba para zafarse de él. Se alejó hasta el otro extremo de la habitación, esperando que los latidos desbocados que golpeaban contra su pecho no fueran perceptibles para él. Cerró los ojos intentando aferrarse a su frialdad y volver a la realidad, porque estaba convencida de que aquello nunca sucedería. Jamás se casaría con aquel hombre, jamás dejaría en manos tan codiciosas el patrimonio de Sebastian.

—No quiero volver a oír de este asunto. Le exijo me haga una propuesta seria.

—Esto es lo más serio que puedo proponerte.

—¡Me niego, Westbrooke! ¡No me casaré con usted! Debe haber

otro modo de que saque Cypress Path del hueco donde ha caído.

—¡No lo hay! —su grito estremeció la estancia hasta los pisos inferiores.

—Entonces tendrá que acostumbrarte a la pobreza, milord. La gente de Cypress Path no quedará desamparada, si eso realmente le importa; la destilería seguirá apoyándolos… apenas supere estos malos momentos.

—¿Qué te impide ver lo beneficioso de todo esto? ¿Le has jurado a la tumba de tu marido que jamás permitirás que otro te toque? ¿Es eso?

—¡Si así fuera no sería de su incumbencia!

—Piénsalo, al menos.

—No tengo nada que pensar.

Westbrooke asintió con la cabeza mientras le miraba con un brillo peligroso en sus ojos azules, como una diabólica resolución de la que ella no había anticipado.

—Te dejaré algo en lo que pensar.

Entonces se abalanzó sobre ella, clavando los labios en los suyos. Fue un beso rudo, virulento y extrañamente suave y profundo al mismo tiempo. Esther se abrazó a su propia frialdad mientras procesaba aquella singular invasión. Westbrooke era un seductor nato, un hombre que sabía cómo doblegar a una mujer, y ahora lo estaba demostrando en su persona; su boca se movió sobre la de ella con caricias firmes y provocadoras hasta que consiguió que Esther separara los labios y dejara que su lengua se escabullese en su interior.

Había sido una suerte de ensalmo, y en mala hora ella lo permitió, porque había abandonado sus defensas y ahora se encontraba tan relajada que le parecía estar recibiéndolo de buena gana. Abrió los ojos, que había mantenido fuertemente cerrados durante todo aquel beso, y lo que vio hizo tambalear sus barreras. Westbrooke tenía los suyos cerrados; las pestañas formando un precioso abanico de sombras sobre su piel dorada, y una placentera armonía dominaba sus facciones.

Y maldito fuera, porque había sido la imagen más hermosa, más erótica que había contemplado jamás.

Su beso había mutado en un reguero de cortos besitos sobre su boca. Westbrooke sujetó el rostro de Esther con extrema delicadeza mientras se afanaba en su mandíbula y seguidamente alcanzaba su oído.

—Juro que ser mi esposa te traerá un placer inconcebible —susurró

contra su oreja, estremeciéndola—. ¿No quieres probarme?

Esther se apartó como pudo, batallando para recobrar la cordura. Él no se lo impidió, pero se quedó frente a ella, librando una lucha propia para regular su respiración. Todavía con los labios hinchados por los besos y avergonzada por la forma en que había reaccionado a lo que debería haber considerado un ultraje, Esther hizo lo único que una mujer decente —una viuda, más concretamente—, podía hacer.

Lo abofeteó lo más fuerte que pudo, con lo que un ardor intenso se extendió por toda la palma de su mano, al tiempo que sus articulaciones se estremecían. Esther no había comprendido hasta ese momento las implicaciones de soltar una bofetada a un caballero, como había visto en las obras teatrales o como lo describían en la literatura. Aquella aparentemente simple acción parecía dolerle más a ella que a su ofensor.

Westbrooke apenas reaccionó al golpe, y se limitó a mirarla con una mezcla de reproche y preocupación.

—Déjame ver esa mano.

Ella sacudió la cabeza, aferrada a su orgullo.

—¡En mala hora viniste a Kent! Estoy segura de que habría sido mejor lidiar con lady Balfour que contigo —masculló alejándose en dirección a la puerta; destrabó el cerrojo, la abrió y salió de allí sin mirar atrás.

—Lo dudo mucho, dado que no conoces ni una pizca lo diabólica que puede ser mi hermana —dijo mientras la seguía de cerca.

En el corredor, mientras discutían a gritos, se toparon con media docena de criados con rostros nerviosos, que se esforzaban en vano en parecer ocupados. Ninguno de los dos reparó en ellos.

Esther solo vio a Valentine, que esperaba junto a la puerta de salida mientras la escrutaba con una mirada de preocupación. Muy pronto se dio cuenta de que el mayordomo estaba cerciorándose de que todo andaba bien con ella; al comprender que Westbrooke no parecía haberla dañado de ningún modo, sus rasgos se relajaron. Solícito, le abrió la puerta y la joven le agradeció una mirada gentil.

—Esther, no tomes una decisión sin considerar bien tus opciones —le dijo él, descalzo, desde el pie de la escalera—. Consúltalo con tu familia, con tus amigos… estoy seguro de que ellos sabrán aconsejarte. Estoy dispuesto a oír tus condiciones… porque has de tenerlas, ¿verdad?

Ella le echó una mirada airada, pero se abstuvo de decir nada más; le daba vergüenza tocar el tema cerca de Valentine. Se mordió la lengua y abandonó aquella vacía mansión, ahora presidida por un

hombre igual de vacío.

Capítulo 7

Pasados unos días, Brighton dejó el condado de Kent y emprendió su regreso a Londres en el tren de la tarde. Después de pensárselo mucho, llegó a la conclusión de que, lo mejor que podía hacer, de momento, era apartarse de Esther y dejar que ella meditase su decisión. Luego de aquel último encuentro, las cosas se habían salido de control, y su presencia tan solo conseguiría nublar aún más su raciocinio.

El conde estaba convencido de que tarde o temprano la viuda entraría en razón y aceptaría su proposición.

Era lo más sensato, se repetía mientras el vagón se deslizaba sobre los rieles con un ligero balanceo metálico. Esther necesitaba un marido que tomase el control de su negocio, que le protegiese y velara por ella, y él… bueno, él no necesitaba una esposa, pero sí el dinero que una alianza de esa naturaleza pudiera proporcionarle. Sus conocimientos en finanzas le permitirían impulsar la John Dowyer y los recursos de esta última le facilitarían la recuperación de la finca, y quizá también del resto de los negocios del consorcio Walton.

¿No era esa la naturaleza de un matrimonio civilizado? ¿No se trataba de una alianza en la que cada parte recibía un beneficio concreto y aportaba algo a cambio?

Naturalmente, aquello no significaba que Esther no le atrajera, y aquello era un fabuloso agregado. Con cada paso que avanzaba hacia ella, su decisión se afianzaba, su deseo recrudecía. Ella era una mujer absolutamente fascinante, fuerte a pesar de su aparente debilidad, pero tozuda hasta la exasperación. Brighton estaba habituado a las mujeres que se desvivían por complacerlo, que eran condescendientes e incluso dóciles; a las mujeres que podía controlar y manipular a su conveniencia, pero jamás había lidiado con una aguerrida viuda, demasiado orgullosa y desconfiada como para ver el beneficio que suponía un enlace entre ambos.

Era patente que Esther aun amaba a su fallecido esposo, pero su beso de aquella noche no le había sido del todo indiferente. Le había aceptado, pese a su inicial resistencia; había correspondido tímidamente a la caricia de su boca y se había derretido entre sus brazos, aunque fuera por algunos segundos. Y entonces. Luego, se había sentido culpable y le había soltado un bofetón. Brighton había estado a punto de echarse a reír por aquella reacción tan manifiestamente teatral, pero por fortuna, era un hombre capaz de ocultar sus emociones con bastante facilidad.

Por su parte, aquel acercamiento había sido casi demasiado excitante para considerarlo un simple beso. No podía recordar el cuerpo tembloroso y cálido de Esther, pegado al suyo, sin estremecerse, sin desear extraer todos sus secretos y llegar a la intimidad que ella solo había compartido con Sebastian Allington.

Brighton solo podía esperar a que ese deseo primitivo que ella le había mostrado fuera un aliciente adicional que le ayudase a tomar una decisión.

Además de poner distancia entre la viuda Allington y él, Brighton tenía asuntos qué atender en la *city,* referentes a los negocios mineros de la familia y a la venta de las últimas propiedades para liquidar las deudas. Adicionalmente, tenía intenciones de reunir más detalles sobre el hundimiento del carguero que transportaba las mercancías de la John Dowyer.

—Estás distinto —señaló su hermana Bridget con un brillo de diversión en los ojos mientras cenaban en el opulento comedor de la mansión de Hanover Square.

—¿Cómo de distinto?

—Tú dímelo.

El conde dejó de lado su servilleta de lino blanco.

—Ha de ser que me han sacado de mi cómoda vida para regentar un marquesado en ruinas y una hacienda donde apenas cuento con una cama para dormir.

—No. Es algo más. Estás… pensativo.

—Te aseguro que tengo suficiente material.

Dio un sorbo a su copa de oporto y procedió a informar a su hermana de las últimas novedades de Cypress Path.

—En cierto modo es algo bueno, ¿no lo crees? —Bridget se encogió de hombros despreocupadamente—. Está bien depurar la casa de todas las horribles posesiones de Frederic Walton; siempre creí que tenía un pésimo gusto para el arte, o quizá dejaba todo en manos de sus sirvientes. Tendremos lugar de sobra para nuevas cosas, una vez contemos con la liquidez para adquirirlas.

—Y pasamos a la parte difícil —dijo él burlón.

—Imagino que has hablado con el administrador de la John Dowyer y ya me tienes una razón de los tributos.

—Digamos que sí. He hablado con la persona a cargo.

—¿Y bien?

—Ella está estudiando mi propuesta.

—¿Ella? ¿Quieres decir… Esther?

El conde asintió mientras estudiaba la reacción de su hermana.

—Nuestra querida viuda Allington se ha convertido en la sucesora de su marido.

Bridget guardó silencio, esperando a que él le confirmara que había sido una de sus bromitas, pero al contemplar su seriedad, no le quedó más que creerle. Acto seguido, soltó una risotada que a Brighton le pareció la perfecta parodia de una bruja de cuentos.

—¿Y qué demonios sabe esa tonta pudibunda sobre cómo funciona una destilería de whiskey? Esto es lo más estúpido… —Bridget sustituyó la risa desdeñosa por una mueca de asombro—. Espera… ¿has hablado con ella? Pero si está de luto… ¿cómo es que te han dejado cruzar palabra...?

—Lady Esther está llevando el luto riguroso a su modo. Viste de negro y es arisca como las viudas que nos asustaban de niños, pero más allá de eso es una mujer entregada a la destilería. Es ella quien toma todas las decisiones, aunque el segundo al mando de Sebastian Allington, un tipo llamado Edmund Tate, sigue a sus órdenes. Parece que no le ha ido mal en estos meses.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa, pero no deja de hacerme gracia. Una viuda llevando una destilería, igual que la *Veuve Clicquot* llevó el viñedo. Es de lo más vulgar —meneó la cabeza con incredulidad y desprecio—. O es que no confía en nadie o no sabe que puede contratar a gente que haga eso por ella.

—Sea como fuere, nuestra querida lady Esther es la jefa ahora —lady Balfour hizo un ademán y tomó un sorbo de su copa—. Ahora que me cuentas esto, debo decir que estoy seriamente intranquila.

—¿Por qué?

—*¿Por qué?* —repitió indignada—. La John Dowyer en las manos ineptas de lady Esther Allington es un castillo de naipes. La muy tonta se dejará engatusar por los empleados, la robarán o la engañarán. ¡Es una mujer, por el amor de Dios! Ni siquiera me atrevo pensar en lo que hará la competencia para sacarla del juego. ¡No puedo creer que sea tan inconsciente!

—No seas tan dura con tu propio sexo, Brid —soltó él, burlón.

—Sabes a lo que me refiero —berreó.

—En fin. Le he hecho una propuesta, y ahora mismo está pensándosela.

—El treinta y cinco por ciento, ¿no es así?

—No —fingió concentrarse en la comida—. Le he pedido que sea

mi esposa.

Brighton oyó un extraño gorjeo frente a él y, al levantar la vista de nuevo, se encontró con su hermana, demasiado inclinada sobre su plato, con una expresión que le habría resultado extremadamente graciosa en otras circunstancias.

—Carajo… —murmuró antes de levantarse de su silla y rodear la mesa con tres pasos largos para asistir a su atragantada hermana.

Lady Balfour comenzó a toser como tísica sobre su pulcra servilleta de lino, una reacción muy impropia de una mujer que parecía mandada a hacer para comportarse en público. Él le acercó un vaso de agua, esperó a que se lo tomara y se recobrara del incidente. Los sirvientes comenzaron a aparecer con caras de espanto, pero él los despachó con un gesto, convencido de que su hermana tan solo había sufrido un sobresalto menor causado por la noticia.

—¡Repite eso, Brighton!

—Estoy convencido de que es lo mejor para todos si yo mismo me encargo de la destilería John Dowyer en nombre de Esther… como su marido.

Bridget se puso de pie; caminó por el comedor, obnubilada, como si meditara las implicaciones del plan de su hermano.

—Debiste haberte impresionado mucho con la destilería como para llegar a esa determinación —susurró al cabo de un momento, mirándole con aquellos ojos azules, delirantes—. Tú… casado con Esther. ¡Santo cielo, es absolutamente perfecto! Como marido tendrías todos los derechos sobre la John Dowyer… y la añadiríamos a la hacienda. ¡La destilería va a salvar Cypress Path! —Volvió a reír como una bruja malvada—. Tendrías que casarte con Esther… jamás creí que estuvieras dispuesto a tanto por dinero.

—Bridget, no me ofendas —fingió disgustarse—. Estoy en camino de salvar el patrimonio de tu hijo…

—Lo sé, pero… tú casado —sacudió la cabeza—. Madre mía, no me habría atrevido a pedirte tanto, siendo tú un detractor de toda institución. Es grandioso que estés tan comprometido como para dar ese paso, Brighton, y mis hijos y yo te lo agradeceremos de por vida. Ya veo por qué no habías contestado a mis cartas —sonrió—; estabas demasiado ocupado tirándole los tejos a una viuda.

Volvieron a tomar a asiento para continuar con la cena.

—Bien, solo falta que ella me acepte.

—¡Lo hará! —aseguró con una gran sonrisa—. Para algo ha de servirte ese aspecto y la reputación de donjuán que te antecede. Hazla

valer y te aseguro que dentro de poco yo misma estaré soltando puñados de arroz en la capilla de Cypress Path.

Él hizo una mueca.

—Para serte sincero, creí que te desagradaría la idea. Sé que no la estimas precisamente, y ella al parecer comparte el sentimiento.

—Me sigue pareciendo una mujer insulsa y tonta, pero siempre que nos ayude a conseguir lo que queremos, me comportaré y fingiré que somos una gran familia feliz.

—Crees que estoy haciendo un sacrificio, ¿verdad?

—Uno que mis hijos y yo te agradeceremos de por vida, ya te lo dije.

—Pues, a decir verdad, no lo es —sonrió—. Encuentro a Esther atractiva…

Ella sonrió con aire condescendiente.

—Sí, es una belleza fría, y supongo que ha sido criada para ser la perfecta esposa de alguien —suspiró, negándose a tratar aquel tema con su hermano—. Mira, no seré yo quien te quite ese entusiasmo que espero dure al menos hasta que el párroco los declare marido y mujer. Cásate con ella, por la razón que te apetezca, querido hermano. El resultado para nosotros será el mismo.

—Brid, ella me odia. Puede olfatear nuestra ambición.

—Es lógico. Has venido a arrebatarle todo, solo que de un modo sutil —Brighton deseó corregirla entonces pues, sus planes iban en otra dirección muy distinta a la que ella apuntaba, pero se negó a frustrar el entusiasmo de su hermana—, pero si la tratas bien, estoy segura de que terminará cediendo. Siempre cedemos.

Al cabo de un momento, los sirvientes comenzaron a recoger los platos y después sirvieron el postre.

Culminada la velada, Brighton se despidió de su hermana, a quien había dejado loca de contenta, y regresó a su piso privado en Mayfair.

La mañana siguiente transcurrió entre reuniones con accionistas irritados y asesores agrícolas —que él estaba dispuesto a contratar para la reactivación de Cypress Path— y culminó con un revelador encuentro con un ejecutivo de Livestock, a quien había accedido tras mover un par de contactos en el mercado negro de los seguros marítimos.

El encuentro tuvo lugar en un discreto café cerca de Regent's Street, a un par de calles de donde se hallaba el moderno edificio de la aseguradora. Jeff Burken tenía el rostro pálido y delgado, surcado por un exceso de vello rojizo alrededor de la mandíbula y en las cejas; sus

ojos codiciosos le observaban detrás de un par de espejuelos minúsculos y empañados. Era un empleado bastante joven, algo paranoico, a su parecer, pero lucía dispuesto a responder sus preguntas por una suma aceptable de dinero, siempre que le prometiera olvidar su nombre después de haber obtenido lo que buscaba.

Cuando el muchacho le reveló lo que sabía sobre la John Dowyer Company, Brighton pegó la espalda a la silla y guardó silencio mientras asimilaba todo aquello.

Estaba convencido de que debía intervenir para evitar que Esther fuera víctima de las sanguijuelas del mercado de seguros que, al saberla sola y al frente de una empresa tan lucrativa, no dudarían en clavarle sus colmillos. Si él plantaba cara en su nombre y agilizaba las cosas poniendo un poco de dinero bajo la mesa, entonces Livestock reaccionaría para reconocer las pérdidas y efectuar un pronto reembolso.

Pero lo que halló en su búsqueda no era nada de lo que esperaba.

—Señor Burken, ¿está usted seguro de lo que me está contando?

El aludido se agazapó, como un sátiro entre mundanos. Miró a uno y otro lado del local antes de contestarle en voz baja.

—Sí, milord. Es una práctica bastante usual en estos tiempos. La gente tiende a ser muy creativa cuando se trata de buscar recursos de manera fraudulenta.

—Y si tienen ayuda interna, muchísimo más.

—Desde luego —bajó la cabeza—. El señor Tate realizó un importe considerable para que firmásemos el certificado de peritaje donde damos por hecho de que la carga se perdió en el fondo del mar. Yo mismo procesé ese documento y lo puse en espera para un desembolso en los próximos sesenta días. Una vez transcurrido el tiempo, la John Dowyer Company recibirá veinte mil libras.

No daba crédito.

—Todo fue una mentira, entonces —dijo más para sí mismo.

—No todo, lord Westbrooke. El cargo sí se hundió, solo que desconocemos las causas —Burken encogió sus delgados y gibosos hombros—, y ya no importan.

—Entonces, la mercancía… ¿adónde fue a parar?

—Lo ignoro, pero tiene sentido que el señor Tate la haya puesto a salvo en un punto de la travesía, porque el perito afirmó haber visto tan solo los restos del cargo. De lo contrario, ¿qué sentido tenía sobornar al seguro para lograr un desembolso?

—Quería el pago del seguro, sin sacrificar la mercancía… y terminó con ambos.

—Así son estas cosas, milord. No es el primero ni el último que recurre a estas estratagemas para salir de apuros económicos.

El caso es que la John Dowyer no estaba atravesando apuros económicos. Tras revisar los documentos que el mismo Tate le había entregado de mala gana, Brighton había constatado que la empresa estaba de pie.

—¿Fue solo él? —quiso saber con el pulso acelerado—. ¿Tate se entendió con ustedes o hubo alguien más?

—Solo tengo conocimiento del señor Tate, lord Westbrooke.

«Ese hijo de puta», berreó para sus adentros mientras golpeaba la mesa. Brighton sabía que aquel individuo de mirada taimada le traería problemas. Había dado por hecho de que Edmund Tate era la primera persona de la que Esther debía desconfiar, y ella le había delegado responsabilidades demasiado importantes.

¿Cómo es que Sebastian Allington había confiado en él? ¿No habían sido amigos, acaso? ¿También a él había robado Tate?

¿O acaso habían planeado aquello con el beneplácito de Esther?

—Gracias por su colaboración, Burken —dijo tras deslizar un sobre por encima de la mesa; éste contenía el monto exigido por el joven ejecutivo, que lo tomó enseguida y se lo guardó en la pelliza—. Ha sido un placer hablar con usted.

—A su servicio, milord. Eh… recuerde que hemos hecho un pacto de caballeros. Confío en que lo cumpla. Lo… cumplirá, ¿verdad?

Burken le lanzó una mirada nerviosa que se elevó cuando Brighton se puso de pie, cubriéndolo con su sombra. Se refería a que no lo delatara con sus jefes, mucho menos con las autoridades; el conde soltó un suspiro de aburrimiento, tomó el sombrero y el abrigo y marchó.

Esther recibió a Sally con un abrazo largo y apretado.

No bien cruzó las puertas de Allington Manor, su adorable mejor amiga desde que tenía memoria, se deslizó por el hall de entrada con un caminar tan ceremonioso y seguro que habría hecho sentir pequeña a la mismísima reina Victoria.

Sarah Elizabeth Withfield, o Sally, como se la conocía cariñosamente, tenía una personalidad impetuosa, una alegría contagiosa y un garbo que solía despertar o bien la más afectuosa admiración o la envidia más insana. Y ello nada tenía que ver con el

poder económico de su familia, poseedora de un imperio ferrocarrilero que había florecido hacía apenas doce años. La vitalidad de Sally, su vena optimista y racional y capacidad para ganar amigos la habían acompañado desde la infancia.

No bien le vio, Esther olvidó por un momento que era una viuda reciente y volvió a ser una típica muchacha de veintitrés años. Soltó un gritito de emoción, descendió las escaleras con presteza y se reencontró con ella entre abrazos y risas confidentes. La última vez que se habían reunido, Esther acababa de perder a su marido, por lo que la compañía de Sally había aliviado un poco su tristeza.

A unos pasos, la tía Fern esperaba con una sonrisa para saludar a la alborozada huésped, mientras que Mabel la observaba desdeñosamente de arriba abajo, con lo que se revalidaba la teoría de Esther de que la sola persona de Sally Withfield azuzaba sin pretenderlo las miserias de ciertas almas menesterosas.

—¿Y cómo es la vida en Viena, señorita Withfield? —quiso saber la tía Fern cuando se hallaban reunidas alrededor de una mesita de té—. Tengo entendido que ha vivido allá los últimos meses. ¿Es tan bohemia y encantadora como dicen?

—Confieso, señora Jennings, que Viena me atraía al principio por su veta bohemia —siseó Sally con una rica gesticulación— pero recientemente me siento mucho más inclinada a apreciar su movimiento intelectual.

—¿En… serio? —El gesto de la tía Fern era de incredulidad.

La recién llegada asintió efusivamente, con lo que sus rulos oscuros le bailaron alrededor del rostro, ligeramente redondeado y de pómulos cincelados.

—Hay toda una gama de escritores, poetas, polígrafos y filósofos que estoy disfrutando enormemente. Parece que existe una fascinación especial de los vieneses por la búsqueda de la identidad… por el *yo*, como ellos lo llaman —sonrió para sí misma, como si hubiera recordado algo que no estaba dispuesta a compartir—. Es una tendencia bastante frecuente en la pintura, en la literatura, en los discursos políticos incluso. Creo que tiene que ver con el nuevo orden social.

—Que interesante. Ha de pasar un montón de tiempo en la biblioteca local.

—¡Que va! —su mano hizo un delicado gesto—. Por suerte he conocido a gente que me ha instruido en el tema de primera mano; tengo amigos intelectuales que me han llevado de paseo por cafés, bares y otros sitios de interés no convencionales de la ciudad. De

hecho, el último lugar que visité era un tugurio de lo más extraño donde se hacen tertulias semanales; la de esa noche era sobre el hombre y la conciencia moderna. ¡Fue de lo más refrescante!

—Oh —articuló forzadamente la tía Fern pues, no todo el mundo simpatizaba con el autónomo estilo de vida de Sally en la capital del imperio austrohúngaro—. ¿No es peligrosa tanta vida social para una joven dama inglesa?

—No más que Londres y toda su fauna de chinches aristócratas, señora Jennings. Creo que el verdadero peligro es ese y gracias a Dios me he alejado lo bastante como para perderlos de vista.

—Ya veo —asintió la mujer, sin comprender del todo lo que Sally estaba diciendo y seguidamente dio un sorbo a su taza de té.

—Sally es toda una aventurera —terció Esther encogiéndose de hombros—. Sus relatos de la vida en Viena son entrañables, tía, tanto que me han animado a ir alguna vez. ¿No sería increíble?

—¡Vengan a visitarme! —concedió la alborozada joven—. Estoy segura de que serían bienvenidas en casa de mi querida amiga y anfitriona, la señora Weichselbraun. Su casa es un palacio de veinticinco habitaciones con vistas al parque. Incluso tú puedes venir, Mabel —echó una mirada deliberada a la prima de Esther, que mantenía una postura rígida de brazos cruzados. A todas luces, había sido obligada por su madre a asistir a aquel té—. Viena es también un hervidero de solteros de buena cuna donde se puede hallar marido.

Mabel no se inmutó ante el comentario.

—No lo creo así —soltó con su acostumbrado tono afilado—, de lo contrario estarías usando un anillo ahora mismo.

—¡Oh, no, cielo! —rio Sally con desfachatez—. No es esa mi intención; te lo garantizo porque, si lo fuera, no estaría usando un anillo sino una corona.

Esther y su tía abrieron los ojos desmesuradamente.

Mabel le dedicó a Sally una sonrisa cortante. Era patente que entre ellas bullía una enemistad tan espontánea como la del perro y el gato. Así había sido durante la última visita de Sally a Allington Manor y Esther estaba segura de que las cosas no cambiarían con el tiempo.

—Pues, muchas gracias, señorita Withfield —zanjó la tía Fern después de reñir a su hija con una mirada—. Quizá cuando el periodo de luto riguroso de nuestra Esther culmine podamos hacer un viaje a esa ciudad tan vibrante que usted describe.

—No puedo esperar a que eso suceda.

Esa noche, después de que Sally se hubiera instalado y hubiera

tenido ocasión para tomar una siesta después del largo viaje en tren, Esther y ella se reunieron en el saloncito privado de la viuda.

Las dos jóvenes estaban ansiosas por ponerse al día e intercambiar confidencias, como lo habían hecho desde la flor de la juventud.

—¡Me odian, Esther! —proclamaba la hija del magnate ferroviario mientras caminaba furiosamente a lo largo de la habitación—. Me fui para dejar de ver la cara a los presumidos londinenses y resulta que esta gente es todavía más nariz parada.

—Pero Sal, creí que habías hecho buenas amistades.

—Sí, ¡pero todos son tan marginados como yo! —chilló—. Con frecuencia nos entretenemos hablando pestes de la alta sociedad de Viena, que me desprecia por ser la hija de un burgués que en diez años ha ganado más dinero que todos ellos en toda su vida. ¿Puedes creerlo? —soltó un suspiro lastimero que sonó más como un gruñido —. Cuando voy a la ópera me miran como si hubiese llegado la querida del emperador Franz, y sé que las mujeres hablan mal de mí, me critican y se burlan. ¡Y lo peor es que lo hacen sin razón porque yo no les he hecho nada!

—Querida, creí que eso no te importaba. Siempre has sabido cómo ignorar a todo el que te demuestra su envidia.

—Me importa —se sentó de nuevo junto a ella—. Admito que mi carácter es un tanto difícil y que suelo provocar a la gente, como hace un rato con esa gata cizañera de Mabel… pero es que en verdad tenía esperanzas de encontrar mi lugar allí. Viena me ha conquistado, Esther; es la ciudad donde me gustaría vivir el resto de mi vida, pero, aunque me esfuerzo hasta el cansancio, parece que no encajo —Por primera vez, Esther reconoció la tristeza en las facciones de su amiga —. Nadie ve con buenos ojos a una mujer lo bastante rica para valerse por sí misma, sin intenciones de casarse ni de engendrar hijos; a una mujer que simplemente quiere vivir la vida y esperar a que ésta la sorprenda.

—¿En verdad eso es lo que quieres? —su amiga le dedicó una sonrisa triste—. ¿No te casarás ni tendrás familia?

—Supongo que eso podría ser lo sorprendente.

—Sally, no necesitas de la aprobación de esa gente, pero si quieres hacerte un lugar en Viena o en Tombuctú nadie puede impedírtelo. Siempre eres tan segura, tan imperturbable; la gente no está acostumbrada a que una mujer demuestre esas cualidades, pero cuando te conozcan mejor sabrán que eres toda fuerza y corazón.

—No lo sé, Esther —sacudió la cabeza, como intentando zanjar el tema o dejar de lado aquello que la afectaba mucho más de lo que

reconocía—. Pero ¿qué demonios hacemos hablando de mí? Tú eres más importante ahora. ¿Cómo estás? Es decir… ¿cómo llevas el duelo? He venido a saber de ti.

Entonces Esther le contó los últimos sucesos que habían tenido lugar en Allington Manor y en Cypress Path, esos que no había querido revelar en sus cartas.

Sally escuchó su relato, y al final necesitó un minuto para digerir toda aquella información.

—¿Qué le has respondido a ese caballero?

—¡Que no me casaré con él por ningún motivo, por supuesto!

—¿Estás segura de que esa no es una buena solución para la destilería? —Esther separó los labios, dispuesta a objetar, pero la otra no la dejó hablar—. Lo digo porque entiendo lo rudo que puede ser manejar una compañía. Por muchos años, mi padre debió lidiar con varias decenas de hombres para lograr que hicieran un trabajo que valiera la pena, y créeme, no fue sencillo. A menudo hubo pleitos, robos, ¡incluso intentaron asesinarlo unos dementes sindicalistas! Esta no es una cuestión de sexos, es sobre liderazgo, conocimiento… y sobre carácter. Necesitas un grupo de gente contigo —hizo una mueca de dolor pues sabía que sus palabras no eran lo que Esther había anticipado oír, a juzgar por su expresión enfurruñada—. Perdona que sea tan franca, pero sola no llegarás a ningún lado. Lo que Sebastian logró levantar se desmoronará si no tomas buenas decisiones ahora.

—¡Ese hombre y su hermana solo buscan apoderarse de la John Dowyer! —protestó la otra—. Saben que es una mina de oro y que con ella resolverán todos sus problemas de dinero. No puedo creer que pienses siquiera que es una buena idea entregarles el negocio, sin mencionar… mi vida, a un hombre que solo está buscando dinero fácil para recomponer la hacienda de su familia. ¡Sal, no lo conoces…!

—¿Y lo conoces tú?

La joven no daba crédito a aquello. ¿Estaba oyendo mal o Sally, su amiga más independiente, la ferviente defensora de los derechos de las mujeres, apoyaba la ridícula propuesta de Westbrooke?

—Pensé que me apoyarías.

—¡Eso hago!

—¡No, no lo estás haciendo! —repuso furiosa—. Me pides que considere la propuesta matrimonial de un hombre que ha dejado claro que va tras el dinero de la destilería para reactivar la hacienda Cypress Path. Si me caso con él yo también seré su propiedad… ¿Qué clase de vida me espera al lado de un hombre como él?

—De acuerdo, de acuerdo —concedió la otra mientras movía sus manos en señal de rendición—. Lo del matrimonio es excesivo, y si tú dices que el hombre es un cretino cazafortunas, pues entonces te creo. Mándalo al demonio. Ahora, la John Dowyer necesita ayuda y tú sola no puedes proporcionársela. Si no confías en ese conde, ¿por qué no dejas la empresa en manos de tu padre?

Esther se inclinó hacia adelante y dijo entre dientes:

—No sé lo que mi padre haría con la John Dowyer, y prefiero no tener que averiguarlo.

—¿Y qué hay del señor Tate? ¿O es que dudas también de él?

Esta vez, Esther meditó su respuesta.

—No, no es eso —sacudió la cabeza, negando cualquier posibilidad pues, confiaba en él—. Edmund nunca me traicionaría.

—Bien, ¿entonces que te impide endosarle todos los asuntos?

Se puso de pie y caminó hasta la ventana, tomándose el tiempo para responder aquella pregunta y procurando que su contestación fuera convincente.

—Siento que esta es mi responsabilidad —dijo con un lapidario entusiasmo, como si hablase de algún malestar físico que no fuera capaz de describir del todo—. Quizá es algo que debo aprender a hacer por mi cuenta.

Sally se echó para atrás, con el propósito de observarla en perspectiva.

—Por Dios, Esther —siseó su amiga, componiendo una expresión de reproche que rozaba la incredulidad—. ¿Cómo va a ser responsabilidad tuya una destilería de whiskey? Quisiera que me explicases eso de nuevo porque no lo he pillado.

—Sebastian era mi marido —chilló lastimeramente, como si ello satisficiera la curiosidad de Sally—. Es mi tarea continuar su legado, asegurarme de que su esfuerzo de años no caiga en las manos equivocadas.

—De acuerdo. ¿Y ello te obliga expresamente a ocupar su silla todos los días cuando podrías dejar la empresa en manos de algún experto administrador y dedicarte a vivir tu propia vida? —Esther guardó silencio; su corazón comenzó a palpitar con un estruendo a medida que su amiga se volvía más incisiva y su discurso la dejaba de espaldas a la pared—. ¿En serio piensas dedicarte a atender una destilería, sometiéndote a algo que odias, solo por cumplir con Sebastian, porque sientes que se lo debes?

—No lo veo de esa manera…

—¡Pero si detestas el whiskey! —rugió—. Y una vez me dijiste que detestabas que él bebiera como lo hacía, hasta caer inconsciente. ¿No es así?

Esther tragó saliva dolorosamente y rehuyó a la mirada que la acechaba. Hacía tiempo había dejado de pensar en el Sebastian ebrio que se dejaba caer sobre ella en la cama apestando a aquel caldo rancio que le provocaba arcadas.

—Sí… pero, Sally, no entiendes nada.

—Oh, yo creo que lo entiendo a la perfección. Sé que no eres feliz haciendo esto, Esther. No estoy diciendo que no seas capaz de regentar un negocio; tú eres capaz de hacer lo que sea que te propongas, mi querida amiga, pero esto solo es algo que te has impuesto como una penitencia por no haber amado a Sebastian Allington ni un solo día de tu vida, ¿o me equivoco?

Esta vez tuvo que apretar los párpados.

La amarga verdad, desvelada en el discurso de Sally, le revolvió el estómago, porque si alguien le conocía realmente, era aquella chica hermosa y sagaz que no tenía reparos en decir la verdad, aunque ésta fuera como una bofetada. Esther no podía quitarle razón cuando ella misma le había revelado con lágrimas en los ojos que su padre tenía intenciones de casarla con el sobrino del marqués de Walton, un introvertido químico de débil conversación que había conocido recién en un baile adonde su madrastra prácticamente la había llevado a rastras.

Sebastian Allington tenía el ribete de un consagrado intelectual, víctima de la determinación de su tío de buscarle una esposa, y de los convencionalismos sociales que a todas luces le producían toneladas de ansiedad. Estas incluían, de vez en cuando, un partido de polo, una tarde en el hipódromo, una cena en una distinguida mansión de la aristocracia o un baile. Todas aquellas eran ocasiones concebidas para socializar, para que la juventud confraternizase con el sexo opuesto en orden de propiciar acercamientos que felizmente terminaran en matrimonio; Sebastian, en cambio, los calificaba como «entretenimiento para mentes enanas», como una vez le había escuchado refunfuñar.

Con desmedido afán, Esther había sido animada por Myra a hablarle a aquel muchacho delgado de mirada abatida, relegado a un rincón del salón. Ella le echó una mirada y pensó entonces que lucía más que desencajado.

«Puede parecerte un tonto ahora, cielo —había afirmado su madrastra con una sonrisa burlona, de esas que arrastran lástima y una picardía venenosa— pero lo cierto es que pronto será marqués;

entonces comenzarás a encontrarle virtudes».

Esther había terminado hablándole al joven Allington por mera cortesía, por rebeldía hacia el desdén de aquella intrigante y codiciosa mujercita. Lo que le había parecido más un soliloquio que una auténtica conversación entre dos adultos —en la que su interlocutor apenas le sostenía la mirada por unos segundos mientras le respondía con ásperos monosílabos— se convirtió en el principio de algo que ella jamás había llegado a anticipar. Desde aquella breve y forzada conversación, que había decretado como un fracaso, Esther no había dejado de recibir presentes de Allington; primero rosas blancas que la doncella le dejaba en su dormitorio antes de que despertase; después, latas de dulce y chocolates en cantidades absurdas que ella había repartido entre los sirvientes y sus hijos —incluso había quedado para llevar a un orfanato— y, por último, una finísima peineta con perlas rosadas y blancas incrustadas que ella había rehusado aceptar.

La joven ya comenzaba a encontrar chocante la manía de Allington de enviarle regalos excesivos y objetos extravagantes cuando su padre recibió una tarjeta de visita del marqués de Walton y su enigmático sobrino. Lo que para el señor Collins era un orgullo y un privilegio, para la aturdida Esther era un encuentro angustiante, una sentencia de matrimonio que nunca hubiera querido alentar.

—Esther, por favor —Sally suavizó su tono pues, creyó que Esther estaba enojada, dado su prolongado ensimismamiento; abrazó su costado, como una forma de consuelo silencioso y también de disculpa. A diferencia de lo que ella pensaba, Esther no le reprochaba nada—. No me odies por decirlo, pero estás cometiendo un error. ¿Acaso es tu culpa que Sebastian no despertara la clase de sentimientos que Harmony tiene por Devlin y que Fanny tiene por ese guapo médico? ¡No, demonios! Tú no lo escogiste; tu padre y lord Walton lo hicieron.

—Lo intenté —sus ojos verdes rezumaron tristeza y también sinceridad, porque cada día de aquel breve matrimonio se esmeró en comprender a ese incomprendido que se refugiaba en los artilugios mecánicos que construía, como un niño no amado se refugia en sus juguetes—. De veras que lo hice.

—Claro que lo hiciste —Sally le abrazó—. Eres tan buena gente que le habrías amado si el amor pudiese forjarse con nada más que buenas intenciones. Pero, no es así ¿verdad? Parece ser un asunto sobre el que no puedo aconsejarte.

—No importa —con el dorso de la mano se deshizo de un asomo de lágrimas y se esforzó en dejar de recordar—. Hay algo en lo que te equivocas: la destilería John Dowyer es la fuente de trabajo de

muchísima gente. No la odio. Yo quiero defender este lugar, Sal; quiero que crezca, quiero que la gente tenga nuevas y mejores casas y que siempre tenga trabajo y comida sobre la mesa, aunque se lo deba a esta… —arrugó la nariz y bajó la voz todo lo que fue capaz pues, consideraba que decir aquello a cal y canto era una suerte de sacrilegio— ¡a esta fábrica de menjurje asqueroso! —Sally se echó a reír, y Esther también lo hizo, a su pesar—. Cypress Path no produce nada ahora mismo, y si Westbrooke no tiene éxito como apoderado, entonces solo les quedará lo que la destilería les brinde como limosna.

—¿Crees que Westbrooke esté realmente determinado a hacer algo significativo por la hacienda o solo busca desplumar a la John Dowyer?

—Francamente, no lo sé, pero debo estar atenta. Hay algo en ese hombre que no me agrada. Y su hermana es una bruja que me mira como si no le llegase a la suela de los zapatos. Estar cerca de ella es respirar su hostilidad, su desaprobación.

Sally torció el gesto.

—Conozco esa sensación.

—Debo seguir, resistir… al menos hasta donde mis fuerzas lleguen. La gente de las aldeas, Sebastian… todos ellos merecen ese esfuerzo.

—Dime, ¿desde cuándo no tocas el piano?

La muchacha suspiró porque era un pasatiempo que extrañaba con locura, no desde la muerte de Sebastian, sino desde el mismo momento en que contrajo matrimonio, porque la sensibilidad acústica de su marido se lo impedía. Con frecuencia Sebastian le pedía, arrugando la nariz, que dejara de golpear las teclas con tanta efusividad o le estallaría la cabeza.

—Creo que olvidé cómo hacerlo.

—No seas tonta. Jamás podrías olvidar algo que es parte de ti.

—Soy una viuda, así que, ¿qué más da? —se encogió de hombros distraídamente—. Por el momento me conformaré con el viejo órgano que toco los domingos en la iglesia.

Cuando el atardecer caía sobre el bucólico paisaje de Kent que las ventanas les mostraban, Sally soltó una risita infantil.

—¿Me he perdido de algo?

—Estaba pensando en la ironía de todo este asunto.

—¿Cuál ironía?

—La única persona que no disfruta un buen trago del célebre whiskey John Dowyer es nada menos que su propietaria.

Capítulo 8

Los días en la compañía de Sally trajeron a Esther una sensación de calma. Por suerte, Edmund había vuelto de la ciudad con la promesa de que la aseguradora se encargaría de indemnizar a la compañía por el naufragio.

Por las tardes, las amigas salían a cabalgar a través de las fecundas plantaciones o daban paseos por las aldeas cercanas para saludar a sus habitantes, que tanto aprecio guardaban hacia la joven viuda Allington. A ella le gustaba solidarizarse con aquella gente sencilla y amable, ofrecerles ayuda y escuchar sus inquietudes, pero a menudo se deprimía al saberles tan necesitados y en algunos casos desesperados por sobrevivir en una tierra olvidada. Desde la muerte de Sebastian, aquella gente había quedado irremisiblemente bajo su protección y esa era una responsabilidad que se había tomado muy a pecho.

Casi siempre que dejaban las aldeas, pasaban por el pueblo y compraban víveres en un agitado mercado callejero que luego llevaban a alguna familia particularmente menesterosa o a la iglesia donde Esther acudía cada domingo, donde el reverendo Covey se encargaba de distribuirla.

Aunque estaba más acostumbrada al fragor de la ciudad y a los glamorosos entretenimientos de Londres y Viena, Sally parecía disfrutar aquellas sencillas actividades que en otro tiempo Esther había realizado junto a Sebastian, para luego hacerlo en solitario. La joven se movía con destreza entre la gente, con la cesta de mimbre colgada del brazo, mientras una lluvia de miradas curiosas y embelesadas le caía de todas direcciones. Esther hacía cuanto podía para sofrenar las risas al ver a su amiga, vestida como una auténtica señorita de ciudad, parada de puntillas frente al concurrido mostrador del pescadero, hablando a gritos para hacerse escuchar entre la multitud de clientes. Después, se enternecía viéndola compartir con las niñas de las aldeas, que se arremolinaban en torno suyo para mirarla mejor y de vez en cuando tocar un rizo o una cinta de su sombrero, como si necesitasen convencerse de que era real, o como si Sally fuera la cosa más hermosa y rara que hubiera puesto un pie en Cypress Path.

Su amiga era una criatura noble, capaz de hacer amigos con una sorprendente facilidad. Pero Esther estaba convencida de que estaba huyendo de algo y que allí se sentía más segura que en la finura y sofisticación de Viena.

Aquel día, llevaron una canasta con alimentos y medicinas a una familia cuyo padre había recién dejado el condado con la intención de buscar empleo en un astillero de Dover. La madre, una muchacha sorprendentemente más joven que Mabel, tenía ya cuatro niños y dos de ellos, gemelos de un año, estaban cundidos de ronchas rosadas. Más temprano, el doctor de la John Dowyer había acudido para hacerles una examinación y había determinado que se trataba de una irritación en la piel producto de las pésimas condiciones de higiene.

—¿Ves a lo que me refiero? —protestaba Esther mientras recorrían el camino de regreso a la casa Allington—. Podría darle dinero y una nueva casa a esa mujer y a sus hijos, pero no serviría de nada si su marido debe irse a trabajar fuera del condado para proveerles comida. ¡Es injusto!

—Si tan solo tuviesen una fuente de trabajo cercana, sería más sencillo…

—Es lo que debería ser Cypress Path, pero…

La imagen de Brighton Sheffield centelleó en su mente.

—¿Tienes espacio en la destilería?

—Sebastian lo consideró hace mucho tiempo, pero no es tan simple. Tenemos demasiados trabajadores y si se incorporan más se crearían roces, competencias… —sacudió la cabeza con impotencia—. No sería sano para nadie.

Entonces, mientras se aproximaban a paso lento a los edificios de la destilería, lo que parecía un griterío colectivo les llegó a los oídos. Esther y Sally intercambiaron una mirada de espanto y espolearon sus caballos para machar a toda prisa en dirección a la fábrica, donde el ruido era más audible.

Cuando Esther arribó a la plaza central de la John Dowyer, ubicada entre los cuatro bloques de edificios, se encontró con que buena parte de sus trabajadores se encontraban reunidos en torno a algo que no conseguía ver desde su perspectiva. Como si se tratara del público enardecido de un espectáculo pugilístico, los hombres lanzaban rugidos, risas y gritos incomprensibles.

La viuda descendió de la yegua a toda prisa y se abrió paso entre una marea de polvo, rugidos y frenesí. Lo que encontró al llegar al centro de todo fue un espectáculo decadente que le hizo taparse la boca con ambas manos. Edmund y Westbrooke estaban enzarzados en una lucha a puño limpio. Cada uno parecía haber llevado su propia ración de golpes pues, estaban cubiertos de mugre, sudor y sangre. En lugar de intentar separarlos, los obreros de la destilería estaban animando a Edmund a que machacara al conde.

—¡Basta! —gritó por encima de los rugidos masculinos que se producían a su alrededor— ¡Basta, he dicho! —Esther aprovechó que su administrador había enviado al apoderado de lord Walton al suelo para interponerse entre ambos—. ¿Alguien puede, por el amor de Dios, explicarme cuándo nos convertimos en un vulgar club de pelea?

Observó a Edmund, que tenía la nariz ensangrentada y un ojo que comenzaba a ponerse morado; él le devolvió una mirada abochornada. Sus ropas estaban cubiertas de polvo y lodo; la camisa, arremangada y desprovista de corbata, lucía una rotura a la altura del brazo.

—Lady Esther… —balbuceó al tiempo que un silencio sepulcral se había apoderado del patio—. Lamento que haya tenido que ver esto.

—Yo lo lamento más, señor Tate —soltó, haciéndole callar. Después se volvió para ver a Westbrooke, que había hecho un esfuerzo increíble para levantarse del suelo, donde había sido confinado por su contrincante. El conde lucía un corte en el labio y en otras áreas de la cara que le recordaron al golpe que ella misma le había propinado unos días antes, cuando cometió la osadía de besarla—. Y usted… he dado por sentado que mi mensaje había quedado claro. Supongo que no ha venido a traerme una nueva propuesta tributaria para Cypress Path.

—Supone bien, milady —berreó tras escupir sangre e intercambiar con Edmund una nueva mirada endemoniada.

—¿Entonces a qué ha venido?

—¿A qué más? —aulló Edmund—. A seguir rondando la John Dowyer para ver cómo consigue apropiarse de ella. ¡Porque eso es lo único que este miserable tiene entre ceja y ceja! —se dirigió a viva voz a la multitud de hombres que había presenciado la pelea, y que, naturalmente, estaban de su lado—. Westbrooke pretende robarse la destilería, dejar a lady Esther en la calle, traer a su propia gente de la ciudad para manejar la fábrica y quitarnos nuestros trabajos. Su familia quiere seguir arruinando Cypress Path y a toda su gente, como lo ha hecho por décadas.

Una ola de indignación colectiva comenzó a elevarse junto con el discurso de Edmund, y Esther temió ser testigo de un linchamiento. Observó al conde con disimulo. Éste lucía imperturbable. ¿Acaso se creía de acero?

—¡Santo cielo, puedo escuchar el escándalo desde la casa! —la tía Fern, seguida por Mabel llegó a la escena y al ver la facha del conde soltó un grito de pavor—. Dios mío, lord Westbrooke, ¿qué le han hecho?

Esther, desalentando cualquier muestra de compasión hacia él,

ignoró a las recién llegadas.

—Lord Westbrooke, le exijo que abandone la fábrica ahora mismo.

—No me iré sin antes hablar con usted.

Fugazmente, Esther miró a su alrededor. Había querido decirle tantas cosas a ese cretino descarado, pero estaba ante al menos cien personas con los ojos atentos a aquella conversación, así que optó por callarse todos los reproches que tenía guardados.

—Después de este espectáculo tan desagradable —«Y después de haberme llevado a su casa bajo engaños y haberme besado contra mi voluntad», pensó—, ¿cómo cree que voy a dejarle decir algo?

—Perdóneme por haber caído en la burda provocación de su… administrador —le lanzó al aludido una mirada despectiva—. He sido yo quien he dado el primer golpe, pero si me escucha un minuto, lady Esther, quizá comprenda mis motivos. He venido a contarle ciertas cosas y tendrá que escucharme, por su propio bien.

Esther frunció el ceño. Sus palabras le intrigaron y le importunaron en la misma medida. ¿Era posible que un hombre pudiera ser más arrogante? Si ella no estuviera allí, de seguro sus hombres ya le habrían dejado inconsciente, por lo que prácticamente estaba garantizándole a vida, ¡y aun así se atrevía a hablarle de ese modo!

—¿Ha dicho… por mi propio bien? —alzó una ceja, inquisidora.

—Me gustaría reunirme con usted en su despacho y hablarle de su administrador, lady Esther, si no es mucho pedir.

Pero antes que Esther pudiera responder, un furioso Edmund había vuelto a dar un par de pasos hacia él, y Westbrooke reaccionó del mismo modo.

—¿Qué es lo que tienes que decir de mí, sabandija?

—¡Les prohíbo que den un paso más! —la viuda se interpuso entre los dos hombres, dirigiéndoles una mirada irritada, hasta que, gracias a Dios desistieron de seguir con la riña—. ¡Señor Tate, no se equivoque! ¡A usted tampoco le permitiré una falta de respeto más contra la memoria de mi marido y la del señor Dowyer!

Edmund inhaló y exhaló con fuerza.

—Lady Esther, me gustaría saber qué tiene que decir este individuo sobre mí.

—¿En serio eso quieres, Tate? —berreó el conde, y el otro asintió, apretando los dientes. Entonces Westbrooke se limpió el sudor de la frente, observó a la enorme concurrencia y después posó sus ojos en Esther—. Bien… Este hombre —señaló a Edmund con el dedo—, te engañó, Esther. Te hizo creer que las mercancías de la destilería se

hundieron en el canal mientras eran transportadas al continente, cuando en realidad fueron sacadas minutos antes de provocar la inmersión, con el único propósito de reportar una pérdida al seguro y cobrar una indemnización de veinte mil libras.

A Esther le dio un vuelco al corazón. Su horror y desconcierto crecía al tiempo que los presentes guardaban un calmo silencio.

La joven se volvió para captar la expresión de Edmund, esperando una furiosa negativa o un discurso de defensa, pero, para su sorpresa, el administrador de la John Dowyer, el amigo de Sebastian… su amigo… mostraba un cariz desencajado y una completa falta de reacción que le produjo un dolor en el pecho.

En el tiempo que había conocido a Edmund Tate, Esther jamás le había visto sonrojarse como lo hacía en aquel momento, mientras un nervio traicionero le latía en la sien. Sus labios, inexpresivos, se mantuvieron adheridos entre sí, aun cuando hasta hace poco no le había faltado un discurso incendiario.

—Edmund… —no se dio cuenta de que estaba utilizando su nombre de pila en frente de toda la compañía, de su tía, de su prima, de Sally y por supuesto, de lord Westbrooke, que apretó los dientes ante aquella muestra de familiaridad.

—No irás a creer lo que este cretino está diciendo, ¿verdad? —su voz sonó enclenque, seca como el papel.

—Dime qué debo creer —exigió ella, aunque sonó más como una súplica.

—Esther, solo está intentando aislarte, ¿no te das cuenta? —gruñó —. Es… mentira… ¡todo es mentira! La palabra de un oportunista vividor no puede contar más que la de quien todo este tiempo te ha apoyado. Él es el ladrón.

—Convenciste al dueño del cargo para que te vendiera la embarcación —continuó Westbrooke impertérrito— y te ayudase a trasladar la mercancía a una gabarra ilegal francesa en medio del mar. Después, los marineros hundieron el cargo con mucho cuidado, para que pareciera un accidente. Pero como no querías dejar cabos sueltos, sobornaste a un empleado de la aseguradora para que mirase los despojos del barco muy superficialmente y no notase que no había una sola botella rota… porque de hecho no había ninguna botella. Todas estaban viajando a salvo en la gabarra francesa, rumbo al continente, donde seguramente están escondidas y listas para venderse en el mercado negro, ¿verdad, Edmund? —espetó sarcástico mientras el acusado permanecía rígido, con los ojos desorbitados y la mandíbula rígida—. Arreglaste todo para quedarte con la mercancía intacta. Después de todo, la John Dowyer se beneficiaría con la

indemnización, así que no te tembló el pulso para hacer tus negocios sucios…

—¡Malnacido, hijo de…!

Transido de furia, Edmund se lanzó sobre Westbrooke y le estampó un puñetazo en la sien. El otro trastabilló, pero no llegó a caer al suelo, y de inmediato la lucha cuerpo a cuerpo se reanudó para horror y consternación de las damas presentes. Puñetazos, patadas y palabrotas volaban alegremente ante la mirada cómplice de los demás hombres.

Esther y la tía Fern exigieron a gritos que alguien detuviese la pelea, pero nadie parecía dispuesto a meterse en una riña de honor como aquella. Así fue como todos se cruzaron de brazos y dejaron que la pelea continuara… hasta que Sally apareció con un cubo de agua —sabía Dios de dónde lo había sacado— para descargárselo encima a aquel par de arrabaleros y pendencieros. Por fortuna, la pelea paró después de eso, porque tanto Westbrooke como Edmund se replegaron, demasiado mojados y helados, y seguramente doloridos para continuar.

—Funciona con mis hermanos —espetó la hija del magnate ferroviario— y por lo visto con todos los demás imbéciles.

Brighton se cubrió con la manta seca que la prima de Esther le ofreció y se recostó en el sillón del recibidor de la casa Allington, donde ella y su madre le habían conducido para que se repusiese.

—A ver, lord Westbrooke, no se mueva —solicitó Mabel mientras le limpiaba las heridas con una gasa empapada de alcohol.

Él siseó una retahíla de improperios que la joven pareció encontrar divertidos. Tomó un pequeño utensilio metálico del botiquín y lo usó a modo de espejo. Se horrorizó de su aspecto. Tenía un corte en el labio, un cardenal en el pómulo y otro en la sien que dolía como el demonio, sin mencionar que tenía la facha de un condenado mendigo que se hubiera quedado dormido en las vías del tren.

Si bien había intercambiado unos cuantos puñetazos con los maridos de algunas de sus antiguas conquistas, aquel encuentro le había parecido particularmente feroz; Edmund Tate pegaba como si tuviera concreto en los nudillos, pero Brighton había respondido con su mejor repertorio. Podía decirse que había ganado, aun cuando él parecía haber llevado la peor parte.

Al fin y al cabo, había acorralado a ese maldito ladrón.

Los últimos días había corrido como un animal de presa tras la pista del cargo y su supuesto naufragio. Como no podía darse el lujo de

contratar a un investigador privado y ya había desembolsado una ridícula cantidad de dinero para conseguir que Burken soltara la lengua, se dedicó a indagar por su cuenta, a hablar con gente que a su vez lo ponía en contacto con más gente y a soltar una que otra sutil amenaza hasta descubrir la verdad. Al final había descubierto la jugarreta de Tate y había ardido de furia de solo pensar en todo lo que aquel malnacido había sacado de la John Dowyer.

—Yo le creo —susurró Mabel con un viso de complicidad—. La gente es capaz de las peores cosas por dinero, ¿verdad? No me resulta extraño que todo haya sido una artimaña de lady Esther —Brighton le miró severamente—. Al fin y al cabo, ella es la dueña de la compañía. Nada en la John Dowyer se hace sin su consentimiento —le obsequió una sonrisa insolente—. Estoy segura de que usted sería un mejor patrón para la destilería.

—Se lo agradezco mucho —alzó una ceja. Ella le sonrió al tiempo que ponía la gasa sobre sus labios heridos con un íntimo envión. Entonces, Brighton vio una oportunidad de oro para extraer un poco de información de aquella muchacha envidiosa y perversa. Le devolvió la sonrisa y le dejó hacer—. Tate no parece el tipo de hombre que se somete a los mandatos de una mujer. Hoy me ha demostrado que es bastante rudo y territorial.

La joven chasqueó la lengua.

—Lord Westbrooke, el señor Tate está loco por mi prima —susurró en tono confidencial. El apretó la mandíbula. Si bien tenía sospechas al respecto, le molestó soberanamente confirmarlas. De solo imaginar a Esther a merced de aquel hijo de puta, la sangre le hervía—. ¿Acaso no salta a la vista? Apuesto a que Tate haría cualquier cosa con tal de complacerla. Incluso matar…

—Mabel, querida —llamó una voz femenina y puntillosa que les hizo girar la cabeza al mismo tiempo.

Era una muchacha alta y bonita, de cabello oscuro y mirada autoritaria, de esas capaces de atraer e intimidar a un hombre con la misma intensidad. Brighton desconocía su nombre, pero la recordaba como la culpable de que ahora estuviese a punto de pescar un catarro. Estaba de pie bajo el dintel de la puerta, con los brazos cruzados al pecho, sosteniendo una sonrisa que descuadraba con su mirada puntiaguda, dirigida enteramente hacia la prima de Esther.

—¿Qué quieres? —gruñó Mabel.

—Tu madre está buscándote —canturreó la otra, abiertamente sarcástica—. ¿Por qué no vas a ayudarla con la… cosa que ya sabes? Estoy segura de que no será lo mismo sin ti. Tu paciente estará a salvo conmigo. Anda…

La aludida apretó los puños y exhaló un suspiro furioso antes de levantarse y lanzar el trozo de gasa usada sobre los instrumentos de enfermería. A continuación, atravesó a la otra con los ojos, de un modo que a Brighton casi le hizo encogerse, aun sin ser el objeto de semejante hostilidad. Cuando se disponía a dejar la habitación, Mabel chocó su hombro ligeramente con el de la recién llegada, en un claro desafío.

El conde pensó con diversión que las criaturas del sexo opuesto tenían armas tan efectivas como los puños para enfrentar a un enemigo.

Una vez que Mabel dejó la habitación, la joven tomó su lugar frente a él.

—Buen derechazo —masculló.

—No tan bueno como su estrategia para disolver una riña.

La joven suspiró despreocupadamente mientras continuaba con el trabajo iniciado por Mabel, presionando las heridas con una gasa limpia.

—¿Es cierto lo que dijo allá afuera sobre Tate?

—Cada palabra, señorita…

—Withfield.

—Tate es un ladrón que solo Dios sabe cuánto le ha robado a la John Dowyer. Tengo las pruebas del engaño del cargo. Apostaría lo que sea a que no es la primera vez que se inventa algo como el naufragio para sacar provecho personal de la compañía —sonrió forzadamente—. Pero Esther ha preferido creerle a él, ¿no es así?

—No sabría decirle. Ahora mismo está encarándolo en el despacho.

—Le creerá a él —siseó—. Para ella, yo no soy más que basura.

Haciendo un gesto de reprobación, la señorita Withfield dejó de atenderle.

—Lord Westbrooke, Esther es mi mejor amiga, así que puedo aseverar que la conozco un poco. Ella jamás se expresaría de nadie como «basura»; es la persona más dulce y buena en todo el maldito mundo, así que solo puedo imaginarme la poca delicadeza con que usted ha intentado acercarse a ella como para ganarse su antipatía tan eficientemente.

—Desgraciadamente, no tengo un trabajo sencillo, señorita Withfield —dijo con frialdad—. Estoy intentando salvar una hacienda de la ruina…

—¿A costa de la John Dowyer? —atacó—. Usted también está

interesado en sacar provecho de la destilería para la hacienda de su sobrino. ¿Qué es lo que le diferencia de Tate? ¿De verdad es usted mejor que él?

Brighton llenó los pulmones de aire, y aquel sencillo y vital esfuerzo removió una ristra de dolores en la parte media de su cuerpo.

—No voy a negar lo que está a la vista; la destilería es la esperanza de Cypress Path, pero estoy convencido de que Cypress Path también es la esperanza de la John Dowyer… y de Esther. La compañía necesita a alguien que vele por ella.

—Igual que Esther —enfatizó ella, sarcástica.

—De seguro ella le ha confiado nuestras conversaciones, si en verdad son tan cercanas —la muchacha asintió con lentitud. Brighton percibió que cada uno de sus movimientos, cada una de sus palabras, estaban siendo analizadas concienzudamente por aquella muchacha—. Le he propuesto una unión estratégica para que fusionemos los dos negocios. Quizá usted podría convencerla de que es lo mejor para todos.

La señorita Withfield abrió los ojos, estupefacta.

—¿Yo…? ¿Me pide que aconseje a Esther de que se case con usted? ¿Por qué querría yo entregarla con todo y empresa?

—He visto una oportunidad irrepetible para Cypress Path, pero también estoy tratando de protegerla a ella —Y apenas aquellas palabras salieron de sus labios, Brighton supo que eran ciertas. Tenía la intención de proteger a Esther de individuos como Edmund Tate y de otros que pretendieran aprovecharse de ella. La señorita Withfield aguzó la mirada, como si esperara ver más allá de su rostro, de sus escasos gestos—. Mis intenciones han quedado claras, desde todo punto de vista. Sé que Esther y yo seremos más fuertes juntos, que saldremos adelante.

La muchacha meditó sus palabras.

—Mi querida amiga jamás se casaría por razones financieras. Al menos no por voluntad propia —le habló en tono confidencial mientras preparaba unas vendas para sus heridas—. Es una romántica, ¿sabe? Es una chica que hasta hace poco bailaba, bordaba tapetes con figuras de animalitos y tocaba el piano como los ángeles. Jamás se atrevía a decir nada malo de nadie, aunque se lo mereciera. Era una chica que horneaba galletas conmigo en Navidad, soñaba con un caballero de brillante armadura y con una familia propia de la que cuidar —su voz estaba manchada de tristeza—. Y mírela ahora; viuda, regentando una destilería de whiskey, acosada por asuntos que antes le eran totalmente ajenos. Antes era una optimista nata y sonreía todo

el tiempo; ahora lo hace muy rara vez y su maravilloso talento musical se limita a la concurrencia de una espantosa iglesia de pueblo.

»Esther merece ser amada por alguien; merece amar a alguien —enfatizó mientras le veía con severidad—. Y ya no es una chica casadera, sometida a la voluntad de su padre o su madrastra; ahora es libre y puede decidir con quién estar. Puede decidir incluso deslastrarse de la destilería y vendérsela al mejor postor, por lo que usted tendría que lidiar con alguien más. Si lo que desea es salvar Cypress Path, establezca un porcentaje tributario y negocie con ella, como lo haría un hombre sensato. Pero si tiene razones para proponerle matrimonio a Esther, más le vale que éstas vayan más allá de un acuerdo empresarial. Hágalo, Westbrooke, si verdaderamente la estima, si ella le importa y la valora más que a una fábrica pestilente que promete montones de dinero. Hágalo y sea convincente. Es todo lo que puedo decirle.

Brighton guardó silencio.

El discurso de la señorita Withfield no admitía ningún argumento en contra, por lo que una promesa de su parte de hacer feliz a Esther, en los términos que ella estaba considerando, habría sido una ofensa, una osadía colosal.

Ni siquiera él era tan cretino como para jurar que amaría a Esther, que sería para ella ese jodido caballero. Brighton Sheffield no era ese tipo de hombre; ni el que ilusionaba a una mujer con promesas sentimentales que jamás cumpliría, ni el que se enamoraba perdidamente.

¿Pero qué demonios pretendían las mujeres? ¿Acaso no era suficiente procurarles una buena vida, protección, respeto y buen sexo? ¿Por qué además había que arrancarse el corazón de raíz y dárselo como ofrenda a su vanidad? ¿Por qué había que componer sonetos en su nombre y empeñarles el alma?

—Aprecio su consejo —fue lo único que acertó a decir.

—¿Lo hiciste, Edmund? —quiso saber Esther cuando cerró la puerta del despacho de Allington Manor, donde había querido interpelar a solas a su administrador.

Edmund se había quedado aterido y sus ojos enfurecidos, inyectados en sangre, estaban clavados en algún lejano lugar. El silencio había caído sobre la estancia, así que Esther debió armarse de paciencia y dilatar la calma con la que no contaba.

—Yo no soy tu enemigo —dijo al fin.

—Lo eres. Si realmente hiciste eso que Westbrooke dice, lo eres.

—¿Por qué de pronto le crees a él y no a mí? —Habló con los dientes apretados—. ¿Por qué ese individuo que claramente está urgido por hincarle el diente a la empresa tiene ahora más credibilidad que yo, que he estado desde el principio, cuando la John Dowyer no era más que un galpón vacío y maloliente?

Ella no sabía cómo responder a aquello; podía llamarlo intuición, pero sería un argumento subrepticio y sin fundamentos. Solo tenía conciencia de que una parte suya creía que Westbrooke no mentía.

—Quiero escucharte —dijo reservadamente—. Quiero saber qué sucedió.

—Ya te he explicado qué sucedió.

—¿Por qué estuviste tanto tiempo en la ciudad?

—¡Por Dios santo, Esther! —gritó mientras se paseaba furioso por la habitación—. ¿No se te ocurre otra cosa que podría estar haciendo en Londres además de fraguar una estafa? Estaba atendiendo asuntos personales, porque has de saber que tengo una vida fuera de la destilería. ¡No estoy obligado a darte explicaciones sobre eso!

Ahora era ella quien guardaba silencio. Su mente voló fugazmente a aquellos lugares y momentos en los que Edmund parecía altamente capaz y dispuesto a hacerse cargo de cada detalle de la distribución. Era él quien daba la cara por la John Dowyer, quien parecía protegerla de aquellas gestiones por considerarlas demasiado engorrosas para una joven viuda que precisaba serenidad. Hasta ese momento pensó que se debía a su intención de mantenerla al margen de gestiones complicadas y desgastantes, pero ya no era así.

—Jamás me dejaste ver esa carga —de pronto fue consciente de ese hecho, y se sintió extrañamente sorprendida, como si hubiera pasado mucho tiempo con una venda en los ojos y recién ahora estuviera empezando a ver las cosas con claridad. Y era doloroso—. Jamás me dejaste ver o firmar esas órdenes. De hecho, siempre lo haces tú.

—Sí, lo he hecho para ahorrarte molestias —gruñó Edmund—, porque esas son cosas de hombres y que tú no comprendes bien.

—He recibido cartas de personas que ignoran que Sebastian está muerto y que yo estoy a cargo. ¿Cómo explicarás eso?

Él chasqueó la lengua.

—¡Tú sabes por qué lo hago! No le aporta credibilidad a la empresa el hecho de que una mujer esté al mando; perdona mi rudeza, pero es así. Y lo sabes.

—¡No… era así al principio! Me dijiste que después de un tiempo lo entenderían, que se los explicarías y que terminarían aceptándolo,

siempre y cuando las cosas marcharan bien, como efectivamente lo han hecho. Han pasado meses desde la muerte de Sebastian y aun así toda la correspondencia viene a su nombre o al tuyo.

—¡Esther, eres una viuda! No deberías siquiera dejarte ver el rostro por nadie además de las mujeres de tu familia. Jamás te aceptarán, ¿entiendes? Las cosas han funcionado bien porque nadie sabe que estás a cargo.

Aquello fue como un golpe; pero tenía tanto sentido que no tenía caso discutírselo. Sacudió la cabeza y luchó para mantenerse incólume.

—Edmund, esto no está bien.

—Lo que no está bien es que confíes en ese hombre y no en mí, después de todo lo que he hecho por ti, después de todo lo que me he sacrificado por los dos —dijo con una nota de sufrimiento en su voz. Caminó hasta ella y le tomó de las manos. Esther se sorprendió pues, Edmund nunca había tenido un gesto similar, tan íntimo. La relación entre ellos había sido de algún modo cercana, pero a la vez distante—. Esther, ¿es que no te das cuenta?

—¿Darme cuenta de qué? —preguntó con un hilo de voz.

—De que eres todo lo que me importa en este mundo. De que… lo que más deseo es que tú y yo alguna vez… —su mirada oscura se había vuelto diáfana repentinamente, y a medida que hablaba la joven pestañeaba compulsivamente, incrédula—. Esther, te quiero. Te quiero desde que Sebastian te trajo por primera vez a Kent.

—¡No, Edmund!

No daba crédito a aquello. Se soltó de su agarre.

—Estaba esperando que terminara tu tiempo de luto para confesártelo, pero… ¡me has llevado hasta este extremo! —se mesó el cabello con ligera rudeza—. Y ahora no dejaré de repetírtelo. Te quiero para mí…

—Edmund, por favor. No estás hablando en serio.

—Lo estoy. Por Dios que lo estoy… —asintió fuertemente— y no puedo ni imaginar que ese desgraciado pueda hacerte daño con su ambición, porque siento ganas de molerlo a golpes. ¿Quieres saber la verdad? ¡Sí! ¡Lo hice! Yo desvié las mercancías, hundí la embarcación y engañé a la aseguradora.

Ella se estremeció, porque creyó que él jamás llegaría a admitirlo.

—Dios del cielo… ¿cómo pudiste…?

—Era nuestra salvación.

—¿Nuestra salvación? —repitió obnubilada.

—¡Por supuesto! Para que tuviésemos un fondo de emergencia —la viuda estaba pasmada y Edmund comenzó a bajar la voz al decibel de un susurro—. Westbrooke pretende hacerse con la compañía, ¿es que aun no lo has pillado? Ese maldito embaucador no va tras el tributo de la John Dowyer sino de todo. Se las arreglará para quitarnos la destilería. Tenía pensado vender las mercancías en el continente y con el dinero adquirir las tierras del sur sin sacrificar las ganancias, así podríamos llevarnos todo y comenzar de nuevo, lejos de este maldito condado. ¿No lo ves, Esther? Es una idea perfecta, y lo mejor es que lo he conseguido.

—Esto está mal —balbuceó mientras se masajeaba las sienes con fuerza—. Lo que hiciste estuvo muy mal.

—¿Acaso Westbrooke está obrando bien?

—¡No me importa Westbrooke! —gritó—. Lo que hiciste fue cometer un delito. No ha sido más que un robo, y no voy a tolerarlo. No quiero ese dinero que van a pagarte. ¡No es nuestro!

—Esther, baja la voz…

—¡No! Escúchame, Edmund. No quiero ser parte de esto, no quiero que la reputación de la John Dowyer se manche con este vergonzoso incidente. Es vil, es deshonesto, y puede que tenga muy poca experiencia en los negocios y en cómo llevar una destilería, pero no creo que esta sea una manera de construir algo.

—Pero… nadie lo sabrá.

—Yo lo sabré, y sé que Sebastian jamás lo consentiría.

Era cierto. La integridad había sido una de las mejores cualidades de su marido.

—Por favor —susurró Edmund, al tiempo que comenzaba a mostrarse desesperado—. Piénsalo. No estamos haciendo daño a nadie.

—Te equivocas, Edmund —tragó saliva, porque la voz le temblaba —. Tengo que tomar una decisión, y esa es que ya no eres administrador de la destilería John Dowyer. Quiero que te marches hoy mismo.

Él la miró atónito. La misma Esther no se creía lo que había dicho, pero en el fondo sabía que era lo correcto.

—Estás cometiendo un error —jadeó.

—No diré nada a la policía —continuó, como si no le hubiera escuchado—. Tampoco te pediré que regreses la mercancía, porque sé que no hallarás manera de traerla de vuelta sin meterte en problemas.

Y naturalmente, no quiero el dinero.

—¿Has perdido la razón? Sin ninguna de las dos cosas estás en graves problemas. Hicimos una inversión muy cuantiosa.

—Me las arreglaré, Edmund —le lanzó una mirada encolerizada.

—¿Qué harás sin mí, Esther? ¿Cómo conseguirás mantener todo esto en pie?

No sabía la respuesta a aquello, pero de momento sentía que su determinación era la más acertada. El miedo la engullía, sí, pero estaba convencida de que continuar con el macabro plan de Edmund de vender la carga en el mercado de negro y a la vez gozar del desembolso de la aseguradora acabaría con su paz.

—Ya veremos.

El otro asintió débilmente, resignado.

—Y sobre lo que te he confesado… ¿qué tienes que decirme?

—Estás confundido, y preferiría que olvidaras lo que me has dicho. Ahora vete, por favor.

—Esther…

—Vete, Edmund.

El obedeció y dejó la habitación con paso airado. Ella lo siguió.

En el recibidor se encontraron con Westbrooke y Sally, que se pusieron de pie nada más verlos llegar. Para su total sorpresa, su amiga le estaba curando gentilmente las heridas. No supo por qué aquello le molestó tanto.

Los dos hombres intercambiaron una mirada beligerante, primitiva, por lo que Esther creyó que reanudarían la riña.

Edmund señaló al conde con el dedo índice.

—No has ganado aun —fue todo cuando le dijo antes de dejar Allington Manor dando un portazo.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Sally.

—Lo he echado de la destilería.

Westbrooke y su amiga intercambiaron una mirada de asombro.

—¿Lo… confesó?

Ella asintió sin decir nada más.

—Deberías llamar a la policía —intervino el conde—. Solo Dios sabe cuántas veces te ha estafado ese miserable… a ti y a tu difunto marido.

—Supongo que está muy satisfecho, lord Westbrooke —le dijo ella

con resentimiento.

—De haberte abierto los ojos, sí.

—Huh… —balbució Sally—. Iré a ver si la señora Jennings necesita ayuda con «esa cosa» —dijo antes de marcharse apresuradamente.

—¿Cómo lo supiste?

—Fui a Londres a ver si podía ayudarte a acelerar el pago de la indemnización y me encontré con que tu apreciado administrador ya tenía todo bajo control —repuso, sarcástico—. Que buen colaborador, ¿no es así? Deberías reportarlo con las autoridades. Si lo que hizo llega a saberse quizá te culpen a ti también. ¿Entiendes cuán grave es todo esto?

—¡Esto no es asunto tuyo, Westbrooke!

—Lo es. Recuerda que la John Dowyer tiene su base en los terrenos de Cypress Path. Esto afecta igualmente al marqués de Walton —Ella se abstuvo de decir nada más porque sabía que él tenía razón, pero enviar a Edmund a prisión sería demasiado —Esther —dijo él con suavidad—, esto sería mucho más sencillo para todos si aceptaras mi propuesta. No te decepcionaré como ese cobarde. Yo no quiero robarte.

—En este momento, por razones que saltan a la vista, no puedo confiar en nadie. Y menos en ti.

Capítulo 9

La noche transcurrió en un angustioso silencio mientras Esther iba de un lado a otro de su habitación, inmersa en el más absoluto desasosiego. El sueño la había abandonado, y aunque hacía ya tiempo que la calma tampoco la visitaba a menudo, aquella noche fue la más intranquila en muchísimo tiempo.

La incertidumbre por lo que sucedería con la John Dowyer después de aquel día y la sensación de hallarse sola frente a un monstruo al que no sabía cómo enfrentar, se habían abalanzado sobre ella como un brote de abejas. La traición de Edmund la había golpeado de una manera feroz e inesperada; su confesión todavía la atemorizaba, la entristecía, porque hasta hacía pocas horas había sido él la persona en quien más había confiado para dirigir la empresa. Sentía que había perdido más que a un administrador; había perdido a un amigo.

Aun le costaba creer que hubiera cometido aquella canallada. Si tan solo hubiera compartido sus insensatos planes con ella, habría podido hacerle entender que no valía la pena obrar tan equivocadamente para conseguir la independencia de la destilería.

Pero ¿y si Westbrooke tenía razón? ¿Y si no era la primera vez que extraía mercancía y la desviaba sin que Esther lo advirtiera? ¿Y si el haberla mantenido aislada de la compañía a los ojos de los proveedores y distribuidores no era más que una estrategia para obrar a su antojo y sin el riesgo de ser descubierto?

Si lo veía fríamente, todo tenía sentido, reconoció.

La sola idea de que Edmund hubiera hecho más que estafar al seguro, le hacía arder de indignación. ¿Cómo es posible que hubiera sido tan tonta, tan ingenua?, se condenó a sí misma, porque por primera vez creyó aquello de que las mujeres no eran criaturas aptas para llevar los negocios… o quizá solo ella no lo era.

La joven lanzó una almohada a cualquier lugar de la habitación, y fue consciente de que jamás habría descubierto el engaño de Edmund de no ser por Westbrooke. Sean cuales fueren sus intenciones —aunque ella tendía a pensar que eran puramente egoístas— había ayudado a Esther a ver la verdad.

Westbrooke.

¿Cuándo iba a darse por vencido ese odioso arrogante?

Esther detestaba pensar en él y en aquella noche, cuando había llegado a la mansión Walton hecha una furia, con el único propósito de enfrentarlo. Le fastidiaba sobremanera recordar lo fácil que le

había resultado envolverla con su sola presencia, con sus miradas que detonaban tantas sensaciones en su cuerpo, con esa cercanía cargada de un suave e intoxicante perfume masculino. Y su voz… un sonido ronco e íntimo, concebido para desarmar a una mujer.

Y luego ese beso que había resquebrajado su resolución.

De su boca, además, habían salido promesas sensuales que revolvieron sus entrañas. Ella se esforzaba cada día por no evocarlo, pero no ayudaba que se cruzara tantas veces en su camino.

No pudo evitar preguntarse qué le depararía la vida si accedía a casarse con él. ¿Realmente las cosas mejorarían para Cypress Path y la John Dowyer, como prometía? ¿Era sensato acaso tomar una decisión de ese calibre?

Rápidamente negó con la cabeza. Debía haber otro modo de hacer las cosas, otro que no fuera entregarse completamente a un redomado seductor, obstinado y ambicioso que ya había demostrado tener un poder sobre ella… y no quería imaginar qué otras cualidades completarían el cuadro de la personalidad de Brighton Sheffield.

De momento, pensó mientras se dejaba caer sobre el lecho, debía tratar de arreglar las cosas en la destilería, agarrar el timón y seguir adelante.

Cuando las débiles luminiscencias de una mañana helada la obligaron a abrir los ojos, se sintió cansada de cuerpo y alma. Pesada e inerte sobre su lecho, con la mente todavía dándole vuelta a los asuntos que la inquietaban, se removió en la pasividad de la inconsciencia. Alrededor suyo resonaron unas pisadas presurosas que percibió como martillazos en sus sienes.

—Buenos días, querida —la saludó la tía Fern mientras abría las cortinas con una urgencia incomprensible.

—Buenos días —respondió, y su voz sonó pastosa.

—Oh, caray, mira esas ojeras —observó con voz agitada, inclinándose para mirarla mejor. La preocupación minaba los rasgos de la mujer—. Cariño… lamento despertarte, pero… han venido a verte. Parece importante; yo creo que lo mejor es que bajes ahora mismo.

Esther levantó medio cuerpo de un tirón, porque de pronto lo entendió todo.

Con la ayuda de su tía y de la doncella se preparó para bajar.

Afuera de Allington Manor, un centenar de trabajadores la esperaba. Algunos de brazos cruzados, otros conversando entre sí con gestos serios. Esther sintió sobre ella el peso de aquellas miradas y el

corazón le dio un vuelco.

Sally ya se encontraba allí, charlando con las únicas dos secretarias, que exhibían rostros de funeral.

—Buenos días, lady Esther —le saludó con seriedad Chad Morrison, uno de los trabajadores más antiguos de la John Dowyer, quien ostentaba cierto liderazgo dentro del grupo. Morrison era también un hombre culto y astuto, por lo que no le extrañaba que los demás lo hubieran nombrado su vocero—. Estamos agradecidos de que haya accedido a reunirse con nosotros. Pese a lo informal que esto pueda resultar, creemos que es urgente que hablemos sobre el destino de la compañía.

—Señor Morrison, lo entiendo perfectamente.

—Sabemos que el señor Tate ya no está al frente de la John Dowyer.

La joven asintió con la cabeza.

—Pensaba decírselos hoy, pero ya veo que las noticias corren muy rápido. Es así, señores —se aclaró la garganta y elevó la voz para dirigirse a su improvisada concurrencia—. El señor Tate ha confesado haber cometido una falta muy grave contra esta empresa y he decidido prescindir de sus servicios. Mi difunto esposo, lord Sebastian, quien puso la primera piedra para fundar la John Dowyer, creía en la honestidad, en la integridad, y yo comparto esos valores, por eso, no voy a consentir las faltas que ha cometido el señor Tate. Cualquier persona que transgreda las leyes no puede ser parte de la John Dowyer…

—Sí, claro, madame —carraspeó—. Se refiere a lo del seguro…

La viuda se horrorizó.

—¿Ustedes lo sabían? —escrutó los rostros de algunos hombres a su alrededor detectando miradas culpables y otras, menos valientes, clavadas en el suelo. Todos ellos sabían lo que Edmund estaba tratando de hacer… y jamás dijeron una palabra. Eran sus cómplices —. ¿Cómo es posible que hayan estado al tanto de semejante bajeza y no me hayan dejado saber?

Silencio.

—¡El señor Tate cometió una estafa! —recalcó Esther con los ojos brotados de indignación, de temor sobre lo que aquel hombre había conseguido hacer con sus obreros. Edmund los había corrompido—. Podría ir a la cárcel si esto llega a saberse.

—Lady Esther, el señor Tate nos dijo que ese dinero nos ayudaría a marcharnos de estas tierras y llevar la destilería fuera de la propiedad

de lord Walton. Lo hemos visto como una idea razonable para evitar caer en manos de ese individuo, lord Westbrooke.

—Y supongo que también les ofreció una parte del dinero —fue un comentario impulsivo con el que pretendía tantear a sus trabajadores, y supo, a juzgar por sus gestos, que no se había equivocado—. ¡Por el amor de Dios! Estuvo muy mal lo que hicieron. Pudimos haber ganado mucho dinero trabajando honestamente, esforzándonos… Oh, Dios. Por ello no aceptaron trabajar más horas para cubrir las pérdidas del naufragio —entendió finalmente y suspiró de tristeza—. Sabían que todo estaba arreglado. Tengan por seguro que no recibiremos ese dinero, y que la destilería continuará operando en estas tierras hasta que seamos capaces de producir honradamente el capital necesario para movernos a otro lugar.

Se escuchó un murmullo colectivo de desaprobación.

—Lady Esther, ¿podemos preguntar quién quedará a cargo de la destilería? —continuó Morrison.

—Pues… yo, por supuesto.

Los hombres se miraron entre sí. El estupor dominaba sus facciones. Esther sabía a la perfección que su dirección no era bien recibida entre los trabajadores, y a pesar de ello le dolió el rechazo.

—Con todo respeto, milady, usted por su cuenta no podría dirigir la John Dowyer. Hay demasiados asuntos que usted desconoce, cosas que solo…

—¿Qué solo un hombre puede atender?

—Sí… eso quise decir —aclaró Morrison sin rodeos—. No olvide que la Yorker tiene los ojos puestos en la destilería desde hace mucho tiempo, lady Esther. Cuando sepan que el señor Tate se ha ido y que usted está sola le ofrecerán un empleo y se ensañarán con nosotros, buscarán sacarnos de juego. Aprovecharán la ocasión para ahuyentar a todos los proveedores y agarrarse todo el mercado diciéndoles que la John Dowyer ha caído en desgracia. Y usted no podrá hacer nada.

—¿Ese es el futuro que usted avizora, señor Morrison?

—Es el único futuro posible, milady.

—La Yorker no nos ha vencido hasta ahora.

—Eso es porque el señor Tate ha hecho esfuerzos encomiables para impedirlo, pero usted lo despidió, y un hombre ha de buscarse un sustento dondequiera que sea bien recibido, así que no le extrañe que Tate ya se haya pasado al bando enemigo.

—Si así fuera, no hay nada que hacer —soltó lastimeramente—. Yo soy todo lo que tienen.

—Milady, dudo que usted pueda mantener este lugar andando por un mes.

Esther giró la cabeza para mirar al grupo de trabajadores en pleno, deseando poseer el don de la palabra, la capacidad para inspirar a las personas con un discurso.

—Podríamos hacerlo juntos… si me ayudan —dijo con la garganta seca—. Sé que aun no conozco por completo cómo funciona la John Dowyer, y que es más complicada de lo que parece, pero estoy dispuesta a aprender de ustedes. Por favor, no dejarán que ellos ganen, ¿verdad?

Los trabajadores se miraron unos a otros. El escepticismo y el desgano estaban tatuados en sus rostros. Esther no contaba con la fuerza para continuar hablando. Entre el mar de caras reconoció el de Ben, el rudo vigía de la destilería, que al igual que siempre, llevaba su escopeta colgada de la espalda. Tampoco él parecía muy convencido de su pobre discurso.

—Debió haber hecho la vista gorda con lo del seguro, milady —señaló otro trabajador—. Lo único que ha hecho es poner en peligro la destilería.

La viuda no dijo nada más.

Poco después, los trabajadores se dispersaron mientras Esther empezaba a sentir un nudo constriñéndole la garganta. Eran las lágrimas que trataban de abrirse paso, pero ella no estaba dispuesta a permitirles salir. Al menos debía mantenerse digna e indemne.

Cuando hasta el último trabajador se dio la vuelta para regresar a la fábrica, Sally le rodeó los hombros con un abrazo solidario y su tía le lanzó una mirada de ánimo, aunque en apariencia se hallaba tan desconsolada como ella misma.

—¿Qué diantres haremos? —espetó Sally más tarde, mientras le servía un poco de té en el calor del despacho de Allington Manor, donde Esther había pasado el día entero, forzando su mente para tratar de hallar una salida.

—Eso que dijo Morrison tiene sentido, Esther —se lamentó la tía Fern desde una otomana donde permanecía recostada, más desconsolada que aquella mujer de la pintura de Augustus Egg, *Pasado y presente*—. Ahora mismo Tate debe de estar considerando la oferta de la Yorker. Ese hombre va a pasarse al otro bando, va a revelarle todos los secretos de la John Dowyer a esos desalmados tiburones. ¿Pensaste eso antes de despedirlo, Esther? Podría revelarles la fórmula del whiskey.

¿Sería Edmund capaz de aceptar la oferta de su competencia?

Una parte suya se negaba a aceptarlo, pero a esta altura, Esther debía haber comprendido que el dinero tenía más poder sobre las personas que la propia consciencia. Incluso la necesidad se supeditaba a la honra, pensó mientras recordaba los rostros de sus trabajadores, intentando permanecer leales, pero a la vez asumiendo que una estafa era la salida a los problemas de la compañía.

Y ella no era tan pedante como para creerse moralmente superior que Edmund y sus obreros; ella tan solo deseaba hacer lo que creía correcto.

—No podía mantenerlo en la empresa, tía Fern —dijo sucintamente, sacudiendo la cabeza—. No después de lo que hizo. Y si pretende entregar a la John Dowyer, pues… ¡que lo haga!

—Y se quedará con la carga, el muy hijo de puta —soltó Sally, para horror de su tía—, que seguramente venderá y cobrará. Deberías llamar a la policía y reportarlo. Así la Yorker no podrá contratarlo, así no podrá decirles la fórmula…

—Sally, no voy a hacer eso.

—Pero Esther… —protestaron las dos mujeres al mismo tiempo.

—¡No lo haré! —repitió.

—La gente no merece tu bondad —chilló Fern.

—Esther, tal vez me odies por lo que voy a decir —comenzó a decir Sally—, pero quizá sea hora de que empieces a considerar la oferta de Westbrooke.

La viuda le envió una mirada gélida mientras que la reacción de su tía Fern fue de oficiosa curiosidad; miró a las dos muchachas sin ocultar su ansiedad.

—¿De qué…? ¿Cuál oferta?

Sally observó a Esther, que se había cruzado de brazos como una muchachita malcriada, y después a la tía Fern.

—Lord Westbrooke le propuso matrimonio a Esther.

La dama se levantó del sofá como impulsada por un resorte, presa del asombro y la más absoluta dicha.

—¡Oh, querida! —exclamó la misma mujer que hasta hacía un minuto era la viva imagen de María en la crucifixión—. ¡Que estupenda noticia! ¡Estamos salvadas! ¡Gracias, señor! El bueno de lord Westbrooke sabrá qué hacer con la John Dowyer, ¿no es así?… ¿Por qué no estás loca de contenta, cielo?

La viuda chasqueó la lengua y habló atragantándose de amargura.

—Casarme para mantener la destilería… es ridículo.

—No es ridículo —retrucó Sally—. Es una alternativa de lo más ventajosa y, dadas las circunstancias, deberías aprovecharla si no quieres que caiga en desgracia.

—Esther, por todos los cielos, piénsalo bien, hija —soltó la tía Fern —. Con un marido influyente e instruido, alguien a quien dejarle las responsabilidades de la destilería, las cosas serán más sencillas para todos. Estoy segura de que lord Westbrooke llevará este barco a un puerto seguro.

—O terminará de hundirlo.

—Esther, tienes que reconocer que es una buena idea —la presionó Sally.

—Sí, señorita Withfield, por favor, haga que su tozuda amiga entre en razón y le diga que sí de inmediato al conde.

—No puedo creer que ambas estén pidiéndome esto —gimió—; si me cruzo de brazos, la destilería caerá en manos de la Yorker, y si me caso con Westbrooke, terminará en manos de Walton. ¿Existe, por el amor de Dios, una opción donde yo no salga perdiendo?

—No creo que un matrimonio con un excelentísimo caballero como Westbrooke suponga alguna pérdida para ti. Vamos, hija, si es elegante, gentil, estudiado nada menos en Saint Andrew…

—Más guapo que el demonio, alguien tiene que decirlo —añadió la descarada de Sally mientras sacaba una botella de whiskey de un mueble bar y comenzaba a rellenar tres copas como una diestra moza de taberna.

—Y lo más importante es que sabrá qué hacer con la John Dowyer.

—Esther, lamento tener que decirlo, pero Westbrooke es tu salvación; la tuya y la de la John Dowyer. Se necesitan mutuamente —Sally le tendió uno de los vasos de whiskey—. Y por el momento, creo que también necesitas esto.

Miró la copa como si se tratara de un orinal, y aunque seguía renuente a probar aquel caldo asqueroso, lo asió a regañadientes.

Sally tenía razón. La única alternativa posible para evitar que la John Dowyer se desplomara como lo había hecho la hacienda Cypress Path, era recurrir a Westbrooke; pero aun se negaba a que fuera por medio del matrimonio. Miró el fondo de la copa, como si pudiera hallar alguna respuesta en sus luminosos tonos dorados, pero no dio con ninguna.

—¿Entiendes que tus trabajadores ya no te son leales? —insistió su amiga.

—Tampoco serán leales a Westbrooke. Lo odian.

—Comenzarán a quererlo cuando sepan que él es el jefe —se encogió de hombros con delicadeza—. Después de todo tienen un objetivo en común: mantener la destilería operativa. Creo que lo respetarán más que a ti.

Esther cerró los ojos y soltó un suspiro.

—Westbrooke vino a mí por una sola razón, quería el dinero de la John Dowyer para reactivar la hacienda; y ahora, de la noche a la mañana estamos pendiendo de un hilo. ¿Qué te hace pensar que aun pueda interesarle la destilería?

Sally y Fern se miraron enigmáticamente, como si vieran algo que ella no había llegado a comprender.

—Esther, por favor. Ve a verlo —rogó su tía y después le dio un buen sorbo a su copa de whiskey.

—Piensa en que la destilería es la esperanza de mucha gente —remató la otra, citando traicioneramente sus propias palabras, por lo que Esther le envió una mirada glacial.

La joven se lo pensó por un momento mientras, con nerviosismo, daba vueltas a la copa en sus manos.

No perdía nada con intentarlo, se dijo tras suspirar con fuerza. Quizá Westbrooke pudiera ofrecerle alguna idea, algún trato alternativo, pero luego negó con la cabeza. Con toda seguridad seguiría insistiendo en que se casaran pues, le había demostrado ser un hombre que no cambiaba de opinión con facilidad. Ahora mismo, la propuesta de cederle el cincuenta por ciento de las ganancias no parecía del todo exagerada. Ojalá hubiera aceptado.

—De acuerdo.

—¡Oh, alabado! —exclamó la tía Fern exultante, con los brazos elevados en una plegaria que parecía más el resultado de su ingesta de whiskey—. ¡Dios nos ha escuchado, señorita Withfield! Mi querida Esther, estoy convencida de que lord Westbrooke y tú seréis la pareja más guapa y próspera de todo Kent. Ya escucho repicar las campanas de boda.

Un sonido metálico y furioso las arrancó de su conversación. Las tres mujeres se volvieron alarmadas para mirar hacia las puertas dobles de la estancia, donde se hallaba una colérica Mabel. En un arranque repentino, había lanzado contra el suelo el primer objeto que había encontrado. La joven ardía de ira, y algo parecido al dolor se había apoderado de sus ojos.

Por supuesto, Esther había olvidado que su prima había quedado

prendada de Westbrooke nada más conocerlo. Aquella noticia la había trastocado.

—¡Mabel! —la retó su madre al tiempo que la seguía fuera del despacho, de donde la chica había huido a trompicones—. ¡Mabel, detente allí, señorita!

Cuando la tía Fern y su berrinchuda hija abandonaron el despacho, Sally puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no me sorprende que lo quisiera para ella? Es tan egoísta…

—Estoy loca solo por hacerte caso —le susurró Esther, ignorando la escena—. No sé qué diantres voy a decirle.

—No seas tan dramática.

—Oh, ya sé —ironizó—. Lo saludaré con un «Buenos días, lord Westbrooke. ¿Sabe qué? Ahora que estoy tan arruinada como usted, he pensado que no sería tan mala idea que nos casemos. ¿Qué dice sobre compartir una hogaza de pan duro para la cena y luego yo le remendaré un par de pantalones viejos? ¿No sería adorable?

La otra se desternilló de risa.

—Oh, *cheriè*, para ser una viuda eres increíblemente graciosa.

—Sally por favor…

La aludida apuró el contenido de su John Dowyer y la miró con los ojos serios y entrecerrados, consciente de que su amiga esperaba una opinión honesta de su parte, quizá algún consejo que no estaba dispuesta a dar delante de la tía Fern.

—Cariño, ese hombre te abrió los ojos, vino a recibir una tunda de golpes por ti, se enfrentó a tu rechazo, a tu desconfianza, y aun así te mira como si fueras el centro de todo su mundo. Tengo serias sospechas de que lord Westbrooke está hecho polvo por ti y que al final del día la destilería no es más que una feliz añadidura.

La otra le miró atónita.

—No estás hablando en serio.

—Completamente en serio —Esther evitó mirarla y se refugió en sus propios pensamientos, pero Sally continuaba al ataque—. ¿De verdad no sientes nada por él? ¿No has pensado por un solo instante que quizá y felizmente podría funcionar?

La joven se negó a caer en aquella trampa, y en lugar de contestarle, se puso de pie y dejó su copa intacta sobre la mesilla.

—Has conseguido de mí lo impensable, Sally Withfield. Debería bastarte con eso.

Esther dejó Allington Manor la mañana siguiente, ataviada en un vestido de lana negro que no conseguía protegerla del crudo frío de otoño. Porque, si no era por la temporada, ¿qué otra cosa entonces le hacía temblar como una hoja al viento?

La temperatura descendía drásticamente a medida que la estación avanzaba, y los árboles se quedaban desnudos a merced del viento gélido y feroz. A su alrededor, una capa de niebla gris envolvía las lomas y los caminos, como un monstruo voraz que tragaba todo a su paso. Montada a lomos de su fiel Misty, cabalgó hasta la mansión, preguntándose una vez más si aquello que se proponía hacer era lo correcto. No había preparado ningún discurso, no tenía en mente las palabras que quería pronunciar, pero de cualquier manera se aventuró porque, como había dicho Sally, y el mismo Westbrooke, la esperanza de la John Dowyer podía ser Cypress Path… y viceversa.

Atravesó la congestionada fábrica, con su característico aroma a cebada y a hollín que las chimeneas expulsaban a todo vapor. Los empleados la miraron con desdén al pasar. Ella trató de ignorarlos y bordeó el molino que tanto le aterraba. Después cruzó el puente de piedra y se propuso seguir de largo a través de las plantaciones.

A su paso, divisó algunas sencillas viviendas, cuyas empobrecidas fachadas le recordaron que el futuro de aquellas gentes también dependía de su decisión. Esther se detuvo y las contempló con tristeza y una esperanza que empezaba a cobrar fuerza. Tenía que hacerlo, se dijo otra vez. Tenía que intentarlo.

«¿No has pensado por un solo instante que quizá y felizmente podría funcionar?». La pregunta de Sally, y que ella no había estado lista para responder, resonó en su cabeza.

«Sí. Pero estoy muerta de miedo».

Cabalgó más allá, determinada a ignorar sus temores, su orgullo, sus reservas, y después de un buen rato se halló frente a la grandiosa y a la vez decadente mansión Walton que surgía entre la capa de niebla.

Descendió de la yegua, entregándosela a un presto lacayo que corrió a su encuentro nada más verla aproximarse a la entrada. Entonces caminó hasta las puertas dobles de la gran casa y, con las manos enguantadas y trémulas, tomó la aldaba dorada que pendía de la boca del león.

Tocó una sola vez.

—Valentine —saludó al hombrecillo que le abrió la puerta enseguida.

No se dio cuenta de que todo su cuerpo se agitaba violentamente y

que tenía los labios entumecidos hasta que habló.

—Lady Esther —le saludó el mayordomo con un sonsonete de preocupación—. Pase, por favor. Está helado allá afuera.

Esther le hizo caso y se adentró a la gran casa, a la que echó un vistazo esperanzado. Valentine tomó su capa y la bufanda con presteza.

La temperatura no era mucho más cálida que en el exterior, por lo que supuso que los sirvientes, por órdenes del conde, economizaban la reserva de leña para los días más fríos, igual que hacían las familias que pasaban por apuros económicos.

—Vaya día, ¿eh? —le sonrió—. Parece que el invierno está a la vuelta de la esquina. A este paso nevará muy pronto, ¿no cree? ¿Le apetece un poco de té?

—No, no, gracias. Esto… he venido a ver a lord Westbrooke.

El sirviente arrugó el entrecejo.

—¿A lord Westbrooke? —repitió, intrigado—. Pero… milord se ha marchado de Kent ayer por la noche, milady.

La sorpresa de Esther no fue normal. Abrió los ojos desmesuradamente mientras la decepción crecía en su interior como un malestar físico. Su corazón se desinfló igual que un globo aerostático en pleno vuelo, con la misma fuerza y violencia.

Se había marchado.

—¿Está se… seguro? —tartamudeó y de inmediato se sintió estúpida pues, ¿quién podía estar mejor informado del paradero que lord Westbrooke que el mayordomo?

Valentine tuvo la delicadeza de asentir con la cabeza, y Esther hizo lo que pudo para ocultar su desencanto. Expulsó el aire que no estaba consciente de estar conteniendo y volvió a mirar al hombre.

—¿Dijo… cuándo volverá?

—Me temo que no, lady Esther. Generalmente, envía una comunicación unos días antes de venir.

La muchacha asintió con impotencia, al tiempo que un torrente de pensamientos la asolaba. Quizá ya no veía razones para permanecer en Cypress Path, ni para luchar por la destilería. La John Dowyer enfrentaba momentos muy duros: la pérdida de una importante cantidad de mercancía, la sombra de una demanda por fraude que podría llegar en cualquier momento, y la lealtad dudosa de un grupo de trabajadores que no sentían respeto por ella ni por el conde, se cernían sobre ella como una parvada de aves de rapiña. A todas luces, estaban acabados. Westbrooke tenía suficientes problemas que atender

como para tener que ocuparse también de una destilería que claramente caía en picada.

—Bien —forzó una sonrisa—. Se lo agradezco mucho, Valentine.

Tomó sus efectos personales de las manos del sirviente y se envolvió con ellos de nuevo, con la torpeza propia del desconcierto.

—Lady Esther —la detuvo antes de que cruzara la puerta—, ¿puedo hacer algo por usted? Lo que sea. Permítale a este viejo ayudarla.

Ella le sonrió con ternura —finalmente una sonrisa sincera—, pero luego negó con la cabeza. Valentine siempre le había mostrado su estima.

—Solo prométame que… si regresa, no le dirá que estuve aquí.

El viejo no se esperaba aquello, a juzgar por su rostro de desilusión, pero terminó asintiendo con la cabeza. Entonces, Esther se marchó.

Las siguientes semanas fueron las peores para Esther y la John Dowyer.

Con Edmund fuera de la compañía, la viuda se vio en la obligación de atender todos los asuntos que a éste le concernían como administrador. Al principio, se vio inmersa en un mar de operaciones financieras que desconocía completamente, y que debió aprender a ejecutar sobre la marcha. No siempre tenía éxito.

Por desgracia, mientras permanecía aferrada a la idea de dar lo mejor de sí, sus empleados no parecían demasiado colaboradores; le mostraban poca paciencia e incluso habían empezado a mostrarse ariscos de tener que reportarle directamente. Esther era consciente de que le culpaban por los problemas de la empresa, comenzando porque había sido ella quien había echado a Edmund y jurado rechazar el dinero de la indemnización. Esther era consciente de que no le convenía asumir el rol de déspota. Necesitaba a cada una de esas personas para que la John Dowyer no decayese… todavía más. Necesitaba de su presencia, de sus esfuerzos y su conocimiento, porque si solo dependiera de ella, ya no existiría una destilería qué regentar.

Por suerte, Sally y la tía Fern se habían mostrado contentas de poder ayudarle a sortear aquella tonelada de dificultades. Fern se había adjudicado el puesto de ayudante de la nueva patrona, mientras que Sally, como digna hija de un líder nato, un hombre que se había hecho a sí mismo y prosperado en la vida, se tomó el lugar de dirigir a los obreros en las barricas y en la molienda, y supervisar que todo el trabajo, fuera cual fuera, se cumpliera en el tiempo requerido.

Pero un trío de mujeres parecía ser menos digno de respeto que una sola mujer. Con frecuencia, se producían roces con los mal encarados obreros. una simple palabra, una orden lanzada que parecía de lo más racional, era motivo de miradas airadas, de protestas y de cuchicheos malintencionados que las tres mujeres debían ignorar por el bien de la John Dowyer.

Una noche, mientras Esther hacía un esfuerzo increíble por responder a una correspondencia relacionada con los impuestos a las bebidas alcohólicas, llegó a sus oídos la susurrada conversación de las dos secretarias de la compañía. Las mujeres, que antes de la muerte de Sebastian se habían mostrado respetuosas y consideradas, ahora hacían comentarios crueles sobre su persona. La llamaron «tonta», «incapaz» y se rieron de su falta de inteligencia para dirigir un negocio que tradicionalmente era tutelado por hombres sagaces y rudos.

Con el paso de los días, el número de empleados fue mermando. Muchos hombres, enfadados y descontentos con la nueva autoridad, salían de allí determinados a encontrar un puesto en la Destilería Mill Yorker, convencidos de que aquel castillo de naipes llamado John Dowyer terminaría por desmoronarse antes de la llegada del invierno. Y la destilería más antigua y grande de la región estaba más que contenta de contribuir a semejante desplome. Casualmente se abrieron nuevas plazas para toneleros, maceradores y jornaleros en sus instalaciones de Margate.

La John Dowyer, la prometedora destilería destinada a ostentar el primer lugar de ventas de toda Inglaterra, como alguna vez había soñado Sebastian, se convirtió rápidamente, ante los ojos atónitos de Esther, en una fábrica en desalojo.

Cuando su maestro destilador, el señor Pottinger, le comunicó que había recibido una propuesta de trabajo en Campbelltown, Esther estuvo a punto de echarse a llorar. Le rogó que se quedara, le prometió que las cosas cambiarían, que hallarían el modo de resurgir, pero la decisión estaba tomada. Él no la aprobaba como líder, ni apoyaba el «desproporcionado» castigo impuesto al señor Tate, quien «solo estaba obrando por el bien la destilería».

Antes de marcharse, sin embargo, el veterano escocés, dejó caer un comentario que decretaba el fracaso de la joven.

—Milady, cualquier otra destilería pagará una fortuna por el contenido de las barricas. Le aconsejo que comience a buscar un comprador cuanto antes.

Capítulo 10

En unas semanas más, la John Dowyer perdió a más de dos tercios de sus empleados. El trabajo de algunos hombres que se marchaban debía ser ejecutado por otros, hasta que éstos se marchaban también y el torrente de actividades acumuladas terminaba siendo un dolor de cabeza para quienes, desafortunadamente, carecían de una oportunidad laboral más atractiva.

Y aquello no hacía más que mermar cualquier brizna de lealtad que pudiera existir en ellos.

Fue así como empezaron a notar que ciertos objetos valiosos e instrumentos vitales para el funcionamiento de la destilería no se hallaban donde se suponía que debían estar. Hecha una furia, Sally denunció que habían sido sustraídos materiales de cobre, botellas de químicos y que incluso el número de barriles almacenados no se correspondía con los registros.

Ben, el ceñudo vigía de la destilería —que extrañamente no había renunciado aún—, acompañó a las dos mujeres en un recorrido donde se evidenciaron las pérdidas. Aunque Ben, escopeta en mano, juró que cazaría a los culpables del hurto, Sally y Esther estaban convencidas de que aquello era más que imposible. Para entonces solo quedaban unos pocos trabajadores, que naturalmente se hallaban a la espera del llamado de la Yorker o cualquier otra destilería menos calamitosa.

Esther siempre recordaría el momento en que dos de las cuatro chimeneas de la destilería se apagaron. Una sensación de absoluta desesperación la embargó. «Si Sebastian pudiera verme ahora se sentiría avergonzado», pensó con la mirada puesta en las débiles volutas de humo que poblaban el cielo. Lo que antes había sido una fábrica próspera y con potencial para convertirse en la mejor de todo el condado ahora mismo parecía un cementerio.

—No puedo creer que nos hayan robado —gruñía Sally mientras acuchillaba el trozo de cordero que le había sido servido para la cena —. Malditos ingratos… Después de todo lo que has hecho por ellos responden haciendo leña del árbol caído. ¡Debería… debería… debería quitarle la escopeta a Ben y ponerlos en fila para un fusilamiento!

La tía Fern se estremeció de pavor ante la declaración, a diferencia de Esther, que sintió una oleada de ternura por su amiga. Hacía semanas debía haber regresado a Viena, pero fiel a su espíritu de solidaridad, de absoluta lealtad, había decidido extender su visita para ayudarle a gestionar su ruinosa compañía. Al final, se había

involucrado tanto que actuaba como la jefa.

—Señorita Withfield, los ladrones ya deben estar muy lejos de aquí —la tía Fern removía el contenido de su plato sin el menor asomo de apetito.

—No lo creo, señora Jennings —repuso Sally, resentida—, tengo entendido que la destilería Mill Yorker está en Margate.

—No todos se han ido a la Yorker —dijo la viuda con un hilo de voz.

La otra apretó la mandíbula y le envió una mirada glacial.

—Y no sé por qué sospecho que nuestra querida amiga preferirá afrontar las consecuencias en lugar de traer a la policía.

—¿Para qué, Sally? —masculló Esther con una veta de rebeldía—. Prefiero no dejar mis energías en algo tan improductivo. Lo que haya sido sustraído seguro ya fue vendido… —se hizo un silencio cargado de impotencia, de frustración, que era el reflejo de lo que Esther vivía en su interior. Sacudió la cabeza—. Se acabó. Estoy pensando en vender los barriles que todavía quedan en las barricas —las damas presentes emitieron un respingo de asombro y desconsuelo, a diferencia de Mabel, que siguió engullendo su cena en medio de la más envidiable placidez—. Los de la primera cosecha se venderán bien. Y los de menor edad… puedo conseguir un precio razonable. El señor Pottinger me ayudará a encontrar un comprador. También pondré a la venta los alambiques y…

—Santo Dios, Esther —gimió la tía Fern—. ¿No es demasiado pronto para…?

—Tengo que ser sensata. Esto ya acabó y yo…

—¿Te estás escuchando? —rezongó Sally con los ojos abiertos como platos—. ¿Vas a dejar todo como está? ¿No piensas luchar?

Esther bajó la mirada. Decidió no enfrentar a su amiga, porque estaba consciente de que ella abogaría por continuar hasta el final, pero la viuda no deseaba mantener esperanzas que fácilmente podían arruinarse, ni aferrarse a un clavo ardiendo. Estaba claro que había perdido, todos tenían razón. Era tan solo una mujer, una viuda, una muchacha arrogante y estúpida a la que la destilería John Dowyer le había quedado grande. Para su suerte, Sally no insistió, o quizá fuera que ella también estaba decepcionada de su falta de carácter, de su debilidad.

—Quizá tu padre pueda… —Fern se frenó ante la mirada hosca que le envió su sobrina—. Está bien, no le diré nada. Aunque, tampoco es que haya preguntado —soltó un suspiro afligido. La cena continuó—. No entiendo cómo es que Westbrooke se marchó de Kent sin decir

nada, sin despedirse siquiera. Hace casi un mes que se fue y ni una seña, ni una carta.

—Está claro que perdió el interés en la Dowyer, madre —intervino Mabel en tono mordaz—. Si es un poco inteligente ha de estar buscando una rica heredera que le proporcione una buena dote, porque ¿de qué otro modo podrá salvar la finca?

—Mabel tiene razón —dijo Esther tratando de velar su tristeza, su desencanto—. ¿No era la destilería lo único que buscaba? De seguro la noticia del descalabro de la John Dowyer ya llegó a sus oídos y a los de su hermana. Sus prioridades cambiaron.

Sally hizo intento de hablar, y Esther casi juró que lanzaría un dardo venenoso contra Mabel, pero terminó dejando escapar un siseo nervioso, algo muy impropio de ella. La viuda giró la cabeza para observarla, y atisbó en ella el indicio de alguna recién adquirida preocupación.

—Lo estás juzgando muy mal, querida —salió al paso la tía Fern, su más ferviente defensora—. Quizá los asuntos de Walton lo están consumiendo en demasía y por ello no ha tenido la ocasión de mostrar la cara. Recuerda que son múltiples los negocios del marqués y todos y cada uno han caído en los hombros de Westbrooke. Cypress Path no es más que una séptima parte de todo el imperio.

—Tonterías, madre —continuó Mabel—. Todas sabemos que su único interés era el dinero. Estoy segura de que descubrió que no había nada mejor que buscar.

Esther ignoró a su prima, que a todas luces estaba disfrutando de lo lindo con toda aquella situación.

Las cosas no mejoraron los días que siguieron.

Con la destilería casi completamente paralizada y la presencia de tan solo media docena de trabajadores —que se encargaban de cumplir las tareas más simples a causa de la imposibilidad de producir el licor—, Esther decidió cerrar las puertas de la John Dowyer. Así, indemnizó a los escasos obreros que aun se mantenían activos; incluso le ordenó a Ben que se fuera a casa y, aunque le ofreció una compensación económica de lo más generosa, el hombre la rechazó. Entonces, ella le agradeció su lealtad.

Unos días más tarde, cuando el invierno estaba a la vuelta de la esquina, la viuda recibió una carta del señor Henry Mills, el propietario de la Destilería Mills Yorker. En ella, el pedante hombrecillo que, alguna vez le había mirado de forma impropia, aun en la presencia de Sebastian, le ofrecía una cantidad de lo más ofensiva por las máquinas y el contenido de las barricas.

Esther destruyó la carta, poseída por un arranque de ira e indignación.

¡Cómo no! ¡Aquel bastardo infeliz también quería aprovecharse de ella!

Más tarde esa noche, vagaba por la habitación, arrastrando su propia ruina, su furia y su desesperación.

Sus pensamientos volaron, en contra de sus esfuerzos, hacia lord Westbrooke, que había desaparecido sin más, dejando implícito que su propuesta matrimonial había sido retirada y que su interés por la destilería se había extinguido.

Naturalmente, pensó Esther con un acceso de amargura, el conde había intuido que la bonanza de la John Dowyer, tras la estafa de Edmund, comenzaría a mermar y que los problemas posteriores terminarían por reducir la empresa a la fábrica en ruinas que ahora era. Quizá deseaba mantenerse alejado de un delito que, de ser descubierto por las autoridades, podría enlodar el nombre de lord Walton.

O puede que, como lo había sugerido Mabel, estuviera a la caza de una rica heredera cuya dote pudiera servir para salvar la hacienda, dando por hecho que la John Dowyer estaba tan hundida como la misma Cypress Path. Aquello último le produjo una extraña punzada de incomodidad de la que intentó deshacerse rápidamente, antes de que su mente revuelta comenzara a procesarla.

Recordó los argumentos que había usado para persuadirla, las tácticas sensuales con las que la había seducido y las palabras que le había derramado al oído con hambrienta dulzura. Quizá entonces habría sido una buena idea deponer su orgullo, aceptar sus estudiadas lisonjas y dejarse llevar como una criatura viciosa, como una de esas decenas, o quizá cientos de mujeres que habían gozado de sus favores. No es que hubiera sido muy difícil resistirse a sus encantos.

Suspiró con fuerza, cerrando los ojos, como si así pudiera escabullirse de sus propias fantasías.

Esther había soñado repetidamente con aquel beso robado en las sombras del espartano dormitorio. Éste la había perseguido sin tregua, forzándole a admitir que estaba ávida de contacto masculino. No, no de cualquier contacto masculino, solo el de aquel canalla: Brighton Sheffield. Lord Westbrooke.

En secreto había deseado que su beso hubiera sido un gesto real y no la diestra artimaña de un conquistador con grandes ambiciones. Había anhelado sentirse deseada y no «necesitada» por un hombre como él, un hombre que a todas luces había decidido guardar sus

atenciones para alguien que le fuera rentable.

¿Era una sensación de abandono la que la dominaba?, se preguntó abrazándose, sin poder creer lo absurda y ridícula que se había vuelto.

¿De verdad se sentía traicionada por él?

Esther jadeó de hastío, comprendiendo lo inútiles que eran todos aquellos pensamientos. Lo único real era que él había dejado Kent y que ya no existía la posibilidad de que él tomara el control de la Dowyer.

Westbrooke habría tenido mejor cabeza que ella para dirigir la compañía, de eso estaba segura; y al final, solo por haber salvado el esfuerzo de Sebastian y el sustento de tantas familias, merecía poseer aquel negocio más de lo que ella lo merecía.

Dejó escapar una risa áspera, sarcástica, y se disuadió de seguir lamentándose por su partida.

De pronto, aquella habitación se le antojó demasiado pequeña, demasiado asfixiante, y casi podía jurar que, si no salía a despejarse, terminaría fundida con aquellas paredes.

Se vistió por sí misma como pudo, decidida a dejar atrás el calor de Allington Manor, con el único deseo de sentir algo, aunque fuera un frío inclemente helándole la piel. A aquella hora todos dormían y las luces de la propiedad se hallaban apagadas. Encendió un quinqué y se movió con sigilo por los desolados y silenciosos pasillos.

Cuando puso un pie fuera de la casa, el viento le golpeó el rostro con un hálito glacial. Se sintió tentada entonces a girar sobre sus talones y ponerse prendas de vestir más calurosas, pero aquello significaba volver sobre sus pasos y suspender aquel bienvenido impulso. En lugar de eso, buscó cobijo en su capa de lana y avanzó por la gravilla sin más compañía que la luz del quinqué y el sonido de sus botas de piel aplastando las minúsculas piedras.

Sin ser consciente de ello, sus pies la llevaron hasta el molino fatídico, aquel que de solo mirar le provocaba un estremecimiento. Esther se frenó y elevó los ojos hasta aquel monstruo de piedra que, tras clausurarse debido a la muerte de Sebastian, había adquirido un cariz lóbrego, similar a las ruinas de una vieja mansión embrujada. Su mente invocó una imagen aterradora: Sebastian tembloroso, tendido sobre aquel mismo suelo empedrado, su cabeza sobre un charco de sangre y los lacayos gritando y corriendo de aquí para allá, alarmados. Cuando Esther había llegado a su lado, él le miró, todavía consciente.

Se sacudió la cabeza para repeler aquella imagen aterradora.

Se alejó de allí hasta llegar a los edificios de la destilería, oscuros y recortados contra un cielo plomizo, cargado de nubes. Esther elevó la

mirada para contemplarlos y de pronto sintió vergüenza de sí misma por permitir que la John Dowyer cayera en aquel agujero. Las chimeneas llevaban semanas sin funcionar, y ya nadie venía por allí. Incluso Ben tenía días sin asomarse, y ella no lo culpaba. Quizá el vigía de la destilería había terminado comprendiendo que aquel castillo de naipes pronto de desmoronaría por completo y que siquiera él, que había sido leal hasta el final, podría cobrar su próximo sueldo.

Pero, sin Ben a cargo de vigilar los edificios y las plantaciones, se hallaban desguarnecidos.

Alarmada, Esther sintió la necesidad de entrar para comprobar que todo estuviera en orden, que todo lo que los antiguos trabajadores no habían podido llevarse aun estuviera en su lugar: los aparejos de destilación, el mobiliario, las barricas… El edificio protegía nada menos que algunos de los más valiosos recursos de la John Dowyer: los barriles donde estaba almacenado el whiskey mientras completaba su proceso de maduración. Si aquellas posesiones eran sustraídas jamás podrían recuperar algo de dinero.

Cuando se giraba sobre sus talones para regresar a la casa y hacerse con las llaves, un soplo de viento hizo rechinar una de las puertas. Con los ojos brotados, la joven descubrió que estaba entreabierta. Se acercó sigilosamente y la revisó. No había indicios de violencia. Había alguien allí, y esa persona tenía una llave. Quizá fuera Ben, pensó esperanzada.

Se internó en el edificio, que estaba oscuro como una cueva. Armada con nada más que su quinqué, avanzó por la fábrica; descendió por las escaleras de madera hasta el almacén de piedra que había sido construido en el sótano, donde el nivel de humedad y la buena circulación favorecía la conservación del líquido. Lidiando con la dificultad de los peldaños, que a menudo se le enredaban en las pesadas faldas, llegó hasta el nivel más profundo. Allí, grandes filas de barriles de roble americano estaban dispuestas, creando corredores similares a los de una gran biblioteca.

Esther levantó su quinqué para hacer frente a la oscuridad. Los corredores estaban vacíos y un silencio sepulcral dominaba la aislada estancia. Si Ben estaba allí, ¿por qué no había encendido las lámparas de gas?

Caminó por el suelo de tierra, ligeramente desnivelado. Separó los labios para llamar al vigía, pero de pronto descubrió que tenía la garganta cerrada por el miedo inconsciente. No, Ben no estaba allí, comprendió.

Fue entonces cuando escuchó un golpe seco sobre la tierra, algo que se caía. Esther giró la vista hacia el lugar desde donde había brotado

el sonido. Elevó el quinqué por sobre su cabeza y dio un paso atrás, nerviosa. Seguidamente, se oyó una risa tonta y por último una tos compulsiva que delataba al intruso. El temor de Esther se convirtió entonces en perplejidad y finalmente en disgusto.

Caminó con resolución hasta el sitio, y a medida que se acercaba percibía más cerca los fulgores de un pequeño quinqué y el sonido de la tos. Cuando llegó adonde quería, torció el gesto ante la vergonzosa escena: Mabel, ebria y sentada en el suelo rústico del almacén, sostenía una botella cuyo medio contenido ya se había bebido.

Al verse atrapada, la muchacha dio un respingo de espanto, pero al ver a Esther se recuperó y comenzó a reír como tonta.

—Ay, prima, eres tú —arrastró las palabras y seguidamente soltó otra ringlera de risitas—. Casi me matas del susto… creí que era ese perro guardián tuyo… Ben, cara de buey —dio un sorbo ávido a la botella.

—¿Te has vuelto loca? —la riñó—. Tu madre sufriría una apoplejía si pudiera verte ahora mismo. ¿Desde cuándo bebes?

—¿Qué importa eso, Esther? —hipó y luego soltó otra risita tonta —. No todas somos santas como tú que no has probado ni una gota de tu propio whiskey. Te aseguro, primita, que no sabes lo que te pierdes. Ven, ven —la llamó agitando la mano con torpeza—. ¿Por qué no me acompañas con una copa?

—¡Deja esa botella y ponte de pie en este instante!

La muchacha hizo un puchero.

—¡Pero si me la estoy pasando de maravilla! Este es el único lugar divertido de todo el pueblo. Aquí no puedo escuchar a mi madre…

—Mabel, son las dos de la madrugada y estás en el almacén, ebria, incapaz de levantarte. Esto es inapropiado y soez…

—Inapropiado y soez… — repitió y se echó a reír hasta que estampó la espalda contra uno de los barriles—. Eres tan mojigata, primita. Deberías ser un poco más entusiasta con la vida. Oh, cierto, eres una viuda.

—Mira, dejaré pasar tus necedades porque estás como una cuba y porque no quiero que tu madre sufra un disgusto. Levántate ahora mismo, que nos vamos a la casa. Le diré a la señora Tucker que te prepare un consomé.

La muchacha rio con picardía, una risa demencial y entrecortada.

—Sabes cuidar de un ebrio, ¿verdad? —Esther entrecerró los ojos —. El bueno de Sebastian sí que te dio quebraderos de cabeza. No es de extrañar que se volviera un patético bebedor, siendo el dueño de

una cosa de estas —señaló el lugar con el dedo índice—. No lo culpo… esto está bastante bueno.

—No hables así de Sebastian —respondió Esther con frialdad—. Gracias a su generosidad tu madre y tú tienen donde vivir. Y hablando de tu madre… si llega a verte así va a matarte. ¿No crees que le has dado suficientes disgustos?

—A mi madre no le interesa lo que yo haga —soltó con amargura —. Ella solo tiene ojos para ti… Estoy segura de que habría preferido tenerte a ti como hija y no a mí —se golpeó el pecho con el pico de la botella—. «La perfecta Esther». «La intachable viuda Allington que no comete ninguna falta».

—No sabes lo que estás diciendo.

—«Esther trabaja demasiado». «Esther necesita un marido». «Esther va a casarse con Westbrooke». «Esther necesita de nosotras» —rezongó, dejando que la rabia estampara su sello en cada palabra—. Al principio creí que solo te adulaba porque pagas nuestros gastos y nos mantienes en esa horrible casa —sacudió la cabeza airadamente —, pero después entendí que no es así. Ella te prefiere, en verdad. Desde el primer momento quiso que Westbrooke fuera para ti, a pesar de que yo le dije que podía conseguir que me eligiera a mí…

Esther la observó con los ojos entrecerrados.

—Estás diciendo sinsentidos.

—¡No son sinsentidos! —le dio otro sorbo hambriento a la botella, y Esther aprovechó para arrancársela. La joven se secó las comisuras de la boca con el brazo y le lanzó una mirada empapada de resentimiento—. Te odio.

—Eso me tiene sin cuidado. Vas a salir de aquí conmigo.

Intentó tomarla de la mano y levantarla, pero la joven se resistió.

—¡No me toques!

—Mabel…

—No pierdo la esperanza de que mi madre se dé cuenta de que eres un espejismo y que no sirves para nada —rio mientras la viuda le miraba con creciente aprensión—. Mira lo que hiciste con la compañía de Sebastian. La arruinaste, le fallaste. No te bastó con hacerlo infeliz, también acabaste con su legado y con el de su viejo amigo. Eres como el rey Midas, pero a la inversa, Esther.

La viuda intentó decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Creía las acusaciones de Mabel, tanto como para no protestar.

—Sé que no podías darle hijos y que nunca lo quisiste —continuó la

adolescente, con lo que el corazón de Esther se precipitó—. Apuesto a que cuando estabas en la cama con él no sentías nada… creo que a las mujeres así les dicen «frígidas».

La otra perdió la paciencia. La tomó del brazo y la alzó del suelo con todas sus fuerzas. No fue difícil pues, Mabel era delgada como un junco. La muchacha se quejó y le apartó las manos no bien estuvo de pie. Apenas podía mantener el equilibrio.

—Te revuelve las tripas que te diga la verdad, ¡pues lo seguiré haciendo! —gritó mientras se tambaleaba y reía como idiota—. Creo que Westbrooke entendió cómo eras y por eso se fue de Kent. De lo que se salvó, ¿eh? El sujeto no quería terminar como Sebastian: estampado contra el suelo.

—¡Basta, Mabel! ¡No permitiré que te burles de la muerte de Sebastian!

—No me estoy burlando —se encogió de hombros con excesiva rudeza—. Vamos, primita, tú lo sabes tan bien como yo, tan bien como todos. Tu marido se lanzó del molino.

—¡Eso no es cierto! —gritó, sofrenando un gemido.

—¡Y lo hizo por tu culpa! —continuó vociferando—. Estoy segura de que se mató porque lo hacías miserable.

Esther vio cómo una ola de terror y dolor crecían dentro de ella a medida que Mabel destilaba su veneno. De no haber tenido el quinqué de luz en su mano, que se agitaba inconteniblemente, no habría reparado en que su mano y todo su cuerpo temblaba. Las lágrimas aparecieron junto con un ataque de sollozos que brotaban de su alma. Su prima le había golpeado sin piedad justo en donde más le dolía. La herida que no terminaba de cicatrizar.

Aunque nadie se había atrevido a mencionar la espantosa posibilidad de que Sebastian hubiera acabado con su vida intencionalmente, ella lo había hecho.

La idea llevaba meses revoloteando en su interior, carcomiéndola como una enfermedad, privándola del sueño y de la paz. Y ese era el motivo de su desdicha.

—Mereces ser infeliz, como él lo fue —seguía azuzándola Mabel mientras la miraba con rabia, una rabia que no brotaba de la tristeza que pudiera estar sintiendo por la muerte de Sebastian, sino de su propia aversión por Esther, a quien disfrutaba atormentar—. Te lo mereces por matarlo.

Mabel sonrió al notar que los ojos de Esther se agrandaban desmesuradamente, con una mezcla de horror y doloroso reconocimiento.

La viuda se recogió las faldas con dificultad y echó a correr hacia las escaleras hasta que comenzó a ascender imprudentemente, con el eco de las risas de su ebria prima perdiéndose detrás. Cuando recorrió todo el camino hasta la fábrica, salió disparada hacia la puerta, deshecha de llanto, respirando entrecortadamente hasta que el aire pareció abandonar sus pulmones, como si le hubieran propinado una patada en el estómago.

Se encontró con que la lluvia helada que había amenazado toda la noche finalmente se había desatado con fuerza. Cascadas de agua poderosa se descargaban contra el suelo, envolviendo la propiedad en un manto blancuzco de bruma y humedad. Esther apenas sintió las gigantescas gotas golpeándola y el frío cerrándose sobre ella cuando se internó en la borrasca. Sus pasos la llevaron lejos de allí, siguiendo el curso de sus tormentosos pensamientos.

Todos sabían la verdad, aunque jamás lo habían admitido delante de ella. Por eso las miradas irascibles, el desprecio aunado a su falta de idoneidad para conducir la destilería. Los empleados la odiaban porque le atribuían la muerte de Sebastian, sabían que ella lo había empujado a hacer aquello; ella, con su completa incapacidad para amar al hombre que le había dado protección, un hogar, un nombre. Sus esfuerzos por ser una esposa idónea habían servido de poco.

Ni siquiera había sido capaz de concebir un hijo. Ni siquiera había hecho correctamente su trabajo como mujer… en la intimidad. Llevaba tantos años con la cabeza llena de pájaros e ideas románticas sobre el matrimonio que había sido incapaz de asimilar aquella vida, de poner los pies en la tierra y asumir el mundo real. Había cometido la estupidez de seguir actuando como una niña, siendo una mujer casada.

El quinqué, ya extinto, se le resbaló de la mano y se rompió contra el suelo de tierra encharcado. La luz que le acompañó a un destino incierto fue el de los relámpagos que agrietaban fugazmente el cielo y rompían la noche con sus violentas luminiscencias.

Sin darse cuenta, Esther tomó el camino hacia las plantaciones, maldiciendo su egoísmo, su estupidez y sus creencias sobre el amor. Aquella clase de sueños inútiles que la habían arruinado para siempre, y en el camino habían arruinado la vida de alguien más. Alguien que no lo merecía. Alguien que sufría.

Y justo cuando se detenía, exhausta y llorosa, incapaz de seguir corriendo, un trueno ensordecedor atravesó el cielo sobre su cabeza. Un chispazo metálico estalló cerca de allí, y Esther giró la cabeza, asustada. Después escuchó el crujir de la madera por sobre el rugido de la lluvia y, seguidamente, el silbido de algo que caía y cortaba el

aire. Soltó un grito, advirtiendo el peligro.

Después de eso, algo cayó sobre ella, borrando de golpe su consciencia.

Capítulo 11

Londres helaba por aquellos días. La cercanía del invierno podía apreciarse aun dentro del calor de su abrigo de piel. Las chimeneas de la ciudad trabajaban a tope y el humo se fusionaba con los despojos de una neblina que apenas la noche anterior había sido cegadora. Las calles hervían de actividad; carruajes que cruzaban por las estrechas calles, compradores que se agolpaban en los mercadillos, transeúntes que esperaban por el tranvía o caminaban con prisa por la calzada. La ciudad pasaba delante de él, no él delante de la ciudad.

En el asiento de enfrente, Bridget soltaba una regañina a su hijo, el joven marqués de Walton, mientras éste soportaba estoicamente. Hacía unos días había cumplido quince años y su carácter, asombrosamente, empezaba a sufrir una notable transformación. Aquel niño mimado, abrazado a su infancia, comenzaba a dar indicios de ser un muchacho con juicio y voz firme. Brighton no se atrevía a atribuirse el mérito. Aunque el último mes se había producido entre ellos un acercamiento con visos de amistad y él había hecho todo lo posible para ofrecerle consejos útiles —consejos que él mismo no había aplicado en toda su vida—, estaba convencido de que la evolución de carácter de su sobrino era el resultado de la mentoría del señor Wallace y de la propia decisión de Aaron de asumir con valentía su nueva posición.

Lady Balfour no sabía muy bien cómo lidiar con aquella nueva faceta de su hijo, y ante la duda y la terrible costumbre de tomar el control, optaba por perder la paciencia, desautorizarlo y provocar roces que terminaban cortándoles las alas al chico antes de que pudiese desplegarlas del todo. Cuando aquello sucedía, Brighton optaba por quedarse callado pues, era consciente de que defenderlo de su madre no haría más que castrarlo. Aaron debía aprender a hacerlo por sí solo. Si realmente estaba determinado a regir un marquesado, con todos sus retos y complejidades, debía primero aprender a lidiar con la arpía de su madre.

—Brighton, ¿has escuchado una palabra de lo que dije?

—Oh, sí, hermana —respondió él con un largo suspiro—, lo he hecho a pesar de mis esfuerzos.

Bridget le miró con ojos entrecerrados, pero optó por desechar su irritación.

—Y bien, ¿qué opinas?

Paseó la vista por el talante esperanzado de su sobrino y después

por el ceño autoritario de su hermana. Era gracioso darse cuenta de que, después de todo, Aaron era igual de tozudo que Bridget.

—Estoy convencido de que lord Walton será perfectamente capaz de cuidar de sí mismo en Eton.

El chico soltó un rugido de satisfacción.

—Ahí tienes, madre. El tío Brighton está de mi lado.

—Pero… —protestó la vizcondesa, abriendo los ojos como platos— ¿y qué pasará con su preparación con el señor Wallace? Dijimos que continuaría estudiando con él un año más, que debía prepararlo mejor para Eton. No puedes estar hablando en serio.

—Bridget, el señor Wallace ya cumplió su misión —dijo burlón—. Deja que ese pobre vejestorio termine de jubilarse, por el amor de Dios. Aaron está listo para otras lides. Le vendrá bien el ambiente de Windsor, las nuevas amistades de su edad, los nuevos profesores.

—¡Di que sí, madre, por favor!

La aludida los miró a ambos, dudosa.

—Lo pensaré —dijo al cabo de un momento. Brighton suspiró pues, en el fondo sabía que Aaron no estaba listo, pero también sabía que jamás lo estaría si permanecía bajo la falda de su madre—. Y veremos qué dice Wallace. Él es el único que puede determinar si Aaron está listo o no para irse a Windsor.

—Lo dirá, Brid… —«Ese viejo está contando los días para jubilarse»—. El tutor de Aaron estará orgulloso del perfecto caballero que ha creado.

Cuando el carruaje se apeó frente a la residencia de Hanover Square, Brighton descendió con presteza y luego ayudó a bajar a su hermana. Les siguió el joven Walton, que descendió de un salto.

En el recibidor, el mayordomo les tomó los abrigos y sombreros. Lizzie y Kenneth, los hijos más pequeños de Bridget, descendían por las escaleras tomados de las manos de su niñera. Lady Balfour se entretuvo dando instrucciones a la empleada mientras Aaron se perdía de camino a su dormitorio.

Brighton se quedó viendo a su única familia, invadido por una extraña punzada de anhelo religado con tristeza, preguntándose si alguna vez tendría una esposa y unos hijos, aunque aquello fuera lo último que había deseado durante la mayor parte de su vida adulta.

Hasta hacía un mes, había jurado que aquel sería su futuro: cuidar de unos hijos, de una esposa y de un negocio, y a pesar de lo temible que aquello podía sonar para un libertino declarado, él había empezado a considerarlo con cierto entusiasmo.

Pero Esther había dejado claro que prefería que la John Dowyer se hundiese antes que casarse con él. Y no había nada que Brighton pudiera hacer para persuadirla.

—Milord, ha llegado un telegrama para usted.

El conde tomó el trozo de papel que el mayordomo le tendió. Devoró el mensaje, escrito en aquel estilo mecánico y odiosamente sucinto, al tiempo que su corazón comenzaba a bombear sangre con inusitada fuerza. Lo leyó dos veces más, tratando de convencerse de que había leído mal la primera y segunda vez.

Pero no. El mensaje era el mismo.

—¿Qué ocurre, Brighton? —Quiso saber su hermana, elevando una ceja con marcado interés.

—Tengo que marcharme a Kent —dijo por toda respuesta.

—¿Pasó algo en la mansión o en las tierras?

—No. Es… la John Dowyer.

Bridget puso los ojos en blanco.

—Ya veo. ¿Acaso nuestra querida lady Esther ha prendido fuego a las barricas? Es lo único que le queda por hacer para arruinar el lugar por completo.

El interés de Bridget por la destilería había mermado desde que Brighton le reveló, a su regreso a Londres, el desastroso episodio con Edmund Tate y la aseguradora. Al principio, había ardido en furia, una furia que se acrecentaba a medida que recibían desalentadoras noticias de la John Dowyer y de su inminente descalabro. Era patente que, tras la pérdida de aquella cuantiosa mercancía y la negativa de Esther de recibir la indemnización, todo se desmoronaría.

Y el tiempo les había dado la razón. La competencia, echando mano de sucias estrategias, había engullido viva a la prometedora marca, que cada vez producía menos y cuyos empleados abandonaban la compañía seducidos por las ofertas de otras fábricas más estables.

Hacía poco, Brighton se había enterado por Valentine de que la John Dowyer había cerrado sus puertas. Frustrado, él había pensado en Esther, había querido visitarla, demostrarle su solidaridad. Pero ¿qué sentido tenía? Ella lo aborrecía.

Desde aquel día, su hermana se limitaba a lanzar comentarios desdeñosos hacia la viuda, aduciendo que aquella olla de oro se había vaciado de la noche a la mañana por culpa de su «estupidez». Todo su resentimiento, sus frustradas pretensiones, se había volcado sobre la figura de Esther.

«Te lo dije, Brighton» —había repetido hasta el cansancio—. «Te

dije que esa pequeña inútil acabaría con todo. ¡Debimos arrebatársela! ¡Debimos echarla a la calle y tomar el control de ese lugar!».

En ese tiempo, él había descartado cualquier pensamiento hacia la John Dowyer, y aunque le había costado lo indecible, había dejado de pensar en Esther.

A menudo se sentía tentado a volver a Kent o escribirle, pero cuando aquello ocurría, su mente traía de vuelta el filoso discurso de Sally Withfield, su amiga.

«Esther merece ser amada por alguien».

Aquella declaración había bastado para hacerle bajar los brazos de golpe en su intento por seducirla. Ni siquiera él era tan canalla como para robarle los sueños a una joven inocente, para hacer promesas y después cargar con la culpa de haberlas roto.

Durante toda su vida, había evitado el cortejo, había evitado a las jovencitas con miradas brillantes y esperanzadas que esperaban bailar con él, que anhelaban un matrimonio. Las había evitado con más ahínco que a aquellas que iban detrás de un título, porque comprendía que eran más peligrosas. Esas jóvenes conllevaban un riesgo de honor. Por ello había preferido poner sus ojos en mujeres disolutas, que no suponían ningún desafío moral, salvo que tuvieran esposos.

Sí, era cierto que deseaba a Esther, que en el camino su ambición se había transformado en un anhelo de progreso que los incluía a ambos, y que, sorprendentemente, la había soñado como esposa, pero ¿amarla? ¿Cómo diantre iba a saber si aquello sucedería alguna vez? ¿Cómo saber si él era capaz de albergar un sentimiento tan arrollador y desinteresado? Él, un calavera de primera línea…

Quizá esa fuera la razón por la que Esther le había rechazado tantas veces, además del hecho de que no podía confiar en que no se lo arrebataría todo si lo ponía al mando de la destilería. Quizá ella había presentido que él solo le traería lágrimas. Y después de conocer el amor de Allington, el de un sujeto endiosado por todo el que le conoció en vida, puede que sus caricias le resultaran zafias.

Desde luego, Esther había preferido que la John Dowyer se desplomase antes que poner su corazón en las manos de un tipo como Brighton Sheffield.

—¿Qué dice el telegrama? —insistió Bridget cruzándose de brazos.

—Nada concreto —dijo—, solo requieren de mi presencia.

Lady Balfour chasqueó la lengua.

—Tal vez se ha arrepentido de rechazar tu oferta de matrimonio… y de paso se ha enterado de que has vendido esas acciones de

Sheridan & Nichols.

Un par de semanas atrás, Brighton había conseguido una estupenda negociación con una compañía norteamericana, que había adquirido un paquete accionario en una de las empresas de minerales que Walton había dejado desamparadas. La transacción le había traído un respiro económico muy importante a la familia, que Brighton pensaba aprovechar para iniciar la recuperación de la hacienda.

Él le lanzó una mirada ardida.

—De seguro es algo referente al tributo —consultó su reloj de cadena y caminó hasta el recibidor para tomar su sombrero y abrigo mientras su hermana le seguía de cerca—. Creo que me iré esta misma tarde a Cypress Path. Estoy a tiempo para el tren de las dos.

—¡Brighton! —Le llamó, irritada, así que él volvió a mirarla con una expresión de impaciencia y fastidio. No veía la hora de llegar a la hacienda—. ¡Cuánta prisa llevas! Te recuerdo que la John Dowyer ya no es de interés para el marquesado de Walton. Cualquier asunto con ese cuchitril podrás atenderlo desde aquí.

—Esta vez prefiero hacer presencia. Puede que sea algo importante.

—¿Importante? —se mofó—. Ese lugar perdió toda su importancia cuando Esther se dejó engañar por el administrador. Si al menos tuviera la visión de tomar esa indemnización, si al menos hubiera tenido la sensatez para…

—No subestimes a la John Dowyer, Brid —rio, burlón, dispuesto a marcharse de allí—. De hecho, no deberías subestimar a Esther. Ya sabes. Un día estamos en la cúspide y al otro, al nivel del suelo.

—Brighton, ¡no hagas esto! —él se volvió para mirarla, enfadado y desconcertado por su tonto implacable. Bridget tenía el talante de una madre severa, lo que le resultó gracioso e igualmente ridículo—. No seas tonto. Si te dejas llevar, ella conseguirá de ti lo que tú no pudiste.

—¿Qué es lo que intentas decirme, Bridget?

—Eres lo bastante inteligente para saberlo.

Se rio, incrédulo.

—¿Crees que Esther me busca para que le ayude con la John Dowyer? Ponte de acuerdo contigo misma, mujer. Hace un segundo decías que carecía de malicia por rechazar ese dinero indebido, aunque lo has dicho con palabras más ofensivas, y ahora la acusas de intentar manipularme.

—No, hermano —sacudió la cabeza enigmáticamente—. No temo a lo que ella pueda hacer, sino a lo que puedas hacer tú sin darte cuenta. Espero que actúes con la cabeza y no lamentes haber atendido

a ese telegrama.

Esa misma tarde, Brighton dejó Londres rumbo a Kent.

La impaciencia lo devoraba. El tren viajaba a una velocidad que se le antojó desesperante, torturadora. Mientras intentaba leer un libro para sobrellevar la acuciante espera, su cabeza escarbaba una y otra vez las palabras de aquel mezquino telegrama.

¿Para qué lo había mandado a llamar? ¿Acaso había reconsiderado su oferta matrimonial? ¿Estaba dispuesta a negociar? ¿Le había ocurrido algo?

Descartó aquello último, sacudiendo la cabeza. De ser así, Brighton era la última persona a quien ella quisiera recurrir. Pero, santo cielo, cuánto deseaba verla de nuevo, reconoció mientras dejaba el libro a un lado.

No bien se apeó del vagón, horas más tarde, recogió por sí mismo su equipaje y tomó un coche de alquiler que le llevó directamente a Allington Manor. A su llegada, vio cómo las lluvias recientes habían hecho estragos. Había árboles y arbustos derribados, ciénagas aparentemente profundas en el camino, vallas y cercas destrozadas por los vientos. El lugar parecía el escenario de un ciclón. Brighton pensó con ironía en que, si hubiera siembras en Cypress Path, éstas también estarían destruidas ahora mismo.

Pero lo que realmente le impactó fue llegar a la destilería John Dowyer y verla desierta. Las chimeneas estaban apagadas y los portones cerrados con gigantescos candados. El tan característico aroma a cebada procesada había sido sustituido por un tufo a humedad y agua estancada.

Tan solo alcanzó a ver a Ben, el hombre del rifle, que se paseaba por allí con su rostro de pocos amigos.

Tras bajarse frente a Allington Manor, la señora Jennings le recibió con un cariz de angustia.

—Milord, dichosos los ojos que le ven de nuevo.

Brighton le posó un beso en los nudillos.

—Señora Jennings —le saludó con pesar, sin saber exactamente qué decir—, he venido tan rápido como me lo ha permitido el tren de las dos. Espero que todos en casa estén bien, a pesar de los tiempos tan difíciles que corren.

—Usted ni se imagina, milord —gimoteó la dama—. Lo que ha sucedido con la John Dowyer parece el fruto de una maldición.

—Lo siento mucho.

—No hemos tenido ni un minuto de paz en estas últimas semanas, especialmente mi querida sobrina, la pobre…

—¿Dónde está ella…?

El rostro de Jennings adoptó una expresión aun más triste, si eso era posible. Brighton pagó al cochero y le pidió que llevase su equipaje a la mansión Walton.

—Venga conmigo —pidió la dama.

Le acompañó escaleras arriba mientras le ponía al día de las últimas novedades de la casa y de la John Dowyer. Él apenas escuchaba, la mayoría de lo que decía ya lo había averiguado por medio de los sirvientes de Walton Manor. Tan solo aguardaba a llegar adonde la mujer lo estaba conduciendo y encontrarse de nuevo con Esther. Pero ¿qué le diría entonces?

Cuando ascendieron al último piso, recorrieron un pasillo de paneles de cedro repleto de puertas de uno y otro lado. La señorita Withfield brotaba justamente de una de ellas. Su rostro era tan desolador como el de Jennings, entonces Brighton comenzó a preocuparse. Sin embargo, no dijo ni una palabra que retrasara el momento de encontrarse con Esther. Sally lo obsequió con una sonrisa apagada y le invitó a entrar a la habitación que acababa de abandonar.

Entonces, el conde cruzó la puerta y la cerró a sus espaldas con un sonido imperceptible. Aquella era una habitación predominantemente femenina, con muros tapizados en papel dorado y delicadas filigranas; las ventanas, a medio cerrar, lucían cortinas de terciopelo, a juego con el delicado mobiliario al estilo Luis XV. Había estanterías de libros en cada muro, un pequeño escritorio y, al fondo, un piano Steinway que detonó un recuerdo inesperado, algo que le había mencionado Sally.

«Hasta hace poco, ella bailaba, bordaba tapetes con figuras de animalitos y tocaba el piano como los ángeles». No le costó imaginársela al piano, arrancándole melodías evocadoras, pero ahora mismo el silencio dominaba la estancia.

Una sensación de calidez le envolvió cuando la encontró sentada frente a la chimenea crepitante, tumbada sobre una otomana de terciopelo color café.

Brighton se acercó a ella con pasos sigilosos, sin perder pista de su figura pequeña e inexplicablemente frágil, de su mirada clavada en las llamas danzarinas del hogar, y de su semblante reflexivo y melancólico. Se dio cuenta, a medida que se acercaba, de que Esther tenía medio cuerpo cubierto con una manta y que su cabello, que siempre había lucido compacto en un rodete alto y orgulloso, ahora

caía sobre sus hombros delgados en una lacia cascada color caoba.

Fue entonces cuando ella notó su presencia y dio un respingo.

Brighton no dijo nada pues, se había quedado pasmado ante el detalle en el que acababa de reparar: ella tenía el brazo derecho sujetado por un cabestrillo y la mitad de su rostro, que había permanecido fuera de su campo visual, exhibía sutiles marcas de cardenales. Un par de pequeñas sombras violetas bajo sus ojos completaban su semblante enfermizo, de completo desamparo.

En el preciso momento en que sus miradas se encontraron, Brighton se agitó, movido por una emoción a la que no sabía ponerle nombre. Era, a su vez, una angustia tormentosa y una devoción absoluta; la idea de que algo pudiera ocurrirle, de que le hubiera ocurrido, simplemente le trastornó.

Y entonces tuvo deseos de abrazarla, de consolarla y hacer lo que fuera necesario para protegerla, pero no tenía derecho, y el dolor que lo poseyó al darse de bruces con aquel hecho parecía haber abierto un agujero en su pecho.

—Joder —graznó, acuclillándose frente a ella con un interés delirante—. Estás herida. ¿Qué…? ¿Qué diablos pasó?

Esther dejó caer la mirada, sintiéndose abatida e increíblemente pequeña. Odió su aspecto, que era el de una mujer enferma, anciana pero, sobre todo, odió los sucesos que la habían llevado hasta allí, cada una de sus condenadas decisiones. Se sentía la viva imagen del fracaso.

Una mujer débil y acabada.

Y ahora estaba ante él… finalmente. Sus ojos azules la observaban intensamente, o al menos eso sentía, porque no era capaz de sostenerle la mirada.

¿Se solazaría él en su derrota? ¿Le acusaría por no haberle escuchado?

Estaba demasiado cansada, demasiado adolorida como para mostrar su habitual veta orgullosa. El brío que solía sostener en presencia de lord Westbrooke, como un mecanismo de defensa, la abandonó de golpe.

—No importa —susurró sacudiendo la cabeza.

—Me lo dirás de todos modos —exigió él educadamente, levantando una de sus cejas rubias, de ese modo inconscientemente seductor.

Al cabo de un momento, Esther había reunido el valor para sostenerle la mirada. Saboreó su cercanía, su perfume masculino

religado con la humedad de afuera. Notó que estaba igual de guapo que siempre, y pensó que aquello era un castigo que se merecía. Su piel dorada, el cabello rubio —un tanto más largo— y sus rasgos surrealistas, como escupidos por un artista obsesivo, le embotaron los sentidos. Ahora lucía una barba de un par de semanas que le oscurecía y endurecía la mandíbula, y Esther apretó el puño derecho alrededor de la manta que la cubría para rechazar el impulso de tocarlo.

Habría reído, si no fuera aquella una situación tan seria, pensó de repente, porque acababa de descubrir que, la veta orgullosa se había llevado consigo su autocontrol y su capacidad para resistirse a la fascinante presencia de Brighton Sheffield.

—Estaba afuera mientras llovía… —comenzó a decir en un susurro —. Había truenos y relámpagos. Un rayo golpeó un árbol cerca de mí —puso los ojos en blanco, un gesto condenatorio hacia sí misma— y el árbol se me desplomó encima.

Brighton dejó caer la frente en la palma de su mano, una mano fuerte, elegante, de largos y bronceados dedos. Se frotó el cabello con poca delicadeza, maldiciendo la lluvia, los rayos y toda la vegetación de Kent. Esther nunca había oído tantas imprecaciones en una misma frase.

—¿Qué diantres hacías afuera en una tormenta eléctrica? —bufó. Ella se limitó a encogerse de hombros de un modo casi imperceptible —. ¿Qué ha dicho el médico?

—Que estaré bien, siempre y cuando descanse lo necesario.

Él suspiró largamente y ella le escuchó discutir consigo mismo.

—He estado atento a todos los asuntos de la destilería. Valentine me ha mantenido informado —La joven le miró con los ojos brotados, lo que él interpretó equivocadamente—. No lo juzgues. Yo se lo he ordenado.

Bien, pensó aliviada. Al menos no le había hablado de aquella visita.

—Debes de estar satisfecho de poder decir «Te lo dije».

—No. De hecho, estoy preocupado por ti —alcanzó una silla cercana y la ocupó, inclinándose ligeramente sobre ella—. ¿Cómo pasó esto?

—Todos se han ido —dijo con tristeza—. Me han dado la espalda. Los trabajadores querían que aceptara la indemnización y que perdonara a Edmund, y cuando me negué a hacerlo comenzaron a portarse mal conmigo y después a marcharse. La Yorker aprovechó el descontento y empezó a abrir plazas para ellos en Margate. En unas pocas semanas se había llevado a todos mis obreros. Incluso nuestro

maestro destilador se fue, pero a Escocia. Solo queda Ben, que cuida las barricas.

—No estás en condiciones de encargarte de la John Dowyer.

—¡Jamás lo he estado! —jadeó, dolida—. Todos tenían razón; mi padre, la tía Fern, Edmund, todos y cada uno de los trabajadores que hablaba a mis espaldas, llamándome tonta e inútil. Incluso tú. Nadie daba un penique por mí o porque fuera capaz de mantener esto en pie. Y no les he fallado.

—Vamos, Esther… exageras.

—No exagero —se tocó el brazo herido y él sintió que se le rompía el corazón—. Quizá debía llegar a esto para darme cuenta.

—Esther, por el amor de Dios, deja de victimizarte.

—*Brighton* —los dos se sorprendieron cuando ella lo llamó, por primera vez, por su nombre de pila—. Brighton… no tenías que haber venido.

Él parpadeó, confundido.

—Pero… me mandaste a llamar.

—No, no lo hice. Quizá fue mi tía… o Sally —sacudió la cabeza. Él apenas podía disimular su decepción—. Esas dos tontas entrometidas… Pero me alegra que estés aquí. Acabo de tomar una decisión y quiero que seas el primero en saberla.

—¿De qué hablas?

Ella se enderezó en la otomana y comenzó a hablar solemnemente.

—Todo este tiempo, la John Dowyer ha estado en manos equivocadas, en manos que no han sabido cuidar de ella, y con esto me refiero a Edmund y a mí. Mira todo lo que hemos causado, todo el esfuerzo de Sebastian ha sido en vano —Brighton contuvo una mueca al escuchar el nombre de su marido, el hombre al que ella amaba—. Lo hemos arruinado todo, y si esto empeora, jamás podría perdonármelo. He pensado que quizá en tus manos pueda estar mejor.

—¿Disculpa? —la observó con el entrecejo fruncido.

—Quiero cederte la John Dowyer y que hagas con ella lo que creas conveniente, ya sea venderla, recuperarla o buscar algún socio que pueda estar interesado en invertir —no daba crédito a sus palabras—. Sally me habló de su hermano, pero yo quiero ofrecerte la primera opción. ¿Qué opinas? —Él no sabía qué responder, así que se puso de pie y le dio la espalda un instante. Maldita sea… estaba renunciando a la destilería para dejarla en sus manos. El sueño de Bridget hecho realidad—. Sé que no queda mucho, pero ya tenías algunas ideas, ¿verdad? Encontrarás el modo de salvar lo que hay… y te quedarás

con la mayor parte de las ganancias.

Él meditó un instante lo que había escuchado.

—¿Y qué pasará contigo?

Ella titubeó.

—Llegaremos a un acuerdo económico. No voy a presionarte con la propuesta de una asignación hasta que los negocios vuelvan a encaminarse. Me puedo permitir esperar.

—No me refiero al dinero —dijo con los dientes apretados—. Quiero saber lo que harás tú.

—Por lo pronto, me iré con Sally a Viena —al escuchar aquello, el corazón de Brighton dio un vuelco doloroso—. Esperaré a estar completamente recuperada, y volveré en unos meses, por si me necesitas. Brighton, por favor, no me mires así.

—¿Y cómo pretendes que te mire? ¡Estás renunciando, como una cobarde!

—Estoy siendo sensata, por primera vez desde que asumí esta responsabilidad. Debí haberlo hecho hace mucho tiempo.

—¡Debiste haber aceptado ser mi esposa! —Allí estaba. Finalmente lo había dicho, y ella había vuelto a apartar la mirada con indecisión —. Pudimos haberlo hecho juntos, aun podemos.

Esther le miró con tristeza, con un manojo de dudas que la paralizaban, igual que el cabestrillo paralizaba su brazo dolorido. Había dado por hecho que él había olvidado la propuesta matrimonial, pero estaba equivocada.

—No me necesitas —se obligó a decir—. Puedes hacer con la John Dowyer lo que te plazca. Es lo que siempre quisiste, solo que ahora no es la prometedora destilería que solía ser. Yo la arruiné.

—No has sido tú sino esa sabandija de Tate —respondió con suavidad, volviendo a tomar asiento frente a ella—. Te engañó, no es el fin del mundo. Le ha pasado hasta a los mejores hombres de negocio. Escúchame, Esther. Puedes reponerte y seguir luchando. Lo que tienes, cariño, es oro líquido y de no haber sido por la gente infame y corrupta de la que te has rodeado, ahora mismo la John Dowyer seguiría en su alocado ascenso hasta las nubes.

Ella le miró con escepticismo.

¿Cómo conseguía ser tan optimista? ¿Cómo es que poseía esa asombrosa convicción que le brotaba de los ojos, de la piel y le envolvía en aquella sólida aura de poder?

Brighton Sheffield era un hombre como jamás había conocido, un

ser con una energía crepitante, tan distinto de su padre, que era más bien impasible y distante; y de Sebastian, que había sido misterioso y taciturno al extremo.

Lord Westbrooke se creía capaz de cambiar el mundo, y quizá lo fuera. Quizá ese poder de seducción con el que había nacido no se limitaba a enloquecer a las damas, y en cambio le abría un infinito universo de posibilidades en los negocios, en la vida.... Deseó arrebatarle un poco de aquella fuerza, pero se sentía demasiado cansada, demasiado vulnerable y decepcionada de sí misma.

—Brighton, estoy sola, tuve un accidente…

—No estás sola —él le sostuvo del mentón y se acercó hasta que sus rostros estuvieron a un palmo y sus miradas, entrelazadas. La suavidad de sus palabras, casi susurradas, le hizo estremecer—. He venido tan pronto como ha sido posible porque creí que querías verme. Imagina mi decepción cuando me has dicho que no has sido tú quien me ha hecho venir.

Esther se mordió el labio inferior.

¿Hablaba de decepción? Ella había tenido suficiente de eso cuando, hacía un mes llegó a la mansión, dispuesta a aceptar su propuesta, y se encontró con que había dejado el condado.

—Te fuiste hace un mes —jadeó.

Fue una sutil acusación que le hizo estremecerse, porque con ella admitía que le había echado de menos, en contra de su orgullo y de lo que creía sensato.

Brighton dejó crecer en sus labios una sonrisa torcida, odiosamente arrogante, y sus ojos azules como el cobalto brillaron con un acceso de picardía masculina.

—Creí entender que eso era lo que deseabas.

—Sí… —balbució, tímida— Yo también lo creía.

El conde tomó las palabras de la viuda como una muestra sutil de que compartía aquella misma atracción desaforada, ese deseo desbocado que había florecido misteriosamente entre una ola de hostilidad y desconfianza.

Cuando tomó aquel rostro en forma de corazón entre sus manos y pudo detallar los estragos de su accidente, dos sentimientos contradictorios lo asaltaron; el pesar por el dolor que había sufrido cuando y un inoportuno deseo de besarla. Quería borrar cualquier huella de dolor, cualquier recuerdo e inquietud que pudiera impedirle aceptarlo del todo.

Quería borrar a Sebastian Allington e instalarse en sus huesos, en su

carne, en sus sueños. Deseaba que Esther fuera suya de cualquier manera, pero ignoraba qué tan difícil podía ser barrer por completo las cenizas del hombre que había sido su esposo, el hombre por quien la había visto llorar en el claro. Pero, por todos los demonios, por más difícil que fuera… quería intentarlo. Se acercó con lenta determinación y se fundió con ella en un delicado beso.

El corazón de Esther se aceleró cuando la boca de Brighton tocó la suya con una sensual caricia. Milagrosamente, el dolor que había estado padeciendo, dio paso a una sensación más poderosa, de lívido abandono, de un placer tan dulce que la envolvió por completo. Fue un beso distinto del primero, menos precipitado, más tierno, pero igualmente excitante. Esa vez, en lugar de resistirse inútilmente lo aceptó rendida. Se ciñó a su cuello con el único brazo móvil mientras él le rodeaba la cintura y profundizaba su invasión cuidando de no hacerle daño. Sus sentidos se vieron invadidos por el aroma natural de su piel, la textura de su barba, su sabor increíblemente agradable. Y sintió cómo se perdía lentamente entre las redes de aquel seductor consumado.

Recibió el jugueteo de su lengua, las caricias atormentadoras y los tiernos mordiscos que le prodigaba mientras avanzaba con más ímpetu. Muy pronto, el beso se tornó en un intercambio voraz y abrasador. Esther había olvidado su brazo herido, el horrible sabor de los medicamentos y la sensación de completo fracaso que minutos antes la había poseído para dejarse cautivar por la boca pecaminosa de Brighton Sheffield, por sus manos que le acariciaban los mechones de cabello y luego se posaban en la piel descubierta de su cuello. Estaba tan hechizada por las deliciosas atenciones del conde que apenas fue consciente cuando él la levantó de la otomana y la sentó en su regazo. Solo cuando estuvo posada sobre los firmes y musculosos muslos logró reaccionar, pero no para apartarse, sino para acomodarse más contra él con la respiración desbocada.

En aquella nueva posición, Brighton podía sentirla mucho más, y eso lo volvía loco, lo cegaba de deseo. Rodeó sus caderas con ambos brazos mientras continuaba hundiéndole la lengua en la boca.

Mordió su barbilla, olió su delicado cuello y dejó una estela de besos húmedos y calientes por aquella piel absurdamente sedosa, aquella piel que quería en su cama. Ahora.

Esther dejó escapar un suspiro de placer cuando la lengua de Brighton le acarició un lugar sensible en el cuello, justo donde una vena latía incontrolable. Él se recreó en su gozo, y se dijo que recordaría aquel exacto lugar. Ambos se agitaron al ritmo de una pasión que comenzaba a tornarse en lujuria.

Olvidó que ella iba vestida con un salto de cama, y cuando quiso acariciarle un pecho sobre la fina tela, no estaba esperando semejante soltura y redondez. Los dedos masculinos hallaron un pezón endurecido que hizo que se le hiciera agua la boca, y aquello fue suficiente.

Él se obligó a detenerse, de lo contrario, terminaría lastimándola. Jadeó cuando la miró a los ojos y atisbó un velo de placer en ellos.

Ella se replegó con timidez, pero sin apartarse del todo. Debía admitir que no estaba arrepentida de lo que acababa de suceder, que había deseado aquello en silencio y que ya no estaba dispuesta a seguir escondiéndolo.

Les tomó unos minutos recuperar el ritmo normal de sus respiraciones. Mientras tanto, sus manos se entrelazaron en silencio mientras se miraban a los ojos con la intensidad que confiere el deseo galopante y no satisfecho.

—Esther, no aceptaré hacerme cargo de la John Dowyer si tú no estás conmigo —dijo él cuando la ola de pasión dio paso a un estado de placentera calma, mientras trazaba una pequeña caricia en la palma de su mano.

—Pero… —protestó ella con los labios hinchados por tantos besos.

—Quiero que te quedes.

—¿Por qué?

—¿De veras tengo que explicártelo, después de este beso?

—No haré más que estorbarte. Soy de mala suerte.

—Shhh —le puso un dedo sobre los labios para callarla—. De eso nada, lady Esther. Dime que te quedarás a ver cómo recuperamos la John Dowyer, cómo nos levantamos y nos sacudimos el polvo y después le perforamos el trasero a la competencia.

—¿Realmente puedes hacer eso, lord Westbrooke? —ella le miró maravillada por su resolución, por la convicción de la que ella carecía.

—Confía en mí.

—Lo hago.

—Entonces ¿olvidarás esa loca idea de irte a Viena con tu amiga?

Ella asintió con la cabeza y él sonrió, loco de satisfacción.

A continuación, la dejó con cuidado sobre la otomana, se dio la vuelta y se marchó de allí con paso resuelto. Esther no entendía qué se disponía a hacer, pero estaba segura de que por primera vez había acertado a tomar una buena decisión, y entonces la esperanza se anidó en su corazón, junto con otra clase de sentimiento.

Brighton descendió por las escaleras con su mejor pose de autoridad, llegó hasta el vestíbulo y se dirigió presto a la destilería, donde Ben, el vigía de la John Dowyer le salió al paso enseñando su incesante gesto belicoso.

—Sé que empezamos con el pie izquierdo, Ben, —empezó a decir el conde con tono despreocupado— pero creo que todavía no es demasiado tarde para iniciar una larga y próspera relación laboral —el otro le miró un ceñudo, como si creyera que había vuelto loco—. Nos necesitamos mutuamente. La destilería y lady Esther nos necesitan, así que, ¿qué opina de dejar a un lado viejos rencores y comenzar a levantar este lugar?

Ben se lo pensó un instante. Por su rostro desfilaron el escepticismo y la desconfianza, pero luego todo se encauzó hacia algo más.

Al cabo de un momento, emitió un gruñido, se subió la correa del rifle al hombro con resolución y asintió bruscamente con la cabeza.

—¿Por dónde empezamos?

Capítulo 12

Pasaron al menos tres semanas antes de que la destilería John Dowyer volviera a registrar algún pequeño movimiento. Cuando esto sucedió, la nieve había arropado los valles y colinas de Cypress Path, sumiendo las viviendas, las tierras abandonadas y las aldeas en un idílico e indeseable manto blanquecino.

Aunque el clima era feroz y el trabajo duro, los nuevos obreros lo cumplían con manifiesto entusiasmo, y ni siquiera las ásperas órdenes del señor McNeill, el jefe de la planta, conseguían desalentarlos.

Las chimeneas se encendieron una mañana de diciembre, hacía unos cuantos días, cuando el pequeño equipo que Brighton trajo desde Escocia se puso manos a la obra. Esther no imaginaba qué les había prometido el conde para que dejaran sus tierras en plena entrada del invierno y vinieran a trabajar en una destilería desolada de Kent, pero así había sido, y ella no podía estar más feliz. Los hombres, mayormente circunspectos y fortachones, provenían de una región de las *Highlands* con bicentenaria tradición de destilación de whiskey, por lo que su idoneidad para el trabajo no podía ser puesta en tela de juicio. No bien se les dio licencia, se pusieron en movimiento con una fluidez y pasión que hacía honor a sus orígenes.

El señor McNeill, un hombre locuaz y barbudo, a quien no se le había visto jamás sin su boina color chocolate, solía decir con su fragoso acento que los escoceses no llevaban sangre en las venas sino whiskey. Brighton murmuraba que aquello no podía ser más cierto, especialmente cuando la jornada terminaba y se les podía ver ebrios, cantando alegremente en alguna taberna local. Por suerte, el trabajo volvía a llamarlos por la mañana y, ninguna resaca, por muy violenta que fuera, les impedía cumplir con el deber. El hijo mayor de McNeill, Travis, era la excepción. Aunque se mostraba tan trabajador como su padre, parecía mucho más comedido y formal. Brighton le había encargado el puesto de ancla entre la planta y la administración.

La cosecha de la cebada debía llevarse a cabo por esos días y aquello suponía un problema. Si esperaban demasiado tiempo, las plantas podían sucumbir a las heladas temperaturas y éstas ya no podrían ser utilizadas para la fabricación de la malta. Con todos sus expertos jornaleros ausentes, Esther creyó que aquello supondría una complicación, pero Brighton había ideado una solución de lo más apropiada. Una tarde, le tomó de la mano y le ayudó a bajar por las escaleras con tierna pero innecesaria delicadeza pues, sus dolencias ya habían cesado hacía tiempo. La llevó hasta la plaza central de la

destilería con misteriosa urgencia. Allí, una pequeña multitud con rostros esperanzados, y algo atemorizados, aguardaban por ella. La joven sonrió al verlos, porque la mayoría de esos rostros le eran familiares. Alguna vez había ayudado a cada uno de ellos y a sus familias, les había proveído de techo, de alimentos y de atención médica, sin que fuesen su responsabilidad. Eran los habitantes de las aldeas, hombres y algunas pocas mujeres, que habían sido convocados por Brighton para ofrecerles trabajo en la destilería y en las plantaciones.

Esther estaba exultante ante aquella posibilidad pues, su sueño había sido incorporarlos a todos al trabajo, pero la John Dowyer no había crecido lo suficiente como para crear un centenar de nuevos empleos. Los viejos obreros, los mismos que se habían marchado a la Mills Yorker llevándose con ellos objetos propiedad de la Dowyer, traicionando su confianza, habían dejado lugar y tareas suficientes que ellos podrían cumplir.

Los que contaban con experiencia en el campo habían aceptado sin vacilar hacerse cargo de la cosecha, pero había un grupo que no estaba del todo seguro de cómo servir dentro de la destilería. La visión de los alambiques, las complicadas hileras de tubos de cobre y los instrumentos de destilación parecían haberlos intimidado. Entonces, cuando estaban a punto de darse por vencidos, uno de los hombres dio un paso al frente y, mirando a Esther con resolución, dijo:

—Esto es nuevo para mí, milady —murmuró. En sus manos sucias y arrugadas prematuramente daba vueltas a una gorra deshilachada—. Lo es para todos, pero, si tengo que aprender a fabricar esa bebida pomposa de caballeros, lo haré por usted. Lo haré para corresponder a su bondad, y porque mis hijos necesitan comer —echó una mirada resuelta al conde—. Cuente conmigo, milord.

Esther y Brighton le sonrieron. Ella estaba conmovida, tan agradecida que los ojos se le humedecieron. Después de eso, otros imitaron la valentía de Roy, quien había sido la mayor parte de su vida el obrero de una fábrica de artículos de cuero que había cerrado hacía años. Su familia se había mantenido haciendo cualquier cosa para sobrevivir, pero ahora no solo había lugar para él en la John Dowyer, sino para su hija, Lori, una futura secretaria a quien Sally se había comprometido a pulir.

Al cabo, tuvieron a un ejército de hombres y mujeres bien dispuestos a aprender del intrincado negocio del whiskey. El señor McNeill respondió poniendo los ojos en blanco y mascullando algo en gaélico. Estaba claro que ahora tendría trabajo de sobra enseñando a aquel montón de entusiastas campesinos sajones.

Y todo parecía haberse iniciado de nuevo. Esther contemplaba el movimiento de la «nueva» John Dowyer desde el amplio ventanal del despacho, aterida de una emoción que combinaba la esperanza, la gratitud y la incertidumbre. No sabía si aquello funcionaría, pero estaba feliz de intentarlo. Estaba feliz de que Brighton hubiera decidido liderar esa transición.

Se alejó del ventanal y dirigió su mirada hacia él. El conde de Westbrooke sostenía una discusión acalorada con Travis McNeill a raíz de la primera producción de aguardiente después de la reactivación de la destilería. Travis, quien además de ser un empleado diligente, poseía una «nariz prodigiosa» para el *usquaebach*, sostenía ante sí una copa con un líquido transparente.

—¿Cómo que no tiene el aroma adecuado? —soltó Brighton irritado, poniendo los brazos en jarras—. ¿Qué me está queriendo decir, McNeill?

—Milord, este *usquaebach* está demasiado fuerte —explicó el muchacho, que no se había sentido intimidado por el tono del conde —. Algo debió salir mal en el proceso, posiblemente no se fermentó el tiempo correcto.

—Hábleme claro, muchacho —golpeó el escritorio—. Trabajamos toda la semana para producirlo ¡y ahora resulta que no sirve!

—El John Dowyer es mucho más suave y tiene más cuerpo. Si continuamos con esta base no conseguiremos su sabor característico.

—Ya veo, pero ¿cómo sucedió esto? Tenemos una fórmula y un manual muy detallado para cumplirla, debieron haberlo seguido al pie de la letra.

—Así fue, pero estas cosas pasan.

—Espero que no siga pasando —gruñó el conde.

—Pondremos todo nuestro empeño para que la próxima vez salga mejor. Tiene que ser paciente, milord. Estamos acoplándonos. Además, la gente con la que trabajamos es inexperta. Mi padre está dedicando horas a entrenar a los aldeanos —hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas—. La mayoría de la gente que se dedica a esto aprende desde la niñez, comienzan cargando barriles o acarreando cebada, pero los aldeanos tienen buena actitud.

Brighton se dejó caer sobre la butaca de cuero que presidía el escritorio. Su rostro era de consternación, de impotencia, mientras posaba los ojos sobre la copa. El líquido transparente y carente de vida que contenía era el fruto de una semana de trabajo, de una inversión de dinero, de tiempo y de grandes esperanzas.

—Tengo el grado adecuado de paciencia, McNeill, de lo contrario

me habría dedicado a otro negocio. Quiero una supervisión más efectiva, quiero cien pares de ojos en cada paso del proceso y que no tengamos que llegar a la última instancia para darnos cuenta de que fallamos —Travis asintió conforme—. No podemos permitirnos volver equivocarnos.

—No, milord. Pierda cuidado. Comenzaremos mañana de nuevo.

—¿Has hablado con los distribuidores?

—Sí, milord —asintió, entusiasmado de tener al fin buenas nuevas qué compartir—. La semana entrante vendrán por la carga. Parecían muy sorprendidos de que la John Dowyer hubiera revivido. Cuando les dije que usted estaba al mando se mostraron muy satisfechos —Brighton echó un vistazo a Esther, que se había cruzado de brazos y puesto los ojos en blanco. Travis se dirigió a ella con un tono obsequioso—. Milady, me pidieron que les transmitiera sus más sinceras felicitaciones por tan sabia decisión y esperan que no haya rencores.

La viuda no sabía si reír o enfadarse. Estaba claro que aquellos hombres no creían que la destilería fuera a prosperar jamás, al menos no con ella al mando. Al final comprendió que no debería enojarse pues, al final la sensatez había vencido al orgullo. No había razón por la qué proclamarse como la dama del whiskey cuando alrededor suyo había gente tan idónea, tan capaz.

Brighton era un líder ambicioso, exigente y gentil. Su visión lograba calar en la gente, contagiando a los demás con sus sueños de progreso. Aquel carácter, que solo a veces se tornaba un tanto agresivo, era el alma de la John Dowyer, el motor que lograba los resultados. Por su parte, el señor McNeill era un experto en el proceso. Travis, un muchacho talentoso, diligente y bien encauzado, manejaba hábilmente la oficina. Era la perfecta llave de Brighton pues, atendía por él todos los asuntos engorrosos y solo recurría a su patrón cuando las cosas se salían de control, lo que no pasaba tan a menudo.

—Diles que pierdan cuidado, ¿está bien? —fue la parca respuesta de la joven.

—Sí, señora —sonrió el chico.

—Creo que eso es todo por el momento, Travis.

El joven asintió y se marchó del despacho.

Brighton lucía tan exhausto, tan desencantado, que Esther deseó poder consolarlo de algún modo. Entonces, se acercó a la gran butaca de cuero y puso las manos sobre sus hombros. Más temprano, se había deshecho del saco, del cuello duro y de la corbata, y se había abierto la camisa hasta rozar el primer botón del chaleco gris, con lo que un

seductor brote de vello castaño asomaba en aquella V. Esther había tenido problemas intentando mantener la vista alejada.

Cuando él sintió sus manos deslizarse sobre los músculos tensos, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Ella lo tomó como una invitación a seguir. Masajeó aquellos hombros anchos, maravillándose con su forma y dureza.

Así estuvo unos minutos hasta que, tomándola por sorpresa, el conde tiró de ella con un movimiento brusco que terminó sentándola en su regazo. Esther rio como una chiquilla cuando se vio sobre él, pero Brighton no le mostró una sola nota de humor. Le dedicó una mirada enigmática, vidriosa, que manaba peligro y le erizaba la piel. Sabía lo que significaba esa mirada pues, a lo largo de las últimas semanas la había visto con frecuencia, después de besarse acaloradamente en aquel mismo despacho o cuando se quedaban solos en la bodega. A veces, mientras trabajaban, intercambiaban miradas prolongadas, llenas de anhelo y de preguntas. Y, aun cuando era invierno, Esther comenzaba a sentirse sofocada.

—Milady, disfruta jugando con fuego… —susurró él con una sonrisa lobuna mientras le rodeaba las caderas con sus brazos.

Ella sintió que toda la sangre se le concentraba en el rostro y que sus pezones se endurecían con fuerza. Debía de haber previsto que ese inocente masaje detonaría algo más.

—No sabía que lo hacía —contuvo una sonrisa.

Brighton ladeó la cabeza y por un momento le observó con ojos entornados, detrás de sus exquisitas pestañas oscuras.

¡Santo cielo! Era hermoso en «aquel estado».

—Pues, lo haces.

«Lo haces… y no sé cuánto más podré resistir».

Brighton era dolorosamente consciente de las suaves curvas de Esther posándose sobre su creciente erección. Siseó una maldición y escondió su rostro en el cuello fragante de la joven, como si refugiándose en aquel pequeño espacio pudiese huir de su mágico influjo. Su cercanía suponía una palpitante tentación, una tortura que socavaba su juicio.

No había vuelto a sacar el tema del matrimonio pues, entre el torrente de trabajo que se les había venido encima no había habido un solo respiro. Además, no deseaba presionarla. Era consciente de que había sido un gran paso para ella cederle el control de la destilería y, antes que cualquier cosa, quería demostrarle que no se había equivocado, que podía confiar en él.

Pero, con frecuencia, su deseo lo traicionaba. Se la imaginaba sentada sobre aquel gran escritorio, esperando por él. Fantaseaba con que le soltaba el cabello, con que la besaba atolondradamente, hasta que sus piernas se abrían para él por puro instinto. Y entonces, él deshacía la barrera de la ropa y se hundía en su cuerpo con la fuerza que ameritaba tanta urgencia, tanto deseo contenido.

Luego recordaba que ella no era ni por asomo igual que sus conquistas de Londres. Esther no era la clase de mujer a la que podía utilizar para una sesión vulgar y furtiva de sexo. Ella era digna de la más ferviente adoración, de rosas frescas, de champagne y de un lecho cálido. Por Dios, que todavía se sonrojaba, y aquello, en lugar de desalentarlo, lo incitaba todavía más, si acaso eso era posible.

Entonces se preguntó qué clase de trato le había brindado Allington, su difunto marido. ¿Había sido tierno y gentil con ella? ¿La había amado como a la diosa que era? ¿Acaso le había hecho decir su nombre en medio del más maravilloso éxtasis?

La sola idea de que Esther hubiera sido iniciada por alguien que no era él lo irritaba, pero no tanto como la idea de que ella le hubiera amado. Eso era… doloroso. Sí. Debía admitir que le dolía. Odiaba que aquello le afectara tanto.

—¿Qué sucede? —quiso saber ella, abrazándole, mientras él apoyaba la frente en su cuello.

Brighton se sacudió mentalmente para ahuyentar sus pensamientos. Miró fugazmente hacia la puerta por donde se había marchado Travis.

—¿Crees que están diciendo la verdad? —Esther entornó los ojos, viéndole con curiosidad—. ¿Crees que es culpa de los nuevos obreros que no hayamos podido dar con la esencia del John Dowyer?

—Brighton, no sé si sea posible que el whiskey perfecto se logre en el primer intento. De hecho, una vez Sebastian me contó que él y John tardaron meses en aprobar la fórmula definitiva. Antes de eso, los resultados habían sido mediocres o simplemente licores corrientes, sin nada extraordinario —se encogió de hombros con suavidad. La mención del nombre de su marido le molestó más de lo que hubiera anticipado—. Estoy segura de que Travis y los demás lo conseguirán muy pronto. La gente de las aldeas está muy agradecida con nosotros por tomarlos en cuenta. ¿Sabes? Siempre quise ayudarlos, pero no sabía cómo.

El conde suspiró.

—Bien, espero no tener que arrepentirme de haberlos traído —dijo mientras se entretenía acariciando la base de su espalda—. Si el grano se termina antes de que demos con el producto, usted y yo tendremos

muchos problemas, milady.

—Tengo la sensación de que todo irá bien de ahora en adelante.

—¿En serio? ¿Y qué otras sensaciones tienes? —sonrió descaradamente. Esther sacudió la cabeza, ahogando una risita. Se puso de pie y agarró el vaso de aguardiente que Travis había dejado sobre la mesa—. ¿Vas a tomarte eso? ¿Sabías que tiene setenta grados de alcohol?

—No voy a tomármelo.

—Entonces quieres que yo lo haga —alzó una ceja, divertido.

Ella se quedó mirando el contenido del vaso, un líquido transparente y turbio que no merecía siquiera llamarse *usquaebach.* Sus pensamientos estaban volcados en aquel recipiente, y él esperó pacientemente a que los compartiera con él. Para su sorpresa, abrió una cajonera y sacó un decantador lleno del John Dowyer.

—Deberíamos pensar como Sebastian y John —dijo al fin, mirando ambos recipientes con un brillo místico, pensativo—. ¿Cómo dieron con este elixir que parece volver loco a todo el mundo? ¿Y si esto fuese algo más que ensayo y error? ¿Y si hubiera un ingrediente especial y secreto que todavía no conocemos? No me extrañaría nada.

Brighton no pudo reprimir una sonrisa. Así que su adorable lady Esther creía un poco en la magia. No era de extrañar, siendo ella una adorable romántica.

—Me temo que no puedo ayudarte con eso. No conocí a ninguno de los dos, y tampoco estudié química. Además, dicen que Sebastian y John eran genios.

—¿Piensas que esto es producto de la genialidad? —levantó el decantador con un gesto de incredulidad—. Si así fuera habría tantos inventos maravillosos en este mundo como genios e inventores y sabes que no es así. Ha de haber algún factor que no conocemos —puso los recipientes sobre el escritorio.

—¿Cómo qué?

—No lo sé —sacudió la cabeza—. Ayúdame a pensar.

—Tenías un buen concepto de tu marido, ¿no es así? —Brighton dejó caer aquella pregunta, esperando que le quemara las entrañas.

Ella se vio un tanto desencajada por la pregunta. A todas luces no la esperaba.

—Por supuesto. Era un hombre estupendo —respondió ella, inexpresiva, aunque un tanto a la defensiva.

«¿Lo amabas?», moría por preguntar, pero aquello habría sido

demasiado. No alcanzaba a anticipar qué incidencia tendría en él su respuesta.

—Quizá le ponían algo a los barriles…

—Puede ser —susurró ella, reflexionando, hasta que dejó escapar un suspiro de frustración—. Esa es información que Edmund debería manejar.

—Yo se la sacaría a puñetazos, si supiera donde está —suspiró Brighton burlón mientras agarraba la botella y comenzaba a servir dos vasos. Debía admitir, aunque fuera para sí mismo, que comenzaba a detestar que se mencionara a su difunto marido—. Pero, desde luego, ha de estar bien escondido y gozando de las rentas de la carga que te estafó. No cuentes con él porque creo que no lo volveremos a ver.

—Brighton, no tenía corazón para enviarlo a la cárcel —confesó, triste—. Cometió un error, no es un ladrón. Él solo quería…

—Sí, ya lo sé. Quería dinero fácil para congraciarse contigo, pero por lo visto no te conocía bien —le entregó uno de los vasos, que Esther miró con resquemor y dejó sobre el escritorio—. Comprendo que fue muy cercano a ti y a Allington, pero lo que hizo fue cometer un delito que casi le cuesta la vida a esta compañía. Y además estaba enamorado de ti —le dio un trago rápido y violento a su vaso, como si esperase que el líquido le ayudara a aplacar algún un pensamiento inquietante—. Pero de eso no lo culparemos, ¿verdad?

Esther resopló, exasperada, y se propuso cambiar de tema.

—Bien, piensa lo que mejor te parezca —se cruzó de brazos, enfurruñada—. Quizá estoy diciendo tonterías y solo haya que seguir la fórmula.

Brighton se puso de pie y se acercó a ella con una de esas sonrisas que, para su exasperación, le cortaban el aire.

—Esther… —con un brazo, le rodeó la cintura con tierna posesividad—. No tienes que enfadarte conmigo. Recuerda que soy quien defiende tus intereses —dijo con un toque sensual en la voz—. Yo pienso igual que tú: el John Dowyer ha de tener una nota mágica, algo que no tiene que ver con la fórmula. Me considero un asiduo catador de whiskeys, y jamás había saboreado algo tan sublime, tan único. ¿Qué hay de ti, cielo? ¿Alguna vez habías probado algo similar?

En lugar de contestar, Esther desvió la mirada. No pensaba decirle que no había probado el John Dowyer por primera vez. Estaba enfadada con él por hacerla sentir culpable por la estafa de Edmund. Ella misma se culpaba todos los días. La culpa era un sentimiento al que se había habituado con asombrosa facilidad.

¿Qué sucedería entonces si le hablaba de su relación con Sebastian? ¿Pensaría que él había saltado de la torre por su causa, como ella sospechaba? ¿Pensaría que Esther era una mala mujer, como se lo habían hecho sentir?

Asintió con fuerza, aun sin mirarlo.

—Esther, vamos —dijo él, desprovisto de su tono afilado—. Lo siento. Estoy cabreado por lo que nos hizo ese tipejo y más todavía cuando lo defiendes, como si fuera una víctima. Pero, ya encontraremos el modo de destilar el auténtico John Dowyer sin la ayuda de Tate. Tal vez deba buscar a ese maestro destilador, aunque quizá no esté dispuesto a cooperar —sacudió la cabeza, irritado—. De cualquier manera, esto funcionará. Debe funcionar.

Esther elevó sus manos y las posó a cada lado del rostro masculino. Acarició los hermosos contornos, rozó con adoración la línea del nacimiento de su cabello rubio, los bordes de la mandíbula fuerte, todavía cubierta por una barba corta. Él suspiró ante la vehemencia de la caricia. Profundizó la presión alrededor de su cintura.

Sentía una atracción insólita y poderosa hacia ese hombre. Brighton era la personificación del amor que había poblado sus sueños cuando era una jovencita asidua a bailes y tés, que hablaba de amor con sus buenas amigas, Harmony, Fanny y Sally mientras horneaba galletas en Navidad. Esa jovencita soñadora que había sido antes de que su padre y lord Walton concertaran un matrimonio con lord Sebastian Allington.

No era algo meramente físico, aunque lo físico de por sí la aturdía de un modo que apenas podía describir. Era la ternura con que él la cubría, era la protección que ejercía sobre ella, la forma esmerada en que se había ganado su confianza, cuando al principio lo consideró… ya no quería recordar las palabras que le había dedicado. Si lo hubiera conocido por aquella época en la que no estaba comprometida, de seguro habría caído fácilmente en sus redes. Se habría enamorado en un dos por tres… y habría sufrido porque, lord Westbrooke no parecía la clase de hombre que sus padres aprobarían.

¿Le habría mirado él entonces? ¿O acaso prefería a las mujeres experimentadas, desinhibidas? Apostaba lo que fuera a que así era, y…

Brighton interrumpió sus cavilaciones con un beso demoledor que invadió todos sus sentidos y le disparó el pulso hasta las nubes en espacio de un segundo. Se hundió en su boca con fuerza, la estrechó contra sí y bebió de su sabor. Esther se pegó a él, anhelante, mientras dejaba que saqueara su boca, que la consumiera con la avidez natural de un hombre como él: apasionado, ambicioso, indetenible.

—Brighton, si esto no llegase a funcionar… —jadeó cuando se separaron, todavía aturdida por el beso— no quiero que te sientas… sé que tienes otros compromisos con tu hermana, con tu sobrino.

—No, Esther. Ni siquiera lo digas —masculló él—. Funcionará.

Unos días más tarde, Esther organizó una comida para agasajar a los trabajadores de la destilería. Como afuera hacía demasiado frío y la nieve seguía haciendo su aparición cada cierto tiempo, utilizaron una bodega gigantesca para instalar las largas mesas y el centenar de sillas. La gente estaba complacida y no dejaba de expresar su gratitud. Todos se declaraban comprometidos a responder a la generosidad y confianza de lord Westbrooke y lady Esther.

La señora Tucker y las esposas de los obreros prepararon ternera asada y la sirvieron con una guarnición de patatas, pudín de Yorkshire, vegetales al vapor y una variedad de quesos, salchichas, panes y frutas. Como postre, tenían preparados unos deliciosos pasteles de manzana. Tras recibir a los invitados, se sentaron a comer entre risas y conversaciones animadas.

Sally hacía carantoñas a Rose, la bebé de Eveline, que estaba preciosa y grande. Eveline, la joven a la que Esther había llevado la cesta con regalos para su recién nacida, había empezado a trabajar en la destilería como aprendiz. Su madre, Netty, seguía como ayudante del pastor Covey. Todos estos habían sido invitados a participar en la comida. Para Esther era un alivio colosal saber que podría ofrecerle a Eveline un sustento y la oportunidad de prepararse en la John Dowyer para un oficio pues, ello le garantizaba un futuro menos espinoso. No le pasaron por alto las miradas embelesadas que Travis le lanzaba Eveline desde el otro lado de la mesa y que ella respondía de igual manera. Esther sonrió para sus adentros. Nada la complacería más que saber que esos dos pudieran, algún día, convertirse en un matrimonio, y que Travis pudiera asumir el rol de padre de la pequeña Rose.

Más allá estaba la tía Fern, que conversaba alegremente con las mujeres que habían preparado el banquete. A su lado, Mabel permanecía rígida en su silla, con los hombros hundidos y la vista puesta en cualquier lugar menos en el festín. A todas luces, su prima habría preferido estar en cualquier lugar menos en aquel.

Esther no había olvidado las duras palabras que Mabel le había rugido en las bodegas, cuando estaba completamente borracha. La viuda había estado determinada en enviarla a Londres, pero la muchacha se había aparecido la mañana siguiente en su habitación, cuando apenas se había despertado, adolorida y aletargada tras el accidente. Mabel le suplicó, con el rostro anegado en lágrimas, que no

le contase a su madre que había estado bebiendo y que le había gritado toda esa sarta de sandeces de la que estaba arrepentida. Le rogó, le prometió que cambiaría y que jamás volvería a tener motivos para querer echarla. Esther accedió a perdonarla y le prometió que no le diría a su madre lo que había sucedido. Desde entonces, la muchacha había empezado a comportarse mejor; de hecho, se había vuelto más callada y meditabunda.

Por último, observó a Brighton, que se había ubicado en el extremo opuesto de la mesa. Estaba manteniendo una conversación muy seria con McNeill, pero de vez en cuando intercambiaba con ella miradas de tierna complicidad. Ambos estaban tan agotados, el trabajo era más duro de lo que habían anticipado pues implicaba entrenar a un grupo de gente que, a pesar de tener una férrea voluntad para hacer las cosas lo mejor posible, todavía no estaba a la altura de lo que la John Dowyer requería. Brighton había querido ayudar a esa gente a encontrar un oficio útil, pero Esther también estaba convencida de que los había buscado porque no podían permitirse contratar a otros expertos, además de McNeill, Travis y el grupillo de escoceses. Debían continuar con ellos… y tener fe.

Cuando la comida terminó, Esther charló un rato con Netty, el pastor Covey y Eveline. Tomó en brazos a la hermosa Rose y la acunó con fervor. Era tan linda, con sus mejillas coloradas y esa mirada azul transparente. Olía a ropa limpia, a loción y a esperanza, una mezcla que se le antojó absolutamente irresistible. Rose le tomó del rostro con sus diminutas y regordetas manos e intentó morderla, lo que desató una ringlera de risitas de ternura.

—Serás una madre estupenda —escuchó que una voz le susurraba al oído mientras una mano se posaba en su espalda baja.

Y entonces la tensión se apoderó de su columna vertebral al tiempo que el corazón le daba un vuelco doloroso. Su semblante sustituyó el regocijo por la angustia, pero se esmeró en disimularlo con todas sus fuerzas. Mantuvo los ojos fijos en la hermosa visión que tenía frente a ella, en sus brazos, la dulce Rose haciendo gorgoritos. Ella era una extraordinaria bendición, un auténtico regalo de Dios.

—Lord Westbrooke, le decía a lady Esther que jamás había visto a la gente de nuestra comunidad tan contenta —dijo el pastor Covey, un septuagenario de ojos sagaces y abundante cabello grisáceo que parecía fundirse con las patillas y la espesa barba—. Ha sido un milagro que la destilería John Dowyer de pronto tuviera espacio para recibirlos como trabajadores. Usted me entiende, nadie la ha tenido fácil todos estos años. Sé que la destilería ha tenido momentos duros, pero Nuestro Señor siempre tiene un plan, y éste suele ser mejor que el que nosotros mismos somos capaces de labrarnos.

—Estoy plenamente convencido de ello, reverendo —contestó con convicción—. Como apoderado de lord Walton y de lady Esther tengo un compromiso con los arrendatarios de Cypress Path. Sé que no podía recurrir a nadie mejor para este trabajo, y estoy seguro de que pronto veremos sus frutos.

—Así será, milord. Nuestra gente es buena y tiene tanta necesidad y deseo de progresar que más temprano que tarde responderá como se espera de ellos.

—Lo sabemos, reverendo Covey —intervino Esther—. Confiamos en ellos.

—Les deseo todo el éxito posible, milord, milady. Después de todo, su éxito es el de toda nuestra comunidad. Por otro lado, —musitó con otro tono, uno que dejaba patente cierta autoridad moral— espero escuchar buenas noticias de ustedes dos muy pronto. La alianza que a bien han conformado necesita de la bendición de Dios para poder ver sus frutos, ¿no es así? —sonrió enigmáticamente.

Esther y Brighton se miraron con manifiesta sorpresa. La joven se había sonrojado con violencia. El párroco había sido sutil, pero su mensaje estaba claro.

Eveline le guiñó un ojo a Esther y luego se hizo con la pequeñita que comenzaba a chillar, como si hubiera percibido el azoramiento de la viuda.

—Buenas tardes —sonrió el religioso tras ponerse el sombrero y ajustarse el abrigo de lana.

—Buenas tardes, reverendo —balbucearon Esther y Brighton a coro.

Covey, Netty y Eveline, con Rose en brazos, se marcharon.

—Está dicho —farfulló Brighton, llevándose las manos a la espalda con divertida jactancia—. El señor ha hablado, lady Esther. Nuestro destino es juntarnos.

Se hallaron paseando por los alrededores de la destilería, que en su mayoría estaban cubiertos por el manto níveo que había dejado la más reciente nevada. Esther había contemplado muchísimos paisajes invernales, pero aun no podía sobreponerse a la belleza de Kent, a sus colinas que se fundían con el cielo blanquecino, formando un adorable claroscuro con las ramas desnudas de los árboles, bañados de diminutos copos.

Pero ahora mismo no podía disfrutar de aquella visión, que le recordaba a una fotografía. Había compuesto un semblante de incertidumbre y angustia a raíz del comentario del pastor Covey. Si el

líder espiritual de la comunidad había insinuado que contraer matrimonio con lord Westbrooke era un requisito moral, no había fuerza de la naturaleza que le persuadiera de lo contrario. Conocía bien al pastor Covey, y su palabra era la ley en el condado.

—No pensarás tomarle la palabra a ese viejo entrometido, ¿verdad? —soltó.

—¿Y por qué no? —prosiguió el conde, burlón—. No acostumbro a contradecir los designios de los miembros de la iglesia.

Ella puso los ojos en blanco.

—Covey no sabe lo que dice.

—Lo sabe, Esther. No hace falta más que vernos juntos para entender lo que pasa entre nosotros —suspiró y la miró de reojo—. Y si nos vieran besándonos, por Dios, seguro que nos expulsarían del paraíso… Aunque, si tanto reconcomio te produce la idea convertirte en lady Westbrooke, nadie puede obligarte a hacerlo.

—No es eso, bribón.

—¿Y qué es, entonces?

Esther se lo pensó un momento.

«Serás una madre estupenda», recordó la frase, pronunciada hacía tan solo unos momentos, y las piernas le temblaron.

—Somos un par de desconocidos.

Brighton rio.

«Tú y Allington lo eran», quiso reprocharle.

—Gran problema —sonrió, sarcástico—. La mayoría de los matrimonios ingleses han adoptado la fórmula. Tenemos toda la vida para conocernos. Piensa en la aventura que supondrá descubrirnos cada día. Desde luego, si quieres saber algo de mí no tienes más que preguntar.

La joven sonrió ante lo que parecía un juego de lo más divertido. Un alud de preguntas le vino a la mente y no supo con cuál comenzar.

«¿Cuántas amantes has tenido? ¿Te has enamorado alguna vez? ¿Crees que algún día podrías amarme?». Todas eran ciertamente inapropiadas y no estaba segura de querer escuchar sus respuestas.

—¿Dónde creciste?

—Entre Londres y Surrey. Mi padre tenía una pequeña propiedad cerca de Guilford, donde yo nací. El título de conde de Westbrooke no tiene tierras ni casas señoriales, así que él la adquirió por su propia cuenta —su semblante se volvió un tanto soñador—. Era una casa maravillosa, modesta pero hermosa. Tenía una granja y un

invernadero. Recuerdo que solía dejar pasar a mi cabra para que se alimentase de las orquídeas de mi madre, aunque… no recuerdo que ella estuviera muy feliz al respecto.

Esther soltó una pequeña carcajada.

—¿Tu madre o la cabra?

—Creo que ninguna, porque la cabra solía devolverlo todo al poco tiempo. Sin duda que prefería engullir los libros de mi padre.

Volvió a reír.

—¿Has dicho que la casa «tenía» una granja?

—Supongo que todavía la tiene, solo que ya no es nuestra. Mi padre tuvo que venderla junto con la casa para salir de un apuro económico.

—Lo siento. Parece que fuiste muy feliz allí.

—Así es —sonrió de nuevo, confirmándolo—. Mi hermana, no tanto. Ella nunca estuvo satisfecha con la vida desprovista de privilegios que nos tocó. Hasta la fecha sigue peleada con la idea de la nobleza rural. Vamos, te toca.

Esther tomó una gran bocanada de aire helado y la devolvió a continuación.

—Crecí en Londres… y en Leek con mis dos hermanos varones, que son mucho mayores que yo.

—No eras muy cercana a tus hermanos. Lo percibo en tu voz.

—No demasiado. Siempre hubo más cercanía entre ellos por su edad y género, se llevan tan solo un año y medio de diferencia, pero siempre actuaron como gemelos. Además, eran muy traviesos, y cuando me involucraban en sus travesuras era solo para reírse de mí, como una vez que me metieron a un lodazal para que jugara a revolcarme. Salí hecha una porquería, tenía lodo hasta en los oídos. La niñera casi se desmaya cuando me vio entrar a la casa dejando una estela de mugre.

—Pobrecita —rieron juntos.

—Lo disfruté bastante, esa es la peor parte.

—Así que eras el juguete de dos diablillos.

—Un juguete al que nunca convidaron a sus travesuras. Pero no era algo que me pusiera especialmente celosa. Yo tenía a mamá… —sus palabras se frenaron cuando una vieja tristeza volvió a atizarle el corazón, entonces, lo siguiente que dijo estaba salpicado de añoranza —. Ella era mi compañera de juegos.

—Tu madre falleció —adivinó él.

Esther asintió con la cabeza mientras recomponía su voz.

—Hace cinco años.

—Lo siento —su voz era extrañamente cálida—. Mis padres también murieron.

—¿Cómo fue?

—Un accidente de trenes.

Esther se acercó a él y le acarició el contorno del rostro. Le gustaba hacer aquello, y él disfrutaba cuando lo hacía. Era su forma de demostrarle su afecto, ese que crecía con cada día y que ella no estaba segura de adonde la llevaría.

—Mi madre enfermó. Estuvo así varios años hasta que ya no lo soportó —Brighton se aferró a la mano que acariciaba su rostro, la miró con intensidad, y le brindó un consuelo silencioso. Cada uno deseaba aliviar al otro—. Después, mi padre volvió a casarse. Lo hizo demasiado pronto, para mi gusto. Ella jamás me ha gustado, es una mujer vanidosa y displicente. *Myra*… —gruñó ese nombre que le sabía a desdén… y se dio cuenta de que, si bien era cierto todo aquello, debía reconocer que jamás lo había dicho en voz alta—. La detesto.

—Ha de ser una bruja de primera si se ha ganado tu hostilidad.

Esther sonrió con sutil malicia. Se dio cuenta de que su mano y la de Brighton se habían entrelazado en algún momento. Pese a la barrera del cuero de sus guantes, le fascinaba su tacto, su calidez, su cercanía. Sebastian jamás le había tomado de la mano. Ni siquiera podía imaginar que alguien tan ensimismado intentara algo así. Con Brighton todo sucedía tan rápido, las emociones eran violentas y su tiempo de reacción, corto.

—¿Y qué hay de tu padre?

Se encogió de hombros ligeramente.

—Siempre ha estado demasiado ocupado, demasiado ausente como para formarme una opinión de él.

Se habían detenido sin darse cuenta junto a la torre del molino. Esther había estado tan embebida en su conversación que había olvidado la cercanía de aquel lugar que evitaba a toda costa pues, le traía terribles recuerdos. Cuando cayó en la cuenta de donde estaban, su corazón se agitó, su pulso se aceleró, así que se soltó de su mano. Se ajustó la bufanda con nerviosismo y la boca se le secó.

—¿Qué tienes?

Brighton notó que Esther se estremecía al mirar el pináculo de la torre de la que brotaba el molino de agua, el lugar desde donde se había precipitado el cuerpo de Allington hasta aterrizar sobre el suelo

de piedra. Desde luego, ella continuaba trastocada por aquel suceso.

—Nada —balbució—. Regresemos a la casa, por favor.

Desanduvieron el camino hacia Allington Manor en un silencio sepulcral. Brighton se sumió en sus pensamientos, en su frustración. El fantasma del difunto lord Sebastian se cernía sobre ellos, seguía teniendo una presencia imposible de ignorar. Era consciente de que ella le había querido, le había respetado y admirado, y su muerte había supuesto un golpe certero que aun no superaba del todo. Todavía la recordaba, llorando en aquel claro brumoso, envuelta en pena, y le costaba asimilarlo. No sabía cómo actuar, y ello le estaba matando.

¿Era Allington la razón de que no le aceptase? ¿Acaso creía que si accedía a ser de otro hombre le estaría traicionando? ¿Cómo carajo iba a competir con un hombre muerto? ¿Cómo iba a conseguir que ella le olvidara?

—¿Por qué tienes tantas ganas de hacerme tu esposa? —preguntó ella de pronto, achicando los ojos con gesto de seriedad—. Ya te lo he dicho, la destilería es más tuya que mía. Tú has hecho más por ella de lo que yo he hecho en este tiempo. Solo nos queda firmar el acuerdo de sociedad. No me necesitas.

El conde rio con poco humor y una traza de resentimiento.

—¿Eso crees? ¿Que quiero que seas mi esposa porque de algún modo necesito de ti? —Ella no dijo nada. No había tomado aquello como una pregunta real—. Lady Esther, confieso que tu destilería me atrajo como un delicioso banquete atrae a un repugnante mosco, pero ya no es así. No te necesito, en eso tienes razón, milady, y seguramente si me rechazas encontraré el modo de seguir adelante como si nada hubiera ocurrido. Pero te quiero. Te quiero en mi vida. Estoy loco por ti, ¿entiendes? Quiero enamorarme de ti y que me ames. De pronto te conozco y, maldita sea, siento que unir nuestras vidas es la cosa más natural y correcta que podría sucedernos.

Alguna clase de alivio religado con vulnerabilidad se apoderó de él, al punto que se sintió más liviano.

—Brighton…

—Quiero que tengamos hijos.

Aquellas palabras le asestaron a Esther el golpe final, el que intuyó que vendría en cualquier momento, pero para el que no estaba preparada. Sintió que se quedaba sin respiración, que había sido elevada al cielo y que luego había sido devuelta al suelo despiadadamente. Le clavó una mirada pendenciera, de ojos muy abiertos que poco a poco se anegaban de lágrimas.

«No digas que le amas a él, por favor», le rogó Brighton en su fuero interno. «No acabes conmigo». «Acabo de abrirte mi corazón».

Pero en lugar de decir una palabra, ella dejó escapar un sollozo y huyó de allí despavorida, como si el diablo le persiguiera.

Capítulo 13

«Hijo de puta, suertudo, cobarde…»

Brighton se quedó mirando el pináculo de la escalofriante torre del molino y deseó que Allington pudiese escuchar sus murmuraciones desde el otro mundo.

«¿Por qué demonios te mandaste al otro mundo si lo tenías todo? Tenías su amor, su compañía… y un negocio de éxito».

En lugar de seguir a Esther, que había huido despavorida de él, se dedicó a despotricar contra aquel imbécil que no la merecía, por el simple hecho de que la había abandonado. Era consciente de que no tenía sentido seguirla ni importunarla con palabras de amor que no conseguía pronunciar, ni convencerla de que el pasado estaba muerto y enterrado. A todas luces, ella le quería aun, y su recuerdo le impedía mirar a otro hombre. Una cosa eran los besos que compartían, otra muy diferente, un compromiso. Se maldijo por haberle soltado sus sentimientos.

Caminó entonces hasta el molino hidráulico, divisando los arcaicos mecanismos, su esmerada y eficiente construcción en madera que fungía más como un objeto decorativo que un dispositivo funcional. Era toda una joya de la ingeniería medieval. A un paso, el río, convertido en una marea gris y helada, se desplazaba con toda su fuerza, lanzando chispazos de agua y provocando un borboteo ensordecedor. Del lado exterior de la torre se elevaba una escalera de caracol en hierro forjado por donde se ascendía al pináculo. Brighton echó un vistazo hacia arriba y se decidió a subirla. Cuando llegó al final del camino de peldaños, atisbó un paisaje de blancas colinas y de árboles bañados de un torbellino de nieve. El viento le cortó la piel.

Desde allí podía admirar la destilería en toda su maravilla, al igual que la mansión Allington y el campo donde hacía unas semanas habían cosechado la cebada. Durante la primavera se reiniciaría el proceso de cultivo, el ciclo interminable.

Seguidamente echó un vistazo hacia abajo. Sin sufrir de vértigo, sintió un leve mareo. No era una estructura especialmente alta. Y entonces, se preguntó cómo es que el fundador de la destilería eligió aquel lugar para acabar con su vida. Una caída más afortunada le habría causado lesiones severas, quizá unos huesos rotos, no necesariamente la muerte. Se imaginó cayendo por aquel espacio hasta chocar con el lecho de piedras que era el suelo, y su cerebro se sacudió con violencia.

Puede que Allington hubiera calculado la posición de su caída en base al viento y a la distancia, así habría adivinado que el impacto mayor lo recibiría su cuello.

Y si así había sido, ¿por qué lo había hecho? Lo tenía todo, el muy cabrón. Tenía a Esther. Entonces empezó a pensar que alguien que pudiese gozar de la compañía de una mujer como la que él anhelaba con todas sus fuerzas, debía de estar loco para querer abandonar este mundo.

¿Y si no había sido un suicidio? ¿Y si no había sido un accidente?

¿Y si alguien lo había empujado?

Pensó a continuación en la forma cómo había muerto John Dowyer, su socio. «Lo asesinaron para robarlo», le había dicho Bridget. Dos muertes violentas con tan poco tiempo de diferencia. Y después estaba Walton, que había sufrido un ataque al corazón, pero, los detalles no estaban del todo claros. La policía de Kent parecía carecer del gusanillo de la curiosidad. Si él fuera un detective, relacionaría los tres sucesos, estaría buscando pistas. Estaría obsesionado con conocer la verdad.

Al principio, Brighton había comentado desdeñosamente que la destilería John Dowyer parecía estar bajo el influjo de una maldición. No se le ocurrió pensar que quizá había un influjo mucho más terrenal. Apostaba a que alguien estaba detrás de la destilería y que no le importaba matar hasta conseguirla. ¿Serían esos hijos de puta de la Mill Yorker?

Al cabo de un momento, descendió de la torre. Se encontró a Ben patrullando como siempre, con su rifle al hombro.

—Parece que habrá otra nevada esta noche —gritó por encima del sonido estentóreo del río.

Ben echó una mirada al cielo, que se había cerrado.

—Los hombres estarán preparados para barrer la nieve por la mañana, milord —respondió el otro, del mismo modo—. La destilería no sufrirá ninguna interrupción.

—¿Siempre nieva así en Kent? —dijo señalando las montañas de hielo sucio que los trabajadores habían removido del camino hacía un par de días.

—Cada año desde que tengo recuerdos.

—¿Ya trabajabas aquí el invierno pasado?

—Sí, milord.

—Entonces estuviste el día que Allington cayó —echó un vistazo fugaz a la torre. Brighton captó el momento en el que los ojos de Ben

se ensombrecían—. Seguro fuiste el primero en verlo, ¿verdad? Siempre estás patrullando. Sé que siempre estás atento, viéndolo todo.

—Yo lo encontré, milord.

El conde compuso una expresión seria.

—Respóndeme con total sinceridad, Ben. ¿Crees que Allington saltó… o que fue un accidente? —prefirió no decir «o que lo empujaron». Después de todo eran sus elucubraciones y nada más. Tan solo quería calibrar la reacción del vigía.

El hombretón se puso en guardia, después de un momento de silencio reflexivo que a Brighton le pareció eterno, bajó los hombros.

—Milord, hay ciertas cosas que es mejor no preguntarse.

La mañana siguiente, Esther abrazó a Sally mientras las doncellas terminaban de hacerle el equipaje.

—No sé qué voy a hacer sin ti —musitaba la viuda.

—Ni yo —después de separarse de ella le dedicó una sonrisa llena de complicidad y se puso el sombrerito de cintas azul turquesa con su habitual coquetería—. Hay que retomar el rumbo.

—¿De verdad piensas volver a Viena después de Navidad?

—Viena es mi nuevo hogar, Esther. Allá es donde me siento yo misma, aunque estas semanas en Kent han resultado muy refrescantes. No puedo esperar a ver cómo tú y Westbrooke levantan este lugar. Me gustaría que me mantuvieras informada sobre los progresos de la John Dowyer, y si necesitas algo, lo que fuere, sabes que estoy a tu disposición.

—Por descontado.

—Y… querida —compuso un gesto de tierna súplica— por favor deja de jugar al gato y al ratón con Westbrooke —Esther rehuyó a la mirada de su amiga—. Este tiempo lo he conocido mejor, y me he convencido de que es un buen hombre. Tú le importas, Esther, eso está a la vista. Y aunque te niegues a reconocerlo, sucede lo mismo contigo.

«Sally, es que no lo entiendes», quería decirle.

Ojalá pudiera confesarle lo que sucedía, ojalá pudiera decirle aquello que nunca le había contado a nadie. La vergüenza y la culpa no se lo permitían.

—El tiempo nos ayudará a tomar la mejor decisión.

—Suenas tan práctica. Antes no eras así.

—No puedo ser de otra manera, no ahora mismo.

La joven se mordió el labio, como si se debatiera entre decir algo o quedarse callada. A su amiga le sorprendió aquel gesto pues, Sally Withfield no solía medirse demasiado antes de soltar la lengua.

—¿Recuerdas cuando él se marchó de Kent por un tiempo?

—Claro.

—Pues… quizá lo hizo por algo que yo le dije —Esther le dedicó una mirada dura e interrogante—. ¡Ay, querida, lo siento mucho, pero ya me conoces! Sabes que quiero lo mejor para ti. ¡Tenía que dejarle las cosas claras! No iba a lanzarte a los lobos si no estaba segura de las intenciones que tenía contigo.

—Sarah Elizabeth Withfield, ¿qué diantres hiciste? —gruñó. Sally se puso de pie y quiso poner distancia, repentinamente intimidada. Su amiga siguió sosteniendo aquella expresión inquisidora—. ¡Habla!

La otra dio un respingo.

—Le he dicho que no merecías tener que casarte por motivos económicos, que merecías un amor… y que solo te propusiera matrimonio si en verdad te quería.

Inexpresiva, analizó aquella confesión. Por eso se había marchado, por eso había abandonado su intención de casarse con ella en un principio. Se negaba a someterla a un matrimonio motivado por intereses financieros… hasta que la misma Sally le escribió para hacerle venir, y entonces todo había vuelto a comenzar.

¿Qué había sucedido en ese tiempo? ¿Por qué había renovado su intención?

—Quizá estaba reordenando sus sentimientos —farfulló esa traidora, como si le hubiese leído el pensamiento. Esther le lanzó una mirada gélida—. De cualquier modo, yo no tenía que haberlo hecho. Es tu vida, y no tenía derecho a intervenir.

—Tienes razón, no tenías derecho.

—Pero, Esther, ¿y si él te ama realmente? —Ella pensó en su confesión del día anterior. «Quiero enamorarme de ti y que me ames», el corazón le vibró de esperanza, de ilusión—. Ya no hay un negocio próspero que despierte intereses, tan solo uno que le va a costar sudor levantar. Quizá hasta tenga que trabajar más duro que los propios fundadores.

—Me ha vuelto a pedir que nos casemos. Me ha hablado de sus sentimientos.

—¡¿Y qué esperas para decirle que sí?! —Esther guardó un silencio doloroso, y Sally alzó una ceja inquisitiva—. No será por Sebastian,

¿verdad? Tu tía dice que nadie te juzgará porque es evidente que necesitas a un marido que te ayude a hacerte cargo de la destilería.

—Sí, lo sé, lo sé…

—¿Y entonces, cielo? ¿Es que no te atrae, en verdad? Si así fuera estaría muy sorprendida, porque…

—¡Por supuesto que sí, Sally, pero no puedo darle hijos! —rompió a llorar con un ímpetu que le robaba la respiración.

Todo el dolor que había contenido por tanto tiempo brotó en ese momento con un torrente de lágrimas.

—Madre mía.

Sally volvió a abrazarla, esta vez con más fuerza. Le brindó el consuelo que tanto necesitaba, le brindó su hombro.

—¿Ahora lo entiendes? —balbució después de un rato largo, con la nariz roja y los ojos hinchados por el prolongado llanto—. Si lo supiera, no querría casarse conmigo. Un lord necesita un heredero, él desea un heredero. Si Brighton llega a averiguarlo, estará muy decepcionado de mí. Ningún hombre en su sano juicio desearía compartir su vida con una mujer infértil e inútil…

—¡No te atrevas a repetir eso, Esther!

Y había más, pero ella no podía ser completamente sincera con su amiga. Era algo demasiado vergonzoso, demasiado difícil de explicar. De solo pensarlo, un golpeteo incesante en el pecho la aturdía, la devolvía al pasado.

—Sebastian se suicidó. Estoy segura de eso. No fue un accidente.

Sally abrió los ojos como platos.

—No, no, no. ¡Estás exagerando!

—Lord Walton lo conocía mejor que nadie. Decía que Sebastian era un ser muy particular, que era «frágil» —aquella era la palabra que Walton había empleado para referirse a su sobrino, y ella no había entendido a qué se refería. Con el tiempo, llegó a pensar que el marqués había querido decir que Sebastian era sensible. Esa parecía una palabra más adecuada para describir a su marido, siempre melancólico y taciturno—. Sebastian le dijo que estaba devastado, que estaba decepcionado de haber elegido a la mujer equivocada, una mujer que no solo no le amaba, sino que era incapaz de quedarse encinta.

—¿En serio? ¿Y si era él el del problema? —replicó Sally airadamente.

—El médico me vio —cerró los ojos, recordando el vergonzoso

reconocimiento del doctor Higgins— y lo confirmó. ¿Ahora entiendes por qué quería recuperar la destilería para él? Se lo debía. Me sentía en deuda.

Sally jadeó de impotencia.

—Espero que cuando la John Dowyer salga del foso dejes de sentirte en deuda y te olvides de esa familia de una vez por todas. Nada de lo que ocurrió es tu culpa, Esther, ¿cuándo lo vas a entender?

—Eso no cambia las cosas respecto a Westbrooke.

—Tienes que decírselo. Deja que él decida si quiere continuar con su intención de desposarte o si prefiere irse al demonio.

Aquello le sonó aterrador. Si tenía que verse privada de la compañía de Brighton, de su mirada que la hacía sentir como aquella joven que fue una vez, si tenía que despedirse de él, no sabía cómo iba a poder continuar.

—Se hace tarde —se limitó a decir—. Deberíamos estar de camino a la estación.

Sally compuso una expresión de ternura mientras la vio enjugándose un par de lágrimas. Ella, que adoraba a los niños, que habría sido una madre amorosa y devota, debía conformarse con ver crecer a los hijos de sus amigas, con ser una madrina. La vida era tan injusta.

—Esther, díselo —le pidió.

Y ella masculló:

—Lo haré.

Durante los días que siguieron, Esther hizo todo lo posible para evitar a Brighton. Se la pasaba muy poco en la destilería, y acudía cuando estaba segura de que él se hallaba fuera. Su presencia no era requerida en la John Dowyer, y ella estaba convencida de que en aquel lugar no era precisamente útil, por ello había volcado la mayor parte de su tiempo a atender asuntos relacionados con la mansión, a asegurarse de que la nieve fuera barrida de los techos y la entrada, y cuando no tenía nada qué hacer, se inventaba actividades en las aldeas para mantenerse ocupada. Se sentía como una patética cobarde.

Pero lo cierto era que Brighton tampoco la había buscado. La destilería consumía la mayor parte de su tiempo. Al día siguiente, terminaría de procesarse la colada, luego Travis la olfatearía para determinar si era adecuada o no para ponerse a madurar por tres años o más. Esther estaba segura de que Brighton se hallaba loco de ansiedad y preocupación, y por un momento se sintió tentada a ir a su

encuentro. Sin embargo, el tema tan sentido del matrimonio la frenaba. Pensaba en el momento de la verdad y se sentía cargada, su corazón vibraba de ansiedad.

¿Y si él la rechazaba? ¿Y si dejaba de mirarle de ese modo que le aceleraba el corazón y lo hacía detenerse al mismo tiempo?

Era extraño, pensó mientras echaba un vistazo hacia el gélido paisaje que le mostraban las ventanas de Allington Manor. Todo había ocurrido tan rápido que apenas podía reaccionar a sus propias emociones. Se habían conocido en las peores circunstancias, habían llegado a enfrentarse como acérrimos enemigos y, de improviso, la vida los había puesto en igualdad de condiciones. «Ojos altivos y corazón arrogante, lámpara de los impíos». El pasado domingo, el revendo Covey había predicado sobre la soberbia, y Esther no habría podido sentirse más aludida, aunque hubiera mencionado su nombre.

Cuando aquel esperado y temido viernes llegó, Esther se había pasado el día fuera, pero sus pensamientos estaban en la destilería. A su regreso, se fue directa al despacho, pero se encontró con que Brighton no estaba allí. Lori, su secretaria, le informó que milord se había marchado a casa después de que Travis le confirmara que el aguardiente que había resultado de una semana de trabajo, nuevamente, no había cumplido las expectativas.

Esther cerró los ojos, colmada de desencanto. El segundo intento también había sido infructuoso. Podía imaginar la decepción y la rabia de Brighton. Y ella no había estado allí para apoyarlo, como la primera vez. Su cobardía era bochornosa.

Después de pensárselo hasta el cansancio, Esther decidió hacerle una visita en la mansión Walton.

Pidió al mozo que le preparase a *Misty*, y enfiló el camino a través de los campos cosechados, donde los mirlos picoteaban los rastrojos de la cebada que brotaban de un manto uniforme de nieve. La noche estaba a punto de caer, por lo que el cielo empezaba a mostrar una deliciosa profusión de incandescentes dorados y violetas, circundados por nubes negras que no conseguían enturbiar la visión.

Esther recordó las últimas palabras que habían compartido, o más bien lo que él le había confesado antes de que ella entrara en pánico. «Unir nuestras vidas es la cosa más natural y correcta que podría sucedernos». Ella compartía aquel sentir, pero no se permitiría engañarlo.

Cuando se plantó frente a las puertas de la mansión, el recuerdo de su última visita la asaltó. Había venido a buscarlo, igual que ahora, y no lo había hallado entonces. Temía que aquello volviera a suceder, que él la hubiese abandonado, y su corazón dio un latido doloroso.

Creyó ver que el león de la aldaba se burlaba de ella, así que le miró con un ceño fruncido, desafiante.

Pero antes de que hubiera tocado siquiera, Valentine ya le había abierto una de las puertas dobles. El mayordomo, vestido con una sencilla pelliza de lana, la obsequió con una pequeña sonrisa.

—Milady…

—Buenas noches, Valentine.

—Adelante, por favor —La joven se adentró en el recibidor de la mansión sin evitar mirar a todos lados de aquella estancia, como si pudiese atisbar a Brighton en cualquier rincón. De inmediato se dio cuenta de lo inadecuado de su gesto y observó al mayordomo—. ¿Cómo ha estado, Valentine?

—Bien, muchas gracias por preguntar, lady Esther —dijo éste con un brillo de diversión en los ojos, profundos y transparentes. A todas luces, había notado su ansiedad—. Supongo que ha venido a ver a lord Westbrooke.

—¿Está… aquí?

—Sí, milady —soltó el aire que no estaba consciente de estar reteniendo, inundada de alivio—. Venga conmigo.

Le acompañó escaleras arriba en medio de un silencio sepulcral.

Para su consternación, no había ideado la forma de confesar a Brighton la razón de su negativa a contraer matrimonio, y sabía que aquel era el momento de hacerlo. No podía esperar más, Sally tenía razón, se dijo apretando las manos en puños para que no se notase el intenso temblor que las recorría. Quizás también tendría que confesar todo lo demás. La sola idea le produjo un leve estremecimiento.

El mayordomo la hizo pasar a una estancia que le era horriblemente familiar; el estudio de Walton, vasto e intimidante, solo que ahora tenía un aspecto mucho más austero y menos recargado, dado que las obras de arte habían sido retiradas. La gran chimenea estilo Renacimiento estaba encendida y una agradable calidez se extendía por todos los rincones de la habitación, donde solo quedaban el mobiliario, un escritorio y las repisas de la biblioteca, repletas de libros.

Brighton estaba sentado en un sofá de cuero situado frente al fuego. Su mirada furiosa estaba perdida en las profundidades de su copa. Se había despojado del saco, el cuello duro y la corbata, incluso del chaleco. Suponía que lo había hecho en un arranque de furia pues, las piezas de ropa estaban regadas por el suelo. Ella sintió el impulso de acercarse, fue haciéndolo con lentitud, hasta que su voz la hizo detener bruscamente.

—Caray, lady Esther —murmuró con un tono afilado, adivinando su presencia, porque aun no le había dirigido la mirada—. Nunca lo creí posible: una viuda decente en los dominios de un caballero de poca respetabilidad. Me pregunto qué diría el pastor Covey si pudiera verla.

Esther tragó saliva. Le sorprendió el matiz de amargura en sus palabras. Más que eso, le lastimó.

—¿Tienes poca respetabilidad?

Él rio, dirigiendo la vista al fuego que consumía la leña con un intenso crepitar.

—Debiste conocerme cuando eras una muchacha casadera. Te habría arruinado con una sola mirada —hizo una pausa reflexiva—. ¿A qué debemos tan inusual visita? Si has venido a presentar quejas por mi terrible administración, soy todo oídos. Aunque, deberías saber que no hay imprecaciones que no me haya gritado a mí mismo.

—No hay necesidad de que hables así.

Se giró para mirarla y se puso de pie. Hermoso y decadente.

—Disculpe mis grotescos modales —el sarcasmo parecía tatuado en sus pupilas. Señaló una butaca—. Tome asiento, lady Esther, le serviré un trago de su precioso John Dowyer. Disfrútelo mientras pueda, porque cuando se nos terminen los barriles de la bodega su producto pasará a la historia.

—Brighton…

—Pero ¿qué dice sobre empezar a producir aguardiente de baja estofa? Nos volveríamos muy populares entre los borrachines de toda Inglaterra. No nos faltarían pedidos de las tabernas más infames del East End.

—Brighton…

—Lo llamaremos, «Aguardiente Sheffield», y lo venderemos de a tres por un penique. ¿No le gusta la idea?

Soltó una risa arenosa.

—¡Deja de condenarte, por el amor de Dios! Sé que las cosas no salieron bien hoy, pero…

—Pero la próxima vez lo conseguiremos… ¡por supuesto! —ironizó agitando la copa, con lo que unas gotas se derramaron sobre el suelo desprovisto de alfombra. Entonces Esther cayó en la cuenta de que había bebido de más—. Es un discurso muy inspirador, milady, pero tiende a perder sentido en la medida que no sucede nada. ¿No lo cree?

Ella le miró, pesarosa.

—Sé que te has esforzado, igual o más que todos en la destilería, pero ¿estás consciente de la dificultad de lo que queremos lograr?

—Desde luego. En mi inmensa arrogancia pensé que podía hacerme cargo, pero estaba equivocado —comenzó a servirle una copa, con lo que Esther puso los ojos en blanco—. Una bandada de campesinos y una horda de borrachos escoceses liderados por un conde pretencioso no bastan para reproducir un exquisito whiskey creado por dos genios de la química…

Le entregó la copa, que ella recibió, solo para ahorrarle un disgusto.

—Tenemos una fórmula.

—Lo que me hace sentir peor, porque ni aun así lo hemos conseguido.

—Brighton, no quiero verte así.

—Accediste a dejar todo en mis manos y te he fallado.

—Claro que no… —se acercó para tocar su rostro y consolarlo, pero él se apartó.

—A este paso acabaremos con toda la malta.

—¡Pues sembraremos más! ¡Usaremos el dinero de la venta de las últimas botellas… o pediremos un préstamo al banco!

—¿Estás segura de que quieres tirar el dinero y endeudarte?

—¡Lo que quiero es que dejes de actuar como si fuera el fin del mundo! —berreó, con la paciencia pendiendo de un hilo—. No me has fallado, sigo creyendo en ti, y estoy agradecida de que hayas decidido hacerte cargo de esto.

—Por supuesto, tu gratitud es un gran consuelo —dijo rezumando amargura, y ella no llegó a comprender la razón de aquella triste declaración.

Esther miró la botella de John Dowyer que reposaba junta a la licorera. Estaba casi vacía.

—¿Cuánto has bebido?

—Más que tú, te lo aseguro.

Señaló la copa intacta que ella sostenía en sus manos. La viuda la miró, dudosa.

—Es que no tengo deseos de beber.

—Al parecer nunca los tienes.

—¿Qué quieres decir? —musitó, apartando los ojos.

—Vamos, Esther. Nunca te he visto tomando un buen trago del elixir que creó tu genial y capaz marido. No es la primera vez que te

ofrezco una copa y la miras como si no supieras qué hacer con ella.

Ella se mordió el labio inferior, sopesando sus próximas palabras. Recordó que había venido a ser sincera con él. ¿Por qué no comenzar entonces con aquello?

—Es que nunca lo he hecho.

—¿Qué cosa? —le miró con ojos entrecerrados.

—Beber whiskey.

El conde frunció el ceño.

—Espera… ¿estás diciéndome que nunca has probado el producto al que le debemos todo este imperio que yo estoy a punto de llevar a la quiebra?

—Jamás he probado el whiskey, y eso incluye el John Dowyer.

El rostro del conde adoptó un gesto de desaprobación. La diversión lo sustituyó un momento después. Sus ojos azules fueron surcados por una ladina emoción, y ella la agradeció. Prefería eso que su dura condena.

—Bien, pues entonces esta será tu primera vez —dejó su copa junto a la licorera.

Esther abrió los ojos desmesuradamente y soltó una retahíla de protestas mientras le veía acercarse y tomar posición detrás de ella. Brighton la hizo callar cuando le rodeó la cintura con ambas manos. Su proximidad le puso los vellos de la nunca en punta, pero lo que se proponía era una gran tontería.

—Hazlo —le susurró al oído.

—¿Por qué?

—Porque así sabrás cómo es su sabor. Cuando yo lo arruine todo ya no tendrás oportunidad.

—No arruinarás nada, y no me agrada el whiskey.

—Pero si me has dicho que jamás lo has probado —dijo entre un vaho de risas cálidas que seguían estremeciéndole la nuca—. Esther, la vida es dolorosamente corta. Si te privas de los placeres que puede ofrecerte, ¿qué te llevarás a la tumba? No vas a ofender a nadie con un pequeño trago.

—No es eso —sacudió la cabeza—. No asocio esta cosa con el placer.

El silencio que siguió a esa declaración fue significativo. Esther oyó que Brighton suspiraba y sus manos comenzaban a inquietarse alrededor de su cintura.

—¿Y qué es el placer para ti, Esther?

Ella cerró los ojos. Antes de ser besada por Brighton, el placer había sido una caja sellada, un objeto sin forma, demasiado lejano, demasiado incomprensible y frustrante. Ahora, era un cuerpo, un nombre, una voz que la impelía a probar aquel brebaje alcohólico que siempre había evitado. En definitiva, era un hombre que había llegado para desafiarla, sacudirla desde sus mismos cimientos y desmontar sus creencias.

Fue incapaz de contestar. Sintió el rostro ardiendo, y dio gracias porque Brighton no estaba mirándola de frente y notando cuánto la había enrojecido su pregunta. Al cabo, escuchó una risita mordaz que le hizo fruncir el ceño.

—Vamos, cielo. El licor espera por ti.

—Esto te divierte mucho, ¿verdad? —rezongó, mirando la copa.

—No sabes cuánto, pero confío en que valdrá la pena este pequeño sacrificio que estás a punto de hacer. Pruébalo.

Ella se lo pensó un momento.

—¿Y qué ganaré si lo hago?

—Vaya, tenemos a una negociadora.

—Dejarás de condenarte por lo que sucedió hoy en la destilería y esperarás a que hagamos un tercer intento. Si me lo prometes me beberé esta cosa.

Le escuchó gruñir detrás de su oído y aflojar la presión en su cintura, pero finalmente accedió.

—Hecho.

Entonces Esther sonrió, levantó la copa y se la llevó a los labios. Quería hacerlo rápido, sorber de sopetón y así evitar el mal sabor, pero podía sentir la mirada cálida del conde, que había ladeado la cabeza para apreciar su veredicto. Encontró aquello tentador, y por un momento se vio a sí misma deseando complacerlo. Su boca entró en contacto con el borde del cristal, y después, su lengua tocó el líquido amargo que encendió sus sentidos y le puso de punta los vellos de todo el cuerpo.

Era espantoso. Más de lo que había anticipado.

Esther se lo tragó, pero acabó tosiendo, deseando expulsar el desagradable rastro de fuego que le había dejado el brebaje. Las risas de Brighton estallaron.

—¡Deja de burlarte de mí! —tosió y se volvió para mirarlo con la nariz enrojecida y los ojos acuosos—. ¿Cómo es posible que la gente se

embriague con esta asquerosidad? Es lo peor que he probado en mi vida.

—No juzgues un mal comienzo —él se encogió de hombros, divertido, y ella captó el mensaje a la perfección.

Su risa era fascinante, juvenil, musical. Todo su aspecto era hermoso y decadente, y le hacía pensar de nuevo en la pasión. Ni siquiera el sabor del whiskey, que había sido un incendio en su paladar, conseguía mitigar el burbujeo potente en su vientre, la extrema sensibilidad de su piel, ese deseo irresistible de tocar su pecho, al que asomaba un ligero vello castaño en la abertura de su camisa.

—La próxima vez irá mejor —la atrapó entre sus brazos.

—Es lo que yo he dicho sobre la destilería —sonrió satisfecha, a lo que él hizo un mohín—, pero no habrá próxima vez.

—Esther, el primer trago es el peor. Inténtalo de nuevo y te darás cuenta.

—No.

—Lady Esther… hazlo por mí.

Su voz adquirió un matiz aterciopelado antes de que su boca se abalanzase sobre su cuello. Esther percibió los labios hambrientos sobre la piel y jadeó en agónica respuesta. Brighton comenzó a trazar una línea de besos que hicieron que los dedos de sus pies se retorcieran. Una corriente cálida y castigadora que atravesó su cuerpo, la dejó rendida.

De pronto se separó de ella, dejándola deseando más. Le miró, ansioso y un tanto manipulador, como si aquel pequeño acto que le estuviera pidiendo fuera un aliciente para su deseo. Lo había olvidado, pensó divertida, estaba en las fauces del príncipe de la seducción, y ahora mismo ella era su presa.

Esther le sostuvo la mirada mientras se llevaba de nuevo el vaso a los labios. Bebió un poco, y otro estremecimiento, esta vez poderoso y placentero, la recorrió. No se trataba del sabor del whiskey: él la había apretado contra sí en aquel instante y ella había sentido sobre su vientre una dureza colosal; su cuerpo lo había correspondido antes que su cerebro tuviera tiempo de procesarlo. Pero debía admitir que el licor ya no le sabía tan mal. Apuró otro trago pues, estaba ansiosa de dejar el vaso en la primera superficie y desocupar sus manos.

Cuando lo hizo, Brighton rio de pura satisfacción, una risa sensual y ahogada.

—¿Y bien, lady Esther? ¿Cómo ha ido su segundo experimento?

—Creo…—su voz era un susurro—. Creo que ahora lo odio menos.

Pero la diversión había desaparecido de las facciones masculinas. En su lugar, había dejado una mirada oscura y peligrosa.

—Y bien… ¿ahora qué quieres probar?

Tragó saliva, nerviosa y convulsa de emociones.

Brighton tenía un aspecto absolutamente irresistible: el cabello revuelto, la mirada vidriosa y un rictus salvaje en los labios que nunca había visto en ningún otro hombre. Era patente que aquel conde que la envolvía entre sus brazos era presa de un acuciante deseo.

Y el suyo le hacía reflejo.

Esther le respondió buscando sus labios, que el atrapó con un beso profundo y ávido. Estaba aliviada de haber dejado el vaso a un lado, porque así podía abrazarlo sin dificultad, podía acariciar su pecho y rozar la seductora abertura de su camisa. Podía tomar su rostro y dejar que se hundiera más en su boca, porque la urgencia que lo fustigaba era la misma que ella sentía.

Sus lenguas se encontraron y se tocaron sin ninguna contención. Respondieron a las caricias con movimientos sutiles pero exigentes, al punto de que Esther no se reconocía a sí misma. Jamás había sido tan apasionada, tan incontinente, pero, a su vez, jamás había necesitado tanto algo.

Sin decirle nada, Brighton le tomó se la mano y la sacó de aquel austero estudio con pasos presurosos. Ella percibió entonces el efecto de los pocos tragos ingeridos: se sintió atontada y eufórica, temerosa y decidida, cuerda y loca, pero todo su estremecido cuerpo le impedía escuchar razones.

Capítulo 14

La había llevado hasta el dormitorio donde, aquella noche lejana, le había robado el primer beso, y ella, furiosa y excitada, le había abofeteado. Extrañamente, le parecía cosa de otra vida.

No bien escuchó la puerta cerrarse a sus espaldas, se giró y le dirigió una mirada aterrorizada. Realmente iba a suceder, se dijo abriendo los ojos desmesuradamente, al tiempo que un golpeteo incesante le martillaba el pecho y las sienes. No era que no lo deseara, pero quizá no estaba preparada. Quizá debían hablar primero.

Él leyó la incertidumbre en sus gestos y le tomó el rostro entre las manos; comenzó a dejarle pequeños besos sobre la coronilla y en la línea del nacimiento del cabello, rebosando ternura. Su mirada azul, en la errática luz del dormitorio, era oscura, y sus bellos rasgos estaban ensombrecidos por la pasión. Esther le miró con deseo y temor, y se preguntó si se estaba conteniendo por ella.

¿Qué haría una mujer experimentada en aquel momento? ¿Cómo procedería?

Se sintió desfallecer de solo imaginar que no estuviera a la altura de semejante ocasión y que no pudiera complacerlo como él seguramente estaba acostumbrado. Brighton era tan viril, tan resuelto, tan maravilloso, que seguro la encontraría torpe. Un hombre como él, con toda seguridad, había tenido amantes ardientes, que conocían cada recoveco del cuerpo masculino y sabían regalar placer a manos llenas; mujeres que se entregaban sin reservas y disfrutaban sin culpa.

Cerró los ojos con fuerza, al tiempo que él buscaba su mirada con denodado interés.

—¿Qué ocurre, Esther? —preguntó frunciendo el entrecejo. La muchacha sacudió la cabeza. Se dio cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas y se odió por parecer tan estúpida—. ¿Acaso no…? ¿Acaso estoy yendo muy rápido?

—Deberíamos hablar un momento.

Brighton parpadeó, intentando disipar la oleada de deseo que lo obnubilaba. Lo último que deseaba en aquel momento era hablar, y así lo ponía de manifiesto la creciente protuberancia en sus pantalones.

La mirada de aquiescencia que ella le había dirigido en el despacho, el beso que había reclamado de su boca y el hecho de que estuviera allí, en su dormitorio, le habían llevado a pensar que ella también lo deseaba. Había esperado tanto por aquel momento, la había soñado

tanto, que apenas podía creer que ahora se negara. Lo había vuelto loco para luego dejarlo achispado y frustrado.

No podía evitarlo. Su lado más hedonista y egocéntrico había tomado el control, aunque quizá ella tuviera razón y la estaba empujando hacia un camino que no estaba dispuesta a tomar. Y aun así… *¡joder!*

—¿Hablar de qué? —masculló mesándose el cabello rubio revuelto.

Esther abrió los ojos y lo contempló con ternura.

—Vine aquí a explicarte la razón por la que no podemos casarnos.

Maldita sea.

Brighton sacudió la cabeza y se frotó el rostro con ambas manos. No podía ser. Seguía con aquello, y por lo visto ahora mismo no iba a conseguir escabullirse del tema. Iba a hablar de él, de lord Sebastian, y su jodido luto. De su amor por él, de su fidelidad y sabía el demonio de qué otras cosas que él no quería escuchar, porque hacerlo sería como esperar a que le dispararan a la cabeza. O más bien al corazón.

¿Y si ella le decía que aun le amaba? ¿Cómo reaccionaría él? Creía estar preparado para lo inevitable, pero en ese mismo momento reconoció que no era así.

Ella le deseaba, estaba seguro de eso, pero por alguna razón aquello le parecía poco. Si Esther quería tomarlo como amante, él accedería gustoso, pero de solo pensar en la sombra del difundo cerniéndose sobre ellos, de solo imaginar que su corazón estaba en otra parte, el pecho le ardía. Por primera vez en toda su vida deseaba el amor de una mujer, no solo su cuerpo, no solo un par de encuentros.

—Brighton, eres… —la voz le salió melindrosa—, eres… eres el único hombre con quien yo podría volverme a casar. Quiero que sepas que, si no hubieras aparecido, yo nunca habría considerado estar con nadie más.

—¿Y? —presionó impaciente.

Esther jugaba nerviosamente con el pequeño camafeo que cerraba el cuello de su vestido de viuda. Él se acercó, procurando no parecer brusco, y le apartó las manos del accesorio. Le miró con seriedad y arrojo y reconoció un temor insondable en sus ojos verdes. Deseaba que se dejara de ambages y le soltara de una vez lo que tenía que decirle, porque si esperaba un minuto más…

—Brighton, no puedo —la barbilla le tembló—. No puedo ser tu esposa…

—¿Es por él…? ¿Es por tu marido que no puedes?

Esther parpadeó. Su voz dejó de ser aterciopelada y de pronto se

tiñó de fiereza. No podía ser que creyera que ella… *Oh*.

—Brighton…

—Está muerto, maldita sea —rugió, con ojos brotados, separándose de ella—. Está muerto y no hay nada que puedas hacer para revivirlo. ¡Si piensas que no puedes amar a nadie además de a él, te equivocas!

Le rompió el corazón la vehemencia con la que se aferraba a aquel terrible error. Ahí estaban las consecuencias de su cobardía, de su falta de sinceridad. Esther negó con la cabeza mientras Brighton seguía dándole cuerda a esa creencia equivocada, a esa mentira tan colosal. «Si tan solo supieras la verdad».

—Brighton, no… —lo interrumpió con brusquedad, dándole palmadas en el brazo para que atendiera a su discurso y dejara de hablar de una buena vez. Finalmente, él cerró la boca y la miró atento —. No es eso, escúchame… —le tomó del rostro, que ahora lucía ofuscado. Una vena le latía en la sien —. Escúchame, te lo ruego… ¿Por qué piensas que amaba a Sebastian?

La sorpresa tomó posesión de él. Sus ojos azules se ensancharon como los de un niño que ha pasado demasiado tiempo creyendo en la existencia de monstruos y que de pronto se hubiera convencido de que no había ninguno.

—¿No es así?

Esther negó con la cabeza.

—Nuestro matrimonio fue un acuerdo entre Walton y de mi padre. Creí que estabas enterado.

—Creí que tal vez tú habías aprendido a quererlo.

—No fue así.

—Llorabas por él. Ese día en el claro… la segunda vez que nos vimos.

Ella recordaba aquella mañana.

—No fue por él.

Brighton no consiguió ni quiso ocultar el alivio que aquello le producía. La observó intensamente y reconoció la sinceridad en su mirada. Ella no amaba a Allington, su marido fallecido, no se había cerrado para él. No necesita más explicaciones, su palabra le bastaba. Pero si no era eso…

—Entonces… ¿qué sucede? —preguntó, lleno de ansiedad.

La joven se cuadró de hombros antes de hablar.

—No querrás estar conmigo cuando sepas que… que… yo no puedo darte hijos —sollozó y después se echó a llorar—. No puedo, Brighton.

No puedo.

El conde la abrazó para evitar que se desplomara. Sin comprender aun lo que ella acababa de decirle, la estrechó instintivamente contra su pecho mientras le escuchaba descargar todo su llanto. Entonces, poco a poco lo entendió.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con voz ronca.

—El doctor de lord Walton me lo confirmó cuando Sebastian vivía.

—¡No le creo! ¡No es verdad! —soltó, furioso.

—Lo es.

Cómo era de cruel la vida, el destino, pesó azorado, abrazándola aún.

—Esther, ese hombre puede estar equivocado —la apartó de su pecho y buscó sus ojos, donde vio un sufrimiento que lo dejó helado. Ella quería ser madre, por Dios. Y no poder alcanzar aquello la descorazonaba—. Pudo haberse equivocado en su diagnóstico. La ciencia médica ha avanzado muchísimo. Debe haber un modo para que podamos concebir. Iremos con los mejores médicos de Inglaterra, del mundo si hace falta… Estoy seguro de que ese médico no sabe de lo que está hablando.

—¿Y si tiene razón…?

Brighton no podía creer aquello. Le dolía pensar que quizá no pudiera ser padre, pero más le dolía saber que Esther, que a todas luces estaba más deseosa e ilusionada con la idea, tuviera que resignarse a semejante diagnóstico. Ella, que era tan dulce y gentil, merecía todos los hijos que pudiera desear. Merecía un esposo, una familia. Un gran amor. Sacudió la cabeza, negándose a creer en la palabra del médico.

—Ahora sabes por qué lloraba ese día en el claro —musitó la joven con melancolía—. Acababa de conocer a Rose, la bebita de Eveline recién nacida. Era tan pequeña, y cabía perfectamente en mis brazos, como si fuera carne de mi carne. Morí de amor y de ternura… y de envidia al saber que yo jamás podría… Oh, Brighton, he deseado ser madre toda mi vida. Pensé que Sebastian yo… —sollozó dolorosamente. Brighton sintió que también se le humedecían las comisuras de los ojos—, pero Dios no nos dio esa dicha, y entonces el médico...

—Quizá el problema era de él, no tuyo.

—Es lo que dice Sally, pero el médico me atribuyó a mí el problema. Me hizo una revisión espantosa y dolorosa —apretó los párpados, como si deseara olvidarlo. Él se revolvió de impotencia al

pensar que un extraño había mirado a Esther, que le había roto el corazón con aquella noticia que seguramente había soltado con frialdad profesional—. Y concluyó que jamás podría.

—Si tú no puedes darme hijos, entonces yo no los quiero —dijo él con fiereza.

—No sabes lo que estás diciendo —ella meneó la cabeza con ternura, como si estuviera disuadiendo a un niño de cometer un acto imprudente—. Eres un conde, necesitas un heredero o tu título se extinguirá. Me has dicho que deseas ser padre. No me perdonaría meterte en esto y que después…

—Ya lo has hecho, mi vida. Ya estamos dentro de esto, porque tú vas a ser mi esposa —le tomó de la mano y la atrajo hasta él. Puso un beso en sus nudillos, y ella se vio inundada de adoración, de la más absoluta entrega. Entonces él habló con convicción—. Tú y yo concebiremos un hijo, dos, tres. Todos los que deseemos y, un día, todos nos reiremos en la cara de ese jodido médico.

Esther le miraba, aun con serias dudas revoloteando en su mente, pero con el deseo ferviente de creer, con algo que se parecía mucho a su antigua idea del amor. Recordó que ese era Brighton Sheffield, el hombre que no ponía reparos en desafiar al destino, las circunstancias, lo imposible. En aquel momento amó su determinación, su garra, su adorable rebeldía contra todo lo que le impidiera cumplir sus deseos.

Así que Esther se dijo que confiaría en su palabra, y se lo demostró con un atolondrado beso. Se abrazó a su cuello, como si no pensara soltarse nunca. Brighton le respondió del mismo modo, ciñéndose a su cintura, fundiéndose en su boca y enredándose en su vestido en un frenesí de manos, dedos y lenguas.

El tiempo empezó a perder sentido. Afuera, la nieve volvía a caer, como si el cielo estuviese deshaciéndose en forma de delicadas plumas heladas. Ajena al clima y al devenir del mundo fuera de aquella habitación, Esther estaba frenética, su cuerpo rezumaba amor, deseo, necesidad, a medida que él paseaba las manos por la suave curva de su silueta, por el arco de su espalda hasta posarse en el *derriere*. Un chispazo de placer la atravesó cuando él la atrajo más hacia sí, y pudo sentir la evidencia de su deseo.

Los besos se intensificaron a medida que la necesidad de ambos iba en aumento. Gentilmente, Brighton la instó a abrir más la boca y se adentró en ella con su legua, diestra y adictiva. Apenas era consciente de que él había retirado los pasadores del peinado, y que largas cascadas de cabello se derramaban sobre sus hombros.

La joven respiraba entrecortadamente y el corazón le latía como un tambor tribal cuando él la dejó sentada sobre la cama. Se aferró a

aquel nuevo apoyo para tratar de controlarse, cerrando los puños sobre el mullido almohadón, pero el espectáculo que él le dio a continuación solo sirvió para enloquecerla todavía más, si cabía. Mirándola con un brillo lobuno, se levantó la camisa y se la sacó por la cabeza, con lo que un hermoso torso, brillante y musculado apareció ante sus ojos. *Santo cielo*.

Brighton debía de hacer ejercicios regularmente porque, aquel aspecto solo podía atribuírsele a un consagrado deportista o a un trabajador de la tierra… y lo último parecía bastante improbable. Se sacudió la mente, avergonzada consigo mismo por pensar en tantas tonterías. La visión de aquel magnífico espécimen la había dejado indefensa. Como las manos le hormigueaban por tocarlo, cedió a su deseo. Palpó la increíblemente suave piel de su estómago, que era rígido por los músculos tensos y bien formados. Subió por su pecho, cubierto por una capa de vello castaño, que tenía una textura áspera y enloquecedora.

Elevó los ojos, y notó los suyos, anhelantes. Se inclinó hasta ella, volviendo a reclamar su boca. Esther introdujo los dedos entre sus cabellos y lo atrajo más hacia ella, entregándose en cada beso, en cada estocada de su lengua. Era fascinante, tan hermoso, tan delicado y voz al mismo tiempo. Su cuerpo lo necesitaba como nunca creyó que podría… Sebastian había sido tan distinto que le hizo a preguntarse si acaso iba a realizar con Brighton el mismo acto mecánico y doloroso.

El conde se separó de ella, se inclinó gentilmente y comenzó a desembarazarla de los zapatos. La corriente que le atravesó la columna vertebral fue evidente para él, porque sus miembros se sacudieron con ligereza.

—Tranquila… —susurró con aquella voz aterciopelada mientras sacaba su pie del botín.

Su mirada juguetona la ayudó a relajarse. Siguió con las gruesas calzas que se había enfundado para cabalgar en medio del intenso frío; se las quitó con caricias que recorrieron sus muslos, de un modo que desató un palpitar incesante en su entrepierna. Brighton se demoró allí, enloqueciéndola con la caricia de sus dedos fuertes y habilidosos en las pantorrillas.

Cuando se quedó sin botines y sin calzas, él se ocupó rápidamente de sus propios zapatos. Descalzos y desaliñados, volvieron a besarse, esta vez con deliciosa lentitud. Comprendieron que tenían toda la noche por delante; que habría tiempo para satisfacer todos sus apetitos, explorarse y conocerse.

El sordo chasquido de un botón le avisó a Esther que Brighton se había afanado en el vestido. Siguió otro. Luego otro y otro, hasta que

la prenda le quedó floja. La hizo ponerse de pie de nuevo, y ella, esclava de sus deseos, le dejó hacer. Podía notar que las piernas le temblaban. Le apartó el cabello y puso un beso en su hombro, apenas descubierto. Le hizo girarse para acabar de deshacer la botonadura. El vestido le rozó la piel cuando cayó pesado a sus pies, como un montículo negro.

Brighton le tomó de la mano y le instó a salir del remolino de telas. Se había quedado momentáneamente obnubilado por su belleza. Desprovista del atuendo de viuda y tan solo vestida por el corsé, una camisa blanca interior y las enaguas, su Esther era sublime. El cabello oscuro, largo hasta la mitad de la espalda, enmarcaba su precioso rostro, cremoso como la piel del cuello, de los hombros delgados y el pecho generoso que realzaban las ballenas del corsé. Los labios, carnosos, hinchados por sus besos, temblaban ligeramente. No había modo de apartar los ojos de ella, ni siquiera para besarla, porque su sola visión le generaba placer.

La atrajo finalmente a sus brazos, atrapándola, rodeándola. Entonces, comenzó a besar su cuello, que tenía ese aroma de rosas almizcleñas. La joven respondió a sus atenciones con delicados jadeos mientras echaba la cabeza hacia atrás y decía su nombre. Sentía sus manos recorriéndole la espalda, esas uñas romas intentando arañarlo y el deseo se cabalgó a través de sus venas.

Sus labios se colaron hasta la clavícula y alcanzaron el divino terreno que se extendía hasta la cima de sus pechos. Puso allí besos de adoración, de rendición, y absorbió su aroma como un adicto absorbe su droga predilecta. Acarició con la lengua la frontera donde el filo del corsé comenzaba a constreñir el pecho, convirtiéndolo en una sugestiva elevación. La piel le sabía a agua de lluvia, a miel y a fruta madura. La boca se le hizo agua.

Con las manos temblorosas comenzó a desatar las cintas del corsé. Poco a poco, aquel desalmado atavío interior fue cediendo. Cuando lo hizo, la instó a levantar las manos y la libró de él, retirándoselo por la cabeza con un suspiro triunfal. Siguió escarbando en ella, desflorando sus capas de tela en medio de una lluvia de besos húmedos y cálidos, que no tenían comienzo ni final. El último encaje se unió por fin a la pila de telas que reposaban en el suelo.

Esther se había quedado desnuda, preciosa como era, delante de él.

—Eres inquietantemente bella —dijo devorando con los ojos la extensión de piel cremosa, la figura esbelta, los pechos del tamaño y la forma perfecta y el seductor triángulo oscuro en su pubis.

Brighton quiso llevarla a la cama de inmediato, pero ella no se lo permitió.

—Ahora tú —susurró llevando los dedos a la botonadura de su pantalón.

Había olvidado por completo que estaba aun medio vestido.

—Ayúdame —pidió con voz agónica.

Ella accedió. Destrabó uno a uno los botones mientras él la observaba, ansioso y divertido por su inocencia religada con determinación. Decidió ayudarla, con lo que la joven protestó. Esther siguió haciéndolo sola hasta que se inclinó y le deslizó la pieza de ropa por las piernas. Miró su erección, cubierta por los pantaloncillos, y un intenso rubor de apoderó de sus mejillas. Brighton sonrió de puro deleite y orgullo masculino.

Pero la chica no se amilanaba. Para su sorpresa, siguió avanzando en su intención de dejarlo como Adán. Tiró de la ropa interior, liberando su sexo, que estaba hinchado e impaciente y, al verlo al fin en toda su gloria, dejó escapar un jadeo de asombro.

Él no pudo esperar más. La empujó gentilmente hasta el lecho y la hizo caer sobre la mullida superficie de plumón. Seguidamente se tumbó sobre ella, cubriéndola con más besos, abrazándose a su cuerpo suave y cálido. Desnudo y tembloroso.

Dejando un camino de besos, sus labios bajaron por el mentón hasta el cuello y llegaron hasta la cima de los hermosos pechos. Los besó con afán, se halló aturdido con su extrema sedosidad, la forma redondeada y suculenta. Tomó uno de ellos en su boca, saboreando el pico duro, como una perla rosada y succionó con deleite. Ella le recompensó con un jadeo trémulo, retorciéndose sobre el colchón. Siguió con el otro pecho mientras sus dedos mimaban al primero con caricias expertas. Y luego volvía a cambiar.

Estuvo así un momento, hasta que Esther volvió a atraerlo para besarlo en la boca. Enredó los dedos en su cabello para mantenerlo pegada a ella, gimió su nombre, lo que enviaba corrientes de placer directo a su entrepierna.

Era una mujer exigente, sonrió. ¿Quién lo habría pensado?

Con su mano, trazó un camino a lo largo del cuerpo femenino hasta llegar al pubis. En segundos, sus dedos afanosos habían encontrado los delicados rizos y el sedoso y húmedo centro de su feminidad. La joven se retorció con el contacto, sus muslos se contrajeron y la respiración cambió de ritmo mientras él rozaba aquella maravillosa calidez.

—¿Me quieres aquí? —preguntó descaradamente.

Esther asintió con la cabeza. Sus ojos estaban alucinados, vidriosos.

Brighton jadeó con fuerza cuando sintió la mano de ella bajar por

su vientre y finalmente rodear su miembro. Una ola de calor lo golpeó, aumentando su dureza y tamaño. Sus tiernas caricias, tímidas pero rotundas, lo abrumaron. Era una visión que habría de quedársele grabada en la memoria, la de Esther dándole placer con su mano mientras él hundía los dedos en su estrecho canal. El momento más erótico de toda su existencia.

Después de aquello, no consiguió dilatar más la espera. Se posó sobre los muslos de la joven, compartiendo una mirada hambrienta, llena de anticipación, y conteniendo la respiración se deslizó dentro de ella.

Esther se abrazó a la espalda de Brighton, totalmente hechizada. Su invasión fue feroz, pero en lugar de ocasionarle daño, complació todos los deseos que no podían ser vocalizados. Así lo deseaba, dentro de ella, sobre ella.

Con exquisita ternura, él comenzó a moverse, desencadenando en su interior una sucesión de plácidas sensaciones. Las manos le recorrían los firmes costados, se detenían en los músculos que se tensaban y destensaban al ritmo de sus movimientos, mientras recibía con fervor cada una de sus acometidas. Compartieron una mirada de éxtasis, cada uno disfrutando del otro —y con el placer del otro—, de la dicha de entregarse de esa forma primitiva y a la vez tan elevada.

Por un momento, Esther se olvidó del mundo entero y se concentró en aquel glorioso intercambio. Se relajó en sus brazos y dejó que la llenara con su cuerpo. Que distinta era aquella experiencia de su primera vez, pensó obnubilada. Llegó a pensar alguna vez que las mujeres no eran capaces de sentir, que eran simples receptoras de la pasión del varón, pero lord Westbrooke estaba demostrándole lo que equivocada que había estado.

—Santo cielo, eres tan estrecha —le susurró con la mandíbula tensa y la voz estrangulada—. Lady Esther, muero por ti…

Ella le sonrió.

Tomó su rostro entre las manos y se enredó en el matriz febril de sus ojos azules, en sus jadeos masculinos, en cada pulgada de su cuerpo que se fundía con el suyo. Lo besó desesperadamente al tiempo que se abría más para él. Quería entregarse por completo.

Las estocadas cobraron vigor, llegando más adentro, con más fuerza. Brighton tenía el rostro contraído por el placer. Una capa de sudor le cubría la frente y los hombros, a los que Esther se había aferrado.

Entonces él se retiró de ella. La joven estuvo a punto de gritar, pero el movimiento de su amante fue tan rápido que apenas tuvo tiempo de

tomar oxígeno para entonar una protesta. La levantó de la cama con delicada posesividad y la hizo incorporarse y girarse sobre su espalda. Había quedado boca abajo, con las palmas de las manos y las rodillas clavadas en el colchón. Y él se hallaba de rodillas, detrás de ella.

Delante, había un espejo dorado de cuerpo completo que les devolvió un reflejo decadente. Eran ellos dos, sudorosos, desaliñados, con la mirada brillante de placer salvaje. La joven se revolvió el cabello y divisó un rubor tiñendo sus mejillas; jamás creyó que pudiera llegar a tener ese aspecto tan manifiestamente sexual, tan pecaminoso, pero se enorgulleció de él, y de su exquisito amante, que la había llevado hasta aquel estadio.

En ese preciso instante, el conde le rodeó las caderas con sus manos y volvió a sumergirse en su interior. Esther arqueó la espalda, recibiéndolo con un gemido de fruición. Muy pronto, las estocadas se renovaron con más crudeza, desde aquella nueva y escandalosa posición. El cuerpo de Brighton, perlado por una capa de sudor, se estremecía y chocaba con el suyo en una danza de supremo gozo. Mirándolo a través del espejo, le pareció infinitamente bello, dorado y poderoso, como la estatua de un gladiador que hubiera cobrado vida para ella.

La joven comenzó a acercarse a un precipicio de exquisitas sensaciones, mucho más intensas, más poderosas, y que no había esperado.

Entonces, un remolino cálido y eléctrico se desató en su vientre. Se vio sumergida en una sedosa oscuridad, en un bamboleo de gemidos, jadeos y el choque de pieles húmedas que la envolvía en un éxtasis infinito. Incluso le pareció escuchar gritos elevándose en el dormitorio y haciendo vibrar la araña de luz sobre sus cabezas. No tardó en percatarse de que eran sus propios gritos de placer los que inundaban la habitación. Cuando miró el rostro de Brighton a través del espejo, se dio cuenta de que él estaba sintiendo lo mismo. Soltó una sucesión de jadeos entrecortados, de gozo masculino mientras echaba la cabeza para atrás y su cuerpo se sacudía violentamente.

Acabaron rendidos, jadeantes y con el pulso acelerado. Brighton puso un beso en su frente sudorosa, al tiempo que la atraía hasta él.

Se acomodaron sobre el lecho, que era un refugio bienvenido para recobrar fuerzas. Esther se abrazó a su costado y besó su pecho, que bajaba y subía al ritmo de una respiración incontrolable.

Se sentía maravillosa aquella cercanía, aquella intimidad después de entregarse, otra dicha que no había conocido con Sebastian y que estaba segura, nunca conocería junto a ningún otro hombre, porque le pertenecía por entero a Brighton Sheffield.

Afuera, la nevada había cesado y la habitación estaba a obscuras. El único sonido provenía de la leña consumiéndose en el hogar. Las lámparas de la habitación habían sido apagadas, por lo que Esther presumió que se había quedado dormida en algún momento y que Brighton se había levantado para ocuparse de las ellas, avivar el fuego de chimenea y, de paso, cubrirla con una manta.

Su amante, que había estado acariciándole la espalda en silencio, velando su sueño, la acunó en su pecho al notar que se había despertado. Ella buscó sus labios y puso en ellos un beso cálido.

—Hola de nuevo.

—Me quedé dormida —respondió con voz lánguida. Pero de pronto fue consciente de que aquella no era su cama, ni se hallaba en su casa —. ¡Oh, Brighton! ¿Qué hora es?

Hizo intento por abandonar la cama, pero él la detuvo.

—*Shhh.* ¿Adónde vas, lady Esther?

—Mi tía no sabe que estoy aquí. Ha de estar preocupada.

—Le envié una nota con el muchacho de los recados hace una hora. Le he dicho que la nieve anegó los caminos y que sería un peligro que regresaras por tu cuenta, así que decidimos que te quedarías a pasar la noche.

—Oh. Santo cielo —jadeó.

—Despreocúpate.

¿La tía Fern sabía que estaba en Walton Manor… con Brighton? Se dejó caer de nuevo contra la cama mientras se frotaba los ojos ansiosamente. Dios sabía qué pensaría de ella. Aunque, conociéndola bien, seguro que estaba encantada.

—No debiste.

—Por supuesto que sí —parecía estar sonriendo mientras la besaba en la oscuridad—. Me desagradaría mucho que la policía viniera por mí a acusarme de rapto. De hecho, tu tía te ha enviado algo de ropa.

La joven suspiró con indignación, religada con diversión.

—Esa mujer es una descarada.

—¿Eso crees? A mí me parece de lo más práctica.

La atrapó en sus brazos y volvió a besarla, logrando hacerle olvidar cualquier asunto fuera de aquella agradable cama. Sus caricias le recordaron el maravilloso acto que hacía unas horas habían cometido, especialmente frente al espejo. Oh. Vibraba de solo recordarlo detrás de ella, empujando, aferrándose a sus caderas con fuerza, quizá

dejando marcas de sus dedos.

—Eso que sentí… —susurró cuando sus bocas se separaron. Luchaba contra una repentina timidez—, ¿lo sienten todas las mujeres?

—¿Te refieres al orgasmo?

—Si es así como le llaman…

—No lo sé, querida —le habló al oído—. Imagino que todas son capaces de sentirlo con la estimulación correcta.

—Ah.

—Espera, ¿nunca habías…? —Esther negó con la cabeza, sin atreverse a decir palabra—. Oh —él guardó silencio un instante—. Sin ánimos de parecer un imbécil presumido, me alegra haber sido yo quien te lo proporcionase.

—A mí también me alegra.

Un silencio reflexivo se adueñó de ellos.

—Esther, ¿fue él… brusco contigo? —preguntó al cabo de un momento, sorprendiéndola. Ella no se sentía capaz de mentir, así que se quedó callada, por lo que él se incorporó levemente, dispuesto a insistir—. ¿Fue brusco?

—No… sí. Fue más bien desdeñoso.

—¿Desdeñoso?

Brighton frunció el ceño en la oscuridad.

¿Cómo podía alguien ser desdeñoso con una belleza incomparable como Esther? No daba crédito. No era extraño pensar que Allington podía haber actuado con rudeza, debido a la pasión, o que había sido un tonto inexperto que la había presionado demasiado, pero… ¿actuar desdeñoso?

—Es lo que percibí —balbució ella—. No lo sé.

—Ah, mi amor, me cuesta creer que alguien pueda ser desdeñoso contigo. Si eres la tentación encarnada. Ni un eunuco se te resistiría.

Ella soltó una risita, pero después volvió a ponerse seria.

—Brighton, mi relación con Sebastian no fue lo que piensas. No es lo que todo el mundo piensa.

Él se recostó de un lado, apoyando la cabeza sobre la palma de la mano, y el codo sobre la almohada. Era patente que ella tenía deseos hablar, y aunque él volvía a desearla, tenía más ganas de escucharla.

—¿Puedo preguntar cómo fue entonces?

—Fría, distante, silenciosa…

—Llegué a pensar que lo amabas.

—Lo conocí en un baile —comenzó a decir meditabunda—. Mi madrastra estaba empeñada en que hablásemos. Recuerdo que lo vi y pensé que era la persona más triste que había visto nunca, así que me le acerqué e inicié una conversación. Fue un intercambio muy sucinto, casi tonto. Pensé que quedaría en el olvido, pero al día siguiente empecé a recibir sus regalos. Fueron muchos, uno tras otro; hasta que un día llegó a casa junto a lord Walton… quería ver a mi padre para pedir mi mano —sacudió la cabeza—. Jamás lo entendí. Habría jurado que la conversación le había parecido tan insignificante como a mí, que no existía ninguna conexión. Ni siquiera me miró a los ojos en todo ese tiempo.

—Quizá era muy tímido.

—Eso pensé.

—Continúa, cielo.

—Papá aceptó que me desposara. Me opuse, por supuesto, pero al final no tuve más remedio que obedecer. En el tiempo del cortejo la actitud de Sebastian hacia mí no mejoró, seguía siendo el mismo hombre hermético y triste, que no compartía sus sentimientos y que apenas hablaba. Tiempo después me convertí lady Esther Allington y nos vinimos a vivir a Kent. Mi noche de bodas fue… —tragó saliva, y Brighton, debatiéndose entre los celos y la pena por ella, le invitó a soltar lo que fuera que estuviese oprimiéndola— horrible. Estaba ebrio.

Inconscientemente, Brighton apretó los puños.

—Nunca compartimos la cama. Él solo llegaba, hacía lo suyo y se iba. Hasta que un día dejó de hacerlo, y yo —se frenó. Él le mesó el cabello con extraordinaria sutileza, aunque en su interior ardía en cólera por la forma cómo aquel hijo de puta había tratado a Esther. No quería ni imaginar cómo había sido— sentí un alivio tremendo. No lo soportaba más. Después de eso, Walton me llamó para reunirse conmigo a solas. Quería hablarme de Sebastian, de sus miedos, de su carácter. Él decía que lo amaba como a un hijo y que haría lo que fuera por él, y que yo, como su esposa también debía ayudarlo.

—¿Ayudarlo de qué manera? ¿A portarse como un hombre?

—Walton decía que él sufría, que así había sido su carácter desde niño, y que aunado a eso tenía miedo de que le asesinaran como habían hecho con John Dowyer. Sebastian pensaba que la destilería se había convertido en una maldición, que ya no tenía ganas de manejarla. Walton decía que yo debía…

—¿Qué? —preguntó el, convulso de rabia y de impotencia.

—Ayudarlo a relajarse, a aliviarse… o eso dijo. Apenas podía entenderlo entonces, pero con el tiempo supe a qué se refería.

—Seducirlo —masculló él.

—Sí. Lo intenté, pero era como si Sebastian estuviera cerrado. Y Walton me presionaba, decía que era mi deber como esposa, incluso hizo venir a una de esas mujeres, una de sus obscenas amigas íntimas para que me enseñase algunos trucos —Brighton se atragantó con su propia saliva—. Oh, Dios mío, no pude hacer nada, Brighton. Estaba paralizada. Simplemente no podía hacer esas cosas. El marqués me decía que si no accedía otras mujeres lo conseguirían, entonces me sería infiel, me echaría de la casa y que, si no deseaba esa humillación, debía hacer algo al respecto.

—Hijo de puta.

—Pero yo no era capaz de juzgarlo. Siempre me pareció que quería ayudar a su sobrino, aunque fuera de ese modo invasivo y cruel.

Brighton comenzó a hilvanar una idea en su mente, pero no estaba dispuesto a compartirla con Esther hasta no comprobar sus sospechas.

—Llegué a pensar que —continuó ella con la voz ahogada—, si yo le hubiera amado todo habría sido distinto.

—¿Y cómo ibas a amarlo si apenas te miraba a los ojos? —gruñó, incorporándose para enfundarse unos pantalones blancos de lino—. Si ni siquiera fue delicado contigo en tu iniciación. Por el amor de Dios, Esther. Es la relación más absurda y enfermiza de la que tengo conocimiento.

—Pero yo quería que funcionara, Brighton. A pesar de todo, quería una familia, quería ser lo que Sebastian necesitaba.

—Merecías algo mejor.

—¿Y qué importaba eso? ¡Ese matrimonio era lo único que tenía!

Él siseó una maldición.

—No tienes por qué sentirte culpable, cariño. Él tampoco sentía nada por ti, eso es obvio. Estoy seguro de que Walton fue quien te escogió para ser la esposa de su sobrino. Desde luego, debías ser una joven educada, una digna marquesa, inocente… —«y fácil de manipular», pensó con la mandíbula apretada.

—Pero Walton decía que él me quería, solo que no sabía expresarlo… que no estaba acostumbrado a mostrar sus sentimientos y que solo con él era sincero y abierto, que yo debía ganar su confianza…

—¡Tonterías! —se dedicó a descargar su rabia removiendo los leños de la chimenea con el atizador—. Ningún hombre adulto necesita la

intervención de un pariente para comunicarse con su mujer, y tampoco necesita hacerse rogar por una esposa dispuesta y perfecta como tú. Solo se me ocurre que Allington tuviera alguna clase de enfermedad mental, que fuera un débil.

—Él lo llamaba «frágil» —musitó ella, y las sospechas de Brighton comenzaron a cobrar fuerza.

Se acuclilló frente a chimenea. Sus ojos puestos en las llamas danzantes y su mente trabajando intensamente.

Maldito fuera Walton, que había escogido a Esther, que la había utilizado para sus mezquinos propósitos. ¿Por qué la había escogido a ella y no a otra muchacha?

Al cabo de un momento, la joven le tocó un hombro, sacándolo de su ensimismamiento. Parecía una diosa pagana, desnuda y envuelta en una sábana, con el cabello suelto. Se arrodilló a su lado y le miró con anhelo. Era tan hermosa, tan condenadamente tentadora… ¡y dulce…! ¡y entregada! Un hombre con pulso no la rechazaría, ni sería desdeñoso con ella. No la dejaría salir de la cama. Jamás.

—¿Por qué no vienes?

—Solo estaba digiriendo tanta información —dijo él.

—Esta noche he venido a ser sincera contigo —se encogió de hombros con una tristeza descorazonadora—. Aun no he acabado.

—¿No?

—Después de todo eso, el médico vino a verme. Me hizo un reconocimiento. Me dijo que no podía concebir, que mis órganos venían atrofiados y estaban imposibilitados para llevar un embarazo.

Aquello fue como un golpe en su cabeza. De solo imaginar la tristeza de Esther ante aquella espantosa mentira, su pecho se aceleraba con las ganas de golpear a aquel maldito manipulador de Frederic Walton. Ya imaginaba la razón por la que aquel remedo de médico le había dicho esa atrocidad. Con toda seguridad el cretino seguía instrucciones del marqués.

Le tomó del mentón con delicadeza. La miró con amor y resolución.

—Buen Dios, no hay nada atrofiado en ti, Esther —suspiró—. Tú eres perfecta. ¿Entiendes?

La joven pestañeó, sin saber qué contestar. La duda y los remanentes de una creencia que había sido bien incrustada en su mente le impedían hacer lugar para algo más.

—Oh, Esther —La abrazó con fuerza, y ella hizo lo mismo, recibiéndolo con fervor. Brighton podía sentir en su piel, en su respiración, en el latido desaforado de su corazón, que anhelaba

creerle—. Voy a llenarte de hijos. Ya verás.

Le hacía promesas entre beso y beso, mientras desenredaba la sábana de su torso y la acomodaba sobre la alfombra. Ella le miró con ojos transidos de anhelo, extendió los brazos y lo llamó, o más bien le exigió que la tomase allí mismo. Brighton, obediente, se arrancó los pantalones y se posó sobre ella. En un par de segundos estaba de nuevo sepulto en su interior, delirando con aquella eléctrica fusión, la de su cuerpo apretándolo como un puño, la de sus besos devorándolo hasta privarlo de la razón y la de sus piernas rodeándole la cintura con fiera determinación

Al cabo de un momento, ella se le escabulló y se sentó a horcajadas sobre él. Con deliciosa suavidad dejó que Brighton se deslizara de nuevo en su interior, poco a poco, hasta quedar complemente empalada. Brighton hizo un esfuerzo titánico para no correrse allí mismo, delante de aquella visión tan maravillosa: la de Esther sentada encima suyo, desnuda, y él hundido en sus tiernas carnes.

La sujetó por las caderas como si su vida dependiese de ello, mientras la joven comenzaba una danza suave y endemoniadamente sensual sobre su pelvis. Los pechos saltando con cada embestida y su cabeza echándose hacia atrás a medida que el placer la atravesaba. Él la ayudó con gentileza, compasando sus movimientos con los de ella, elevando las caderas y presionándola para llegar más adentro, recibiendo cada una de sus ansiosas estocadas.

«Trajo a una de sus obscenas amigas íntimas para que me enseñase algunos trucos», recordó lo que le había confesado mientras se reía en su interior, hasta que la risa se convirtió en gozo y el gozo en éxtasis.

Al mismo tiempo que él, Esther comenzó a jadear enloquecidamente. Sus uñas se le clavaron en los pectorales, y sus muslos ejercieron más presión sobre las caderas. Y mientras Brighton sentía que se corría violentamente, le dio a vuelta hasta ponerla boca arriba, decidido a dejar hasta la última gota de su simiente en su interior.

Pasada la deliciosa tormenta, la llevó en brazos hasta la cama. Allí la acostó con delicadeza, no sin antes posar un beso en sus labios.

Capítulo 15

Esther abrió los ojos a una mañana fría, que asomaba detrás de las cortinas entornadas de aquella enorme habitación. Había dejado de nevar y el cielo tenía una tonalidad azul pálido, pero el frío se había colado hasta el interior de la casa.

Somnolienta, se giró hacia el lado opuesto, con lo que el hermoso perfil Brighton apareció en su campo visual. Dormía boca abajo, abrazado a su almohada. Su rostro atractivo estaba dominado por un semblante de paz. Una barba corta le minaba la mandíbula, que en aquel momento lucía fuerte pero relajada. Esther paseó la vista por sus brazos y hombros, fuertes y musculosos; y la espalda ancha, donde asomaban suaves marcas de sus dedos, de sus uñas, que se habían clavado en algún momento en medio de la pasión.

Se arrimó un poco más hacia él, buscando su calor, y Brighton la atrajo a él sin abrir los ojos. Suspiró al contacto de su cuerpo y la envolvió con sus brazos.

Esther sonrió al recordar los sucesos de la noche previa, todo ese placer indescriptible que habían compartido. Y lo descarada que había sido ella. Arrugó la nariz, sintiendo el rubor alzándose hasta sus mejillas como primera reacción. Todo era culpa de esa mujerzuela que le había enviado Walton para «educarla» en las tareas de la alcoba, pensó con una sonrisa culpable. Y entonces se dio cuenta de que era la primera vez que pensaba en aquellos días sin que el estómago se le encogiera; sin que la frustración, la ansiedad y la vergüenza la asaltaran.

Continuó riendo porque, extrañamente, aquella era la única emoción que podía albergar su corazón.

—¿Qué es tan gracioso, lady Esther? —preguntó él, sorprendiéndola con su voz ronca y relajada—. ¿Se está burlando de mí?

Después de eso, la joven se desternilló de risa. No entendía qué rayos le producía tanta gracia, pero estaba atacada y ni siquiera consiguió contestar. Quizá era el hecho de que estaba feliz. Sí. Era feliz por primera vez en mucho, muchísimo tiempo.

Brighton fingió perder la paciencia. En un solo movimiento se colocó encima de ella, aprisionando sus muñecas contra el colchón, encarándola con un semblante que pretendía ser amenazador. Ella no dejaba de reír como una tonta.

—¿Me dirás el chiste o tengo que sacártelo a besos? —susurró en su

oído.

—No lo sabrás —logró decir—, pero acepto los besos.

Westbrooke alzó una ceja, divertido ante su insolencia, pero en lugar de besarla, volvió a hacerle el amor hasta que ambos necesitaron un poco más de descanso.

Más tarde se habían alistado para desayunar en la gran habitación. Una doncella había traído bandejas con tostadas francesas, huevos, frutas y té. Esther tenías las mejillas arreboladas, no sabía si por la pasión de aquel último encuentro o por el hecho de que el personal de Walton Manor la viera allí, en el dormitorio de lord Westbrooke. A esa hora todos en la casa debían de estar enterados de que la viuda de Sebastian Allington había pernoctado en los brazos del conde.

¿Qué pensarían de ella? ¿Qué pensaría Valentine?

Se había vestido con una bata de seda blanca que la doncella le había traído. Estaba segura de que era de Brighton, porque le quedaba enorme. Se amarraba a la cintura con una cinta, a la que tuvo que dar dos vueltas para envolverse. Él iba vestido con su propia bata, de un azul mediterráneo que hacía que sus ojos descollaran. Le costaba trabajo asimilar cuan atractivo, aun en esa facha matinal y cotidiana.

—La gente de esta casa es absurdamente discreta, en especial Valentine —le dijo él mientras le servía una taza de té, como si le hubiera leído el pensamiento hacía un momento—. Yo siendo tú no me preocuparía.

—Lo sé —sonrió con ironía—. Es que todo sucedió muy rápido. No tenía intenciones de pasar la noche contigo cuando crucé la puerta.

—Tuviste muchas ocasiones para arrepentirte.

—No estoy arrepentida —sacudió la cabeza, mirándolo con ternura y después bebió un poco de té—. De hecho, milord… estoy feliz.

Él le dirigió una mirada lobuna.

—¿Estás segura de que la ingesta del whiskey no te influenció?

Esther mordió un trocito de fruta con picardía.

—Quizá —susurró pensativa y luego se fingió escandalizada—. Si esa cosa hace que la gente actúe de ese modo tan irracional, entonces estamos fabricando algo muy, muy perverso, milord. Opino que nos olvidemos ahora mismo del John Dowyer y empecemos a destilar el Aguardiente Sheffield.

Brighton rio adorablemente.

Compartieron una mirada cómplice, íntima, mientras sorbían de sus

tazas de té.

—Pensándolo bien… en caso de que la servidumbre se sienta tentada a chismorrear —se levantó y, tras dejar la taza sobre la mesita del desayuno, caminó hasta la cómoda. Sacó un objeto pequeño de uno de los cajones y se acercó a ella—, deberíamos darle una buena razón para hacerlo. ¿No crees?

Entonces, se inclinó a su lado, mostrándole lo que parecía una cajita revestida de terciopelo color vino.

—¿Qué… es eso? —preguntó, aunque sabía perfectamente lo que era.

Brighton abrió la caja y develó una impresionante sortija con un diamante rosa y un granate engarzados, ambos formando un corazón. Las piedras estaban rodeadas por una ráfaga de diamantes más pequeños que creaban una corona alrededor.

El corazón de Esther dio un vuelco. Le lanzó una mirada especulativa que encerraba a partes iguales esperanza, temor, anhelo. Amor. Escudriñó el azul imposible de sus ojos y vio un fárrago de emociones convergiendo en ellos. Incluso le pareció que el temor cruzaba por sus pupilas.

—Es… solo una sortija… el caso es que quiero preguntarte por milésima vez, lady Esther, si quieres ser mi esposa.

Esther no conseguía decir una palabra. Las emociones le habían cerrado la garganta y se habían apoderado de su pecho, desencadenando un alocado palpitar.

Siendo más joven, Esther Collins había imaginado diez mil escenarios en los que el hombre de sus sueños le pedía matrimonio. ¿Sería en el parque, quizás? ¿En el jardín, lejos de los ojos de los oficiosos de su chaperona? ¿Sería durante un baile? Desde luego, su mente no había considerado que estaría medio desnuda, en la alcoba de su pretendiente, tomando el desayuno después de una noche de pasión. Y, aun así, no se atrevería a cambiar un solo detalle de aquel momento. Ni siquiera se atrevería a cambiar el pasado porque, era consciente de que el pasado había sido necesario para llegar hasta aquel precioso momento. De pronto, Esther había vuelto a ser esa joven preñada de ilusiones que creía haber enterrado hacía tiempo, cuando se vio en la obligación de convertirse en la esposa de Sebastian.

Consiguió tomar el rostro de Brighton entre las manos, mirarlo con devoción y besarlo largamente, susurrando una emotiva afirmación entre beso y beso.

Se levantaron. Brighton le miró sonriente, con un brillo triunfal. Le

deslizó la joya en el anular. Le quedaba tan justa que parecía haber sido fabricada para ella.

—Es… demasiado.

—No para ti —la contradijo él mientras ambos miraban la piedra, que descollaba incluso en aquella mañana fría donde el sol enviaba débiles rayos. Él abrazó su cintura, ciñéndola a él—. Esta sortija era de mi madre y ahora te pertenece a ti, como lady Westbrooke.

—Es un privilegio que pienso honrar.

Se besaron nuevamente, esta vez con más ímpetu, saboreando la dicha del pacto de vida que recién habían sellado. Tan imbuidos se hallaban en su íntimo intercambio que no alcanzaron a oír el golpeteo de pasos que se aproximaban por el pasillo, ni las voces hostiles que comenzaban a escucharse detrás de la puerta.

Tan solo consiguieron reaccionar cuando la puerta se abrió de golpe y una mujer rubia, vestida con un atuendo de viaje, se materializó delante de ellos. Brighton, que había estado acariciándole un pecho de Esther, se apartó *ipso facto*. Su mirada se oscureció cuando contempló a su hermana, lady Balfour, que paseaba la vista por los rostros de uno y otro con una mezcla de macabra diversión y censura.

—Buenos días, hermano —saludó con una sonrisa que no le llegó a los ojos, especialmente cuando le miró a ella—. Lady Esther. Caray… ¡Cómo han cambiado las cosas en Cypress Path! Creí que las visitas antes de la hora de la comida eran de mal gusto.

—Maldita sea, Bridget… —gruñó Brighton—. ¿Qué haces aquí?

—¿Necesito recordarte que esta es mi casa y la de mi hijo? —masculló la mujer sin deshacer aquel gesto hostil—. Yo creo que no. Me preguntaba qué te mantenía tan ocupado en la finca —le echó una mirada de arriba abajo a Esther, y sus ojos se detuvieron fugazmente en la sortija— cuando ya habíamos decretado que los negocios más lucrativos para la familia estaban fuera de Kent. Espero que no hayas olvidado tus responsabilidades como apoderado de lord Walton.

Brighton apretó la mandíbula, conteniendo una afilada respuesta.

—Buenos días, lady Balfour —Esther trataba de mantenerse inmutable, aunque se sentía como si la hubiesen atrapado a la mitad del acto sexual.

Valentine, quien se había quedado junto al dintel de la puerta, sostenía una mueca de impotencia por no haber conseguido retener a la vizcondesa antes de que irrumpiera en el dormitorio.

—Oh, querida —susurró, destilando sarcasmo—. He de reconocer lo rozagante que se te ve. Pareces otra persona diferente de la viuda

afligida que vi cuando…

—¡Bridget, basta! —gritó Brighton.

—No tienes por qué hablarme así.

—Y tú debiste haberme avisado que venías.

—Lo último que hubiera esperado es que mi presencia te incomodara.

Brighton lanzó una mirada a Esther y le tomó de la mano; ella se aferró a aquel contacto fuerte.

—Tenemos noticias —dijo al fin—. Lady Esther y yo nos comprometimos en matrimonio.

Lady Balfour asintió, desprovista de asombro.

—Y no conseguiste esperar hasta la noche de bodas —sonrió, maliciosa—. Lo entiendo. De hecho, lo había notado nada más ver la sortija de mi madre en su dedo —volvió a dirigirse a Esther—. Espero que sepas que se trata de un bien sentimental muy apreciado por nosotros, los Sheffield. Quizá sea lo más precioso de la familia, después de mi querido hermano, por supuesto. ¿Tienes ideas de cuántas mujeres lo han perseguido desde los trece años buscando inútilmente lo que tú has conseguido en un par de meses? —rio sin humor—. Cuando en Londres se enteren de que tú lo atrapaste van a decretar tres días de duelo nacional.

—Muy graciosa —masculló Brighton mientras la guiaba educadamente fuera de la habitación—. Ven, vamos a hablar en el despacho mientras Esther termina de desayunar.

Cuando se marcharon, Valentine cerró la puerta y Esther se quedó sola en la gran habitación. Al poco, estaba vistiéndose apresuradamente con la ayuda de una doncella. Debía volver a Allington Manor y a la destilería, porque a todas luces Brighton se quedaría a cumplir con sus obligaciones con lady Balfour, aquella mujer la había mirado con un desdén sin precedentes.

Cuando estuvo lista bajó hasta el *hall*, donde Valentine la observó con un rastro de tristeza. Ella tampoco conseguía mirarlo a los ojos.

—¿Ya se marcha, milady? ¿No desea hablar con lord Westbrooke antes?

—No hace falta, Valentine. Lo veré más tarde, en la destilería.

Se detuvo cuando atisbó a un jovencito de cabello desgreñado, del color de la miel y ojos azules imposibles aproximándose a ellos. Al principio no lo reconoció, porque el chico que recordaba tenía un aura predominantemente infantil y juguetón; aquel muchacho lucía más maduro, más centrado, aunque preservaba su característica picardía.

La mirada transmitía seriedad y la consciencia de una responsabilidad ineludible que comenzaba a hacer suya.

Le recordó a Brighton, por lo que sonrió sin darse cuenta y él le respondió al gesto.

—Lord Walton —le hizo una pequeña genuflexión—. Buenos días.

—Buenos días. Lady… *Ehhh*.

El chico se dio un golpecito en la sien con el puño, condenándose por el fallo de su memoria.

—Esther —lo ayudó ella sofrenando una risita.

—Sí, sí, lady Esther. Disculpe usted.

—¿Cómo estuvo su viaje desde Londres?

—¡De terror! —hizo una mueca—. Mi madre no dejaba de quejarse todo el tiempo. Pero eso es lo que a ella se le da mejor; al menos eso dice mi tío Brighton.

Esther tuvo ganas de soltar una risotada, pero se contuvo. Echó una mirada a Valentine, que estaba igual que ella. Le agradaba ese chico.

Los ojos del joven marqués se posaron entonces en la mano donde Esther llevaba puesta la sortija de compromiso.

—¿No es esa la sortija de mi abuela? —ella titubeó, ignorando si lo correcto era esperar a que Brighton se lo comunicara formalmente a la familia. Tocó la joya nerviosamente, sin saber qué responder—. ¿Se casará usted con mi tío?

Oh. Ya era demasiado tarde para andarse por las ramas.

—Bueno, sí, milord…

—¡Mi mamá va a morirse! ¡Es su joya favorita!

Esther tragó saliva. El descontento de lady Balfour era patente, pero también resultaba descorazonador pensar que el marqués estuviera en desacuerdo.

—Ehhh.

—Pero ¡que diantres! —exclamó el chico exhibiendo una sonrisa exultante—. ¡Ya no seremos solo nosotros!

Y entonces, lord Walton dio un paso hacia ella. La atrapó en un abrazo sorpresivo que la dejó sin aire, pero que aun así la hizo reír.

Brighton dio un portazo cuando él y su hermana se introdujeron en el despacho. Estaba tan cabreado con Bridget que aquella era la única manera de desquitarse.

—No, ¡no me mires así! —soltó ella—. ¡Esta es mi casa y de Aaron y puedo venir sin avisar si se me antoja!

—Sí, Bridget. Ya has dejado claro que es tu casa, pero lo dices tan seguido que ya me estoy hartando, Bridget —le habló con un ligero dejo de amenaza, apuntándola con el dedo—. No tenías derecho a hablarle así. Mejor ve haciéndote la idea de que Esther va a ser mi esposa y si no te simpatiza, agradezco que te guardes tu opinión.

Bridget meditó su discurso ardiendo de amargura, observándolo como a un completo extraño.

—Vaya, supongo que eso quiere decir que la destilería retomó el buen camino —conjeturó—. No perdiste la fe, ¿verdad, querido? ¿Por qué otra razón desposarías a una viuda arruinada?

—De hecho, Bridget, la destilería no anda nada bien —masculló él —. Ni siquiera hemos conseguido producir un aguardiente que valga la pena. Tenemos una fórmula y aparentemente no es suficiente.

La vizcondesa arrugó el ceño.

—Y ¿por qué…? —Y fue entonces cuando lo entendió. Puso los ojos en blanco y soltó un suspiro de exasperación, de incredulidad—. No me digas que la quieres.

—La amo, Brid —asintió Brighton con vehemencia, y no sin cierto temor ante semejante admisión. Lady Balfour sacudió la cabeza—. La amo, y no me importa si la destilería triunfa o se hunde. Aunque, desde luego, estoy empeñado en que triunfe o de lo contrario creo que moriremos de hambre.

—¡Ay, por favor! —soltó ella, mirándole como si hubiese enloquecido—. ¡Es lo más absurdo que te he oído decir! ¿La amas? —rio, burlándose de él—. ¡Tú solo te amas a ti mismo, Brighton Sheffield! Siempre ha sido así. Eres un egoísta y te importa el dinero más de lo que te atreves a admitir. ¿O me dirás que no fue tuya la idea la de casarte con ella para hacerte con la John Dowyer?

—¡Baja la voz!

—No pretendas engañarme a mí, que te conozco desde que naciste. ¿Por qué no admites que este es un asunto de lujuria, de orgullo quizás…? Pero ¿amor…?

—Todos podemos cambiar.

—En tu caso no me lo creo.

—Tu falta de fe ni siquiera me ofende.

—¿Sabes qué pienso? Que ni tú mismo eres capaz de entender lo que sientes, y estoy segura de que este impulso no va a traerte más que problemas.

—¡Ya basta, Bridget!

—¡Estás cometiendo un error! ¡Yo no te traje aquí para esto, maldición! —crispada, golpeó el piso con el zapato—. Lo único que estás consiguiendo es distraerte, perder el tiempo y dejar pasar el tiempo, como si nos sobrara. Tienes un compromiso con Aaron y conmigo. Nos has prometido que recuperarás esta hacienda y lo único que has hecho es dejarte confundir por esa muchacha.

El conde rio sin humor.

—Vaya, por un momento pensé que te preocupaba mi bienestar, pero por lo visto solo te molesta el hecho de que pueda dedicar más tiempo a la destilería que a los asuntos de Aaron —Bridget intentó contradecirlo, pero él la frenó bruscamente—. Entiéndelo bien. Esther no es una distracción, es la mujer con quien deseo estar… pero no sé por qué discuto esto contigo. Si no renuncio aquí mismo al compromiso que adquirí con la hacienda es por Aaron, y porque me dije que honraría mi palabra de ayudarlos. Encaminaré esta hacienda. ¡Ya lo estoy haciendo! Pero no voy a tolerar que critiques mi matrimonio con Esther. No tienes derecho.

—¡Ruego a Dios porque no sea amor el sentimiento que te une a Esther Allington! —le gritaba mientras él se alejaba en dirección a la puerta—, porque un calavera como tú no sabría qué hacer con el amor. ¡Va a destrozarte! ¡Ella va a destrozarte!

Y después de que él diera un portazo y se alejara por el pasillo, Bridget seguía repitiendo: «Va a destrozarte».

Aquella discusión con Bridget lo había trastornado —y debía admitir que también le había dolido—, pero Brighton no pensaba hacer caso a la arpía de su hermana. Se fuero directo al dormitorio, con la esperanza de que Esther siguiera allí.

—Se ha ido, milord —le informó Valentine desde la puerta.

Brighton susurró una imprecación. Se frotó los ojos, exhausto. Le debía una disculpa. Se suponía que estuvieran felices e ilusionados con su compromiso.

—¿Acaso estaba… molesta? —miró temeroso al anciano.

—No me lo pareció.

Suspiró de alivio.

—Bien.

—Con su permiso, milord.

El mayordomo se dio la vuelta para marcharse, pero entonces

Brighton recordó la conversación que había mantenido con Esther, y su determinación de despejar ciertas dudas que amenazaban su futuro. Se dijo que aquel asunto no podía esperar un día más.

—Tengo que hablar con usted, Valentine. Cierre la puerta.

El anciano obedeció sin más. Se plantó delante de él con esa mirada profesional que no dejaba entrever un solo pensamiento y que le frustraba sobremanera.

—Sé que jamás he sido santo de su devoción y que, con toda seguridad, usted asume que soy un inútil advenedizo.

—¿Milord? —alzó las cejas.

—Quizá tenga razón, Valentine. Míreme, soy prácticamente el criado de mi hermana y no es que le haya sido muy útil en ese puesto. Pero no voy a pedirle esto por mí. Voy a hacerlo por Esther, la mujer con la que voy a casarme, y a quien usted respeta y estima, según he podido notar. Le pido que haga esto por ella —el anciano escuchaba en silencio—. Esther no podrá ser feliz conmigo ni con nadie hasta que alguien le explique qué rayos ocurría en su matrimonio con Allington; un matrimonio donde no había amor desde ningún lado y donde la pobre sufrió lo indecible.

—Milord, no entiendo a qué se refiere.

—Dígame, Valentine, ¿sabía Walton que lord Sebastian era homosexual?

El rostro del mayordomo se desdibujó de asombro. Brighton estaba seguro de que no se debía a que desconocía aquella pieza de información, sino al hecho de que Brighton estuviese enterado.

—¿Quién le ha dicho tal cosa?

—Sé sacar cuentas. Asumo entonces que sí estaba enterado.

Valentine titubeó.

—Milord, no sé por qué piensa que yo…

—Usted estuvo al servicio de Walton por muchos años. Estoy seguro de que conoce sus secretos. Créame: si no fuera porque algunos de éstos afectan a mi futura esposa y, en consecuencia, a mí, no me molestaría en indagarlo. Pero debo hacerlo —Valentine le miró con ojos saltones. Al fin una emoción, se dijo el conde con sarcasmo—. Allington no amaba a Esther y ella tampoco sentía nada por él. Walton los casó porque el título dependía de su sobrino. Quería un heredero, ¿cierto? —El otro ni siquiera despegó los labios—. Una vez me dijo que Esther había sufrido. ¿A qué se refería? ¿A todas las humillaciones que tuvo que soportar por su patrón, el mismo que le hacía creer que no era lo bastante mujer para su sobrino? ¿Se refería a cuando ese

médico, claramente pagado por Walton, fue a examinarla para decirle que no podía concebir hijos porque sus órganos estaban atrofiados? Lo hizo para guardar las apariencias, ¿verdad? Sí, desde luego que se refería a eso cuando me lo dijo. La estaba protegiendo de mí cuando yo quería abalanzarme sobre su negocio.

Valentine caviló un instante mientras Brighton esperaba. Echó un vistazo rápido hacia la puerta, como si temiera ser escuchado. Parecía cuestionarse a sí mismo, librar una lucha interna.

—No es algo de lo que yo pueda hablarle, milord —balbució al fin, y Brighton chasqueó la lengua—. Se trata de… asuntos íntimos de lord Sebastian y lady Esther.

—Y de lord Walton, que siempre se mantuvo en el medio para tomar el control. ¿Qué impide ser sincero conmigo? ¿La lealtad a ese infeliz que hizo miserable a dos personas para dar continuidad a un linaje que nunca le importó?

—No —jadeó—. Me refiero a que hay una parte de toda esta historia que usted está obviando y que debería conocer. No de mí, por supuesto.

—¿De quién entonces?

El hombre suspiró, vencido.

—Yo sé quién va a contestar sus preguntas, milord.

Una hora después emprendieron el viaje hacia a un poblado del que Brighton sabía entre poco y nada. Valentine se había mantenido en silencio, sumido en sus propios pensamientos, durante todo el trayecto en coche. El conde había decidido no presionarlo con más interrogantes pues, aquel viaje parecía prometerle respuestas. Ni siquiera le había preguntado qué llevaba en aquella bolsa que había mandado a preparar y que había hecho que el cochero subiera al compartimento del equipaje.

Enfilaron camino hacia el sur del condado, atravesando prados cubiertos de nieve y bosques repletos de árboles desnudos. Parecía una insensatez viajar con semejantes condiciones climáticas, pero Brighton no estaba dispuesto a desaprovechar la buena disposición de su mayordomo. Temía que luego se arrepintiera y le negara su ayuda. Algo le decía que Valentine pensaba igual. Además, estaba ansioso por terminar con aquel asunto, por abrirle los ojos a Esther y hacerle ver quién era su marido. Deseaba demostrarle que lord Sebastian había sido miserable en aquel matrimonio porque no era capaz de desear a una mujer, aunque fuera la más bella y virtuosa.

Se detuvieron en varias ocasiones, cuando las ruedas del coche se

atascaban en la nieve lodosa de los senderos o cuando los caballos se negaban a avanzar por zonas particularmente arduas. En un par de ocasiones tuvieron que arremangarse las camisas y ayudar al cochero a empujar el carruaje. Fue cuando Brighton pudo evidenciar que la engañosa apariencia de anciano enjuto de Valentine escondía una imponente fuerza física.

El acontecido viaje los llevó finalmente hasta Hawkhurst, un pueblecillo industrial del sur de Kent de aspecto modesto y solitario. Las calles heladas seguían cubiertas por una capa blanca, las chimeneas arrojaban sendos resuellos de hollín que manchaban el cielo blanquecino con un gris viscoso. Brighton observó que la gente de Hawkhurst no toleraba demasiado las temperaturas, porque las calles seguían desiertas.

Valentine le dio al cochero un par de indicaciones más. Se desviaron por una calle estrecha, que empezaba a desmejorar a medida que avanzaban. El panorama se trasformó brutalmente en un escenario tosco y miserable de edificios deteriorados y establecimientos de baja estofa. Al poco, se detuvieron delante de un bloque vetusto, manchado de hollín, cuyas capas de escayola se caían a pedazos.

—Espero que haya traído un pañuelo, milord —le dijo el mayordomo alzando una ceja.

Brighton descendió del carruaje y de inmediato percibió un hedor insoportable. Hizo caso al anciano y se tapó las fosas nasales con el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, convencido de que, después de aquel día iba a tener que tirarlo. Quizá tuviera que incendiar toda su ropa. De inmediato percibió la fuente de la espantosa peste: cerca de allí un río opaco y turbio, donde corría tanta porquería que su estómago protestó en forma de arcadas.

—Maldita sea, Valentine —masculló contra la protección del pañuelo—. Me ha traído a una alcantarilla.

—Perdone, milord, pero es el único lugar donde hallará respuestas.

Ascendieron por una escalerilla hacia una puerta solitaria y carcomida por la polilla. Se escuchó, más allá de la calle, el ladrido de un perro y el llanto de un bebé. Valentine, armado con el bolso que había traído desde Cypress Path, tocó la puerta. Al rato, un rostro de pocos amigos asomó por la puerta entornada. Era una mujer que se fundía con las sombras. Echó una mirada a la defensiva a Brighton y después al mayordomo.

—¿Qué hace aquí, señor?

—Buenas tardes, Judy —saludó Valentine con una nota

condescendiente en su voz—. Me preguntaba cómo se ha sentido Charlie hoy. He estado muy preocupado por él y vine a traerle un par de cosas. Imagino que ambos las necesitan.

Le tendió la bolsa y la mujer abrió más la puerta para agarrarla. La revisó allí mismo, con codiciosa urgencia; Brighton comprobó que el paquete contenía alimentos. Tras acabar su requisa, la tal Judy abrazó el paquete, como si temiera que Valentine se arrepintiera de habérselo entregado. Echó una mirada desconfiada al conde, que aun estaba lejos de comprender quién era aquella mujer y por qué habían ido a parar allí.

—Charly está igual —dijo sucintamente, dirigiendo la vista hacia el hombre mayor.

—Lo siento mucho. Quizá debamos llevarlo con el médico del pueblo. Ha de tener algún remedio —ella no dijo nada, entonces el mayordomo carraspeó—. Judy, ¿podemos pasar un momento?

—¿Usted es el nuevo Walton? —le preguntó a Brighton, observándolo con rudeza desde la protección de las sombras.

—No, señora. Le aseguro que no.

—Entonces es un policía. Tiene cara de policía.

El conde sacudió la cabeza, consternado.

—Caray, no sé si tomarme eso como un insulto, pero se equivocó de nuevo.

—Judy, por favor —dijo Valentine en tono conciliador—. Le aseguro que lord Westbrooke es un amigo.

La mujer se lo pensó un momento. Finalmente les permitió ingresar a la vivienda, no sin cierta reserva.

El lugar era tan calamitoso como hubiera esperado. Cestos de ropa sucia reposaban sobre el suelo de pared a pared, por lo que Brighton imaginó que la dama se dedicaba a hacer la colada a sueldo. No tenía más mobiliario que un par de catres, un mueble de madera desgastada y una mesa con cuatro sillas. La cocina consistía en un pequeño fogón de leña, la única fuente de calor en la vivienda.

Fuera de las sombras, Judy era una mujer de mediana edad, pero demacrada, de cabello cano, protegido por una cofia, y ojos hundidos, rodeados por manchas violetas. Era extremadamente delgada y llevaba puesto un uniforme de criada desvencijado, que parecía quedarle cuatro tallas más grande.

Visiblemente entusiasmada, dejó la bolsa sobre la mesa y empezó a vaciarla. Viandas con comida fresca, verduras, huevos, leche, frutas, quesos, pan y trozos de carne envueltos en papel encerado le

arrancaron suspiros de asombro. Sin disimular su necesidad le pegó un mordisco ansioso a un trozo de pan.

—Esto… lord Westbrooke, la señora Judy es la madre de John Dowyer —Brighton no escondió su sorpresa; miró a la residente de aquella vivienda como si la viera por primera vez—. Judy, el conde de Westbrooke administra Cypress Path y la destilería de whiskey. El nuevo lord Walton es apenas un chico y su tío es quien vela por el marquesado.

—Me dijeron que John Dowyer no tenía familia —soltó Brighton.

—Eso hubiera querido mi marido —dijo Judy con la boca llena—. ¿Qué es lo que quiere?

—Señora, lamento muchísimo su pérdida —Ella le miró con escepticismo, sin dejar de comer—. Asumo que su marido vive aquí, con usted.

—Así era hasta que fue a la ciudad detrás de una fulana.

—¿Es decir que no tiene a nadie? —Ella se encogió de hombros—. Usted no tiene por qué vivir en estas condiciones, señora. Su hijo es el fundador de una destilería de éxito. Aunque, ahora mismo no está teniendo tanto éxito, pero estoy seguro de que podemos permitirnos una vivienda para usted cerca de Cypress Path, y una asignación adecuada.

Ella comenzó a reír con amargura.

—Suena como él.

—Judy, lord Westbrooke y lady Esther Allington, la viuda de lord Sebastian, están comprometidos en matrimonio.

—Felicidades —masculló la madre de Dowyer después de engullir un bocado de pan—. La chica ha de estar muy contenta de que al fin… Usted sabe a lo que me refiero.

Valentine carraspeó, tratando de increpar a Judy.

—El caso es que… —tartamudeó— milord no conoce los pormenores de ese asunto, Judy. Y tampoco lady Esther, como podrás imaginarte. Lo he traído aquí para que tú misma se lo expliques. Al fin y al cabo, tiene derecho a saberlo, y tú, pues… nunca has tenido problemas en contarlo.

—¿Qué mi hijo y lord Sebastian se acostaban? —le miró con imposible altivez—. ¿Para qué iba a negarlo?

Brighton no podía creerlo.

—¿John Dowyer y lord Sebastian…?

—Sí, milord —susurró, dejando a un lado la pieza de pan—.

Estaban enamorados. Querían hacerse ricos fabricando whiskey, vivir juntos y mandar al mundo entero al diablo. Tenían sueños.

—Sospechaba que lord Sebastian… pero de Dowyer no me lo esperaba —titubeó, tratando de asimilar aquello—. Siento mucho ponerla en esta situación, señora Dowyer. Ha de ser difícil para usted hablar de esto.

—No. Yo amaba a mi Johnny tal como era, pero Kirby, su padre… —masculló con la mandíbula apretada— él lo despreciaba, como a un saco de excremento. No había día en que no le golpease, y a mí también por defenderlo. Incluso rechazaba a mi Charlie. Decía que ambos venían contaminados.

—Por eso decía que no tenía familia.

—Kirby lo echó de casa cuando era un apenas un muchacho —dijo sin contener la rabia en su voz—. Le dijo que se olvidara de que tenía padres y hermanos, entonces se fue a vivir con mi hermano. Venía a verme a escondidas o iba a la casa donde trabajaba como criada y me regalaba dinero, porque si Kirby lo descubría… Él creía que Johnny era una vergüenza y lo quería lejos. Pero mi hijo no era una vergüenza; era inteligente y justo. Entró a la universidad con una beca. Entonces conoció a este lord, Sebastian, y se enamoró de él. Eran inseparables. Cuando mi hijo venía a verme me hablaba de él. Los ojos le brillaban.

—Pero no podían hacer público su romance.

—A Johnny no le importaba, pero lord Sebastian se debía a su título. Decía que un día sucedería a lord Walton, que era como su padre, aunque jamás le interesó ser un marqués. No quería decepcionarlo.

Brighton miró a Valentine y luego otra vez a Judy Dowyer.

—¿Sabía Walton que su sucesor tenía una relación romántica con John?

El semblante de Judy se oscureció.

—Lo ignoró por mucho tiempo, pero después lo descubrió. Fue en su mansión, poco antes de poner la primera piedra de la destilería. Tuvieron muchos problemas.

Brighton recordó los retratos en el corredor de las oficinas, donde Walton daba la espalda a John. Ahora entendía el objeto de su repelencia.

—¿Su hijo le contó qué sucedió después de aquello?

Judy se limpió la boca con el filo del delantal.

—Walton les hizo la guerra… y luego mató a mi hijo.

Capítulo 16

—Señora, ¿está usted segura de lo que dice?

—No lo digo yo —rezongó apretando los puños—. El mismo lord Sebastian lo descubrió un tiempo después. Vino a verme un par de veces. Quería saber si Johnny me había dicho algo antes de morir, algo que pudiese darle una pista para descubrir a los culpables. Estaba investigando por su cuenta. Nunca se creyó que hubiera muerto en un asalto; pensaba que los otros licoreros estaban celosos de su éxito.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Que su tío era un criminal —sollozó—. Que había descubierto las cartas que había intercambiado con los asesinos de Johnny. Walton tenía un plan. Cuando la destilería estuviera establecida y no necesitaran más de él, ni de sus fórmulas, esos hombres podrían deshacerse de él. Y así lo hicieron.

—Por Dios santo.

Brighton volteó a mirar a Valentine, que estaba conmovido y agazapado. Desde luego, el anciano conocía toda la historia. Ya tendría tiempo de interpelarlo.

—Lord Sebastian estaba trastornado. Fue la última vez que lo vi. Tiempo después supe que se había caído de una torre, el pobre.

—Hay quienes dicen que se lanzó.

—Quizá lo hizo —asintió con la cabeza—. Quizá no pudo soportar el dolor de la pérdida de Johnny y que su tío fuera un maldito monstruo. Cuando supe que Walton también se había ido, sonreí. El demonio debe de estar dándose un banquete con él.

—Señora Dowyer, lamento muchísimo todo lo que ha tenido que padecer. Estoy seguro de que John era un buen hombre. No se merecía ser la víctima de un hijo de puta como Walton —Judy se secó una lágrima. Brighton sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó—. Cuando quiera dejar este chiquero, ni siquiera tiene que escribirme. Simplemente recoja sus cosas y venga a verme a Cypress Path. Allá le espera una vida mejor.

Salieron de la vivienda justo cuando un niño raquítico, de unos ocho años, se colaba en el interior. Valentine lo saludó con afecto, despeinándole la coronilla. Se trataba de Charlie, el hermano pequeño de John Dowyer.

Cuando volvieron a adentrarse en el coche, Brighton le clavó al mayordomo una mirada acerada que éste apenas consiguió sostener.

Era su turno de confesar lo que sabía sobre aquel asunto tan sórdido.

—Lord Walton amaba a Sebastian como a un hijo…

—¡Ya he escuchado esa mierda suficiente, Valentine, y cada vez lo creo menos! —golpeó el asiento de cuero a su lado—. Si lo amaba, ¿cómo es que asesinó a su pareja? ¿Con qué maldita moral lo hizo?

—No lo estoy justificando, milord. Lo primero que debo decirle es que me enteré la verdad después que el daño estaba hecho. Si lo hubiera sabido antes, si hubiera intuido siquiera la monstruosidad que estaba por cometer mi patrón habría hecho lo que fuere con tal de prevenirles. Lo único que sabía era que el marqués desaprobaba esa relación; la consideraba putrefacta, pecaminosa, ofensiva, pero eso rivalizaba con sus planes económicos.

—Pensaba beneficiarse de la destilería para salir de deudas.

—Después de probar de la primera botella de whiskey John Dowyer, enloqueció de codicia.

—A todos nos sucede —no pudo evitar mascullar con ironía.

—Vio tantas posibilidades que por un tiempo pareció aceptar la relación del señor Dowyer y lord Sebastian. Entonces, un mal día nos enteramos de la muerte del chico. Lo apuñalearon en una calle de Rochester a la medianoche. Yo mismo escuché detrás de la puerta cuando Walton le decía a…

—¿A quién?

—Cuando decía a… —tartamudeó, repentinamente contrariado—. Me refiero a que dijo en voz alta que lo había hecho. Él había pagado a esos hombres para que lo siguieran por días y a la menor oportunidad lo eliminaran. Lord Sebastian estaba devastado al saberlo. Fue entonces cuando decidió averiguar por su cuenta.

—Fue en esa época cuando Walton pensó en casarlo con Esther, ¿verdad?

Valentine asintió con pesar.

—Milord creía que, a la larga, lord Sebastian se olvidaría del señor Dowyer si tan solo ponía a su lado a una joven lo suficientemente hermosa y tan inocente que ignorara la naturaleza de sus preferencias. Cuando lord Sebastian conoció a la lady Esther, que por ese entonces era la señorita Collins, lo único que mostraba por ella era rechazo. Imagino que se hallaba demasiado dolido como para pensar siquiera en cortejar a una muchacha. Sin embargo, lord Walton compraba flores y joyas y las enviaba a casa de lady Esther, firmando las tarjetas con el nombre de su sobrino. Le hizo creer al padre de milady que el futuro marqués estaba deseoso de casarse con ella. Al final lo

consiguió.

—Pero las cosas no mejoraron. Los dos eran miserables.

—Aunque de puertas afuera nadie lo sospechaba —apretó los labios —. A los ojos de todo el mundo formaban una pareja ejemplar. Lord Sebastian siempre fue generoso con la gente de las aldeas; se dedicó a ayudarles, a entregarles comida y ropa. Pienso que para él era una forma de conectarse con la necesidad de otros y hacer un lado sus propios problemas. Y ella lo seguía. Lord Sebastian era un ser humano extraordinario, lo mismo que milady.

—Ya lo creo, Valentine.

Brighton suspiró.

—Eventualmente, lord Sebastian descubrió el crimen de su tío —continuó el mayordomo con un deje lúgubre—. Supongo que fue cuando comenzó a beber asiduamente. De pronto pasó de taciturno a irascible. Eso estaba a la vista. Nunca supe si se lo reclamó a Walton, yo pienso que no, porque de ser así, se habría armado un escándalo del otro mundo.

—¿Y cómo fue que usted llegó a la familia de Dowyer?

—Desde que me enteré de la muerte del señor Dowyer quise hacer algo para ayudar a su familia —le miró con timidez—. En cierto modo, me sentía responsable, por trabajar al lado del autor de ese terrible asesinato. Averigüé la dirección de Judy y Charlie y desde entonces les enviaba alimentos de vez en cuando. No tuve el coraje de decirle a ella quién había matado a su hijo, y no fue necesario. Judy lo supo por medio de lord Sebastian, la última vez que él pisó este lugar.

El conde meditó toda aquella información.

—Valentine, ¿cree que lord Sebastian se suicidó o quizá alguien lo asesinó, como a Dowyer?

En anciano le miró con ojos brillantes de pena.

—Lord Sebastian ya estaba muerto en vida, milord.

Cuando regresaron, la noche había caído sobre los páramos nevados de Cypress Path. Brighton lamentaba no haber podido estar en la destilería para supervisar el inicio del nuevo ciclo de fermentación del aguardiente, pero no se arrepentía de haber viajado a Hawkhurst.

Durante todo el viaje en coche había meditado sobre la historia de lord Sebastian y John Dowyer, dos hombres que habían tenido el deseo de compartir sus vidas, y cuyos destinos habían terminado trágicamente. Ni siquiera la intolerancia había sido tan dañina y contundente como la ambición de quienes les rodeaban.

Walton, ese hijo de puta avaricioso, había sido el progenitor de toda aquella cadena de desgracias. El marqués había mandado a asesinar al compañero de su sobrino, apenas éste había dejado hecho su trabajo en la destilería; había manipulado al propio Sebastian para que cediese a casarse y había involucrado a Esther como el peón de un juego despiadado. Solo una mente vil y miserable podía concebir una puesta en escena tan ruin, que favoreciera sus propósitos a la vez que perjudicara a tantas personas en el camino.

Ahora entendía que la aspiración de Walton con el matrimonio de Sebastian y Esther no había sido dar continuidad al linaje, pese a la homosexualidad de su sobrino, sino el aprovechamiento estratégico de los beneficios de la prometedora empresa. Si podía hacer que su sobrino se "curase" de su homosexualidad en la compañía de una esposa bella y deseable y que olvidase al amor de su vida, podía darse por satisfecho.

Pero Walton no contaba con que Sebastian jamás de daría por vencido hasta descubrir la verdad sobre la muerte de John, y que un matrimonio tradicional no le haría olvidar a quien había sido el amor de su vida.

Durante el viaje, Valentine también le había contado que Walton había perdido la cabeza tras conocer la muerte de Sebastian. Su salud había decaído hasta tornarse crítica. Atribuía a la culpa semejante deterioro, que luego devino en un ataque al corazón. Sin embargo, Brighton tenía la sensación de que el mayordomo de Walton Manor no le había dicho toda la verdad. Pero a él le importaba ir más allá. Ya había averiguado lo más importante, lo que le atañía a él y a su futura esposa.

Ahora debía pensar en el modo menos traumático de contarle a Esther todo lo que Judy Dowyer y Valentine le habían revelado, y por dios que aquello le preocupaba seriamente.

No tenía idea de cómo iba a reaccionar ella ante semejante revelación.

Esther había pasado todo el día en la destilería. Se había dedicado a ayudar a las secretarias con algunos asuntos administrativos y a apoyar a los obreros con palabras de aliento antes de dar inicio a un nuevo ciclo de producción.

Su fe estaba puesta en aquel nuevo intento, en el rostro de cada hombre y mujer que durante las últimas semanas habían trabajado muy duro para estar a la altura de las expectativas. Se dijo que, en lugar de hacerlos sentir culpables por el fracaso del día anterior, les hablaría desde el corazón y les recordaría el gran beneficio de lograr

el objetivo, de formar parte de una compañía como la John Dowyer y de progresar con ella. Muchos la escucharon embelesados y asintieron con una sonrisa a su pequeño discurso. Al final, la felicitaron y prometieron con miradas sinceras que las cosas mejorarían.

En medio de todo aquello, Esther no podía esconder su inquietud ante la ausencia de Brighton. ¿Qué había sucedido con él?, se preguntaba mientras miraba constantemente en dirección a la puerta. No se le había visto por la empresa en todo el día. No había recibido ningún mensaje.

¿Y si lady Balfour lo había convencido de que la destilería era una pérdida de tiempo? ¿Y si había conseguido desviar su atención hacia otros asuntos del marquesado de Walton, al que él se debía como apoderado? Si así fuera, no podía culparlo. La John Dowyer estaba resultando ser un hueso duro de roer. Si las cosas continuaban como iban, tendrían que comenzar a fabricar otra clase de whiskey, pero como McNeil había dicho, con aquella *usquaebach* como base, sería uno corriente y poco competitivo.

Sentada frente al fuego, miraba su hermosa sortija de compromiso con la mente perdida y un pequeño temor constriñendo sus esperanzas. ¿Lo habría convencido lady Balfour de que no debía casarse con ella?

—Corazón, vas a quedarte ciega de tanto mirar ese diamante —bromeó la tía Fern, obsequiándola con una sonrisa. Esther sintió que se ruborizaba—. ¡Oh! Y pensar que lo detestabas —suspiró mientras se dejaba caer al lado de ella, en el sillón.

—Y con buenas razones —alzó una ceja, sarcástica.

—Tonterías —hizo un ademán con la mano—. Desde el primer momento supe que ese hombre era perfecto para ti. Solo tenías que darle una oportunidad para demostrártelo. Y mira que no te ha fallado —Y luego dijo con más suavidad—. Mereces ser muy feliz, querida Esther. Sé que junto Sebastian no lo eras.

—Ninguno de los dos lo era, tía Fern —se resistió a pensar de nuevo en Sebastian y dibujó una sonrisa en su rostro—. ¿Estaría mal si Brighton y yo nos casamos por la iglesia? Es decir, porque Sebastian y yo…

—Por supuesto que no estaría mal, hija. Has cumplido tus votos de «hasta que la muerte nos separe». Tienes derecho a un nuevo comienzo —repuso con tono maternal y práctico—. Mañana mismo iré a visitar al pastor Covey y comenzaremos a prepararlo todo: la ceremonia, el banquete, el vestido …

—No pensarás que voy a vestir de blanco, ¿verdad?

—Esther, no serías una novia de verdad si te aparecieras en púrpura.

—Lila.

La otra suspiró, derrotada.

—Está bien. Tendremos que hacerle una visita a *madame* Renaud en Rochester para que te tome las medidas. Has usado tus viejos vestidos negros por demasiado tiempo, ya es hora de que los des a la caridad. ¡Y las invitaciones! —De pronto, su entusiasmo mermó—. ¿Has considerado que no puedes dejar por fuera a tu padre y a Myra?

La joven cerró los ojos, mortificada, pero asintió al fin.

—Sí, de hecho, debo escribirle a mi padre y notificarle que voy a casarme.

—Por supuesto. Y a tus hermanos.

—Me ocuparé de eso mañana.

—¿Han decidido ya la fecha?

—No. Apenas hemos hablado de esto, pero yo preferiría esperar a que las cosas en la destilería se establezcan para planear una boda.

—Sí, desde luego. Ambos merecen estar menos congestionados.

Le tomó de la mano para observar el impresionante diamante.

—Oh —suspiró como una debutante—. Ciertamente, podría uno mirar esta cosa el resto de la noche —Esther rio. Aunque no era una apasionada de las piedras preciosas, debía reconocer que la sortija de la madre de Brighton era un verdadero tesoro—. Mabel, cariño. Ven a ver la sortija de compromiso de tu prima.

Mabel se adentraba en el saloncito de Esther, abrazando su diario. Acudió al llamado de su madre y le echó un vistazo distante al diamante rosado, que fulguró en sus ojos azules.

—Es hermoso, prima —dijo con la voz provista de emoción alguna —. Felicidades.

—Gracias.

—Estábamos hablando de la boda —dijo la tía Fern, más alborozada que la propia novia—. Intentaba convencer a Esther de que usar blanco, pero está empecinada en llevar lila.

Entonces, una doncella entró en el salón para comunicarle a Esther que tenía una visita. Cuando escuchó el nombre de lord Westbrooke, la joven sintió un vuelco en el corazón. Se puso de pie de golpe. Parecía que hubiesen pasado semanas y no horas desde la última vez que se habían visto.

De inmediato, pidió a la doncella que le hiciera pasar. Brighton entró en la habitación unos segundos más tarde. Su presencia le produjo un estremecimiento ligero, un deseo inconsciente de tocarlo, como si se tratara de un imán, y ella, un trozo de metal. Iba perfectamente afeitado, y su cabello rubio cobrizo, peinado con prolijidad. La postura gallarda, excesivamente formal, la desconcertó un poco.

Esther lo supo apenas sus miradas se encontraron: algo andaba mal.

—Lord Westbrooke, muchísimas felicidades.

La tía Fern lo abrumaba con su emotividad y verbo incontinente, soltando besos y buenos deseos al por mayor. Esther, mientras tanto, comenzaba a percibir un una incómoda presión en el pecho. Recordó la frialdad de lady Balfour, esa forma de mirarle, como si fuera la cosa más insignificante del mundo, y empezó a creer realmente que esa mujer lo había disuadido de casarse con ella.

—¿Qué sucede, prima? —le preguntó Mabel con un susurro discreto.

—Nada —sacudió la cabeza—. Nada.

—Madre, mejor salgamos —acertó a decir Mabel, solícita, para variar—. La pareja querrá estar a solas.

Al rato, les habían dejado a solas en el saloncito. Se miraron un buen rato, sin saber qué decirse. Esther se temía un discurso condescendiente, una sarta de disculpas y una declaración que claramente le rompería el corazón. Pero en su fuero interno rogó que no viniera con rodeos. Que dijera lo que tenía que decirle, aunque doliera.

—Quiero disculparme por la actitud de mi hermana esta mañana —soltó al fin, y ella cerró los ojos brevemente—. No comprendo por qué se ha comportado como una completa lunática. Ella… ella tiende a ser una arpía cuando la provocan, pero este no fue el caso.

—Es obvio que desea impedir que tomes una mala decisión —musitó, intentando ser racional—. Y… sé que te debes a ella y a Walton.

—Hice un compromiso y debo cumplirlo —su mirada de tristeza le provocó un pinchazo en el corazón. Entonces él sacudió la cabeza, como si quisiera deshacerse de un pensamiento inútil—. Esther. Cariño, debemos hablar.

Y entonces, la joven tragó saliva con fuerza. Ahí estaban sus disculpas, su discurso condescendiente, su adiós.

Brighton la tomó de la mano y la llevó hasta el sillón donde, hasta

hacía un instante, había estado contemplando la sortija de compromiso; aquella joya que ahora sentía excesivamente pesada en su mano, como si estuviera a punto de resbalársele. No iba a soportarlo. En lugar de sentarse, Esther se soltó bruscamente.

—Dilo de una vez.

Se le escapó aquello antes de que fuera consciente. No podía evitarlo; la voz le temblaba, igual que las manos heladas. Brighton le observaba desconcertado.

—¿Qué…? ¿De qué hablas?

—Tu hermana te convenció de romper nuestro compromiso, ¿verdad?

El conde frunció el ceño.

—¿Eso es lo que estás pensando?

—Normalmente no eres tan flemático —le acusó, atravesada por el repentino miedo a perderlo—. ¡No eres así! Eres bromista, risueño, relajado… y me miras como si desearas… devorarme. Todo el tiempo.

Entonces, él le sonrió con sobrado descaro.

—¿Tan predecible soy?

—Y tampoco tartamudeas.

Se acercó a ella y tomó su mentón con extrema delicadeza.

—Ah, lady Esther, me complace saber que estás empezando a conocerme bien —dijo, volviendo a ser él mismo, para su alivio—. Pero, para ser honesto, la única persona que puede romper este compromiso eres tú. Nadie podría convencerme de que mi destino no es estar contigo. Y que me aspen si dejo que mi hermana mayor se atreva a decidir sobre mi vida.

Esther sintió que volvía a respirar de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres decirme entonces? —preguntó nerviosamente—. Es algo sobre lady Balfour, es algo que ella hizo. Lo percibo.

Él sacudió la cabeza en negativa.

—Esther, sentémonos, por favor.

Esta vez le tomó la palabra, y los dos tomaron asiento en el sofá.

—¿Por qué no has venido hoy a la destilería? —insistió ella.

—Estaba fuera del pueblo.

—¿Dónde?

En lugar de contestar a sus preguntas ansiosas, Brighton la atrajo

hasta su regazo y la rodeó con sus brazos. Cuando estaban así, tan cerca, el mundo parecía un lugar lejano y borroso, completamente insonoro y sin ninguna incidencia sobre sus vidas. Pero él estaba consciente de que aquello no era más que una hermosa ilusión.

Que Dios lo ayudara. Había llegado el momento de contarle la verdad.

—Esther, hay algo que debes saber —comenzó a decir con seriedad —. Es sobre tu matrimonio con lord Sebastian, sobre él y John Dowyer… y Frederic Walton.

Esther frunció el ceño, pero no dijo nada. Dejó que él hablara, que al fin pusiera de manifiesto sus sospechas, que se explayara en los detalles de la conversación que había mantenido con Judy, la madre de John, y luego con Valentine, a quien justificó por no haber revelado aquella información tan incómoda e inmanejable. Le dijo toda la verdad, toda la que conocía, sin atreverse a dejar ningún detalle por fuera.

Esther estaba atónita. Su rostro atravesado la sorpresa, después por el horror, y finalmente por la pena más profunda. Se levantó de su cómodo asiento y se quedó de pie junto a la chimenea, con la mirada fundida en las llamas que abrasaban la leña en el hogar, como una vida que se extingue. Un par de lágrimas doradas anegaban sus ojos. Brighton se puso a su lado, porque tenía la sospecha de que en algún momento iba a necesitar que alguien la sostuviera. Pasaron unos minutos largos, cargados de suspiros dolorosos.

—Esther, di algo —le rogó—. Lo que sea.

Ella le miró y sus ojos al fin se desbordaron de lágrimas.

—Esa mujer… Judy, y el niño. Tenemos que traerlos.

—Le dije que eran bienvenidos en Cypress Path. Quizá los tengamos aquí muy pronto. No creo que puedan soportar mucho más esa vida miserable.

Asintió.

—Brighton, ¿por qué lo hizo? —la voz se le quebró.

—Para algunos, una vida es completamente prescindible cuando se trata de preservar los intereses —dijo con tristeza—. Y cuando es dinero lo que está en juego, más todavía.

—Santo cielo. Pobre John —caviló, apretando la mandíbula y los puños—. Ahora todo está tan claro. Ese hombre no hizo más que mentir y manipularnos a todos. Sebastian no era débil, solo estaba sufriendo. ¿Por qué no me dijo la verdad? Habríamos acabado con nuestro matrimonio, habríamos…

—Tal vez no tuvo el valor de decirte quién era en realidad.

—No soy tan inocente. Lo habría entendido —Brighton se conmovió con su valiente declaración, y en ese preciso momento la adoró un poco más.

—Cariño, en todas las sociedades civilizadas, la naturaleza de la relación entre John y Sebastian es poco menos que una abominación. La gente suele ser muy cruel. John fue echado de su hogar por su padre cuando era muy joven. A Sebastian también lo habrían desterrado, de no haber sido el próximo en la línea de sucesión del título de Walton y un hombre de negocios tan exitoso. Frederic quería gozar del fruto de su trabajo, necesitaba su dinero, pero Dowyer era un estorbo, una deshonra, y recurrió al acto más aborrecible con tal de eliminar todos los obstáculos de su camino.

—Era un monstruo —susurró, sumida en sus propios pensamientos —. No es justo. Ellos se amaban. Lo hicieron todo para progresar, se tenían el uno al otro, y ese hombre les quitó todo.

—Incluso a ti te afectó con ese matrimonio.

—No es nada en comparación con lo que ellos sufrieron —sacudió la cabeza—. Santo cielo. Temo decir lo que estoy pensando, pero… gracias a Dios que Frederic ya no está.

—Quisiera pensar que tuvo lo que se merecía, pero no es así. No fue suficiente. Debió haber sobrevivido a ese ataque al corazón y que lo encarcelaran.

—Brighton, lo único que podemos hacer por ellos es ayudar a esa gente. Quiero que Judy y su hijo tengan una bonita casa en Cypress Path, que reciban una excelente manutención de por vida. Y que ese niño vaya a una buena escuela.

—Estoy de acuerdo. Se hará como tú digas.

Se hizo un silencio reflexivo en la habitación.

—¿Crees que Sebastian acabó con su vida… por John?

Brighton suspiró. Su hipótesis inicial era que alguien lo había asesinado, igual que a John, pero después de escuchar las confesiones de Judy y Valentine y de conocer su temperamento a través de los relatos de Esther, no le era difícil concluir que el muchacho había tenido demasiado con la muerte de su compañero y la traición de su tío. Era hora de aceptar que lord Sebastian Allington había dejado este mundo por su propia decisión, y rogaba en su interior para que esa cruda determinación le hubiera traído un poco de paz a su alma.

—Sí, querida. Lo creo.

La semana transcurrió veloz, en una atmósfera de afanosa ansiedad. El señor McNeill y sus trabajadores habían pasado los últimos días trabajando a puerta cerrada en el edificio de los alambiques. Brighton decía que parecían un cónclave de cardenales afanados en la elección del próximo sumo pontífice. «Esperemos que pronto salga humo blanco por esa chimenea», había dicho, burlón.

Aunque se mostraba tan relajado, como era su carácter habitual, Esther era consciente de que la ansiedad lo carcomía internamente y que un nuevo intento fallido supondría un duro golpe a su determinación.

El tiempo de Brighton estaba repartido entre la destilería y las actividades que se derivaban del marquesado de Walton, por lo que a duras penas se habían visto la última semana. Con frecuencia lo notaba exhausto, preocupado, pese a lo cual se empeñaba en ser él mismo. La presencia de lady Balfour en la mansión también le afectaba, podía percibirlo, aunque él le restara importancia a sus provocaciones y pretendiera ignorarla. Esther había comprendido que aquella mujer, además de desdeñosa y arisca, era inflexible; que celaba y reclamaba la atención de su hermano y que prometía traerles problemas una vez que estuviesen casados.

Lady Balfour, Bridget, continuaba siendo un misterio para ella. Había algo en la mujer no alcanzaba a dilucidar y que le producía un temor inconsciente. Lo único de lo que estaba segura era que jamás podría confiar en ella, y que jamás la consideraría un pariente, aunque tuviera la misma sangre que su futuro esposo.

Cuando llegó el momento de extraer el *usquaebach* de la máquina tras su segunda destilación, Esther y Brighton se unieron a Travis, al señor McNeill y aun pequeño grupo de obreros en el sitio de los alambiques. Allí, además del olor característico que emanaba de las máquinas, podía percibirse la tensión que dominaba a cada uno de los presentes. Los rostros eran una fusión de esperanza, anhelo y temor. Incluso la preocupación hizo su aparición como una visita sin invitación.

Esther tomó la mano de su prometido y él se la apretó en respuesta. Compartieron una mirada intranquila, de incertidumbre.

Y entonces, llegó el momento de que el aguardiente fuera extraído de la máquina. Uno de los obreros, Gary, sirvió el líquido transparente en una copa y se la tendió a Travis con la misma solemnidad que si se tratara del cáliz de la comunión.

El muchacho lo sostuvo, exhaló profundamente y luego hundió su aguileña nariz en el recipiente.

Después de unos segundos en los que Esther creyó haber dejado de

respirar, Travis los miró a todos con un brillo enigmático. El hijo del señor McNeill dibujó en sus labios una sonrisa infantil, que no dejaba lugar a malinterpretaciones.

—Señores, este es el verdadero John Dowyer. ¡Lo hemos conseguido!

Después de eso, la destilería se convirtió en el escenario de una fiesta que había coincidido con las Navidades. Brighton mandó a traer unas copas y un par de botellas de champaña que hacía semanas había dejado por allí, a la espera de que el momento de celebrar llegase finalmente.

Cuando todos los presentes tuvieron sus copas llenas y alzadas, el conde pronunció un alborozado discurso y finalmente se hizo un brindis. Esther cerró los ojos, delirando de gratitud. En su fuero interno elevó una plegaria por Sebastian y por John Dowyer, esos dos seres incomprendidos a los que Frederic Walton había arruinado con su ambición. Aquel triunfo también era de ellos.

Aquella historia que Brighton le había contado seguía erizándole la piel cada vez que la recordaba.

Un par de días atrás, había acudido a la tumba de Sebastian con un ramo de rosas de invernadero. Hasta aquel momento, nunca se había atrevido a hablarle; siempre se había sentido intimidada por aquella bucólica estatua de ángel guardián, arrodillado y con las alas desplegadas, que dominaba el ornamentado sepulcro. Mirando la inscripción de su nombre en la lápida de mármol cubierta de una ligera capa de nieve, le confesó que estaba enterada de su relación con John Dowyer, pero que de ningún modo lo juzgaba. Por el contrario, de haberlo sabido antes, le habría ayudado a averiguar la verdad sobre su muerte. Se habría convertido en una amiga y jamás, jamás habría permitido que atentara contra su propia vida. También le dijo cuánto lamentaba que la vida los hubiera unido en aquellas terribles circunstancias y que esperaba que hubiese hallado a su querido John en la eternidad.

Ella, que había pensado estúpidamente que Sebastian había saltado de esa torre por ella, sintió un alivio tremendo. Había hecho las paces con él.

«Descansa en paz, Sebastian. Descansa en paz, John», había pronunciado entre lágrimas antes de dejar las flores.

La joven dejó de cavilar cuando Brighton la atrajo hasta él y le dirigió una mirada de solidaridad, como si supiera lo que estaba pensando. Entonces ella le sonrió.

Mabel Jennings observó desde lejos lo que parecía una celebración.

¿Por qué estaban todos tan contentos?, se preguntó malhumorada mientras avanzaba camino a la casa, después de dar un paseo por el molino. Cuando atravesó el patio de la destilería logró atisbar, a través de una de las ventanas del edificio, a una Esther que sonreía y daba sorbos a una copa de champaña.

Mabel ladeó la cabeza. No era habitual que Esther bebiera, y mucho menos que sonriera. Desde la muerte de Sebastian, su prima había adoptado un perpetuo ceño fruncido, una actitud de María Magdalena a los pies de la cruz que ella encontraba patética. Lo mismo que su madre cuando padre había fallecido. Sonrió al recordar de pronto la hipocresía de su progenitora. Esa idiota ilusa había llorado a mares, pero no tardó en buscarse otro marido, uno que, meses después, la había desplumado sin compasión y se había llevado hasta la dote de Mabel. Charles Drury, se llamaba aquel hombre que había hecho creer a su madre que era una mujer especial en lugar de una vieja insípida, hambrienta de atención masculina. Y la muy tonta le había creído. Y por esa estupidez suya es que habían terminado allí, viviendo de la caridad de su prima.

Pero a diferencia del irritante tormento de su madre, a Mabel le complacía la infelicidad de Esther. Por ello no podía soportar que sonriera.

Quizá la gente de la destilería, esa cuerda de andrajosos, habían conseguido destilar un whiskey aceptable. Aquello le irritó todavía más pues significaba que la John Dowyer volvería a la vida y que Esther volvería a ser rica. A su lado, lord Westbrooke le rodeaba la cintura con aire protector, como si alguien fuera a quitársela.

¿Qué había visto en esa patética santurrona que lo había despreciado hasta el cansancio? Por supuesto, se respondió de inmediato con amargura. La promesa de riqueza. Mabel era mucho más mujer que ella, pero no tenía dinero, por culpa de su estúpida madre que se había dejado engatusar por uno de esos

—Imbécil —soltó con desprecio—. ¡Imbéciles todos!

Se alejó de allí a paso furioso hasta llegar a la casa y después a su habitación, esperando no encontrarse allí a su madre, cuya única tarea en este mundo era molestarla. Sí, molestarla a ella y adular a Esther y a su futuro marido.

—Ojalá lo pierdas, como perdiste a Sebastian —dijo en voz alta cuando cerró la puerta del dormitorio y se apoyó en ella.

Soltó una risita macabra y se tapó la boca para reprimirla. Le gustó

la sensación que la había invadido al vocalizar sus más recónditos deseos.

Se alejó de la puerta con una sonrisita y se dirigió a la cómoda donde guardaba su ropa interior. Allí, en el fondo de un cajón, había descubierto hacía tiempo un compartimiento secreto. De inmediato supo que aquel era el lugar perfecto para guardar sus secretos. Después de mirar hacia la puerta con actitud reservada, levantó la tapa falsa y sacó un cuadernillo de piel y una pluma metálica. Volvió a cerrar sin hacer ruido.

Miró el diario y dejó crecer en sus labios una sonrisa ladina, al tiempo que se dejaba caer sobre la cama. Le gustaba la idea de contarle sus secretos a alguien, aunque fuera a un tonto libraco de páginas en blanco; aquello le permitía pensar que no había estado tan sola aquellos meses. Ponerlo todo en el papel — incluso las cosas por las que sería duramente castigada— le producía una sensación de vértigo, de miedo y emoción que le hacía sentir viva en aquella espantosa casa que olía a muerte.

Sus secretos, pensó sonriente mientras abría una página al azar y hallaba aquel beso que le había robado al mozo de cuadras de su vieja casa en Londres. Pasó algunas páginas más y se encontró describiendo la forma cómo aquel mismo donnadie le desnudaba los pechos en las caballerizas y después los succionaba como un desesperado lactante. Cerró el diario con un sonido seco, riendo como una tonta ante el recuerdo de aquellas cosquillas íntimas. Había querido ir más allá, pero Mabel no era tonta, y estaba consciente de que debía a guardarse lo más importante para el matrimonio. No tardó en seguir indagando en el diario. Ahora relataba un hecho que había ocurrido mucho antes que aquello. Una noche, había visto a Charles Drury besando a una mujer joven y guapa en el teatro. Una mujer que no era su madre. En lugar de indignarse por la infidelidad de su padrastro, Mabel tan solo se había sentido asqueada. Fern se lo merecía por ingenua.

¿Qué más había?, se preguntó pasando las páginas con el entusiasmo de una diosa malvada, dotada del poder de cambiar el destino de todos a su alrededor.

¡Ah, por supuesto! Aquella noche…

Tras releer su escrito con solemnidad, Mabel no experimentó ninguna diversión. Cerró el diario y lo pegó a su pecho, recordando los hechos que habían tenido lugar aquella noche. No se trataba de las caricias íntimas de un lacayo, ni de las cosas que le había ocultado a su madre. Era mucho más.

Por suerte, nadie encontraría aquel diario nunca. Ella se encargaría de que se mantuviera oculto, junto con todos los oscuros secretos

escritos en él.

Capítulo 17

El primer día soleado en varias semanas coincidió con la boda de Esther y Brighton.

Días antes, la John Dowyer se había reactivado por completo. Las condiciones estaban dadas para una destilación en grandes proporciones, por lo que el equipo de McNeill e hijo se había puesto manos a la obra. Así, las chimeneas habían vuelto a arrojar tupidas columnas de humo; el aroma característico de la cebada procesada inundaba los alrededores de la fábrica, como en los viejos tiempos; la pequeña locomotora volvía a desplazarse con un chillido metálico sobre las vías y el hervidero de actividad, que a Esther había llegado a parecer abrumadora durante sus primeras semanas en Kent, había vuelto a colmar los espacios de la John Dowyer Company. Por supuesto, aquel frenético movimiento ahora le complacía, porque entendía que era la sonido del trabajo duro y el paso previo al progreso.

La joven pensaba que habían hecho bien en esperar a que la destilería comenzara a funcionar sin el seguimiento puntilloso de los patrones pues, ahora podrían disfrutar de una ceremonia tranquila y una luna de miel sin tantas preocupaciones. Sin embargo, Brighton y ella habían resuelto no hacer ningún viaje por el momento, en caso de que su presencia fuera requerida más adelante. Ambos también habían acordado que su residencia de casados sería, de ahora en adelante y para escozor de lady Balfour, Allington Manor.

Desde que lady Balfour supo que la destilería John Dowyer había resucitado de entre los muertos, su actitud arisca hacia Esther había mermado. De hecho, la había invitado a cenar a la mansión en aras de favorecer una camaradería de hermanas, o al menos eso había dicho guiñándole un ojo cuando fue personalmente a la fábrica a extenderle la invitación. Brighton les acompañó. Aunque la mayor parte de la velada Bridget había permanecido callada, lanzándole miradas reflexivas de tanto en tanto, en ningún momento se había comportado hostil. Bueno, quizá un poco antes que se marchara, cuando le llamó para hablar a solas y Brighton puso mala cara, sospechando lo que se traía entre manos.

Entonces, cuando estuvieron en la biblioteca, le soltó un discurso que se le antojó una persecución como la del gato y el ratón. Le dijo cuánto valoraba la felicidad de su único hermano y la observó con una sonrisa que no le llegó a los ojos; esos ojos azules tan parecidos a los de su prometido.

—Escúchame bien, Esther —dijo alzando el mentón en actitud intimidatoria—. Si lo lastimas… lo pagarás. ¿Me oyes?

Sin saber por qué, Esther asintió con la cabeza. Era como si ella misma estuviera dispuesta a recibir el más cruel de los castigos si alguna vez osaba lastimar a Brighton. Su adorado Brighton. Lady Balfour se quedó callada, asombrada por su respuesta tan sumisa, que en realidad había sido una demostración de compromiso y sensatez. Tal vez estaba esperando a que Esther se resistiera y le diera pelea.

Estaba claro que Bridget amaba a Brighton y quería lo mejor para él. Eso le bastaba para empezar a pensar que quizá algún día pudieran ser amigas.

Esther le sonrió al espejo tan solo recordar el rostro desencajado de la mujer que, desde ese día en adelante, sería su cuñada. La doncella, emocionada, terminaba de cerrar en su espalda los botoncitos del vestido color marfil. Se sentía extraña de vestir un color que no fuera negro. No sabía por qué le había hecho caso a la tía Fern, que había insistido tanto en que caminara al altar de blanco; entre ella y madame Renaud habían sido insoportablemente. Volvió a mirarse, entre insegura y nerviosa, y finalmente reconoció que le gustaba su aspecto.

Era una pena que dos de sus más queridas amigas no pudieran asistir a la boda, que había sido planeada con tan poco preaviso. Harmony, la duquesa de Waldegrave, estaba a la espera de su segundo hijo, por cuanto no se hallaba en condiciones de viajar a Kent. Igual sucedía con Fanny, la condesa de Windham, que estudiaba la carrera de medicina en Trinity College. Ella y su marido, Gabriel, vivían y trabajaban en el Hospital de Addenbrooke, en Cambridge, y aunque lo habían intentado no pudieron ausentarse de sus compromisos de trabajo. Tanto Harmony como Fanny enviaron amorosas cartas y un sinfín de regalos para los nuevos esposos. Quien sí consiguió viajar a Kent fue su querida Sally, que ahora mismo entraba por la puerta, seguida de la tía Fern. Ambas ahogaron exclamaciones de júbilo cuando la vieron luciendo aquel hermoso Worth color marfil con delicados encajes en el cuello y las mangas.

—Cariño, estás hermosa —lloriqueó su tía.

—¿De verdad? ¿No es demasiado…?

—¡No! —rebatió Sally con los ojos acuosos—. Nada es demasiado para ti, Esther. Estás perfecta.

—Myra puso mala cara cuando se lo mostré. Dijo que, siendo una viuda, era una elección vulgar, que el púrpura hubiera sido más acertado.

La llegada de su padre y de Myra a Cypress Path había puesto a Esther más nerviosa de lo habitual. El señor Collins no se había tomado muy bien que su hija contrajera nupcias antes de que su periodo de luto terminase, pero había argumentado que, siendo ella una mujer desvalida, precisaba de un marido que tomase por ella el control de la John Dowyer. La respuesta de Esther había sido un sucinto asentimiento. Hubiera querido hablarle de sus sentimientos por Brighton, de sus maravillosas cualidades, de la forma en que él la hacía sentir segura y amada, pero aquel esfuerzo habría hecho poca diferencia en la opinión de su frío padre.

Myra, en cambio, se había comportado mucho menos reparona que de costumbre. Tras la cena de bienvenida ofrecida al señor y la señora Collins en Allington Manor, donde Brighton fue presentado, la mujer de su padre le había guiñado el ojo con socarronería. Desde luego, igual que el resto de las mujeres de la tierra, la fría y práctica Myra había sucumbido a los encantos del conde.

Pero no se había guardado su opinión respecto al vestido de novia de Esther.

La tía Fern chasqueó la lengua.

—Acertado habría sido que esa arpía se quedara en Londres jugando bridge con sus horrendas amigas.

La enemistad entre la tía Fern y Myra, la madrastra de Esther era equiparable a la Sally y Mabel, pensó Esther con diversión.

—Vas a ser muy feliz, querida. Te lo aseguro —dijo Sally tras limpiarse disimuladamente una pequeña lágrima.

Esther la miró con ternura.

—¿Me lo aseguras?

—He amenazado a Westbrooke con perseguirlo como a una liebre si no te hace todo lo feliz que mereces.

La boda tendría lugar en la iglesia de Cypress Path, una construcción de piedra gris y techos de pizarra que estaba regentada por el reverendo Covey. Esther llegó en el carruaje junto a Sally, la tía Fern y Mabel, quien había alabado el aspecto de Esther con una sonrisa tirante. El señor y la señora Collins habían salido de la casa media hora antes.

Los invitados a la ceremonia eran básicamente los empleados de la destilería y la gente de las aldeas. Esther había insistido en que fuera un acto sencillo y sin ninguna pompa. Brighton estaba de acuerdo.

No bien ingresaron a la iglesia por la puerta posterior, Fern, Mabel

y Sally dejaron a la novia en una habitación acondicionada para la ocasión y corrieron a saludar a los invitados. Esther se quedó sola en aquella estancia de muros de piedra donde una araña de hierro pendía del techo. Se levantó del sillón donde había sido dejada y echó un vistazo más allá de las ventanas, altas y acristaladas. Se podía observar a los últimos invitados que subían la empinada colina a pie para llegar a la iglesia.

Ben, que había dejado el rifle, se acercaba con paso determinado. Le alegró ver que Eveline, la hija de Netty, se acercaba con la pequeña Rose, bien abrigada, en sus brazos. Un sonriente Travis McNeil las escoltaba.

Esther se apartó de la ventana y tomó una gran bocanada de aire, que exhaló con lentitud, apretando los párpados.

¿Cuánto tiempo iba a estar ahí, esperando?

¿Dónde estaba Sally? ¿Y su padre…?

No comprendía por qué estaba tan nerviosa. Aquella mañana, apenas levantarse, había sentido el estómago constreñido y las náuseas le habían conducido al lavabo en un par de ocasiones. No tenía sentido. No era como cuando se había casado con Sebastian. Esta era una boda por amor, algo que deseaba con el corazón.

Sin embargo, podía sentir que algo no andaba bien. Era como si algo malo fuera a suceder en cualquier momento. Sacudió la cabeza de inmediato, como si de aquel modo pudiese ahuyentar todo mal pensamiento.

De pronto, unos nudillos golpearon la puerta, que había sido abierta antes de esperar invitación. Esther dio un respingo al ver a su visitante.

—Estás loco —dijo sin aliento.

—Santo cielo, Esther… —jadeó él mirándola o, más bien, devorándola de pies a cabeza con ojos brotados—. Estás… creo que se me ha detenido el corazón.

Suspiró.

—Cariño, no deberías verme —repuso ella con dulzura.

Decir que estaba guapo era quedarse vergonzosamente corta. Llevaba un chaqué gris paloma con largos faldones, chaleco de seda bordado y pantalones a la medida que mostraban el contorno de sus musculosas piernas. La corbata, de un tono más oscuro, estaba anudada meticulosamente y cerrada en el cuello con un precioso alfiler de oro. Su rostro magnífico, de líneas duras y perfectas, resaltaba con el cabello peinado naturalmente hacia atrás. Su piel

desprendía aquel exquisito aroma tan suyo, el mismo que continuaba desatando un palpitar desbocado en su pecho.

—No creerás esos embustes sobre la «mala suerte», ¿verdad?

Esther puso los ojos en blanco, exasperada y divertida a la vez.

—Habrías hecho bien al preguntármelo antes de entrar.

Brighton ignoró su respuesta. Avanzó con una sonrisa depredadora, se abalanzó sobre ella y atrapó su boca con un beso impaciente. Esther se aferró a él como a una roca, recibió su abrazo febril, la invasión de su lengua y sus dulces acometidas. Tomó su rostro recién afeitado y lo sostuvo mientras que, con tierna impaciencia, le devolvía pequeños besos, como si se afanara en beber de él para calmar sus nervios y convencerse de que todo iba bien.

Para ser franca, no le importaba si estaban saltándose el protocolo o atrayendo malos augurios con aquella descarada conducta. Lo necesitaba, y él a ella.

—No puedo creer en poco tiempo seremos marido y mujer —susurró él cuando el beso acabó—. Te advierto que seré un marido muy posesivo. Deberás tenerme paciencia, lady Westbrooke.

—Adelante, sigue así y me arrepentiré —bromeó ella.

—Creo que te gustará.

—¿No debería haber comenzado ya la ceremonia? —dijo ella sonriendo, tras echar un vistazo al reloj de cucú que pendía de uno de los muros.

—Oh, claro. La ceremonia —carraspeó y se puso serio, como si de pronto la ocasión lo ameritara—. Es lo que he venido a decirte. El reverendo Covey ha desaparecido.

—¿Qué?

—Uno de sus ayudantes ha dicho que esta madrugada recibió una carta. Parece que un amigo suyo de Rochester falleció de pronto, así que fue a oficiar el funeral. ¿Puedes creerlo? ¡Nos casará después de oficiar un funeral!

—¡Brighton! Esto no es culpa de nadie.

—Suponemos que las condiciones de la carretera no le han permitido llegar a tiempo. He mandado a dos muchachos a caballo para que lo localicen y lo traigan aquí en el acto… o en su defecto, que busquen a un sacerdote, ¡o a un rabino!

—Estoy segura de que aparecerá pronto. Rochester no está tan lejos. Vamos a esperar y… —una arcada la hizo detenerse.

—Esther, ¿qué te sucede? —la miró asustado.

—Es solo una náusea. Me ha ocurrido toda la mañana. No lo entiendo. Supongo que estoy nerviosa —Él la miró como si comprendiera, mejor que ella, lo que le sucedía—. ¿Por qué me miras así?

—¿Estás embarazada?

—Embarazada —repitió con un hilo de voz.

—Sí, mi amor —alzó una ceja, socarrón—. Ya sabes, por el sexo.

—Pero yo no…

Justo en ese momento tocaron la puerta de la habitación. Esther estaba aterida y obnubilada por aquella posibilidad que no había sopesado. Esa hermosa posibilidad. No alcanzó a entender nada de lo que estaba sucediendo. Tan solo se dejó caer en el sillón mientras Brighton intercambiaba algunas palabras con alguien, no sabía quién, en la puerta. De pronto, sonaron regañinas en su contra por haberse colado en aquella habitación y, al término, risas cómplices.

—Hablaremos de esto después de la ceremonia —le dijo con una sonrisa que la contagió de amor, de esperanza, pero que no la sacó de su atolondrado trance.

Ella le besó por toda respuesta.

Entonces, Brighton se marchó, y Esther se llevó la mano al vientre, rogando con todas sus fuerzas para que aquello fuera real.

Un hijo. Un hijo suyo y de Brighton.

Dios del cielo, tenía tanto sentido. No había visto su regla desde… no tenía idea, pero parecía más tiempo del habitual. ¡Estaba embarazada! ¿Qué otra cosa podía ser? Estaba esperando un hijo de Brighton. Él se lo prometió… y él cumplía todas sus promesas. Todas.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que la puerta volvió a abrirse. Estaba lista para gritarle a su prometido que fuera a buscar a ese rabino, o a un sacerdote zulú, cuando la última persona que hubiera esperado ver aquel día cruzó el dintel y cerró la puerta a sus espaldas.

—Edmund —susurró ella. La sonrisa desvanecida de su rostro.

Su antiguo administrador sostenía un cariz de amargura y una mirada exhausta, la imagen de un hombre vencido tras una cruenta batalla.

—Así que ese hijo de puta lo consiguió. Te casarás con él.

Esther le miró con reparo.

—Edmund, ¿a qué has venido?

—Tenía que verlo por mí mismo —con cierto desdén, señaló su

vestido de novia, como si en lugar de un símbolo de pureza, fuese el vulgar atuendo de una prostituta—. Ay, Esther. ¿Cómo es que sigues siendo tan ingenua?

No lo decía a modo de burla, sino con un rastro de lástima, lo que le irritó mucho más.

—No me interesa lo que pienses. ¿Olvidas que traicionaste mi confianza, que traicionaste a Sebastian?

—¡Ya te dije por qué lo hice, Esther! ¡Quería salvarte de ellos! ¡Quería salvar la John Dowyer de caer en las manos de esa gente! Pero ahora veo que para ti ha sido más fácil dejárselo todo a ellos. No he sido yo quien ha traicionado a Sebastian.

—¿Cómo te atreves a acusarme? —gruñó—. Imagino que estás enterado de todo lo que ocurrió después de tu marcha. Todos me dejaron sola, todos menos Ben… y Brighton me ayudó a levantarla de nuevo. Trajo gente de Escocia, invirtió su propio dinero, se esforzó tan duro como el propio Sebastian. La destilería es tan suya como mía. Se ha ganado a pulso el derecho de ser el jefe.

—Como si eso importara…

—¡Importa, y mucho! —a ese punto Esther estaba furiosa y las manos le temblaban—. No deberías estar aquí. Creí que empezarías una nueva vida lejos de Kent con el dinero de la venta de la mercancía que sacaste del carguero. Por si aun no lo has entendido, cometiste un delito y si no te he reportado con las autoridades es porque…

—Es porque en el fondo sabes que no actué de mala fe. Nunca he dejado de estar comprometido con la John Dowyer, lady Esther. Esta compañía por la que me he desvelado y he sudado sigue siendo mi orgullo. Le fui fiel a Sebastian hasta el día de su muerte. Era su mejor amigo, ¿recuerdas?

Esther le lanzó una mirada interrogante.

—¿Entonces sabías lo de él y John…? ¿Sabías que eran más que socios?

—Por supuesto —se revolvió el cabello negro con una mano temblorosa—. Mira, hice algunos movimientos en la ciudad. Mi contacto de la aseguradora destruyó los papeles del falso naufragio del carguero. No pagarán ninguna indemnización, pero tampoco harán público el hecho. He puesto la mercancía que extraje del barco en manos de sus compradores en el continente, y ellos le pagarán a la empresa directamente. Así que todo será como lo habíamos planeado desde el principio, como si nada hubiera ocurrido.

—Has hecho lo correcto —Edmund asintió con la cabeza, pero estaba lejos de parecer satisfecho—. ¿Eso es todo lo que has venido a

decirme?

—No.

—¡Me estás retrasando, Edmund!

—He oído que el reverendo Covey está fuera de Cypress Path, así que tú y yo podremos charlar un momento de otros asuntos —el antiguo administrador de la destilería echó pestillo a la puerta. De pronto, Esther se sintió sofocada, pesa a que fuera hacía un frío cortante—. No sé cómo te has enterado de lo de John y Sebastian. Has de saber que ellos se amaban, pero Frederic Walton desaprobaba su relación; quería que su sobrino recapacitara y comenzara a actuar como un hombre.

—Conozco la historia. Brighton lo averiguó hace poco y me lo contó todo.

Edmund entornó los ojos hasta que se convirtieron en dos rendijas oscuras.

—¿En serio?

Esther asintió, resentida, consciente de que Edmund podía haberle revelado lo que sabía, pero por alguna razón no lo hizo.

—Pasé mucho tiempo desconociendo la verdad, preguntándome por qué Sebastian se comportaba conmigo como lo hacía y por qué parecía sufrir todo el tiempo. Tú lo sabías y decidiste ocultármelo.

—Esther, no es tan sencillo como piensas —masculló, ofuscado—. Debía esperar el momento adecuado. ¡Maldición! No tuve tiempo para nada. Él llegó y sencillamente lo echó todo a perder. Yo quería confesarte mis sentimientos, quería decirte todo, pero…

Alguien llamó entonces a la puerta.

—*¿Esther?*

Reconoció la voz de Sally. La joven estaba a punto de contestar, pero Edmund se llevó el dedo índice a los labios; no supo por qué razón decidió hacerle caso y callar.

—Tienes un minuto para decirme lo que sea que tengas que decir.

—Esther, escúchame. Has vivido engañada… y aun lo estás —ella se cruzó de brazos y lo observó enfurruñada—. Sé que Westbrooke y su hermana te han hecho creer que todo esto es lo mejor para la John Dowyer, pero no es así. Esa gente es peligrosa. No sabes lo que han hecho…

Sally continuaba golpeando la puerta.

—*¿Esther? ¿Estás ahí?*

—¿Qué estás diciendo, Edmund?

—¿No se te ha ocurrido qué le pasó a Sebastian?

—*¡Esther!*

—Se lanzó de la torre —balbució—. Estaba demasiado herido por la muerte de John. Había descubierto que Walton lo había mandado a asesinar. Estaba en un espantoso dilema: denunciar a su querido tío o…

Se frenó cuando Edmund sacudió la cabeza, negando todas sus elucubraciones.

—Es lo que te han hecho creer.

—¿Qué estás diciendo?

—Sebastian no era ningún cobarde. Yo lo conocía mejor que nadie, porque era su único amigo en el mundo, y sé que jamás habría puesto fin a su propia vida, ¡ni siquiera por John!

Esther hizo una mueca de confusión.

Una vez más, unos nudillos impacientes comenzaron a aporrear la puerta.

—*¡Esther!* —ahora era la tía Fern quien la llamaba desde el pasillo —. *Ábreme, por favor, cariño. El reverendo Covey acaba de llegar. Ya podemos comenzar con la ceremonia.*

Ajena a todo aquello, la joven miraba intensamente a Edmund. Pedía respuestas.

—Yo tengo una teoría.

—¿Una teoría?

—¿Sabías que Frederic Walton tenía una amante? No una de esas zorras sórdidas con las que se paseaba del brazo por Londres, una viuda respetable. Una vizcondesa —ella frunció el ceño, asimilando aquella nueva pieza de información—. Yo no tenía idea de esto, hasta que estuve en la ciudad hace unas dos semanas y me enteré por pura casualidad.

—*¿Esther? ¿Qué sucede? ¡Abre, por favor!*

El picaporte comenzó a moverse a uno y otro lado con un forcejeo metálico, pero hacía rato Esther había dejado de prestar atención a la puerta.

—La secretaria de mi contacto en la Livestock solía ser la dama de compañía de esa mujer. Escuchó la conversación que yo estaba manteniendo con Akers sobre la John Dowyer, y no tardó en advertirme que ella era una terrible persona, avara y cruel. Me dijo que fuera con cuidado. Me quedé muy curioso, así que la cité para que me contase más sobre el tema. La chica, Christy, me confesó que la

dama solía viajar a Kent, y hacía creer a todo mundo que visitaba a su amiga, lady no sé qué. Pero no era así. Pasaba temporadas completas en la mansión Walton, con él. Christy la acompañaba y a veces era testigo de conversaciones que la horrorizaban. Otras veces escuchaba tras la puerta, porque tenía la impresión de que aquellos dos tramaban algo muy oscuro.

—¿Tu sospecha está sustentada en los chismorreos de una doncella?

—¿Quién podría conocer mejor los secretos de una dama que su doncella de confianza?

La joven sacudió la cabeza.

—Eso no es una prueba.

—*¡Esther!*

Recoció la voz grave de Brighton al otro lado de la puerta y su corazón dio un vuelco. Los golpes se hicieron cada vez más rudos, por lo que supuso, eran patadas.

—Ella, lady Balfour —continuó Edmund a toda prisa—, la hermana de tu querido Westbrooke, sabía lo que estaba a punto de sucederle a John, y no hizo nada para impedirlo. ¿No te das cuenta? Era cómplice de Walton. Christy piensa que lo era. Me contó que una noche Sebastian llegó a la mansión y desenmascaró a Walton. Le acusó de la muerte de John. Pronto todo se salió de control y comenzaron una pelea. Incluso hubo uno que otro golpe… y lady Balfour estaba allí, observando. Cuando Sebastian se marchó, ella le advirtió al marqués que hiciera algo para evitar que su sobrino hablase, porque de lo contrario lo condenarían a la horca por homicidio. ¡Los dos podían ser condenados! Pero él se negaba. Aparentemente, se hallaba muy dolido por ese enfrentamiento.

—Sigue sin ser una prueba, Edmund —jadeó ella.

—Yo creo… ¡No! Estoy seguro de que ella mató a Sebastian —Esther jadeó de terror, y él, satisfecho de haber conseguido hincar la duda en su mente, continuó—. Piénsalo, ponte un solo segundo en su lugar. A lady Balfour le convenía eliminar a quien podía involucrarla en un horrendo crimen, y desde luego, le convenía poner a su hijo un escalón arriba en la línea de sucesión de Walton. Christy decía que la más grande aspiración de la vizcondesa era convertirse en lady Walton y gozar del título y las riquezas que creyó que este poseía. Piénsalo, Esther. Tanto a lady Balfour como a su hermano les beneficiaba que Sebastian pasase a mejor vida, ¿o es que piensas que él no estaba enterado de los pasos de su hermana?

—No puede ser verdad todo eso —dijo, y entonces se dio cuenta de que las manos y la voz le temblaban, y que un sudor frío le recorría la

espalda.

—Sé que muy dentro de ti lo crees. Nunca te fiaste de ella, ¿verdad? Siempre dijiste que tenía una mirada que te incomodaba, que te asustaba. Presentías que ella es una arpía, una bruja sin corazón. ¿Es esa la familia a la quieres pertenecer? —Ella no contestó. La puerta seguía siendo aporreada y una ringlera de voces alarmadas se dejaba escuchar desde el pasillo—. Te reto a que se lo preguntes de frente. Ahora. Vamos.

A Esther le dio un vuelco el estómago. Un hilillo de bilis le trepó hasta la garganta al tiempo que un espasmo la sacudió sin piedad. Se llevó las manos a la boca y se dobló justo cuando la puerta de la habitación cedía a la fuerza de las patadas de Brighton y éste se abría paso dentro con grandes zancadas.

Y entonces se desató el infierno.

Escuchó fieras acusaciones, gritos, empujones, el crujido de nudillos estrellándose contra otros huesos, muebles rompiéndose y voces alarmadas. Al mismo tiempo, cuatro brazos la tomaban bajo su protección, compadeciéndose de su estado. El hilillo de bilis que la había invadido terminó convertido en una bocanada de vómito que le asaltó la boca con un sabor ácido. Ésta salió expulsada violentamente hasta aterrizar en el suelo, salpicándole los zapatos.

La habitación se desdibujó a su alrededor, pero los sonidos de una lucha encarnizada seguían siendo vívidos. Dos voces amables pero ansiosas y atropelladas intentaban consolarla, le sostenían la cabeza y el velo de novia mientras ella, doblada sobre su propio cuerpo, descargaba el estómago dentro de una palangana que alguien le había puesto en frente.

Le costó trabajo recuperarse físicamente, pero finalmente lo hizo, pasados unos minutos. Se sintió un poco mejor cuando los espasmos se detuvieron y se secó los labios con la manga de encaje de su vestido. En su interior, no obstante, se había desencadenado otra clase de convulsión. La de la duda.

La tía Fern y Netty, que estaban al lado suyo, la miraron con una mezcla de pena y preocupación mientras se recuperaba.

—¿Estás bien, corazón? —preguntó la primera.

Esther no contestó. Se apartó de ellas con paso cansino para acercarse al desastre en el que se había convertido la habitación. El escenario de un terremoto. Al verla caminando por su propios medios, Brighton camino hasta ella rápidamente; la preocupación tatuada en su rostro. Tenía un par de cortes leves en el rostro y la solapa de su chaqué gris estaba hecha jirones. Además de eso, parecía haber salido

vencedor de la pelea. Edmund Tate, en cambio, lucía un hilillo de sangre en la comisura de la boca y un incipiente cardenal en el pómulo. Permanecía sentado en el piso, en un apartado rincón, aprovechando la tregua que su oponente parecía haberle dado.

—¿Te hizo daño…? —quiso saber Brighton con la voz teñida de zozobra.

Esther miró a su alrededor. Sally estaba detrás del conde. Su gesto era de pura tristeza. También vio al reverendo Covey, que no podía creer que aquello hubiera sucedido, y por último estaba Mabel, que permanecía atenta a lo que ella dijera.

¿Eso pensaban? ¿Qué Edmundo Tate la había agredido?

Entonces ella devolvió la mirada hacia su prometido y estudió sus ojos azules, tan parecidos a los de su hermana. *Lady Balfour*.

—No —susurró—. Vino a decirme que…

—¿Qué? —la espoleó él, mirándola ansiosamente.

Entonces la figura perversa de aquella mujer, la vizcondesa de Balfour, apareció en el espacio donde antes había estado la puerta. Le dirigió una mirada huraña, que Esther recibió con temor al principio y arrojo después. Fue entonces cuando supo que le creía a Edmund. Que

—Ah, querida Esther. ¡Que alivio que estés entera después de todo! —soltó con un sonsonete sarcástico—. De hecho, no parece que te hubiera ocurrido nada malo —La mujer ignoró la mirada de advertencia de su hermano y se adentró en la habitación sin quitarle los ojos de encima a la pálida novia—. Ahora que estamos aquí, ¿por qué no haces el favor de contarnos qué hacías encerrada con tu antiguo administrador? Creo que a todos nos gustaría escucharlo.

—Basta, Bridget —le advirtió Brighton en voz baja.

—Hermano, creo que todos aquí merecemos una explicación. Especialmente tú.

Lady Balfour dijo aquello justo cuando una horrorizada Myra asomaba en la puerta. Al lado de esta se hallaba el señor Collins, que mostraba el talante de un témpano de hielo. Pero ni siquiera la ostensible desaprobación de su madrastra y su padre consiguieron intimidarla. Esther sostuvo la mirada de la mujer con gallardía. Atisbó a Edmund, que se ponía de pie y le lanzaba una mirada retadora.

Bridget bufó, apresurándola, y entonces Esther reunió el valor para hablar.

—Lady Balfour, quizá sea usted quien deba ofrecer una explicación.

La vizcondesa frunció el ceño con rudeza, pero luego la observó con cierto asombro y diversión.

—¿Yo? ¿Y sobre qué debería explicarme, lady Esther?

—Sobre la muerte de John Dowyer —La mujer se puso rígida. Todo rastro de diversión abandonó su faz. Ella, que siempre tenía en la punta de la lengua una frase punzante, un dardo de sarcasmo dispuesto a clavarse sobre el objeto de su aversión, se quedó callada. Esther vio aquello como una oportunidad para continuar—. El hombre que Walton hizo asesinar. Walton, su *amante*, milady.

Lady Balfour emitió un respingo quejumbroso, pero le sostuvo la mirada. Esther no fue consciente del momento en que Sally se esmeraba en sacar a todo el mundo de la habitación pues, aquello parecía un asunto demasiado escabroso como para tratar frente a aquella bandada de curiosos.

—Esther, ¿de qué diantres estás hablando? —murmuró Brighton, pero ella apenas le escuchó. Sus ojos estaban posados en la mujer que tenía delante, que se esforzaba denodadamente en conservar la dignidad—. Bridget no sabe…

—¿Lo planearon juntos? —insistió la joven con voz rota y la rabia recrudeciendo en su interior, una vez que descubrió la verdad en la mirada de aquella mujer—. ¿Le ayudó usted a dar con la forma más adecuada de acabar con la vida de un muchacho cuyo único mal fue querer a otro hombre? —Lady Balfour apretó la mandíbula, pero jamás apartó la mirada—. Dígame, ¿por qué no impidió que Walton cometiera esa monstruosidad? Es porque usted también lo quería muerto, ¿no es así?

—¿Esa patraña fue lo que Tate vino a decirte? —gruñó Brighton, que observó con saña al antiguo administrador de la destilería. Edmund permanecía en un silencio conspirador—. ¿Cómo es que le crees a esta sabandija? ¿No te das cuenta de que te está mintiendo? ¡Ha venido a arruinar nuestra boda!

—¿Por qué no esperamos a que tu hermana nos lo confirme? —dijo Esther, percibiendo la humedad en sus ojos—. Adelante, lady Balfour.

—Esther, ¡Bridget no sabe lo que Walton hizo! No hemos hablado de eso.

—Lo sabía —lo contradijo ésta con voz solemne. Entonces Brighton palideció—. Pero no le ayudé a planearlo como piensas, tampoco hice nada para hacerlo cambiar de parecer. Lo admito. No era mi asunto.

Esther resopló ante su ligereza.

—¿No era su asunto? ¡Era la vida de un hombre! ¡De un inocente!

—Has estado casada, muchacha —entornó los ojos, mirándola con resquemor y una increíble soberbia—. Deberías conocer la sensación

de tener a tu lado a un hombre y saber que, sin importar lo que hagas o digas, él jamás te tomará en cuenta. ¿Para qué iba a hacer el intento de convencerlo de que Sebastian estaba mejor compartiendo la cama con su socio? Walton hacía lo que le venía en gana.

—¡Debió prevenirlo! Debió decírselo a Sebastian para que…

—¿Y ser el objeto de la ira del hombre poderoso? —resopló con desdén—. No sabes lo que dices, muchachita ingenua. Para ti es tan fácil como hablar a la policía y salvarle la vida a alguien, pero no sabes nada. Walton tenía influencias. ¿Crees que John Dowyer era la única víctima en su haber? Tenía unos cuantos muertos desde la juventud y fue tan hábil que eludió la horca en todas las ocasiones. Si yo hubiera hablado quizás ahora estaría en el panteón.

—¿Y qué me dice de Sebastian? —El ceño de lady Balfour se profundizó—. ¿La vida de mi difundo marido tampoco era su asunto?

—No sé adónde quieres llegar.

—¿Qué le pasó? Sé que él había descubierto la verdad.

—¡Se suicidó! —la miró como si fuera ella estúpida—. ¿Sabes lo que es eso, Esther, o acaso la idea de que un hombre pueda lanzarse desde una torre por decisión propia lastima tu sensibilidad?

—Solía pensarlo, pero he cambiado de parecer, lady Balfour. Creo que a Sebastian lo asesinaron.

Esther sintió que una mano poderosa le rodeaba el brazo con calibrada fuerza.

—Suficiente —le gruñó Brighton—, hablaremos de esto en casa.

—¡No me iré de aquí! —respondió mientras se zafaba del agarre—. ¿No has escuchado todo lo que ha dicho? Ella lo sabía.

—Lo he escuchado, pero no discutiremos esto en una iglesia.

—¿Por qué no? ¿Le darás tiempo para que invente una mentira? —Brighton guardó silencio, y ella se volvió para taladrar con los ojos a la interpelada—. ¿Qué le pasó a Sebastian, lady Balfour? ¡Quiero la verdad!

—No creerás que Walton mató a su sobrino, ¿verdad? —dijo la vizcondesa con un matiz de burla—. Sebastian era todo para Frederic. Era la única cosa sagrada que había en su vida. Jamás le habría hecho daño, y no lo digo para defenderlo.

—No estoy diciendo eso, *Bridget* —recalcó su nombre con inquina.

—¿Por qué no hablas con claridad entonces?

Ella le clavó una mirada inquisidora.

—¿Lo mató usted?

La mujer abrió los ojos como platos. El asombro y el terror se fundieron en sus hermosas facciones, esas facciones que tenían una perfecta versión masculina, para su completa desazón.

—¡Maldita sea, Esther! —gritó él, fuera de sí, volviendo a tomarla del brazo, esta vez sin ninguna delicadeza—. ¡Ya basta! Estás cruzando la línea.

—¿Quería evitar que Sebastian delatara a Walton y en consecuencia a usted por ser su cómplice…? —continuó ella, sin prestar atención a su colérico prometido—. ¿O simplemente estaba aprovechando la oportunidad para eliminar todos los estorbos del camino y procurarle a su hijo un título de marqués?

Un silencio lapidario cayó sobre la habitación. Esther fue consciente del momento en que Brighton deshacía su agarre y daba un paso atrás, pero ella estaba decidida a continuar. John merecía justicia, al igual que Sebastian.

—¡Te equivocas! —gruñó Bridget—. He admitido que estaba enterada de lo que le sucedió a John Dowyer, pero yo no soy tan desalmada como para matar a un ser humano, Esther. No puedes acusarme de algo tan grave sin una sola prueba. ¿Qué dirías si yo te culpase a ti del mismo hecho? Después de todo te casaste sin amor, fuiste obligada por tu padre a contraer matrimonio. ¿Por qué es ilógico pensar que deseabas deshacerte de Sebastian y convertirte en una viuda rica?

La joven apretó los dientes.

—¡Deje de evadir mi pregunta!

—¡No lo hice! —insistió lady Balfour—. Si alguien puso fin a la vida de Sebastian no fui yo, ni nadie que yo haya enviado, ¿me entiendes? ¡Estás delirando, muchacha! Te has dejado envenenar la mente por este resentido, a quien ni siquiera conozco —echó un vistazo desdeñoso a Edmund Tate, que los observaba a todos con la serenidad de un dios vengativo—. O quizá solo estás buscando una excusa para acabar con esta boda y quedarte con él. Ya mi hermano no te sirve de nada, ¿verdad?

Además de ellos cuatro, no había nadie en habitación pues, Sally se había encargado de conducir a todos los curiosos fuera de aquel pandemónium.

Esther se volvió para mirar a su prometido, que a su vez la observaba con un gesto inefable. Entonces se preguntó dolorosamente si él le había dicho la verdad desde el principio… o si no había alterado la historia de Judy Dowyer para proteger a su hermana.

¿Y si él había intervenido de algún modo en la muerte de

Sebastian?

«¿Esta es la familia a la que quieres pertenecer?».

Aquel pensamiento minaba su mente mientras se acercaba a él con lentitud. El corazón le latía con fuerza y las manos le temblaban, pero cada partícula de su ser clamaba por la verdad, sea cual fuere.

—¿Tú lo…? —jadeó, con el subidón de las náuseas en la garganta. Quizá no estaba del todo preparada para la verdad—. ¿Tú lo sabías?

—¿Saber qué, Esther? —bufó con rabia.

—Dímelo, Brighton. ¿La estás protegiendo? ¿Eres culpable como ella?

Entonces él le miró de tal forma que la aterrorizó. Esther sintió que todos los vellos de su cuerpo se erizaban y que, de algún modo, lo peor acababa de desencadenarse.

—¿Qué es lo que quieres oír? ¿Que mi hermana me envió a que empujase a Sebastian al vacío? ¿Qué somos un par de criminales y codiciosos determinados a quitarte todo lo que posees? —sus palabras llevaban la fuerza y la nocividad de las balas—. Créelo. Tal vez eso es lo que siempre has creído.

Ella se le quedó mirando, sin poder formar una frase coherente pues su pecho estaba encogido y su garganta, invadida por espasmos.

—¡Brighton, salgamos de aquí! —soltó Bridget—. Jamás me había sentido más insultada en toda mi vida y supongo que pasa lo mismo contigo.

La mujer caminó con paso orgulloso hasta el dintel de la puerta y allí esperó a que su hermano la siguiera. Éste seguía enfrascado en un duelo de miradas con Esther, dos miradas que reflejaban el clamor de un par de almas rotas, esperando en plena agonía a que la otra diera el siguiente paso, que retirara sus palabras, que mostrara indulgencia y que, por obra de Dios, todo volviese a la normalidad. Pero el orgullo había tomado el lugar dejado por la sensatez y parecía ofrecerles a ambos una protección engañosa.

—¿Brighton…? —insistió lady Balfour con voz cortante.

—Adiós, lady Esther. Ya tienes de mí lo que tanto has deseado —le dijo el conde, echando un vistazo lacónico a su vientre, para que ella supiera que no solo se refería a la destilería. Esther llevó hasta allí su mano por acto reflejo y una tristeza sofocante la abrazó de lleno. Se dio cuenta, por el ardor en sus ojos, que las lágrimas los habían anegado—. Fue un placer servirte.

Y con aquella declaración se marchó, dejándola jadeante y aturdida en una habitación que empezaba a desvanecerse y donde no podía

diferenciar entre el techo y el suelo. El rostro de Edmund Tate fue lo último que vio antes de que su conciencia se redujera a una insoportable negrura.

Capítulo 18

Bridget descorrió las cortinas del dormitorio de su hermano, dejando que un cúmulo de columnas de luz bañaran aquellas aciagas penumbras. La primera reacción de él, que se hallaba aun tendido en la cama —a pesar de que casi era mediodía— fue un quejido grave y lo que parecía una imprecación murmurada.

—Brighton, levántate por favor.

—Vete al diablo —replicó éste, cubriéndose los ojos con la almohada.

—No has comido nada…

—¡Que te vayas al diablo he dicho!

La habitación estaba hecha un asco. Había ropas y objetos desperdigados por doquier, y una botella de John Dowyer hecha pedazos junto a la chimenea. Su contenido había empapado la alfombra y el piso de mármol con un charco dorado. Un leve tufo a vómito flotaba en el aire.

Bridget se compadeció de él. Maldijo la hora en que le pidió que fuese a la destilería John Dowyer para encargarse de un asunto que solo le competía a ella. Era su culpa, se dijo en silencio, atacada por una oleada de remordimiento. Debió haber imaginado que aquella chiquilla idiota acabaría rompiéndole el corazón a su hermano. Después de todo, nadie le conocía mejor que ella. Nadie podía intuir que detrás de esa fachada de dandi frívolo y licencioso se hallaba un chico sensible, igual que sus hijos Aaron y Kenneth.

—He hecho arreglos para que salgamos esta misma tarde a Londres —dijo mientras recogía la botella rota y los cristales. Esperaba una furiosa oposición a su anuncio, pero él no dijo nada. Ni siquiera se inmutó cuando la vio hincándose para hacer el trabajo de los criados, lo que en otras circunstancias le habría hecho soltar uno de sus comentarios sarcásticos—. Así podremos estar en casa para Año Nuevo. Todos juntos. Será maravilloso. Te sentirás mejor cuando estemos allá… —siseó, tratando de esbozar una sonrisa ficticia. Él le lanzó una mirada colérica que echó por tierra su intención de animarlo. Entonces Bridget depositó la botella y los filosos cristales en el cubo donde se ponía la basura—. Valentine te traerá algo de comer y unos polvos para la resaca. Te ves terrible.

Brighton lucía una palidez enfermiza. Allí, tumbado, parecía tener al menos cien años. Sus ojos azules estaban apagados y surcados por una tristeza insondable, la que aquella mujer le había provocado con

sus absurdas acusaciones.

Después de que dejaran la pequeña iglesia de Cypress Path, Brighton, fuera de sí, se había negado a comer o a hablar con nadie y se había refugiado en aquella habitación. Su única compañía, por lo visto, había sido la botella de whiskey, pero Bridget dudaba que le hubiera dado un sorbo. Ni siquiera podía imaginar la dimensión de su dolor, de su decepción.

Había ocurrido lo mejor, se dijo ella en su fuero interno.

Pero, aun así, nunca creyó que extrañaría tanto el carácter ligero de su hermano, sus bromas y comentarios impertinentes que a menudo la irritaban. Su vitalidad. Era como si no fuera él mismo, y aquello le asustaba.

—Vamos, querido —le pidió con delicadeza—. Levántate.

—No quiero verte —masculló él—. Y no quiero que me veas.

Sintió un gigantesco acceso de ternura por él. Ternura y tristeza.

—¡Oh, Brighton! Puedes ser tú mismo conmigo. Soy tu hermana.

—Mi hermana, pero sigues comportándote como mi madre.

Bridget suspiró y tomó asiento en una butaca situada junto a la cama.

—Como sea, me importas —susurró—. Tienes que olvidarla, Brighton. Yo te lo advertí, ¿recuerdas? Siempre supe que ella no era buena para ti. Anda, tómate el tiempo que te haga falta; si quieres hacer un viaje, adelante. Has logrado cosas admirables en las empresas Walton y podemos permitirnos contratar al mejor administrador de Inglaterra para que se haga cargo en adelante. Una vez dijiste que tenías ganas de navegar el mediterráneo y llegar hasta Grecia, ¿recuerdas? ¿Por qué no lo haces después de Año Nuevo? Te hará bien alejarte un tiempo. Quizá conozcas a una mujer que… —Él, que había estado observando el techo con gesto ausente, le dirigió una mirada rebosante de hostilidad, y ella se replegó—. Brighton, lamento mucho que todo esto haya pasado, pero ya no podemos cambiar las cosas.

—No, no podemos —fue la seca respuesta que le dirigió mientras se incorporaba enfurruñado—. No podemos cambiar el hecho de que ella piensa que somos un par de asesinos sin escrúpulos, además de ladrones, por supuesto.

—Desconozco de dónde ha sacado ese hombre semejante patraña y por qué ella le ha creído —Bridget tragó saliva. Necesitaba escucharlo. Necesitaba comprobar que las cosas que el administrador de la John Dowyer había dicho no habían calado en la mente de su hermano—.

Brighton… tú me crees, ¿verdad?

El aludido no habló por un largo minuto, y el corazón de Bridget golpeteaba contra su pecho con una angustia apenas tolerable.

—Ensuciarte las manos con sangre no parece tu estilo —dijo al fin.

Ella frunció los labios, pero un alivio colosal la había inundado. Su hermano le creía. Su temor más grande era que diera por hecho que había cometido la monstruosidad de matar a lord Sebastian.

Lady Balfour, una asesina, nada más y nada menos, pensó con fastidio.

—¿No vas a preguntarme por qué no te conté lo de Walton?

Brighton, apático, se encogió de hombros y se levantó de la cama. Todavía llevaba puesto el vestuario que había usado para aquella desastrosa boda, excepto por los zapatos, el chaqué y el chaleco, que reposaban en el suelo.

—No es mi asunto. Las viudas tienen permitido guardar secretos, ¿no es así?

—Te lo diré de todos modos —se enderezó en la silla—. Estaba avergonzada. Siempre fui consciente de que Walton jamás se casaría, ni siquiera conmigo, y que tarde o temprano lo que teníamos terminaría, así que lo mantuve en secreto. ¿Te imaginas? Yo, la viuda de Balfour, con un calavera legendario como Walton —soltó una risotada nerviosa—. La sola idea es ridícula.

»Lo de la… muerte de John Dowyer coincidió con una de mis visitas a esta casa. Admito que no hice nada más que asentir a todo lo que Frederic decía sobre el tema —cerró los ojos un segundo—. Sé que eso significa que no soy una buena persona, Brighton, pero tampoco me convierte en cómplice de un asesinato. Y jamás… jamás dañaría a alguien…

—Esther está esperando un hijo mío.

Bridget abrió los ojos como platos, sacudida por aquella noticia.

—¡Oh, por Dios! ¿Estás seguro? —balbució, poniéndose de pie.

Un hijo, por todos los cielos.

Él no respondió.

—Supongo que debo olvidarme de él también —suspiró, anegado de dolor; un dolor que Bridget sintió como suyo—. No querrá que me le acerque nunca más. Ha de preferir que crezca como un bastardo a que lleve mi apellido.

—Cariño, no digas eso. Ese niño nuestra sangre, ¡es un Sheffield!

—¿No lo entiendes? —le miró con una dureza que jamás le habría

atribuido—. Esther piensa lo peor de mí. Siempre lo ha pensado. Para ella no soy más que un lacayo tuyo cuyo único objetivo ha sido seducirla y quitarle todo lo que tiene. Después de lo que Tate le contó, jamás me perdonará.

—Pero… tú no sabías nada de mí y de Walton. ¡Y desde luego que ninguno de los dos hicimos nada para dañar a Sebastian!

—¿Qué más da?

—¿Eso es todo lo que dirás? —gruñó—. ¿No vas a pelear por tu hijo?

—¡Se acabó, Bridget! —soltó, furioso—. No quiero forzarla a nada en este momento. Está embarazada y cualquier cosa que haga podría lastimarla.

—¿Y acaso ella no te ha lastimado?

Chasqueó la lengua.

—Nos iremos hoy a Londres. Tal como lo planeaste.

—Pero…

—No necesitamos un administrador. ¿Para qué tirar el dinero cuando tienes mano de obra gratuita de tu propia sangre? —dijo, haciendo un despliegue de tóxico sarcasmo—. Seguiré haciéndome cargo de todo hasta que Aaron tenga la edad suficiente para decidir. Y si para entonces resuelve que ya no le soy útil, me jubilaré y me iré a vivir a un bosque, como un jodido ermitaño.

Alguien llamó a la puerta. Era un mozo, que traía el desayuno y los polvos para la resaca que ella había solicitado.

—Si me disculpas, querida hermana —dijo con rudeza—. Tengo que prepararme para el viaje.

Bridget intentó protestar, pero terminó cediendo. Al menos había conseguido que abandonara aquel estado de letargo en el que había permanecido las últimas horas. Abandonó la habitación atormentada por aquella nueva veta sarcástica y destructiva de su hermano, pero no tanto como por la revelación del hijo que Esther estaba esperando. *Santo Dios*, un hijo de Brighton. Su sobrino.

Aquello cambiaba las cosas.

—Madre —Bridget se volvió para mirar a su hijo Aaron, que mostraba un gesto de preocupación—. ¿Puedo entrar a hablar con el tío Brighton?

—Tu tío ha pedido no ser molestado. Todavía está muy mal por lo que le hizo esa mujer, y no es para menos.

El muchacho echó una mirada ansiosa a la puerta del dormitorio.

—¿Entonces no habrá boda?

—Por supuesto que no, querido. Lord Westbrooke y lady Esther se han peleado para siempre. Volveremos a Londres esta misma tarde y no nos quedará más que olvidar este asunto y continuar con nuestras vidas.

La vizcondesa sonrió y le acarició cabellera, como cuando era más pequeño y le hacía preguntas inocentes que ella respondía lacónicamente. Se alejó por el pasillo y descendió por las escaleras, con su hijo a la zaga.

—Escuché toda la conversación. Estaba detrás de la puerta.

Bridget se detuvo. Lo miró espantada.

—¿En serio?

Aaron asintió con la cabeza.

—No estoy sorprendido —dijo, levantando los hombros con despreocupación—. Sabía sobre el otro lord Walton y tú. No soy idiota, madre. Pero yo también te creo. Lady Esther está equivocada con respecto a nosotros y alguien tiene que hacerla entrar en razón.

La vizcondesa suspiró de alivio y continuó descendiendo para evitar la mirada de su hijo, que le pisaba los talones.

—Ya sabes que no me gusta que escuches conversaciones detrás de las puertas. Es una costumbre de criados.

—¿Irás a verla?

—¿A quién?

—¡A lady Esther!

—¿Has perdido la razón, Aaron? Esa mujer está convencida de que somos una banda de criminales. Ni siquiera me dejará pasar de la puerta de Allington Manor.

—Eso no lo sabrás hasta que estés ahí.

Bridget sacudió la cabeza con incredulidad.

—No sabes lo que estás pidiéndome.

—Hazlo por el tío Brighton —alzó la voz—. Está sufriendo por ella, ¿es que acaso no lo ves? Ve a verla y dile que está equivocada.

—Querido, hay cosas que entenderás cuando seas mayor —lo obsequió con una sonrisa forzada, con la que pretendía apaciguar su testarudez—. Como sea, debemos prepararnos para tomar el tren de las cinco.

—¿Irnos? —Aaron abrió los ojos desmesuradamente—. No deberíamos irnos dejando las cosas como están.

—Ya escuchaste a tu tío. Está decidido a marcharse y debemos respetar su decisión.

Cuando llegaron al pie de la escalera, Bridget intentó ignorar a su hijo, que no hacía más que poner ideas irrazonables en su cabeza. Se encontró con Ana, la niñera, que llevaba a sus dos hijos más pequeños prendados de cada brazo. Le impartió una serie de órdenes relacionadas con su viaje. Seguidamente atendió a un par de sirvientes que había convocado en el vestíbulo. Cuando Brighton, los niños y ella dejasen Cypress Path, la mansión quedaría en el abandono, igual que antes de que enviase a su hermano a cumplir con la tarea de manejar el rumbo de las empresas Walton. Ante esta perspectiva, debía de poner algunas cosas en orden.

—Nadie va a marcharse de aquí hoy.

Bridget, los niños y los criados se volvieron inquietos ante el sonido de una voz enérgica, que arrastraba consigo la vena de poder de sus antepasados. Aaron Perry, marqués de Walton y vizconde de Balfour, se había cruzado de brazos y miraba a su madre con talante desafiante. Detrás de él, Valentine descendía las escaleras con lentitud sin dejar de contemplar la escena.

—Hijo —dijo la vizcondesa con indulgencia—. Ya lo has escuchado. Decidimos que nos iremos a casa esta tarde. He mandado a preparar nuestro vagón, y el equipaje. ¿No te gustaría pasar el Año Nuevo en casa?

—No nos iremos hasta que hayas ido a hablar con lady Esther y arregles este asunto, madre.

—Pero Aaron.

—¡No voy a repetirlo! —soltó y después echó una mirada autoritaria a los sirvientes—. Olviden todo lo que les haya dicho lady Balfour. Nos quedaremos en Walton Manor, al menos por el momento.

—Sí, milord —dijeron al unísono mientras le dedicaban una reverencia al marqués, para completa consternación de Bridget.

—Esta es nuestra casa, nos guste o no.

Bridget todavía recordaba la actitud altanera de su hijo, la manera cómo le había desobedecido y desafiado delante de los sirvientes, cuando el coche la llevaba a través de los campos cobijados por un vasto manto de nieve, rumbo a Allington Manor. Aaron jamás se había comportado de esa manera, pero era cuestión de tiempo para que empezara a hacerlo. Después de todo, se hacía mayor y era un marqués, nada más y nada menos. La arrogancia estaba en sus genes. Ella había aprendido por las malas que, con la madurez venía el

desapego, la soledad y el abandono. Había preferido no pensar en aquel asunto, pero ahora sentía que no podía retener más tiempo a su hijo. Saber que iba a perderlo a él, igual que había perdido a su hermano Brighton, la destrozaba.

Cuando sus padres murieron, Bridget se había dado a la tarea de mantener a aquella familia unida. Con tan solo doce años, había empezado a creer que la esencia de un hogar iba mucho más allá de las propiedades. No había tenido más alternativa pues, su adorada casa de Guilford había sido vendida, y desde entonces tan solo había conocido frías estancias de alquiler. Su única familia, su único hogar era su hermano, demasiado pequeño e inocente para comprender que, en un mundo cruel como ese, ellos solo se tenían el uno al otro. Entonces, Bridget se dedicó a cuidar de él como una madre. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era un niño.

Pero aquello no resultó como esperaba. Apenas Brighton se hizo independiente, voló de su lado para hacer su propia vida. Bridget había quedado a un lado, de nuevo sola, confiando en que un matrimonio a la tierna edad de diecinueve pudiera devolverle aquella sensación de seguridad que había perdido a los doce.

Con el nacimiento de sus tres hijos había conseguido llenar en parte ese vacío, pero seguía extrañando a su hermano. Su descarriado y desapegado Brighton.

Llegada a las puertas de Allington Manor, fue recibida por una criada que abrió los ojos como platos nada más verla. La mujer la hizo pasar mientras anunciaba a la viuda que tenía visita. No hizo falta esperar demasiado pues, al cabo de unos minutos, la tía de lady Esther, una mujer madura y de mirada ponzoñosa, apareció en vestíbulo… quizá para despacharla en el acto.

—Lady Balfour, ¿a qué debemos esta… inesperada visita? —quiso saber la dama con marcada frialdad.

—Señora… Jennings —acertó a adivinar, sorprendentemente—. He venido a hablar con lady Esther, si no le importa.

—De hecho, me importa, milady. Mi sobrina está aún muy afectada por lo que sucedió ayer durante lo que pensamos sería una hermosa boda.

—Todos lo estamos, señora —sonrió sin humor—. Incluso yo lo estoy. No olvide que he tenido que lidiar con una acusación criminal, infundada, desde luego. Y aun así me he tomado la molestia de venir a hablar con su sobrina.

—Siempre y cuando no sea para seguir atormentándola…

—¿Atormentándola? —jadeó consternada, deseando darle un

pellizco a su hijo por ponerla en aquella situación—. Señora Jennings, no tengo intenciones de atormentar a nadie… más de lo que han atormentado a mi hermano, o a mí. Le aseguro que mantendré con lady Esther una conversación de lo más civilizada.

Después de pensárselo un instante, la mujer relajó el semblante, pero continuó mirándola con prudencia. Bridget puso los ojos en blanco, debatiéndose entre seguir allí o dar media vuelta y regresar a casa. Aun estaba a tiempo de tomar ese tren a Londres. Pero, de inmediato supo que quería quedarse y averiguar hasta dónde la llevaría aquella insospechada misión que le había encomendado su hijo.

La señora Jennings la invitó a acompañarla escaleras arriba.

Al cabo de un momento, la había hecho pasar a un saloncito decorado en un estilo bucólicamente femenino. Y allí, de pie junto a la chimenea encendida, estaba ella.

Lady Esther mostraba un aspecto muy similar al de su hermano. Los ojos, de un verde bonito pero apagado, lucían pequeñas líneas rosáceas alrededor y bolsas por debajo de los párpados, como si hubiera llorado a mares las últimas veinticuatro horas. Su piel estaba pálida y carente de vida, al igual que el cabello, opaco y entrelazado en una trenza. Vestía sus habituales ropajes de viuda; una blusa cerrada en el cuello con un camafeo antiquísimo. Era una pena, pensó Bridget, que una joven tan bella estuviera obligada a vestir de negro, cuando el mundo estaba repleto de vestidos hermosos; vestidos que la mayoría de las mujeres no sabían llenar. Entonces, Esther le recordó a sí misma, cuando Paul había muerto.

La señora Jennings le dijo algo al oído a la anfitriona. Inmediatamente después, se marchó, no sin antes prevenir a Bridget con una mirada hosca e innecesaria.

—Supongo que viene por la sortija —dijo Esther con una voz aguda, que se debatía entre el orgullo y el dolor, cuando se hallaron a solas.

Bridget tardó en comprender sus palabras, hasta que ella se llevó una mano a la otra para acariciar la magnífica piedra rosada que engalanaba uno de sus pálidos dedos. La sortija que había visto a su madre usar en un puñado de ocasiones.

—Por Dios, no. En realidad… había olvidado por completo esa joya.

Esther la miró, confundida.

—¿Entonces…?

—Entonces —repitió, debatiéndose entre continuar con aquella

empresa o darse media vuelta, regresar a Walton Manor y convencer a su hermano de que nunca más volviera a poner un pie en Cypress Path —. Quiero preguntarte si realmente amas a mi hermano, Esther.

—Lo amo… con todo el corazón.

Confesó con extraordinaria vehemencia.

—Entonces ¿por qué demonios lo has acusado de homicidio en la iglesia donde se suponía que te casarías con él?

—Yo no… —sollozó, dejándose caer en un sillón, como una muñeca de trapo—. No sé qué me poseyó para hacer tal cosa. Solo… le creí a Edmund Tate.

—Al antiguo administrador de la destilería, el mismo que te estafó una importante carga, según sé. Ese hombre es el merecedor de tu credibilidad, y no mi hermano, el hombre que has escogido como esposo.

Ella tragó saliva y le miró intensamente.

—Sé que estuvo mal, no debí escucharlo… o quizá… no debí haber manifestado mis dudas allí, en ese momento.

—¿Tus dudas? ¿Aun crees que somos un par de homicidas?

—Lady Balfour, sigo sin poder comprender por qué usted no hizo nada para ayudar a John Dowyer. Creo que ya nunca lo comprenderé. Pero no tengo pruebas para acusarla de la muerte de Sebastian.

—Vaya, pues quizá deba darte las gracias por tanta consideración.

—En cuanto a Brighton… —suspiró— confío en él. Tiene sentido que nunca haya estado enterado de su relación con Walton, sé que él me lo habría dicho de haberlo sabido. Lo he pensado mucho. Este último día no he hecho más que pensar en lo que sucedió y lamentar todo lo que hice y dije. Sé que me comporté como una demente y estoy muy arrepentida.

—Arruinaste tu boda. Hiciste miserable a mi hermano. Decidiste creer en la palabra de un advenedizo.

—Lo sé —sollozó—. *Oh, Dios.* Lo sé.

Bridget no se inmutó ante su llanto.

—Si realmente lo lamentas, ¿por qué no te has presentado en Walton Manor?

—Él debe odiarme por todo lo que pasó. Y no lo culpo.

Bridget guardó silencio, indecisa.

—¿Es cierto que estás esperando un hijo?

Ella asintió con la cabeza.

—El médico lo ha confirmado hoy.

Cerró los ojos, presa de un espantoso dilema.

—Escúchame bien, lady Esther —su rostro adoptó una máscara de frialdad y resolución—. No estoy obligada a darte detalles ni explicaciones sobre mi vida. Solo diré esto una vez más y espero que sea suficiente para ti: Yo no habría podido evitar que Frederic cometiera la atrocidad que cometió contra John Dowyer. Solo era su mujer, una más, sin voz ni poder sobre él. Por eso ni siquiera intenté evitar que atentara contra ese muchacho. Quizá yo también estaría muerta ahora si me hubiera atrevido siquiera. Tampoco he hecho nada en contra de Sebastian. El hecho de que su muerte permitiera el ascenso de mi hijo no me convierte en su asesina. Sebastian se arrojó de la torre. Estaba desquiciado cuando fue a reclamarle a Walton lo que había hecho, se sentía traicionado, herido de muerte. Le pedí a Frederic que hiciera algo por él, que no dejase que marchar así, pero él también estaba destrozado… —suspiró—. Simplemente sucedió, Esther. Sucedió.

La joven, que le había escuchado en silencio, se secó un par de lágrimas.

—Brighton me habló de su madre, de su hermano. Ambos viven en la pobreza absoluta. Cuando se decidan a venir a vivir a Cypress Path les asignaremos una parte de las ganancias. Es lo menos que merecen.

—Es muy generoso de tu parte.

—Fue idea de Brighton, y yo estoy de acuerdo.

Se hizo un breve silencio reflexivo.

—Esther… mi hermano ha decidido dejar el condado esta misma tarde.

Lady Esther pareció congelarse. Su rostro se sumió en una tristeza más profunda, si cabía.

—¿Se… irá? —balbució.

Entonces, Bridget fue consciente del poder que tenía entre sus manos. El destino había querido que ella estuviese en medio de aquella disputa de orgullo, de ese drama de amor novelesco. Sería tan fácil terminar de desbaratarlo todo, le susurró una vocecilla malvada al oído. Sería tan simple decir una mentira, sembrar una duda en la mente de aquella muchacha y conseguir que se alejara de Brighton para siempre. Una parte de su ser insistía en que ella no le merecía después de haberlo despreciado, después de haberle roto el corazón. Y Dios sabía que ella le había advertido que jamás se atreviera a lastimarlo.

Pero aun así…

Suspiró, atravesada por un ataque de consciencia, de claridad y de sensatez. Pensó en su hermano y se puso en sus zapatos por instante. La sensación le desagradó, pero de inmediato supo lo que tenía que hacer.

—Se irá, Esther… —y lo siguiente que dijo le costó una barbaridad —. Se irá, a menos que tú lo detengas.

La muchacha le dedicó una mirada veloz, donde la esperanza, la duda y el temor convergían.

—¿Por qué me dice esto? Sé que no le agrado.

—Te lo digo porque lo único que deseo es que mi hermano tenga una familia, que vuelva a ser el mismo, que sea feliz. Y aunque detesto admitirlo, estoy convencida de que solo podrá serlo contigo, Esther. Brighton está loco por ti. Contigo es él mismo y al mismo tiempo una versión más elevada, más humana y sensible. Es todo lo contrario al egoísmo. Nunca le vi así por ninguna mujer. Y créeme, cariño, ha tenido un montón —su declaración hizo que Esther frunciera el ceño —. Vaya, no debí haber dicho eso. Como sea, no lo dejes ir.

Esther sacudió la cabeza y acertó a sonreírle. El color parecía haber regresado a sus pálidas mejillas.

—Gracias, lady Balfour. Sé que no ha de ser sencillo para usted.

—No, querida —suspiró sarcástica—. De hecho, no ha sido idea mía. Me ha enviado mi hijo.

—¿Lord Walton? —preguntó asombrada y llena de gratitud.

Bridget asintió.

—Durante mi primer embarazo también actué como una demente, pero eso no durará los nueves meses, así que no te preocupes demasiado —se encogió de hombros, sintiendo una oleada de simpatía hacia esa muchacha que hasta hace unos minutos había querido mantener alejada de su familia para siempre—. Vamos, querida, sécate esas lágrimas y piensa en tu próxima jugada. El tiempo se te acaba.

Esther hizo lo que Bridget le pedía y le dedicó una pequeña sonrisa.

Tras despedirse de su cuñada, la vizcondesa abandonó la mansión, invadida por una inesperada sensación de paz interna, como no había sentido en años.

Sonrió para sí misma.

Después de aquel día, que nadie se atreviera de decirle que era una mala persona o que era incapaz de hacer un acto de amor fraternal, porque recién acaba de realizar el más importante, el que iba en

contra de sus propios deseos.

Capítulo 19

Las tardes de invierno, tan fugaces e inclementes, siempre le habían hecho sentir decaído. La luz solar se extinguía con tal rapidez que a veces le parecía una apología a la vida misma, al tiempo perdido, a la brevedad de la existencia de un hombre en el mundo… y también a la facilidad con la que las cosas bellas pueden desvanecerse al primer roce con la realidad. Le recordaba que todo podía cambiar en cuestión de segundos; la confianza se rompía, el amor se tonaba en odio, la esperanza en desengaño.

Aquel atardecer fue el más triste que podía recordar, pero debía confrontarlo con un poco de dignidad, se dijo haciendo un esfuerzo por despertar el coraje del que carecía del todo. Se despidió de su hermana y sobrinos —quienes prácticamente le rogaron que se quedara—, subió al carruaje y se alejó de allí sin mirar atrás. No estaba dispuesto a combatir la tentación constante de ir a verla, no deseaba ponérselo tan fácil. Evitaría a toda costa que aquella mujer volviera a azotarlo con sus palabras, con sus dudas, con sus calumnias.

El lacayo, con la ayuda de un muchacho de aspecto humilde que había brotado del edificio de dos pisos, se encargó de movilizar el equipaje. Rápidamente se sumergieron en el caos de la estación, coronado por una bóveda de cristales y metal. Una mezcolanza de sonidos, aromas y coloridas visiones se abrieron delante de él, pero Brighton solo podía percibir como grises y las voces que escuchaba carecían de sentido para él.

Como el Año Nuevo estaba a la vuelta de la esquina, la estación se hallaba repleta de viajantes envueltos en sus atuendos de invierno. Imaginó que aquellas personas soñaban con reunirse con sus seres queridos mientras que él, por el contrario, buscaba poner distancia con ellos.

Se movía por inercia a través del estrecho y congestionado espacio, sin prestar atención a las miradas curiosas que la gente le lanzaba al pasar. En Cypress Path se comentaba que lord Westbrooke y lady Esther habían cancelado su boda unos minutos antes de que ésta tuviera lugar. Se murmuraba que la dama, atacada por la nostalgia que sentía por su difunto marido, se había arrepentido; otros daban por sentado que lord Westbrooke había sido descubierto tramando un desalmado plan para apoderarse de la John Dowyer y dejar a la joven viuda desamparada. No sabía qué otras necedades decía la gente con el único fin de entretenerse con la desgracia ajena, pero estaba seguro de que no deseaba escucharlas.

Se dirigió presto a la oficina del señor Roach, el contacto del antiguo lord Walton en el ferrocarril. Roach era a quien el marqués recurría para preparar su vagón privado y engancharlo al tren antes de cada viaje. Como Frederic hacía tiempo ardía en las brasas de Belcebú, Brighton estaba más que contento de aprovechar los privilegios de su nueva posición. Aquella mañana, el suntuoso vagón había sido mandado a preparar por Bridget, convencida de que harían un viaje familiar, pero los planes habían cambiado repentinamente.

No bien Brighton se presentó, Roach, un hombre de anteojos que se estaba quedando calvo prematuramente, le saludó con una ancha sonrisa y un trato cordial, como el que solo el dinero es capaz de despertar en los hombres. Tras discutir los pormenores del viaje, le ofreció esperar la salida del tren en una exclusiva sala de espera con calefacción.

Después de despedir al lacayo y tenderle una generosa propina al mozo de la estación, se internó en una estancia estaba decorada como el vestíbulo de un lujoso hotel, con sofás y cortinas en tonos dorados y alfombras de ostentosos materiales. Los mozos uniformados de beige ofrecían refrigerios, periódicos, revistas e incluso libros a los viajantes de más elevada categoría en toda la estación, lo que no era ni siquiera media docena de personas.

Brighton ocupó una de las butacas de cuero, se quitó el bombín de fieltro gris y lo lanzó con indiferencia sobre una mesilla. Cuán distinto sería todo si ella estuviera allí, si tan solo hubiera creído en él, si su confianza hubiera sobrevivido a los chismes y elucubraciones de un estafador. Estarían casados, felices, quizá preparándose para hacer un viaje a algún lugar lejos de aquel perpetuo invierno.

¿Preferiría ella el sol de Grecia o la sofisticación de Praga? Apostaba a que hubiera elegido Grecia, igual que él. Allí, en una playa de arenas nacaradas y aguas turquesas, lejos de los ojos de cualquier otro mortal, la habría amado sin restricciones. Y allí, entre cada pausa obligada para recobrar el aliento, echados sobre la cálida arena, habrían discutido qué nombre le pondrían a su hijo.

Fue entonces cuando, una punzada de insoportable desconsuelo lo fustigó. Sintió que algo le había perforado el pecho, dejándolo sin aliento. Jadeó, llevándose los dedos al puente de la nariz y luego apoyando la frente en su mano. Percibió el dolor de aquella pérdida que no se había permitido sentir las últimas horas. Fue como si hubiera estado sedado y apenas ahora comenzara a despertar de su sopor.

Encaró los hechos con incredulidad y agonía: Iba a marcharse de Cypress Path y quizá no volvería nunca más. Esther continuaría su

vida sin él, criaría a su hijo lejos de él. Estaba seguro de que prefería decirle que era el bastardo de un donnadie antes que confesarle que era el hijo del hombre que, ella creía, era un asesino.

Un mozo se le acercó.

—Milord, ¿está usted bien?

Solo entonces, Brighton se dio cuenta de que estaba llamando la atención.

Carraspeó.

—Sí —se apresuró a contestar.

—Esto… el señor Roach desea avisarle que su vagón está listo y que el tren está por partir.

Brighton asintió con la cabeza. Se puso de pie, recogió su sombrero y se marchó sin más, maldiciéndose por haber estado a punto de llorar en público, como el patético imbécil que era. Ya era suficiente haber tenido que soportar el rechazo de Esther delante de su propia familia; era el colmo que también empezara a mostrarse pusilánime frente a desconocidos.

Alzando la cabeza, avanzó a través de la sala de espera sin hacer contacto visual con nadie, sin detenerse, sin mirar atrás.

En el congestionado andén, un cúmulo de viajeros que se preparaba para abordar. Hombres, mujeres y niños iban de aquí para allá, billetes en mano y pequeñas piezas de equipaje. Algunos hacían filas frente a las puertas, otros aun se despedían de sus seres queridos. Aquel mar de rostros le hizo sentir aturdido, igual que el sonido estentóreo de la locomotora. Al menos, en ese punto ya nadie le prestaba atención. Nadie sabía quién era él, nadie consideraba su desgracia material de chismorreo.

Al final del andén se encontró con un sonriente Roach, que le esperaba junto al vagón. El lujoso y bien lustrado compartimiento, en cuyos laterales estaba pintada una «W» dorada, había sido enganchado al extremo del tren de las cinco. Era tan extenso que bien podría compararse con una vivienda pequeña, pero dotada con las comodidades más inimaginables que pudiera desear un hombre durante una travesía de algunas horas. Brighton se sintió un tanto avergonzado de viajar solo en aquel gigantesco habitáculo, cuando había gente que apenas podía pagar un pasaje para ir apretujada en tercera clase.

—El equipaje está en su lugar, milord —dijo el hombre, diligentemente, y luego le abrió la puerta del exclusivo compartimiento—. Si me permite…

En el interior se respiraba puro lujo. El privilegiado espacio que hasta hacía poco tiempo servía para complacer los caprichos de Frederic Walton, contaba con un salón decorado con hermosos sofás de cuero, cortinas de terciopelo color vino con filigranas doradas, muros panelados en madera fina y alfombras Wilton. Había una mesa de comedor de seis puestos con refrigerios servidos para el viaje y una botella de champagne en una hielera junto a dos copas de cristal. Al fondo, detrás de una cortina a juego, se podía observar una impresionante cama. Brighton apartó los ojos.

«Maldito Walton. Sí que sabía gozar de la vida».

—¿Tardará mucho su esposa en unirse a usted en el vagón, milord? —quiso saber Roach mientras apuntaba algo en una libreta.

Esposa.

Brighton dejó de respirar. Le miró entre aturdido y delirante, apretando la mandíbula con fuerza. ¿Se estaba burlando él ese hijo de puta?

Pero la expresión de Roach estaba desprovista de burla. En sus ojos solo halló genuina curiosidad y una disposición meramente profesional de cumplir con todos sus requerimientos.

—¿Mi esposa? —repitió, y se dio cuenta entonces de que su voz sonaba como de ultratumba.

—¡Oh, sí! ¡Ya he sido informado de los cambios! —Roach sonrió como si se vanagloriara de ir un paso por delante de él—. Permítame felicitarlo por su boda, milord. No tenía idea. La champaña es cortesía de nuestra empresa. Espero que sea de su agrado —añadió, señalando la botella y las copas.

Le guiñó un ojo justo cuando la campana que anunciaba la partida del tren resonó a través del andén, alertando a los pasajeros. Brighton apenas la escuchó pues, se hallaba perturbado por la confusión que se había producido, sabía Dios cómo.

El empleado de la compañía ferroviaria abandonó el vagón para echar un vistazo al gran reloj de hierro instalado en el muro más elevado de la estación.

—Vaya —suspiró, nervioso—. Me temo que lady Westbrooke está algo atrasada. Enviaré a uno de los muchachos para que la ubiquen de inmediato. Ha de estar perdida, ¿no cree? —El conde tragó saliva dolorosamente. Estaba a punto de sacar a Roach de su error cuando éste volvió a hablar—. ¡Oh! ¿Será aquella dama?

Brighton dejó el vagón con un movimiento rápido… y entonces la vio.

Lady Esther recorría los últimos metros que la separaban del vagón con denodado esfuerzo. Sus pasos presurosos resonaban sobre el andén al tiempo que un sirviente, con gesto de haber corrido un kilómetro, empujaba una carretilla con su equipaje. El rostro de la joven se debatió entre la extenuación y el alivio cuando finalmente llegó al extremo posterior del tren. Estaba preciosa con su vestido de viaje azul marino y un abrigo corto de piel de marmota. Su cabeza estaba coronada por un sombrerito azul con cintas blancas. Los colores le sacaban más brillo a su belleza.

—Buenas… tardes, ¿señor Roach? —jadeó, casi sin aliento.

—¡Buenas tardes, milady! —le saludó el aludido antes de hacerle señas desesperadas a dos empleados para que se encargaran del equipaje con la mayor velocidad—. ¡Justo a tiempo! ¡Deje todo en manos de los chicos, por favor!

—Mi carruaje… tuvo un contratiempo en la vía… se le salió una rueda y…

Brighton cambió del asombro a la angustia en una milésima de segundo. La escrutó con la mirada, con el corazón frenético. Al concluir que nada grave parecía haberle ocurrido, una oleada de alivio lo recorrió, al punto que volvió a llevarse los dedos al puente de la nariz, a la espera de que una catalepsia le ocurriera en cualquier segundo.

—Madre mía. ¿Se encuentra usted bien, *lady Westbrooke*? ¿Quiere que llame al médico? ¡Podría hacer que el tren se retrasara un poquitín!

—No sufrimos ningún daño —sacudió la cabeza—. Pierda cuidado, señor Roach. La señorita Withfield le agradece mucho por sus molestias. Me ha dicho que le hablará muy bien de usted a su padre … el señor Withfield.

El hombrecillo parecía estar a punto de llorar de emoción.

Por supuesto, siseó Brighton. ¿Quién más le habría proporcionado la información de su viaje y permitido aquel atrevimiento? Sally Withfield, la hija del dueño de todos malditos los ferrocarriles de Europa.

—Oh, milady, es un honor servirle a usted y a la adorable señorita Withfield… y a su… *importante* padre, desde luego —rio. Se volvió para despedirse de Brighton—. Si me permiten, milord, milady. Es hora de partir. ¡Que tengan un estupendo viaje!

Esther se despidió del hombre agitando la mano.

Entonces Brighton la tomó desprevenida, la agarró del brazo y la introdujo en el vagón. Tras cerrar la portezuela con excesivo esfuerzo,

se volvió para atravesarla con los ojos. Ella le devolvió una mirada indescifrable.

—¿Lady Westbrooke? —susurró.

Esther le miró con dificultad, todavía exhausta por la carrera que había tenido que dar desde el tramo donde el coche se había accidentado hasta aquel congestionado andén. Aunque no había sido una distancia muy larga, el tiempo la apremiaba y el crudo frío había intentado mermar su coraje. No podía permitirse perder aquel tren, y mucho menos podía permitirse perder a Brighton.

—Estaba segura de que solo me permitirían hacer cambios en el viaje si decía que era tu esposa.

Él alzó una ceja. Su expresión era severa, pero Esther no estaba esperando otra cosa. Sabía que le había fallado.

—Interesante que le hayas encontrado utilidad a la posición de la que renegaste.

—Brighton, yo… —cerró los ojos con fuerza— no podía dejarte marchar así nada más. Debemos hablar de lo que pasó ayer…

—¿Ayer? ¿Te refieres a la boda fallida o a cuando me acusaste de mentiroso y de asesino frente a toda esa gente?

En aquel instante, el tren comenzó a moverse. Esther buscó sostenerse de una de las sillas de la lujosa mesa de comedor. Se agarró con fuerza al respaldo e intentó mantenerse en pie.

—Admito que me comporté como una histérica —continuó mientras se iniciaba el vaivén metálico de la locomotora—. Arruiné nuestra boda, pero…

—¿Pero… qué? ¿Haremos un viaje juntos y todo arreglado?

Tragó saliva.

—Brighton, me equivoqué. Lo acepto. Creí todo lo que Edmund Tate me dijo. Creí en sus certezas y también en sus sospechas. Cuando me dijo que tu hermana sabía que John Dowyer estaba condenado a muerte por Walton, enloquecí de indignación. No entendí por qué ella no hizo nada, aun teniendo el poder para salvarlo. No fue difícil pensar que también hubiera tenido que ver con la muerte de Sebastian.

—Y tampoco lo fue creer que yo tenía las manos metidas en todo.

—Ni siquiera tuve tiempo de discernir.

—Por supuesto que lo tuviste. Cuando me miraste de ese modo… me di cuenta de que siempre has pensado lo peor de mí. Y sería un

imbécil si te culpara de ello. El modo en que me acerqué a ti, en primer lugar, fue mezquino. Mi intención era resolver todos mis problemas económicos y los de mi familia con las ganancias de tu destilería. Supongo que mi condena es que para ti siempre seré ese desgraciado que intentaba seducirte por dinero.

—Han pasado muchas cosas desde entonces. La John Dowyer es tan tuya como mía. Has trabajado duro… has demostrado que la mereces más que nadie…

—¡Pero eso no es suficiente si piensas que yo subí hasta esa maldita torre y empujé a tu marido!

Esther se sobresaltó. Se hizo un silencio metálico, descorazonador.

—Yo no creo… —negó con vehemencia, y entonces las náuseas volvieron a aparecer. Se esforzó en controlarlas.

—Una parte de ti lo piensa.

—Ni siquiera estaba pensando cuando te acusé —sollozó, desesperada—. Fue un error, un error que lamento y por eso estoy aquí. No deseo que te vayas y que nos dejes atrás por una equivocación mía.

Se acercó a él, le tomó la mano y la posó sobre el vientre, todavía plano, pero cargado de esperanza, del amor más infinito y que jamás creyó posible. Si no lo hacía por ella, debía hacerlo por ese pequeño.

—¿Entonces…? —quiso saber él.

—El médico me vio esta mañana —sonrió entre lágrimas—. Vamos a ser padres. Tenías razón. Antes me mintieron, por órdenes de Frederic Walton, seguramente. Tú me has dicho la verdad, me has abierto los ojos. Así que ¿cómo habría de desconfiar de ti?

La reacción de él la confundió. Fue una mezcla de espanto y preocupación.

—No debiste venir —masculló, apartando la mano—. Deberías estar en casa, descansando, o lo que sea que hagan las embarazadas. Podría ser peligroso… y nada más pienso que pudo haberte sucedido algo en ese carruaje… —soltó un gruñido de terror, de impotencia.

—¿Pretendías que te dejase marchar? —sacudió la cabeza acercándose más a él.

—Esther, por más que lo intentara, no podría vivir con tu desconfianza. Aunque lo merezco por haber sido un hijo de puta avaricioso, no quiero que cada vez que me mires veas a ese hombre que fui. No quiero que una parte de ti sospeche que te guardo secretos, que te estafaré como lo hizo Tate a la menor oportunidad o que algún día te engañaré con cualquier fulana.

—Confío en ti —susurró ella sin una pizca de duda—. No hay parte de mí que no confíe en ti, Brighton Sheffield, porque no hay parte de mí que no te ame —él le dedicó una mirada de rudo asombro, como si nunca hubiera esperado una declaración semejante—. Es verdad. Te amo. Te amo tanto como a este bebé, como a esta familia que todavía podemos formar si me perdonas por haber arruinado nuestra boda, por haber dudado un solo segundo de que eres un hombre brillante, generoso, fuerte y extraordinariamente apasionado, sin el que no imagino mi vida. Confío en ti y por eso es por lo que pongo mi vida y la de nuestro hijo en tus manos. No nos dejes atrás. Somos tu familia.

Brighton suspiró. Con infinita delicadeza, tomó su rostro y lo elevó para que le mirara. Sus ojos azules destellaban con una emoción que trascendía sus facciones. ¿Sería incredulidad?

Ella le abrazó la cintura, dejó que él fuera su soporte dentro de aquel tembleque habitáculo que se movía a una extraordinaria velocidad.

—No tenía idea —jadeó él.

—¿De que te amo? Otro error que estoy dispuesta a enmendar… si me lo permites.

Esther buscó su cercanía, hambrienta de él, de su perdón, de que volviera a mirarle como solía hacerlo y le diera la oportunidad de redimirse. Consiguió colarse a través de sus rincones, traspasar las barreras de su recelo y robarle un beso desesperado. Lo amaba. Lo había admitido para sí misma y se lo había confesado al fin, pero también tenía ganas de demostrárselo.

Lo acorraló contra la lámina metálica del vagón, pegándose a él como una descarada pues, no podía evitarlo. Las últimas horas le había necesitado de un modo casi obsceno. Su interior bullía de ansiedad, de deseo crudo y carnal.

De momento, parecía poco probable que una conversación bastara para hacerle entender cuánto confiaba en él, cuánto le amaba… así que quería probárselo de otro modo. Quería entregarse.

Brighton cerró los ojos y dejó que ella le besara el cuello, que lo embriagara con su olor mientras sus manos comenzaban a palpar su cuerpo con manifiesta urgencia. Estaba demasiado excitado como para pensar o impedirle que hiciera lo que se le antojase. Su respiración se había acelerado, igual que su corazón. Antes de aquel día, las declaraciones de amor le habían crispado. Había recibido demasiadas y, la mayoría de ellas venían acompañadas de un deseo femenino egoísta. Había terminado creyendo que no eran más que artimañas empleadas con la intención de retenerlo. Ahora, en cambio, aquellas palabras brotaban de la boca de Esther y el efecto que estaban

teniendo en él era arrollador.

Eso y la certeza de que estaba esperando un hijo suyo, cuando había llegado a creer que lo había perdido todo, le hacían sentir completo y abrumado al mismo tiempo.

Dejó que Esther le quitara el sombrero y el abrigo y los lanzara a cualquier parte, que lo despojara de su chaqueta y se afanara en recorrerlo con las manos. Primero, los hombros, después el pecho y los costados, y finalmente el vientre… hasta llegar a su miembro erecto, que rozó de abajo a arriba con la mano entera, sobre los pantalones. Su atrevimiento desencadenó una violenta corriente de placer.

Jadeó con aspereza. Tomó su rostro entre las manos y le miró con delirante deseo.

—Lady Esther, me has hecho pasar las horas más jodidamente infernales de toda mi vida —gruñó.

—Lo sé —susurró ella—. Pero puedo compensarte.

—¿Puedes?

Esther jadeó de felicidad cuando aquella mirada volvió a aflorar en los ojos de su amado. Esa mezcla de picardía, deseo y regocijo que la había enamorado, que la había enloquecido y hecho cruzar sus propios límites. Supo entonces que su adorado Brighton estaba allí, que no se había perdido en medio de la decepción que ella le había causado. Dio gracias a Dios por aquella oportunidad.

Asintió con la cabeza lentamente, porque estaba dispuesta a todo.

—Debo redimirme, así que pondré mi mejor esfuerzo.

Brighton suspiró.

—Bien, porque… realmente estoy devastado, ¿entiendes? —Ella sonrió con una deliciosa malicia que le hizo estremecer. Entonces pidió con voz gutural:— Compláceme, lady Esther. Soy un hombre, voy a ser tu esposo. Es bueno que sepas que hay unas cuantas cosas, no demasiadas, que solo puedes arreglar de este modo.

—¿En serio? —Ella sonrió al tiempo que fruncía el ceño, como si encontrara extraño aquel hecho que para los de su sexo era tan elemental.

—Sí, querida —respondió con ruda seriedad—. Quiero que me complazcas hasta que lleguemos a Londres. Si hace falta, recurre a los trucos que te enseñó aquella… dama nocturna de la que me hablaste, ¿recuerdas?… Vamos, Esther, por favor.

Ella dejó escapar una risita nerviosa y luego se puso seria otra vez.

—¿Olvidarás que te he defraudado?

Se humedeció los labios con la lengua.

—Depende de qué tan complacido me sienta.

Entonces, ella tomó una bocanada de aire y Brighton se mordió los labios para sofrenar una sonrisa. Sentía que había viajado del suelo al cielo con una rapidez de vértigo. La joven se arrodilló poco a poco al tiempo que él la seguía con ojos frenéticos, atento a sus movimientos. Desabrochó los corchetes de su pantalón, lanzándole miradas decididas, mientras él esperaba por ella, en llamas.

Cuando Esther comenzó a amarlo con la boca, de aquel modo tan íntimo y descarado, Brighton echó la cabeza hacia atrás, colmado de una dicha primaria, de un gozo que ni siquiera se atrevía a describir. Le retiró el sombrero y el abrigo de piel con movimientos temblorosos, le soltó los pasadores que le cerraban el cabello, liberando sus hermosos mechones. Seguidamente, los encerró en su mano, apartándolos de su rostro para mirarla complaciéndolo.

Y mientras, el tren seguía su curso veloz a través de la campiña inglesa.

Al cabo de un momento, no lo resistió más. Tiró de ella hacia arriba y la besó con un ansia salvaje, con toda la rabia y el deseo que lo habían acompañado las últimas horas. Comenzó a escarbar en ella, deseoso de llegar a su piel desnuda. Cuando Esther podía, también tiraba de sus ropas en un frenesí de necesidad e impaciencia. El beso se convirtió en una lucha de cuerpos urgidos por apartar todas sus capas y que anhelaban fundirse lo antes posible.

Brighton la arrastró hasta la gran cama y allí terminó de sacarle la ropa interior. Cuando Esther estuvo completamente desnuda, la boca de él cayó impaciente en la sedosa entrepierna femenina. La joven gimió, se retorció con el contacto tan insólitamente delicioso de su lengua, de sus labios y el roce de su barba con aquel lugar tan privado. Sus manos viajaron al cabello de él y lo acariciaron al tiempo que se dejaba llevar. Jadeó su nombre en medio del éxtasis, elevando las caderas y tirando de los suaves mechones rubios hasta que sus miembros cayeron rendidos.

Entonces, él se acomodó sobre ella. La envolvió con su cuerpo, repartió besos por su vientre y sus pechos adorablemente redondos. Y de una sola embestida se sepultó en su cuerpo.

Se amaron con un ímpetu enardecido, moviéndose el uno contra el otro con la ayuda del tren, que se deslizaba sobre los rieles con una vibración que se percibía directamente en sus cuerpos. Esther, abrazada a él, gemía y repetía su nombre como si fuese un embrujo, le sonreía con picardía, le decía cuánto le gustaba esto y aquello, le pedía más, le exigía otro poco y cerraba los ojos, delirando de lujuria,

cuando él se lo daba. Brighton jugó con ella en todas las posiciones que conocía, se perdió en su maravilloso pasaje, olvidando todo cuanto había ocurrido las últimas horas, porque estaba determinado a poner su mirada en el presente, en su vida junto a Esther y al pequeño retoño que en unos meses vendría al mundo.

El orgasmo los sorprendió al mismo tiempo mientras sus cuerpos enredados y sudorosos chocaban en la ruidosa oscuridad del vagón. Brighton sintió un espasmo violento estremeciendo todas sus terminaciones nerviosas, sacudiendo su mundo con un estruendo exquisito y dejándolo de nuevo en la posición correcta. Esther lo abrazó, agonizante, como si no tuviese intenciones de soltarlo nunca.

Se quedaron así por un largo momento, acariciándose mientras escuchaban el sonido del tren y se zarandeaban con el ligero movimiento del vagón. La noche había tintado los caminos con un negro manto. La oscuridad parecía un refugio sublime, un lugar seguro donde podían descansar.

—Yo también te amo, Esther —soltó él con lasitud al cabo de un momento, estremeciéndola—. Te he amado desde esa noche en mi alcoba.

Ella sonrió, con los ojos cerrados.

—¿Cuando hicimos el amor por primera vez?

—No. Cuando te robé ese beso —ella se incorporó, presa del asombro, y acarició su pecho con devoción. Él rio sarcástico—. Creí que estaba quitándote algo, pero luego me di cuenta de que, por el contrario, estaba dándote todo. No lo había entendido entonces. Era demasiado cínico, demasiado incrédulo. Pensaba que había superado la avaricia y que ahora me movía la lujuria. Pero no… me movías tú, lady Esther. Me movía el amor que siento por ti. Fue la noche extraña, la noche en que todo cambió para mí.

—Oh, Brighton —susurró. Puso un beso en sus labios. Él le tomó de la mano, donde aun llevaba la sortija que le había dado por su compromiso, y besó sus nudillos. Ella suspiró, soñadora—. Mi amor, ojalá nunca hubieran venido a arruinar nuestra boda. Ojalá yo nunca lo hubiera permitido.

—Tal vez no debí verte con el vestido de novia antes de la boda —espetó, burlón. Ella rio—. Pero tendremos otra.

—A esta altura solo quiero que nos detengamos en una estación y busquemos un registro civil. Eso bastará.

—Entonces eso es lo que haremos.

Rieron juntos mientras la noche transcurría.

—¿Dónde nos quedaremos cuando lleguemos a Londres? —preguntó ella de repente, zalamera.

—Tengo un departamento en Mayfair.

—¡Oh, que emocionante! Jamás he visto en el departamento de un soltero.

Él puso los ojos en blanco.

—Mejor será que lo veas bien, porque será el primero y el último. Además, cuando lleguemos ya seremos marido y mujer, así que, técnicamente no será el departamento de un soltero.

—¿Llevabas allí a tus conquistas?

Se hizo un silencio prolongado.

—¿A qué viene eso, lady Esther?

—Tu hermana me dijo que tenías un montón de mujeres —sonrió —. Espero que no hayan dejado sus pertenencias por allí, porque estaré muy ofendida.

Brighton suspiró atormentado, para diversión de Esther.

—¿Por qué no fui hijo único? —le oyó murmurar.

—No digas eso. Ella fue a verme hoy.

—¿Bridget?

—Sí, me dijo pensabas irte a Londres en el tren de las cinco, así fue como lo supe, por eso tuve que moverme rápido —Brighton estaba mudo del asombro. No podía imaginar a Bridget intentando salvar su relación con Esther. Ella la detestaba, se lo había hecho saber de mil maneras—. Lo hizo por petición de tu sobrino, lord Walton.

—Eso tiene más sentido.

—Tu hermana te ama, solo que a su manera.

—Siempre lo he sabido —sonrió, convencido de ello.

—Pasaremos el año nuevo lejos de la familia —suspiró Esther, pensando en la tía Fern, en Bridget y en sus ahora sobrinos.

—No, mi amor —la contradijo él envolviéndola más en su abrazo —. Estaremos tú, nuestro hijo y yo. Es toda la familia que por ahora nos hace falta.

Se casaron en el registro civil de la estación de trenes Victoria, una estancia de lo más fría e impersonal, pero Esther y Brighton estaban tan felices que apenas notaron este hecho. La gente los miraba con extrañeza y una pequeña traza de envidia, porque aquella pareja rezumaba una felicidad que no abundaba mucho por allí.

Después de eso, se instalaron en el departamento de Mayfair, que ella encontró de lo más acogedor, decorado con un estilo tan irresistiblemente masculino que le hacía sentir descarada, como si fuese ella una de esas mujeres libidinosas y descocadas por él, bien dispuesta para un encuentro ilícito. De acuerdo, debería estar celosa al imaginar que un sinfín de féminas había desfilado por allí y que todas habían gozado de los deliciosos favores de su ahora marido, pero no conseguía sentirse así. Ahora que lord Westbrooke era suyo, Esther estaba tan concentrada en el presente que no temía al pasado.

Él no soportaba su diversión, y por ello sugirió que se alojasen en un hotel, pero Esther se opuso furiosamente. «Estás loco si crees que pasaremos Año Nuevo en un hotel», le había dicho con las manos aferradas a las caderas. Estaba decidido, entonces.

La noche vieja de los recién casados transcurrió entre aquellos muros. Se amaron sin descanso mientras los fuegos artificiales derramaron una ráfaga de color sobre los cielos de Londres. Esther gritaba, a horcajadas sobre él, convencida de que aquella explosión de pólvora que resonaba a lo largo del Támesis sabría velar sus salvajes sonidos de placer. Brighton se aferraba a las maravillosas caderas de su esposa mientras seguía su ejemplo y gemía con fuerza, atravesado por un estallido de éxtasis.

Recibieron el año de 1885 tumbados sobre la cama, exhaustos y felices.

Los días siguientes transcurrieron entre compras y paseos, pero la mayoría del tiempo lo pasaban en casa, disfrutando el uno del otro en una luna de miel insólita e improvisada. Aunque pudieron haber buscado la compañía de los amigos que tenían en Londres, ninguno de los dos se sentía listo para compartir al otro. Esther se limitó a escribir una nota escueta a Myra y a su padre, informándoles que lord Westbrooke y ella se habían casado finalmente. De solo imaginar la cara de disgusto que pondría su madrastra al enterarse de que había contraído nupcias en el registro civil de la estación Victoria, Esther sonreía de gusto. Su padre, en cambio, no pasaría de dedicarle un gesto indiferente. No le importaba.

Brighton aprovechó una mañana que había salido solo para visitar una pomposa tienda de instrumentos musicales, allí encargó el regalo de bodas de Esther, un magnífico piano Steinway de edición limitada que le costó una pequeña fortuna, pero que estaba seguro, compensaría su valor con todas las horas de música que Esther le sacaría. Después de todo, las empresas Walton comenzaban a levantar cabeza, y la inversión de la mercancía que Edmund Tate había querido estafar, regresó a la destilería a través de cuantiosas ventas. Pagó gustoso por el instrumento, y pidió que lo entregaran en su domicilio

de Allington Manor.

Cuando pasaron siete días inolvidables, ambos decidieron que regresarían a Cypress Path pues, debían estar al pendiente de la reactivación de la destilería tras el asueto de año nuevo. Tenían responsabilidades, y debían honrarlas con su presencia, al menos hasta que la compañía estuviera más sólida.

Llegaron a Kent como marido y mujer, lo que enloqueció de gusto a la tía Fern e hizo arrugar la nariz a la siempre huraña Mabel. Sally ya se había marchado rumbo a Viena, pero se había ido tranquila, según le había contado su tía pues, estaba segura de que Esther conseguiría persuadir a Westbrooke de regresar a casa.

Asombrosamente, Bridget también parecía estar contenta de que Esther hubiera alcanzado a tiempo a su hermano y que hubieran llegado casados. Por fortuna, su habitual desdén había sido sustituido por una genuina estima hacia su cuñada, una emoción que Esther respondió de la misma manera.

En ausencia de Brighton, Aaron, lord Walton, había demostrado su voluntad de ocupar el lugar que le correspondía. Al parecer, el chico había visitado las aldeas por su cuenta y se había presentado con los habitantes de la hacienda como el nuevo marqués. La gente le había recibido con cariño pues, a leguas, aquel muchacho educado y de rostro noble era el primer Walton que los visitaba en mucho, muchísimo tiempo. Y sin dudas que éste representaba una opción infinitamente más agradable que el anterior lord, a quien jamás le habían importado sus arrendatarios. Brighton estaba orgulloso de su sobrino. Fue entonces cuando supo que el chico estaba listo no solo para Eton sino para empezar a adentrarse en los asuntos que muy pronto estarían bajo su dominio.

Pero había algo que le preocupaba, y era el interés que Aaron empezaba a mostrar por la sombría Mabel. Aquella muchacha le desagradaba, había algo oscuro en ella, algo que iba mucho más allá de la notoria envidia hacia Esther. Su intuición nunca le mentía, así que se dijo que tendría a aquella muchacha bajo vigilancia y que a la primera falta la enviaría a Londres, aunque tuviera que asumir los gastos de su mantenimiento.

Esther lo tranquilizó diciéndole que Mabel ya estaba en la edad de ser presentada en sociedad y que muy pronto ella y la tía Fern se marcharían a la ciudad para iniciar una nueva vida. Esther les había ofrecido alojarse en una de las propiedades de Allington hasta que la joven contrajera matrimonio y pudiese mudarse a su nueva casa. Su esposa le recordó que había asumido un compromiso con su tía y que no podía romperlo así nada más. Las dos mujeres necesitaban de su

ayuda. No tenían otra alternativa más que esperar a que la joven se casara.

Brighton sintió pena por el pobre diablo que tuviera la mala suerte de convertirse en el marido de Mabel Jennings y, al final, aceptó el trato.

Y así, el asunto quedó en el olvido.

De ahora en adelante, Esther y él se dedicarían a disfrutar de su nueva vida de casados, a continuar al frente de la destilería, que poco a poco retomaba su rumbo hacia las nubes, y esperar la llegada de su hijo en medio de la más absoluta ilusión.

Epílogo

Del diario de Mabel Jennings

Querido diario,

Hoy se me ha ocurrido una idea perfecta para fastidiar a Esther.

Sé que su matrimonio es desgraciado, que ese hombre es infeliz a su lado, pero no entiendo por qué él simplemente no la abandona. Pienso que es por compromiso, o quizá por lástima. De cualquier modo, me desagrada que ella haga miserables a otras personas.

Creo que voy a hacer algo para ayudarle a deshacerse de esa estúpida santurrona.

Querido diario,

Mi plan es simple, pero estoy segura de que resultará. Consiste en poner unas gotas de láudano en el whiskey John Dowyer que tanto le gusta a él. Quizá no unas gotas, sino la cantidad suficiente para que caiga rendido. Después de eso, pienso tocarlo, desnudarlo poco a poco, mirar bajo su ropa y acariciarlo donde tanto les gusta a los hombres, algo que seguramente yo también disfrutaré. Me quitaré la ropa y me subiré sobre él para que parezca que estamos manteniendo relaciones íntimas (lo cual me gustaría mucho).

Entonces, me quedaré dormida a su lado. Cuando alguien llegue, y ojalá que esa sea Esther, y nos vea tumbados y aparentemente exhaustos después de «hacerlo», el infierno estallará.

Pensará que la ha engañado conmigo. De solo pensarlo, muero de risa.

¿Qué mejor manera de arruinar a esa idiota?

¿No es una jugada perfecta?

Querido diario,

Lo he hecho. He hecho la cosa más loca de mi vida, y aunque no ha resultado como esperaba, siento una satisfacción extraña, que solo puedo admitir a través de estas líneas.

He entrado al molino donde a Sebastian le gusta pasar el día para huir de la tonta de su mujer. Él es un hombre muy extraño y parece sufrir más de lo que puede admitir. A veces pienso que está loco. ¿Será que Esther lo hace más miserable de lo que se piensa?

No me ha mirado ni un solo momento. Ni siquiera se ha dado cuenta de que me he acercado a ponerle el sedante en la copa que tenía sobre la mesita, donde reposaban un montón de papeles. He esperado a que se lo tome mientras hablo de tonterías, y en ningún momento ha respondido a mis comentarios lisonjeros. Ha hecho como que yo no existo.

Entonces, he decidido a acercarme hasta él para besarlo… y me ha rechazado. Sí, ese idiota me ha echado a un lado. No sé por qué actúa de ese modo, siendo yo una chica apetecible, como me decía ese cochero cuyo nombre no recuerdo. Yo creo que no le gustan las mujeres.

Al final, le he dicho que es un hombre raro, y he intentado ofenderlo, pero él no me ha hecho caso. Ha subido a la torre, ignorándome. Harta de todo, lo he dejado allí, en su estúpido escondite de hombre rarito*, y he regresado a la casa, cuidando de que nadie, ni siquiera el vigía cara de buey, me vean.*

Pero entonces, cuando he estado en casa, he escuchado el jaleo y los gritos. Sebastian cayó de la torre, se ha roto el cuello, hay sangre en el suelo y se escuchan llantos feroces.

Y entonces me he acordado del láudano que puse en su copa.

Ha hecho efecto muy tarde.

Esther y Brighton, que estaban en la biblioteca, escucharon los gritos de la tía Fern y corrieron escaleras arriba para averiguar qué había sucedido. Él llegó primero, naturalmente. El sonido lo había llevado hasta el nivel de los dormitorios, específicamente al que la mujer compartía con su hija.

Allí se encontró con una escena incomprensible. La tía de Esther sostenía un pequeño cuaderno en sus manos y lloraba con una mezcla de rabia y dolor que parecía engullirla. Mabel estaba echada en el piso, también deshecha de llanto, pero ésta se había llevado una mano a la mejilla, como si estuviera aliviándose tras una bofetada. ¿Qué había hecho ahora ese diablillo?

Brighton pensó en retroceder y dejar lo que parecía la escena de una regañina épica, pero la madre de la joven le miró y caminó hacia él con una expresión de desconsuelo que le llegó al corazón. Le entregó el cuaderno, que a simple vista tenía la pinta de ser un diario íntimo. Aun así, sabía que debía hacerle caso a la dama y leer donde le señalaba.

En ese preciso instante, Esther llegó al dormitorio. Preocupada y confundida, corrió hasta llegar junto a su tía y la envolvió en un abrazo consolador. Le preguntó qué había ocurrido, pero ella era incapaz de contestar.

La joven gemía de impaciencia. Echó una mirada a su marido, que leía un cuadernillo de piel con ojos desorbitados. No supo qué sucedía hasta que Brighton, con el rostro pálido como el papel, dejó caer la mano sin fuerzas, pero sin soltar el cuaderno. Se acercó a él, inquieta, ansiosa por saber qué pasaba.

Como no recibió respuestas, le arrebató el cuaderno. Entonces leyó lo que Mabel le había confesado a su diario. Aquella revelación la golpeó con fuerza, pero no tanto como para derribarla, más bien la llenó de fuerzas, de una determinación que la sobrepasó. Soltó el cuaderno, inexpresiva, y se acercó a su prima con lentitud. La muchacha seguía agazapada en el suelo, como un animal acorralado, hecha un mar de lágrimas que jamás sabría si eran genuinas. Entonces se acuclilló frente a ella y la miró con toda la dureza que era capaz.

—Fue por tu culpa —le dijo con un hilo de voz—. Tu odio por mí lo mató.

—Esther… yo no quería hacerlo —masculló con la voz rota e irreconocible por el llanto, sus ojos inyectados en sangre—. Fue un accidente. Yo no le dije que se subiera a esa torre. No se suponía que… Yo no lo maté. Yo no quería eso.

—El láudano que le pudiste en la bebida lo adormiló… cuando estaba en la torre. Perdió el equilibrio y se cayó —lloró, imaginando la escena. Después de todo, Edmund tenía razón. Sebastian no había atentado contra su vida.

—No fue a propósito —sollozó la otra.

—Te pido que dejes esta casa. *Tú*, no mi tía Fern. Quiero que te vayas.

La chica abrió los ojos desmesuradamente.

—Pero, Esther… ¿adónde?

—¡No me importa! Si no lo haces llamaré a la policía para que venga por ti. Este diario es prueba suficiente para demostrar tu culpa —El llanto de la tía Fern recrudeció, inconsolable—. No te quiero cerca de esta familia, Mabel. Eres dañina. No te quiero cerca de mi hijo, ni de Aaron, ni de nadie a quien puedas lastimar con tu maldad.

—Prima, por favor.

—¡No me llames así! ¡No eres mi familia, nunca lo has sido!

Y dicho esto, lady Westbrooke salió de aquella habitación con paso furioso para llorar aquella crueldad que había cegado la vida de Sebastian.

La partida de Mabel coincidió con la llegada de Judy Dowyer y su

pequeño hijo Charlie. Esther sabía que la vida tarde o temprano retiraba del caminos las malas hierbas y traía nuevos y maravillosos brotes. Lo confirmó cuando cruzó la primera mirada con a aquella mujer humilde y con su hermoso hijo, que tenía unos impresionantes ojos negros, cálidos y astutos. El pequeño era toda inocencia, toda magia, tanto así que se ganó con rapidez la simpatía de todos en casa y en la destilería, especialmente de Ben.

Tal como lo habían planeado, Esther y Brighton los instalaron en una hermosa casa que adquirieron en el pueblo. Se trataba, nada más y nada menos que de la familia de uno de los fundadores de la John Dowyer, así que no merecían un trato menos considerado. Judy y Charlie también recibirían un porcentaje importante de las ganancias, aunque la mujer insistió en que era algo totalmente innecesario, y que ella no sabría qué hacer con todo ese dinero. Además de ello, estaba más que decidido que el pequeño también contaría con el padrinazgo de lord Westbrooke y lord Walton para obtener la mejor educación posible.

A menudo, Esther debía consolar a su tía, que se la pasaba llorando por Mabel. El reverendo Covey había gestionado el traslado de la joven a un casa en Surrey que estaba dirigida por monjas. Aquel sería el hogar de su prima por un tiempo indefinido, lo que la tía Fern había considerado justo. Las religiosas eran estrictas, según contaba la propia Mabel en sus cartas, pero enseñaban disciplina y distintos oficios que mantenían la mente ocupada. La muchacha no parecía guardar rencores, tampoco se quejaba demasiado, así que Esther confiaba en que pudiera reflexionar sobre sus actos y, quizá pronto, abandonar aquel lugar para empezar una nueva vida, lejos de allí, por supuesto, porque no estaba bromeando cuando le dijo que no la quería cerca.

Una mañana, Esther recibió la más hermosa de las sorpresas. Un fabuloso piano Steinway color hueso había sido dejado en su saloncito privado. Presa del asombro y la emoción, se acercó para acariciarlo, como una niña a un juguete soñado mientras el corazón le latía con una potencia inusitada. La madera, todavía fría, era sedosa y estaba perfectamente pulida. Podía ver su rostro reflejado en la superficie, y éste era de emoción, de pura dicha.

Levantó la tapa y tomó asiento en el lujoso taburete tapizado en piel. Pulsó algunas teclas al azar para luego formar pequeñas melodías. Entonces, el sonido poderoso y vibrante del instrumento invadió la estancia y llenó su alma con algo que creyó haber perdido hacía tiempo.

No había olvidado tocarlo, como se temía.

Armada de resolución y una sonrisa exultante, tocó con una melodía alborozada, que reflejaba su estado de ánimo tras recibir tan magnífico regalo, la *Campanella* de Liszt. La mansión se llenó muy pronto de las vigorosas melodías.

Entonces, su esposo entró en la estancia, seducido por la música. Esther se levantó de un salto y fue hacia él corriendo. Lo envolvió en un abrazo apretado y en besos compulsivos de agradecimiento.

—Caray, lady Westbrooke —rio él mientras recibía sus atenciones —. Creo que debo regalarte cosas más a menudo.

—Amo este regalo. Muchísimas gracias, mi amor.

—Lo mereces —la besó en los labios con suavidad—. Ven, quiero escucharte.

Le tomó de la mano, llevándola de nuevo frente a su magnífico Steinway. Esta vez tocó un nocturno para su esposo mientras éste le masajeaba los hombros con ternura, disfrutando de su talento.

—Eres muy buena. ¿No has pensado en dar conciertos? —le dijo él elevando la voz por encima de la música.

—No, prefiero tocar en la intimidad, para mis seres queridos.

Él sonrió, dispuesto a picarla.

—Cierto, eres una romántica.

La joven dejó de tocar y se volvió para mirarle con el ceño fruncido y una pequeña sonrisa sarcástica bailando en sus labios.

—¿Qué es lo que has dicho, Westbrooke?

Él carraspeó.

—Que eres una romántica —repitió él, divertido—. Ya te veré horneando galletas y bordando tapetitos. Es cuestión de tiempo para que retomes los viejos hábitos.

Ella suspiró y cerró los ojos con exasperación.

—Sally Withfield. Creo que la invitaré a casa y la estrangularé mientras duerme por decir esas cosas tan vergonzosas.

Brighton le miró con ternura.

—No tiene nada de malo ser una romántica. Me gusta que lo seas.

—¿En serio? —le miró insegura y un tanto avergonzada—. Creí que preferías el carácter resuelto, práctico. Incluso detestabas las declaraciones de amor. Eso me dijiste, ¿no?

—Así era, antes de ver esa cualidad en ti. Adoro todo lo que tú eres, Esther, no olvides eso.

Ella le miró con adoración.

—Te amo.

—Yo te amo más —sonrió de un modo que sencillamente le hizo derretir el corazón, como la romántica que era, a fin de cuentas—. Toca, mi vida. Toca.

Esther devolvió sus dedos al teclado, y dejó que éstos compusieran la notas del *Molto allegro vivace* en A mayor.

Así se sentía. Alegre, vivaz.

No había otra melodía que pudiera expresar mejor aquel momento de absoluta dicha.

FIN

Sobre la autora

Alexandra Risley nació en Venezuela, en 1982. Es licenciada en comunicación social (mención periodismo) graduada en 2004 en la Universidad Fermín Toro. Trabajó como periodista y jefe de información de distintos medios de comunicación hasta el año 2009, cuando se marcha a estudiar a la ciudad de Londres. Es en ese viaje donde encuentra la oportunidad perfecta para darle forma a su más grande sueño: convertirse en escritora.

Ha publicado ocho novelas: *El pianista recostado en el opio* (Editorial Vestales, 2012), *Victory* (Editorial Vestales, 2013), *Bajo el cielo de Cawnpore* (Editorial Vestales, 2014), *El reino de las almas robadas* (Plataforma Neo, 2015), *El deseo de Harmony* (2015), *El bosque de Laurel* (2016), *Un verano en Chatsworth* (2017) y *Con los ojos cerrados* (2018).

En la actualidad, Alexandra vive en Estados Unidos junto a su esposo, el conferencista José Jacinto Muñoz.